

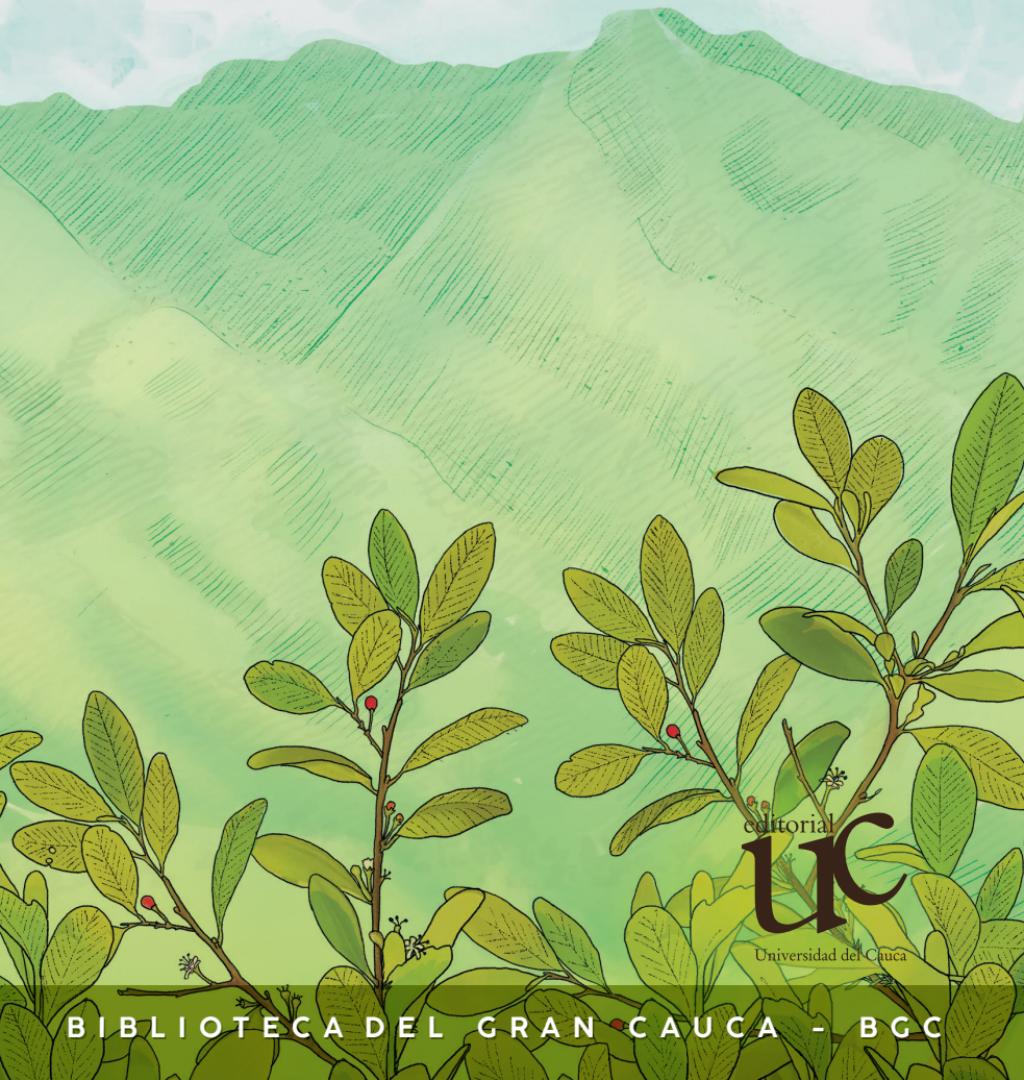


Reedición

# MAMA COCA

Anthony Henman

Prefacio Wade Davis



editorial  
**UC**

Universidad del Cauca

BIBLIOTECA DEL GRAN CAUCA - BGC







**MAMA COCA**



# MAMA COCA

---

Anthony Henman

Prefacio  
Wade Davis

Biblioteca del Gran Cauca



Editorial Universidad del Cauca  
2019

Henman, Anthony, 1949-

Mama coca / Anthony Henman ; ilustraciones Chien ; traducción Gabriel Iriarte. -- Popayán : Universidad del Cauca, 2019.  
378 páginas : ilustraciones ; 21 cm. -- (Biblioteca del gran Cauca)  
Incluye índice analítico.  
1. Cultivo de coca 2. Cultivos ilícitos 3. Botánica médica  
4. Plantas psicotrópicas 5. Cocaína. I. Chien, ilustrador. II. Iriarte, Gabriel, traductor.  
III. Tít. IV. Serie.  
394.186153 cd 22 ed.  
A1622504

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango  
Hecho el depósito legal que marca el Decreto 460 de 1995

---

Mama coca

- © Universidad del Cauca, 2019  
© Del autor: Anthony Henman  
© De la traducción: Gabriel Iriarte  
© Del prefacio: Wade Davis  
© De la traducción al prefacio: Cristóbal Gnecco  
© De las ilustraciones: Chien
- Primera edición (1978): Practical Paradise Publications. Suffolk, Inglaterra.
  - Segunda edición (1978): Hassle Free Press. Londres, Inglaterra.
  - Tercera edición (1981): El Ancora Editores / La Oveja Negra. Bogotá. Colombia.
  - Cuarta edición (1981): Verlag Roter Funke. Bremen, Alemania.
  - Quinta edición (1992): Hisbol S. R. L. La Paz, Bolivia.
  - Sexta edición (2005): Juan Gutemberg Editores. Lima Perú.
  - Séptima edición (2008): Editorial Universidad del Cauca. Popayán, Colombia.

Editorial Universidad del Cauca, octava edición, enero de 2019  
ISBN: 978-958-732-345-0

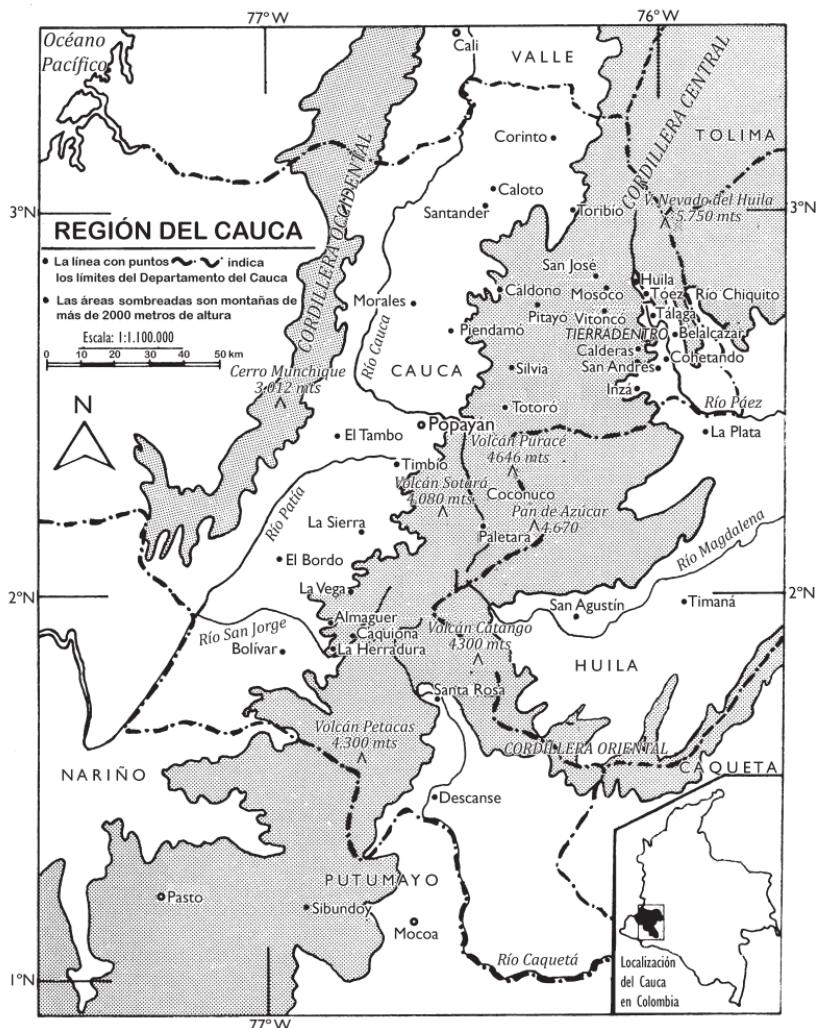
Diseño editorial: Área de Desarrollo Editorial - Universidad del Cauca  
Corrección de estilo: Marcela Vallejo  
Diagramación: Olga Nohelia Benavides Imbachí  
Diseño de carátula: Olga Nohelia Benavides Imbachí  
Editor general de Publicaciones: Mario Delgado-Noguera

Editorial Universidad del Cauca  
Casa Mosquera Calle 3, No. 5-14  
Popayán, Colombia  
Código Postal 190003  
Teléfonos: (2) 8209800 Ext 1134 - 1135  
<http://www.unicauca.edu.co/editorial/>

Licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 2.5 Colombia  
(CC BY-NC—ND 2.5 CO)

Impreso en Bogotá, Colombia. Printed in Colombia





# Contenido

Prefacio .....	13
Prólogo a la edición colombiana de 2008 .....	23
Mama Coca .....	31
La coca y el Occidente .....	47
Primeras campañas españolas contra la coca .....	49
Los primeros mascadores de coca no indígenas .....	52
El aislamiento de la cocaína .....	55
La droga prodigo .....	58
Farmacología: una inquisición moderna .....	61
Estudios posteriores a 1968 .....	70
Botánica, arqueología, historia colonial.	
El desarrollo del comercio de la coca .....	83
La botánica de la coca .....	83
La coca en los Andes centrales .....	87
La coca en los Andes septentrionales .....	91
Coca y tabaco en el norte de Colombia .....	95
La coca: ¿un monopolio inca? .....	98
La coca se convierte en gran negocio .....	105
El comercio de la coca en la zona del Cauca .....	112
La política de la cocaína .....	131
Las fuerzas de seguridad de Colombia .....	138
El impacto del negocio ilícito de la droga en las áreas de producción .....	145
Cocaína: el poder y el billete .....	151
La influencia del mercado de consumidores .....	161

Cómo mascar hojas de coca .....	179
Los efectos de la masticación de coca .....	188
Cómo cultivar su propia coca .....	205
La preparación de hojas de coca para mascar .....	216
Elaboración de un reactivo alcalino .....	221
Calabazos para la cal y bolsas para la coca .....	227
Mama Coca: una nueva aproximación .....	233
La coca y el curanderismo .....	243
El Trueno sobre los cocales .....	271
<b>Apéndice A</b>	
Marihuana y hongos .....	275
Marihuana .....	275
Hongos .....	289
<b>Apéndice B</b>	
Hierbas mágicas y medicinales de la región del Cauca .....	293
Plantas medicinales nativas .....	293
Plantas medicinales introducidas .....	295
Plantas mágicas .....	295
Plantas usadas en hechicería ofensiva .....	299
<b>Apéndice C</b>	
La resistencia de los nasa y su lucha por la tierra .....	305
Posdata 2008 .....	347
Nota .....	347
Referencias citadas .....	349
Índice analítico .....	367
Nota biográfica .....	375
Biblioteca del Gran Cauca – BGC .....	377

## Lista de gráficos

Hombre nasa .....	125
Mujer nasa .....	126
Mujer nasa cosechando coca .....	130
La Herradura, sur del Cauca .....	130
Huerta con coca en el sur del Cauca .....	177
Hombre nasa <i>mambeando</i> o masticando coca .....	181
Coca: los botones a punto de florecer .....	211
Coca en floración .....	214
Trabajo colectivo o <i>minga</i> en Toez, valle alto del río Páez, Cauca .....	216
Mujer nasa trabajando en una minga .....	217
<i>Kuétan yáha y kuétan tuka</i>	
(jigra para la coca y calabazo para la cal) .....	230
Mujer nasa con <i>kuétan yáha</i> sobre el hombro .....	231
Hombre nasa con <i>kuétan yáha</i> sobre el hombro .....	232
Hombre nasa con <i>kuétan yáha</i> sobre la cintura .....	236
San Andres de Pisimalá .....	315
Calderas, Tierradentro .....	338



## Prefacio

WADE DAVIS

EXPLORADOR RESIDENTE, NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY  
(TRADUCCIÓN DE CRISTÓBAL GNECCO)

Cuando era un joven estudiante tuve la suerte de pasar varios meses en Suramérica como asistente de campo de Timothy Plowman, botánico notable y explorador de plantas. Gracias a su mentor, el legendario etnobotánico de Harvard Richard Evans Schultes, Tim había conseguido la beca soñada por los académicos de la década de 1970, \$250 000 dólares del Departamento de Agricultura de Estados Unidos para estudiar la coca, la planta más sagrada de los Andes y la fuente notoria de la cocaína. Sorprendentemente, aunque la coca era foco de preocupación e histeria públicas poco se conocía sobre ella entonces. Los orígenes botánicos de las especies domésticas, la química de la hoja, la farmacología de la mascada, su papel nutritivo, la distribución geográfica de las variedades cultivadas, la relación entre las especies salvajes y cultivadas –todo era un misterio-. Desde que Golden Mortimer publicó su clásico *Historia de la coca*, en 1901, no se habían hecho esfuerzos concertados para documentar su papel en la religión y cultura de los Andes. El mandato que recibió Plowman del gobierno de los Estados Unidos, hecho deliberadamente vago por Schultes, era viajar a lo largo de la cordillera andina y atravesar las montañas, donde fuera posible, para alcanzar los flancos orientales y localizar la fuente de la planta conocida por los incas como la Hoja divina de la inmortalidad.

Aunque la guerra contra la cocaína aún no había sacudido a los países andinos, la coca y la cocaína estaban en la mente

de todos a principios de la década de 1970; sin embargo, con algunas excepciones –como Anthony Henman, autor de este libro notable y pionero–, era increíble que pocos hicieran la distinción obvia entre el alcaloide –aspirado, fumado o inyectado en concentración química pura– y las hojas de una planta que, con toda evidencia, había sido usada de una manera natural benigna durante miles de años por los indígenas de los Andes. Casi todas las personas que encontramos –biólogos y antropólogos en las universidades, agentes antinarcóticos en las embajadas estadounidenses, adictos a la coca con los ojos enrojecidos en las playas de Santa Marta y Punta Hermosa– hablaban como si las hojas de coca y el extracto químico puro fueran la misma cosa. Cuando mencioné la coca a un californiano que se quedaba en una pensión que compartimos en Lima, el mismo individuo que me mantuvo despierto la mitad de la noche mientras inhalaba cocaína como una Hoover en el cuarto de al lado, pensó que estaba hablando de chocolate.

La cocaína era desconocida hasta 1860, cuando fue aislada en Gottingen por el químico alemán Albert Niemann. En 1846 el arqueólogo Johann Jakob von Tsudi, quien había observado el uso tradicional de hojas de coca en las tierras altas, escribió: "Soy de la opinión de que el uso moderado de la coca no solo es inocuo sino que puede ser saludable". La alabanza del influyente neurólogo italiano Paolo Mantegazza, cuyo trabajo inspiró a Sigmund Freud, fue más efusiva; un año antes del descubrimiento de Niemann escribió: "Prefiero una vida de diez años con coca a cien mil años sin ella".

El químico corso Angelo Mariani estuvo de acuerdo. En 1863 patentó el Vino Tónico Mariani, una combinación de extracto de coca y vino rojo de Burdeos que se convirtió, de la noche a la mañana, en una sensación. Mariani tiene la curiosa distinción de ser el único responsable de que dos presidentes de Estados Unidos, un papa y, por lo menos, dos monarcas europeos se hayan enviado a la coca. El papa León XII cargaba un frasco del vino en su cadera y estaba tan enamorado de la bebida que otorgó a Mariani una medalla de oro al mérito. En Estados Unidos el enfermo

Ulysses S. Grant recibió una cucharada del vino con leche cada día por los últimos cinco meses de su vida. Entre los conocidos entusiastas que escribieron testimonios a Mariani figuran el presidente William McKinley, el zar de Rusia, el príncipe de Gales, Thomas Edison, H. G. Wells, Jules Verne, Auguste Rodin, Henrik Ibsen, Émile Zola y Sarah Bernhardt.

Mariani, un estudioso serio de la planta y un genio promocional, creó una línea completa de productos: además del vino Mariani había un elixir Mariani, una versión más fuerte del vino; El Mariani, un extracto de coca sin el vino; una gragea para la garganta conocida como Pate Mariani; y Pastiles Mariani, la misma gragea fortalecida con cocaína pura. Para vender estas preparaciones este químico emprendedor aseguró el respaldo de la Academia Francesa de Medicina y una lista de más de trescientos médicos que juraron por sus productos. Un médico prominente, J. Leonard Corning, describió el vino Mariani como “el remedio por excelencia contra la preocupación”. En poco tiempo este “vino para atletas” era consumido por todos, desde el ejército bávaro y el equipo francés de lacrosse hasta cantantes profesionales y chicas Gibson, buscando longevidad y juventud eterna. La publicidad americana lo describió como una panacea moderna y como la cura perfecta para “personas jóvenes afligidas por timidez social”. Con el tiempo el vino Mariani se convirtió en la medicina prescrita más popular del mundo.

La ola de la popularidad llegó a su máximo en 1884, cuando Sigmund Freud publicó su desinformado artículo “Sobre la coca” y Carl Koller descubrió las propiedades anestésicas de la cocaína, que condujo al primer uso de una anestesia local en cirugía; este gran descubrimiento médico, en particular, transformó la práctica de la oftalmología, permitiendo, por primera vez, la remoción indolora de cataratas. Un volante publicado por Parke-Davis sugirió que la cocaína podía ser “el descubrimiento terapéutico más importante de la época, cuyos beneficios a la humanidad serán incalculables”. La compañía farmacéutica, que entonces controlaba el mercado de cocaína en Estados Unidos, tenía en mente más que las cirugías oculares. En la década de 1880 Parke-Davis ya estaba

mercadeando la cocaína en confites, cigarillos, atomizadores, gárgaras, pomadas, tabletas, inyecciones sin prescripción y un coctel conocido como Coca Cordial. Muchos artículos en revistas especializadas recomendaron la coca y la cocaína para todo, desde mareo hasta dolor de estómago, fiebre del heno, depresión mental y, más ominosamente, tratamiento de la adicción al alcohol y al opio.

El *British Medical Journal* expresó con interés en un editorial que la coca representaba “un nuevo estimulante y un nuevo narcótico: dos formas de novedad en la excitación que nuestra civilización moderna es probable que estime”. El público norteamericano lo hizo. En 1885 un fabricante de medicinas patentadas de Atlanta, llamado John Pemberton, registró la marca de la preparación Vino francés de coca: estimulante nervioso y tónico ideal. Un año después eliminó el vino y añadió la nuez kola de África y aceites cítricos para el sabor; pasados dos años reemplazó el agua por soda debido a su asociación con manantiales minerales y buena salud y comenzó a mercadear el producto como una “bebida intelectual y un trago de moderación”. En 1891 Pemberton vendió su patente a Asa Griggs Chandler, otro farmacéutico de Atlanta; al año siguiente fue lanzada la compañía Coca-Cola. Vendida como tratamiento para el dolor de cabeza y promocionada por Chandler como el “remedio soberano”, la Coca-Cola prontó encontró el camino a todas las farmacias. La fuente de soda, una suerte de spa de los pobres, se convirtió en una institución; en todo el país hombres y mujeres iban a sus farmacias a preguntar por la bebida que, solo después, fue conocida como la “pausa que refresca”. En esos días se ordenaba una botella pidiendo “un trago en el brazo”.

A comienzos del siglo XX había unas sesenta y nueve imitaciones de Coca-Cola en el mercado, todas con cocaína. En 1906, consciente de las crecientes preocupaciones y de la inminente aprobación de la Ley de Comida y Droga Puras, que podía prohibir el comercio interestatal de alimentos o bebidas que contuvieran la droga, Coca-Cola quitó la cocaína de su fórmula; sin embargo, continuó usando la planta como saborizante. Aún hoy las hojas de coca son

importadas a los Estados Unidos por Stephan Chemical Company, de Maywood, New Jersey, el único importador legal en el país. Una vez que la cocaína ha sido removida y vendida a la industria farmacéutica el residuo que contiene los aceites esenciales y los flavonoides es enviado a Coca-Cola. La compañía no está especialmente orgullosa de este hecho pero debería estarlo porque es la esencia de las hojas lo que hace a la Coca-Cola *the real thing*.

Cuando la cocaína ya era disfrutada por el público de manera amplia, la opinión médica comenzó a cambiar, lentamente, contra la droga. Los reclamos exagerados de su valor terapéutico trajeron consigo una oleada de frustración. Sigmund Freud amaba la cocaína, que veía como una droga milagrosa. En una carta a su esposa Martha bromeó: "Verás quién es más fuerte, una niña tierna que no come suficiente o un gran hombre salvaje que tiene cocaína en su cuerpo". Quizás cegado por la euforia, Freud la recomendó como tratamiento para una variedad de enfermedades, incluyendo la adicción a la morfina y el alcoholismo. Entre 1880 y 1884 la *Therapeutic Gazette* de Detroit publicó dieciseis reportes de cura a la adicción de opio con cocaína. Parke-Davis publicitó la droga como el único tratamiento exitoso. Pronto fue aparente, sin embargo, que la cura podía ser tan mala como la enfermedad. Hacia 1886 la profesión comenzó a ser asediada por casos de psicosis por cocaína con alucinaciones táctiles –la ilusión notoria de insectos reptando bajo la piel-. Hacia 1890 la literatura médica contenía cuatrocientos casos de toxicidad aguda producida por la droga. Albrecht Erlenmeyer, reconociendo los peligros inherentes a su uso crónico, la llamó "el tercer azote de la humanidad", después del alcohol y la morfina. En pocos años pasó de ser descrita como el estimulante más benéfico conocido, la droga escogida por presidentes y papas, a ser percibida como una maldición moderna, la encarnación y la causa de todos los males sociales. En los Estados Unidos varias leyes circunscribieron su uso y disponibilidad. En 1922 fue condenada como un narcótico (que no es) y en el lapso de una década el público fue convencido de que era una droga adictiva dañina, solo usada por músicos, artistas y degenerados por el estilo.

En Suramérica, particularmente en Perú, el establecimiento médico miró este revés de fortuna con algún interés. Durante la corta historia de la fascinación europea y norteamericana con la droga, virtualmente nadie estableció la diferencia entre la cocaína y la coca. En la literatura médica, la prensa popular y la publicidad de Mariani los términos fueron usados sin discriminación. A medida que comenzaron a circular historias sensacionalistas sobre la adicción a la cocaína a finales del siglo XIX y los médicos empezaron a considerar la cocaína y la morfina como igualmente peligrosas la coca fue asociada con el opio y el público fue llevado a creer que los efectos ruinosos del consumo habitual de opio sobrevendrían, inevitablemente, a quienes mascaran hojas de coca con regularidad. Así, un estimulante usado sin evidencias de toxicidad desde, por lo menos, dos mil años antes de que los europeos descubrieran la cocaína llegó a ser visto como una droga adictiva

Este fue el acto inicial que varios médicos peruanos habían estado esperando. La mayor parte de ellos era liberal; la intensidad de su preocupación por la difícil situación de los indígenas de las tierras altas solo podía compararse con su ignorancia de la vida de los indígenas. Cuando veían las montañas desde Lima solo veían pobreza abyecta, mala salud y desnutrición, analfabetismo y altas tasas de mortalidad infantil. Buscaron una causa con la ceguera de las buenas intenciones. Puesto que los temas políticos de la tierra, el poder, la opresión y la explotación descarnada estaban demasiado cerca, lo que los hubiera forzado a examinar la estructura de su propio mundo, se decidieron por la coca. La culpa de cada posible enfermedad, cada fuente de vergüenza para sus sensibilidades burguesas, cada cosa que evitaba el progreso de la nación, fue echada a la planta. El médico Carlos Ricketts, quien presentó el primer plan para erradicar la coca en 1929, describió a los usuarios de la coca como débiles, deficientes mentales, perezosos, sumisos y depresivos. Otro comentador notable, Mario Puga, condenó a la coca como “una forma elaborada y monstruosa de genocidio que está siendo cometida contra el pueblo”. En 1936 Carlos Enrique Paz, refiriéndose a las

legiones de drogadictos del Perú, dio la voz de alarma: “Si esperamos con los brazos cruzados un milagro divino que libere nuestra población indígena de la acción deteriorante de la coca, estaremos renunciando a nuestra posición de hombres que aman la civilización”.

En la década de 1940 la erradicación fue liderada por Carlos Gutiérrez, jefe de farmacología del Instituto de Higiene, en Lima. Gutiérrez, quien consideró a la coca como “el mayor obstáculo al mejoramiento de las condiciones sociales y de salud de los indios”, estableció su reputación con una serie de dudosos estudios científicos conducidos, exclusivamente, en prisiones y asilos; esos estudios concluyeron que los usuarios de coca tendían a ser alienados, antisociales, inferiores en inteligencia e iniciativa y susceptibles de “alteraciones mentales agudas y crónicas”, además de sufrir conocidos desórdenes de comportamiento, como “ausencia de ambición”. La arremetida ideológica de su ciencia fue evidente. En un reporte publicado en 1947 por el Ministerio de Educación Pública del Perú escribió que “el uso de la coca, el analfabetismo y la actitud negativa hacia la cultura superior están estrechamente relacionados”.

Debido, en buena parte, al cabildeo de Gutiérrez, las Naciones Unidas enviaron un grupo de expertos, en el otoño de 1949, a examinar el problema de la coca. Poco sorpresivamente sus hallazgos, publicados en 1950 como *Report of the Commission of Enquiry on the Coca Leaf*, condenaron la planta y recomendaron que su cultivo fuese eliminado en un periodo de quince años. Esa conclusión nunca se puso en duda. En una conferencia de prensa en el aeropuerto de Lima cuando la comisión llegó para *iniciar* sus investigaciones su coordinador, Howard B. Fonda, entonces vicepresidente de la compañía farmacéutica Burroughs Wellcome, anunció que la coca era, sin lugar a dudas, “absolutamente nociva”, “la causa de la degeneración racial (...) y de la decadencia tan visible en numerosos indios” y prometió a los periodistas presentes que sus hallazgos confirmarían sus convicciones. Once años después Perú y Bolivia firmaron la Convención única

sobre drogas narcóticas, un tratado internacional que exigió la completa abolición de la masticación de coca y el fin del cultivo de la planta en un periodo de veinticinco años. Increíblemente, en medio de este esfuerzo histórico para expurgar a las naciones andinas de la coca ninguno de los oficiales peruanos o norteamericanos de salud pública hizo lo obvio: analizar las hojas para determinar qué contenían. Se trataba, después de todo, de una planta consumida, diariamente, por millones de hombres y mujeres en los Andes, desde Colombia hasta el norte de Argentina. Si lo hubiesen hecho su retórica se habría suavizado.

Los viajes que hicimos con Tim Plowman nos enseñaron, desde luego, que la coca figura, de manera prominente, en la vida diaria y ritual de la gente, como ha ocurrido desde mucho antes del ascenso de los incas. Puesto que masticamos las hojas estábamos familiarizados con sus suaves y placenteros efectos estimulantes; desde nuestras experiencias subjetivas la coca parecía totalmente benigna. La cantidad de cocaína en las hojas es pequeña y se absorbe junto con otros elementos que median, sin duda, los efectos del alcaloide. Nos pareció que era análoga al café o al té. La cafeína pura extraída de estas plantas e injectada no podría ser comparada con una taza de té tomada por la mañana. El medico William Golden Mortimer, en su clásico estudio de la coca, recordó a su profesión en 1901 que el efecto de la cocaína no representa mejor los efectos de las hojas que el ácido prúsico en las pepas de los melocotones representa los efectos de esas frutas. Aún así, incluso nosotros quedamos sorprendidos por los resultados del primer estudio nutricional comprensivo de las hojas emprendido por Plowman en junio de 1974 junto con Jim Duke, del Departamento de Agricultura de Estados Unidos. Puesto que el estudio encontró una cantidad impresionante de vitaminas y minerales en la coca, Duke la comparó con el contenido nutricional promedio de cincuenta alimentos consumidos en América Latina con regularidad. La coca superó el promedio de contenido de calorías, proteínas, carbohidratos y fibra; también se encontró un alto contenido de calcio, fósforo, hierro, vitamina A y riboflavina, tanto que cien gramos de hojas, el consumo diario típico de

un coquero en los Andes, más que satisfaría el porcentaje nutricional recomendado de estos nutrientes y de vitamina E. La cantidad de calcio en las hojas es extraordinaria, más de la que se ha reportado para una planta comestible. Este hecho es especialmente significativo. Hasta la llegada de los españoles no había productos lácteos en los Andes; incluso hoy en día la leche se consume con poca frecuencia. El alto nivel de calcio confirmó que la coca es un elemento esencial de la dieta tradicional, particularmente para las madres lactantes. Otra investigación sugirió que la coca regula el metabolismo de la glucosa, aumentando la habilidad del cuerpo para digerir carbohidratos a grandes alturas, una ventaja vital en una dieta tradicional que depende, en gran medida, de papas y otros tubérculos. Esos estudios no dejaron dudas: las hojas de coca no eran una droga sino un alimento y un estimulante suave, esencial para la adaptación de los habitantes de los Andes.

Esta evidencia pone en perspectiva las necesidades de hombres como Gutiérrez y las recomendaciones draconianas de organismos internacionales como la comisión de la ONU de 1940. La fecha límite establecida en 1961 por la ONU para la eliminación de la coca venció en 1986. El esfuerzo peruano no fue a ninguna parte. Actualmente la campaña de erradicación está siendo liderado por el gobierno de los Estados Unidos, que tiene un nuevo grupo de buenas intenciones y una más grande ignorancia de la vida indígena. El centro del debate, entonces como ahora, como este brillante libro testimonia de manera tan elocuente, no ha sido la farmacología de la coca o los efectos deletéreos de la cocaína. Los esfuerzos para erradicar los campos tradicionales comenzaron hace cincuenta años, aún antes de que existiese un comercio ilícito con la droga. El asunto real es la identidad cultural y la sobrevivencia de quienes han reverenciado la planta tradicionalmente. En los Andes el uso de la coca es *runakuna*, de la gente, y la masticación de las hojas sagradas es la expresión más pura de la vida indígena. Si se elimina el acceso a la coca se destruye su espíritu.



## Prólogo a la edición colombiana de 2008

Treinta años después de la primera edición de este libro no sé si me cabe un llanto triste o, mejor, una risa irónica frente a la falta de seriedad de mis pares en el imperio transnacional del norte. Como cuento en estas páginas los intereses neocoloniales de mediados del siglo XX, disfrazados de un discurso pseudocientífico, consiguieron poner a la hoja de coca en la maldita Lista 1 de la Convención Única de la ONU y siguen, hasta hoy, con su absurdo proyecto de desterrar una planta con una noble historia y virtudes que se revelan cada día más útiles, cada vez más adaptadas a las necesidades del futuro.

¿Cómo es posible que, después de más de cincuenta años de enérgicas condenas a la coca, no se haya conseguido, siquiera, uno de los objetivos trazados por las políticas públicas? ¿Cómo es factible que, a pesar de repetidos fracasos a todos los niveles y en todas las áreas, se sigan reproduciendo las mismas medidas? Y, mi excelentísimo, ¿cómo es que a cada cambio de ministros se sigue repitiendo la misma respuesta banal como si fuera la última novedad? “Ahora sí, vamos acabar con el narcotráfico...” ¿Por qué no llegamos, jamás, a ese momento decisivo de la historia? Debe ser que el objetivo está mal trazado o que los verdaderos objetivos de la guerra permanente a las drogas no son los declarados y que al poder le interesa estar a la vuelta de la esquina de una victoria final que ha invocado, anunciado y declarado tantas veces. La ilegalidad de la coca ha dado un extraordinario dinamismo a los intereses oscuros de su comercialización, acompañado de unos efectos profundos sobre los modelos de desarrollo en las áreas productoras y distorsiones políticas de conocimiento público en Colombia.

Desde que la coca fue declarada elemento perturbador del orden público hemos entrado en una espiral de violencia que parece no tener salida, construyendo cada vez más cárceles, entrenando cada vez más brigadas antinarcóticos, erradicando cada vez más hectáreas.

Lo absurdo de esta situación, que impide el desarrollo, destruye las instituciones, y hace a la coca parte de un proceso de mercantilización maligna de todo el planeta, ha llevado a muchas mentes inteligentes a reconocer la validez de las posiciones asumidas en este libro, defendidas por casi todos los estudiosos independientes del tema. Dicho llanamente, la coca nunca debió ser prohibida; por eso, al reconocer la necesidad de un cambio de enfoque, no se trata de 'legalizar' algo de potencial desconocido sino admitir un error histórico y reparar una injusticia hecha a una planta que ha acompañado a los seres humanos durante milenios.

Ya es hora de hacer la paz con la coca, abrazarla, amarla como merece ser amada una planta de muchos dones y muchas cualidades. En 1976 Andrew Weil, conocido médico naturista, publicó un artículo que describe varios usos de la coca: para tratar espasmos y condiciones dolorosas del tracto gastrointestinal; como sustituto del café, de las anfetaminas y de la misma cocaína, ya que estos estimulantes tienen acciones más prolongadas e irritantes; como antidepresivo, siendo menos tóxica que los productos farmaceúticos usados para este fin; para el mareo y el mal de altura; como tónico de las cuerdas vocales para quienes requieren un uso intensivo de la voz o del canto; como tópico en los dolores de muelas e infecciones bucales; como suplemento nutricional en programas de reducción de peso y entrenamiento físico. Un famoso estudio publicado por la Universidad de Harvard (Duke, Aulik y Plowman 1975) ya había llamado la atención sobre el valor nutritivo de la coca, comparándola, positivamente, con varios otros alimentos andinos y mostrando que era una fuente excelente de calcio, fosfato y potasio, además de contener cantidades apreciables de vitaminas y sales minerales. Estas calidades explican la ausencia de indicios serios de desnutrición en muchas

comunidades andinas y apoyan su empleo actual para tratar osteoporosis, diabetes, colesterol alto, hipertensión y otras enfermedades de la tercera edad.

Al desarrollo de estos nuevos usos, urbanos y modernos, se suman las diversas introducciones del chachado o mambeo allí donde no existía cuando inicié este estudio. Contrariando la rigidez y falta de imaginación de las políticas oficiales, el mercado consumidor da señales de un aprendizaje colectivo que ha rescatado el ‘uso tradicional’ del gueto donde trataron de encerrarlo. El objetivo original era limitar el uso de la coca a culturas indígenas que, en la lógica de la época del falso progreso, estaban destinadas a desaparecer. De esta manera se favorecieron ciertas áreas de producción (los Yungas de La Paz o el Valle de la Convención, en Cusco) y se castigaron otras, igualmente ‘tradicionales’ (Monzón, en Huánuco y el Chapare boliviano), creando una confusión que abrió más mercados que los que consiguió cerrar.

En Colombia se reconoció el derecho a mambear a ciertos grupos indígenas (en la Sierra Nevada de Santa Marta, el Cauca, el Putumayo y el Vaupés) pero se excluyó a la población campesina de las mismas zonas. ¿Por qué? Hay muchos usos no ‘tradicionales’ de la coca que llevan a soluciones innovadoras: entre estudiantes y artistas en varias ciudades andinas; entre trabajadores de la industria pesquera en la costa peruana; entre la burguesía regionalista de Salta, en Argentina; entre los turistas que vienen al Cusco a aventurarse por los caminos del Inca. Todos, incluyendo el reciente repunte del uso de la harina de coca en las tiendas naturistas de Lima, demuestran lo que sabe cualquier sociólogo: el significado de cualquier forma de consumo es maleable históricamente, y puede tomar rumbos inesperados en el caso de la coca. Además de admitir la autonomía de la coca, su actuación como agente histórico, las nuevas generaciones parecen entender, intuitivamente, el respeto que se debe a las plantas psicoactivas, llamadas ‘maestras’ en las tradiciones andino-amazónicas. Apartarnos de la arrogancia etnocéntrica expresada en las convenciones de la ONU nos llevará a reconocer, quizás, la subjetividad

del otro. Lo digo más como un anhelo teórico que como un hecho consumado pues ¿cómo se llega a considerar la coca como sujeto autónomo?; ¿cómo podemos verla como actriz en la historia universal y no, apenas, como objeto de nuestro consumo, nuestras necesidades, nuestras intervenciones, nuestras políticas? Esto implica verla como especie botánica, una planta que necesita agua y tierra, que busca el sol y que, como todas las especies, anhela y desea la reproducción. La reproducción... Quien conoce la flor de la coca, quien ha mirado de cerca su fruto (que, dígase de paso, dio origen a la forma de la botella de Coca-Cola), sabe que, además de hermafrodita y bisexual, también es una planta muy fértil, capaz de dar mucha semilla. Hace unos años andaba por Coripata, un pueblo de los Yungas de La Paz, Bolivia, con un equipo de TV y nos llamó la atención la enorme cantidad de pepitas rojas que crecían sobre las matas de coca. Dije, un poco en son de broma, que las lomas de la región podrían tener el mismo realce en la producción de coca que tienen las de Borgoña para el vino. En efecto, los esquistos de la formación geológica local son parecidos a las tierras de otras zonas productoras de larga data, como el valle de Monzón, en Huánuco, Perú, o el valle del río San Jorge, en el sur del Cauca.

La coca tiene una ecología particular y hay que admitir que su producción bajo el régimen de la prohibición no siempre ha respetado el medio ambiente. En el valle del río Apurímac y en la costa Pacífica de Colombia, por ejemplo, se están cultivando plantaciones de coca muy densas destinadas a un corto periodo de máxima producción, seguido por un rápido abandono, deterioro de los suelos y erosión. Puedo imaginar un futuro cuando la coca ya no sería producida en gran escala donde lo es actualmente y volvería a los sitios que le son más adecuados en términos geológicos y climatológicos.

La coca cultivada se divide en dos especies; cada una comparte dos variedades bien demarcadas. *Erythroxylum coca*, la principal especie económica, se cultiva en las vertientes orientales de los Andes, en Perú y Bolivia, y, recientemente, se ha introducido a Colombia con el nombre

de coca Tingo. Su variedad *ypadú* está adaptada a las condiciones de la selva baja y se cultiva en la zona donde se encuentran las fronteras de Brasil, Colombia y Perú. Tiene la particularidad de reproducirse por estacas, alcanzando un crecimiento rápido, pero produciendo hojas grandes con un contenido de alcaloide relativamente bajo. *Erythroxylum novogranatense* es la coca del Cauca y de la Sierra Nevada de Santa Marta, adaptada a condiciones estacionalmente más secas que las que favorecen la *E. coca*. Su variedad *truxillense* es la coca de la costa norte peruana, actualmente cultivada en los valles de los ríos Moche, Chicama y Marañón en condiciones semidesérticas con la ayuda de agua de riego y bajo una ligera sombra. Tiene fama de ser la coca más aromática y es la que se usa como saborizante para gaseosas.

Cada especie, cada variedad, está adaptada a condiciones específicas. Un adecuado manejo agronómico frenaría la tala de bosques en zonas inapropiadas y la coca, en vez de ser una amenaza al ecosistema, como es pintada actualmente, volvería a ser la base del desarrollo campesino en las áreas adecuadas para su cultivo. ¿Será demasiado optimista esta visión? No lo creo; 250 000 hectáreas de coca no representan nada frente a las enormes extensiones dedicadas, por ejemplo, a la caña de azúcar, tradicional motor de la agroindustria tropical. Es perfectamente factible combinar la coca con cultivos de pancoger y asociarla a otras plantas perennes que frenen la erosión. Lo único que se requiere es, como en el caso de cualquier planta cultivada, saber evitar grandes extensiones de monocultivo que atraen plagas y destruyen las complejas relaciones entre las especies.

Aquí entro en lo esencial de mi argumento. Detrás de las cuestiones de actualidad se esconde un proceso de aprovechamiento de los recursos naturales cuya historia no se remonta al comienzo del actual ciclo de la cocaína, desde la década de 1970, ni siquiera al error monumental que resultó en la prohibición de ciertas drogas y plantas a comienzos del siglo XX. El enfoque antropocéntrico –que reza que las demás especies que existen en el planeta solo están aquí para satisfacer las necesidades humanas–

es anterior al liberalismo económico, al surgimiento del capitalismo moderno y a la conquista europea de las Américas. La tiranía de los seres humanos sobre otras formas de vida es de gran antigüedad, aunque no compartida por todas las sociedades humanas, y contraria a la percepción del mundo de muchos grupos indígenas americanos. La visión de estas sociedades –descrita por el antropólogo brasileño Eduardo Viveiros de Castro como ‘perspectivismo’ y ‘multinaturismo’– implica un planeta habitado por múltiples seres, cada uno percibiéndose como sujeto, cada uno dotado de una inteligencia autónoma, cada uno apreciando el mundo desde un punto de vista distinto a los demás. Se trata de un entendimiento opuesto a nuestra visión moderna, multicultural, que supone una similitud en la naturaleza física de las formas de vida y una multiplicidad en las adaptaciones culturales. En la perspectiva multinatural ocurre lo contrario: se concibe el mundo con una unidad del espíritu, de la cultura, de la percepción, cosas que son compartidas por todas las especies. La diversidad está en los cuerpos, en los aparatos cognitivos y en las formas concretas de representación.

Aquí se confunden las categorías y las dicotomías tan valorizadas en Occidente: la naturaleza y la cultura, la animalidad y la humanidad, la determinación y el libre albedrío. Desde una perspectiva multinatural la guerra a las drogas no solo se ve como una empresa imperialista y como una proyección mágica de lo maligno en sustancias y plantas inocentes sino como el deseo de llevar el mundo a lo que un cierto Dr. Dupont, consejero de drogas del expresidente Ronald Reagan, una vez llamó, sin ningún recelo, *species extinction*, defendiendo ese objetivo, en el caso específico de la coca, como algo deseable para el orden público y la salud humana. Me pregunto: ¿cómo será que la coca –para no hablar de la amapola y el cannabis, del yagé o ayahuasca, de los cactus peyote y wachuma, de los hongos y muchas plantas más–, cómo será que la inteligencia de esta especie, nuestra *cocamama*, percibe el loco afán humano por acabar con ella? Verá, seguramente, que los problemas que tenemos con ella se deben, esencialmente,

a la falta de un correcto entendimiento de nuestra parte, tanto en saber aprovechar sus dones y beneficios de forma adecuada como en establecer una relación respetuosa y democrática entre las especies, ampliando nuestro concepto de lo político más allá del *Homo sapiens*. También verá que negamos a las plantas y animales la capacidad de intencionalidad que es dada por la posición de sujeto, que los condenamos, para siempre, a la condición de meros objetos de nuestro modelo de consumo. Verá, finalmente, que nuestra confusión es producto del miedo de perder la seguridad utilitaria de un mundo donde todo se convierte en un elemento de mercado y, sobre todo, terror de pasar al reconocimiento de una subjetividad no-humana y, así, llegar a percibir las plantas psicoactivas como auténticas profesoras, guías del pensamiento. El miedo que encierra el Plan Colombia es, esencialmente, que la coca tiene más que enseñarnos que los *think-tanks* de Washington juntos...

Si, al contrario, aceptamos que tenemos mucho que aprender de la coca este cuadro se invierte: ya no encontramos problemas sino soluciones. Soluciones ambientales, soluciones para el desarrollo y la reinserción social, soluciones pragmáticas para el consumidor. Vuelvo a insistir sobre el ejemplo de la coca amazónica, el *yypadú* o el mambe, cuya forma pulverizada reúne los requisitos de un producto para las nuevas generaciones. Es efectivo y de manejo fácil y, por lo tanto, podría hacer competencia a la cocaína refinada. Además, tiene un perfil sano: selvático y ecológico, orgánico e integral. Esta y otras formas de coca semindustrializada podrían hacer que empecemos a concebir un futuro en que lleguemos a convivir, de forma pacífica, con esta planta.

La coca puede, y hasta quiere, vivir en paz con nosotros. El botánico Timothy Plowman (quien, aún más que yo, conoció casi todas las áreas de producción de coca en su corta vida) me contó una vez que en sus andanzas nunca había encontrado una planta verdaderamente silvestre de coca. No hablamos de la sacha coca del alto Huallaga o de las cerca de ochenta otras especies de *Erythroxylum* que crecen en varias partes de América del Sur. Tratamos de

las dos especies de coca con alcaloide, cuya domesticación remonta, por lo menos, a 3000 años antes de Cristo. La mata silvestre que dio origen a esta coca ha desaparecido, así que, desde hace miles de años, la coca depende de nosotros para sobrevivir. Es nuestra compañera, como muchas otras plantas cultivadas, equivalente al perro y al gato en el mundo animal. Por esta razón nos quiere, porque depende de nosotros y no porque somos bellos, buenos o inteligentes; es porque le damos vida, la hacemos crecer, la acariciamos y la comemos. Nos quiere como nosotros la queremos a ella: con todas las contradicciones de la pasión y de la interdependencia. Contra el odio de los guerreros que buscan la extinción de la especie tenemos que responder con dos lemas que, en verdad, son uno solo: amor a la coca, paz con la coca.

## Mama Coca

*Supóngase que la verdad sea una mujer...*

Federico Nietzsche (1977)

Serviría de poco negar que me interesé en la hoja de la coca a través de una inclinación previa por su principal alcaloide, la cocaína. Me inicié en la materia en una forma casual, casi accidental. Estaba viajando por Colombia y difícilmente podía evitar toparme con algunos de los numerosos traficantes y contrabandistas que deambulaban por el país entonces, principalmente en su capital, Bogotá. Esto fue a mediados de 1971, unos años antes de que las grandes mafias desalojaran a los antiguos proveedores independientes y liquidaran el mercado abierto. En aquellos tiempos la cocaína parecía circular más comúnmente en kilos que en gramos; con un acceso casi ilimitado al producto en un estado razonable de pureza hubiera sido una tontería, si no una irresponsabilidad, no haber aprovechado la oportunidad de una amplia experimentación.

Ahora bien, dejo claramente establecido que no tengo reparos contra la cocaína en cuanto se use como un estimulante ocasional. Pero –y este es el punto más crucial– cada estado de euforia tiene su correspondiente depresión y, en últimas, la cocaína no sirve, en términos estrictamente fisiológicos, para equilibrar la ecuación metabólica del cuerpo. Es como si la droga estuviera gobernada por algún principio esotérico de utilidades decrecientes. En los niveles de alto consumo –digamos, dos o tres gramos diarios– se ha evidenciado ineficaz y hasta contraproducente.

En tales circunstancias el uso de la cocaína no genera ningún estímulo real y solo sirve para superar la depresión acumulada de dósis anteriores, lo cual conduce al retorno repetido, pero fugaz, de sensaciones de bienestar normal. En cierto sentido, ello no se debe a ninguna cualidad inherente al alcaloide de la cocaína sino, principalmente, a la potencia y velocidad de acción de su forma refinada. Me convencí de que, a fin de descubrir un estimulante confiable y verdaderamente equilibrado –algo más preciso que el té, el café o la yerba mate y menos generoso que las anfetaminas–, sería necesario moderar el efecto inicial de la cocaína, sostenerlo y prolongarlo a un nivel estable durante varias horas. Obviamente no había camino más apropiado por donde emprender esta búsqueda que el de la planta misma, la coca, de la que se deriva la cocaína.

Por consiguiente, al retornar a Colombia en mayo de 1973 ya no estaba muy interesado en usar la temible cocaína y, más bien, mi mayor preocupación era aprender a mascar las hojas de coca. Aunque esto contrariaba la antropología ortodoxa y académica y, como resultado, produjo una respuesta menos que entusiasta de parte de las autoridades de Bogotá era claro que solo así podría lograr alguna comprensión de los indígenas que usaban la planta y le asignaban un papel tan importante en su vida cotidiana. Tuve que admitir, sin embargo, que esta simple declaración de propósitos, este apego a una aproximación literalmente ‘amateur’, jamás podría proveer un armazón plenamente satisfactorio para los múltiples aspectos de la tarea que tenía por delante. El problema seguía siendo descubrir una contraposición, un contrapeso a mi propia experiencia, algo que pudiera dirigir el desarrollo de la investigación sin sujetarla a las restricciones alienantes de una metodología formal.

Fue por esta precisa razón que comencé a sentirme atraído –casi seducido, por así decirlo– por la enigmática figura de Mama Coca que, de cierta manera, resumía la naturaleza misma de la droga. La coca y sus alcaloides casi siempre han estado asociados con algún tipo de principio femenino. Esto se había hecho explícito –al menos en mi mente– con el *slang* de

Nueva York, donde la cocaína es usualmente conocida como '*la niña*' (*girl*) o '*la dama*' (*lady*), así como en Hispanoamérica, donde los términos empleados esotéricamente son, a menudo, de género femenino: '*la nieve*', en Bolivia; '*la perica*', en Colombia; y '*la tía blanca*', en el Perú.

Es más, poseía suficiente experiencia previa con la cocaína para saber lo que implicaba ese principio femenino, por lo menos en términos de la forma refinada de la droga. A primera vista se podría imaginar que un estimulante tan potente debería ser clasificado dentro del género agresivo, masculino. Empero, eso sería ignorar la calidad cambiante de la experiencia con cocaína, la naturaleza voluble de la euforia que la acompaña y, en particular, la intensa irritabilidad que puede producir si se abusa de ella. Todos estos rasgos eran 'femeninos' –al menos en el sentido tradicional de la palabra– y todos tendían hacia una definición de la experiencia con la coca en términos de maleabilidad, cambio y transformación súbita.

A decir verdad, pocos años antes Mama Coca me había producido una primera impresión consciente cuando hojeaba el libro clásico de Mortimer *Perú: una historia de la coca*. Como en aquella época no estaba suficientemente interesado en emprender una lectura crítica de la totalidad del grueso volumen, mi atención fue atraída, en un comienzo, por las numerosas y excelentes ilustraciones que adornaban sus páginas. La más notable de aquellas era la portada, que llevaba por título "Mama Coca ofreciendo la Planta Divina al Viejo Mundo" (Mortimer 1901)<sup>1</sup> y mostraba una sacerdotisa estilo *art nouveau* en una larga y floreada túnica blanca, decorada con extravagantes joyas y portando una sorprendente cofia de plumas. Con la hoz en su mano derecha había cortado unas pocas ramas de coca, que sostenía en alto con su mano izquierda. Estaba erguida sobre una roca, con los pies a la altura del pecho de un conquistador español, quien extendía su mano para recibir el prodigioso regalo. Vestido con

---

1 Véase la edición de 1994 que contiene las portadas de las ediciones norteamericana (1901) y francesa (1904).

armadura completa y con una espada de doble empuñadura, aquel se destacaba sobre un fondo que incluía a un grupo de soldados españoles apoyados en sus lanzas y, a lo lejos, tres pequeñas caravelas ancladas en una plácida bahía.

Aunque esta imagen resultaba en extremo evocadora no pude evitar mi desilusión al notar que el texto de Mortimer contenía pocas referencias precisas a la diosa de la coca, fuera de manifestar que se asociaba con la estrella Spica, de Virgo (Mortimer 1901:66), lo cual está de acuerdo con su carácter. La expresión “Mama Coca” parece haber sido empleada en inglés, por primera vez, por Plukenet en una descripción botánica de la planta, contenida en *Phytographia*, un trabajo publicado en Londres en 1692. En él Mama Coca se consideraba un nombre deificado, traducible aproximadamente como “Madre de la coca” (Mortimer 1901:230). Una idea similar de maternidad fue sostenida por el prolífico Frazer, autor de *La rama dorada*, quien sostuvo que los peruanos creían que todas las cosechas estaban protegidas por espíritus tutelares que estimulaban su crecimiento y que eran conocidos, simplemente, como la “madre” de la planta en cuestión.<sup>2</sup> Hasta ahí todo estaba bien, pero la simplicidad transparente de la perspectiva de Frazer parecía, en cierto modo, clamar por una elaboración adicional, por una valoración más cercana y profunda de la idea de Mama Coca en su escenario nativo.

En primer lugar, parecía que Mama Coca debía ser apreciada como una manifestación específica de una deidad más general, la Mama o figura materna universal que también se representa de muchas otras formas. Una de ellas fue Mama Huaco, la cual aparece como madre y como esposa de Manco Cápac, el legendario fundador de la nación inca. Por razones de conveniencia política Mama Huaco fue equiparada, frecuentemente, con la diosa Pachamama o Madre Tierra, cuya posición central en la religión andina antecede, significativamente, al Imperio inca, y cuya importancia sobrevivió inalterada, aún a pesar de la imposición del culto inca oficial, fundamentado en la adoración al sol.

---

2 Véase la discusión de Frazer en Uscátegui (1954:224).

A menudo la figura de la Mama complementaba su identidad con la de un cultivo concreto. El concepto quechua del poder mágico o *huaca* era una cualidad compartida no solo por las principales deidades andinas y sus santuarios sino por plantas, como el arbusto de coca. El personaje mítico de Mama Coca representaba, por lo tanto, no solo ese aspecto de la diosa Mama universal ocupada en incrementar el crecimiento de la coca sino, también, compendiaba, adecuadamente, el poder mágico o *huaca* de la propia hoja. En otras palabras, aún el mismo término de Mama Coca podría considerarse como una metáfora ambigua, relativa tanto al carácter de la suprema diosa madre como a los atributos específicos o *huaca* de la mata de coca (Brundage 1963:21, 47). Es apenas natural que los incas no pudieran omitir esta figura de la diosa coca en la narración de la génesis de su propio pueblo. En la mitología tradicional, el nómada inca original –Sinchi Roca– había unificado a su pueblo montañés con los habitantes del valle del Cusco mediante su matrimonio con una mujer llamada Mama Coca, hija del jefe de la aldea Sañu. Fue esta alianza la que finalmente condujo a la conquista del Cusco por parte de Sinchi Roca, así como a la fundación definitiva de la aristocracia étnica y social que, posteriormente, sería conocida con el nombre de ‘inca’. Con este antecedente en sus mentes es comprensible que numerosos miembros subsiguientes de la familia real hayan sido también honrados con el nombre de Mama Coca. Una de ellos fue la hermana del último gran Inca, Huayna Capac, quien gobernó de 1491 a 1526. Esta Mama Coca era abadesa del *acllahuasi*, o templo de las vírgenes, en Cusco; se dice que cayó víctima de la epidemia de peste de 1528, llevada a la costa del Pacífico por los primeros exploradores blancos y sentida en los Andes centrales por lo menos siete años antes de que tuviera lugar la ‘Conquista’ española (Brundage 1963:20, 262).

Con frecuencia la legendaria castidad de esta mujer ha sido atribuida a otras manifestaciones de Mama Coca pero esta asociación es algo dudosa, por decir lo menos. Al contrario, la mayoría de los relatos míticos sobre los orígenes de la coca tienden a ser asociados con algún acto sexual, un aspecto que,

ciertamente, parecía estar de acuerdo con la extendida reputación de la coca –y también de la cocaína– como afrodisíaco. En un mito registrado cerca de Cusco, en 1571, se describe la figura de la Mama Coca original en los siguientes términos:

[...] era mujer muy hermosa y que por ser mala de su cuerpo la mataron, la partieron por medio y la sembraron, y de ella había nacido un árbol, al cual llamaron mamacoca y cocamama y desde allí la comenzaron a comer, y que se decía que la traían en una bolsa, y que esta no se podía abrir para comerla si no era después de haber tenido cópula con mujer, en memoria de aquella (Brundage 1963:199).

Queda claro, por su género femenino, que el nominativo de pronombre (ella) se refiere a la mujer del mito y no al árbol. “Ella” está asociada, explícitamente, con atributos ‘malos’, y el complejo acto de comerla, de abrir la bolsa que la contiene, está necesariamente condicionado por la complacencia sexual previa. No es muy claro si ello se refiere a la necesidad de copular cada vez antes de mascar las hojas o tan solo antes de la primera tentativa de hacerlo. Dada la regularidad del hábito de mascar la primera posibilidad parece bastante improbable; de tal forma parecería que la iniciación en la coca puede haber sido considerada, al menos en alguna época, como una indicación de la llegada a la pubertad.

Quizá esta asociación de los orígenes de la coca con el cuerpo de una mujer y con una sexualidad genital profana resultaría menos extraordinaria si apareciera solo en el contexto cultural específico de los Andes centrales. Pero este no es el caso. La naturaleza casi universal de un espíritu femenino de la coca se torna manifiesta por la existencia de relatos similares en un buen número de zonas que se hallan totalmente divorciadas –tanto geográfica como culturalmente– de las civilizaciones del Perú. A 3000 kilómetros de distancia, en la Sierra Nevada de Santa Marta, las tradiciones orales de los indios kogi parecen mostrar la misma asociación de la coca con orígenes femeninos. En la mitología kogi la coca, así como toda la vida vegetal, es un regalo de Gualchóvang, la figura de la madre tierra que

efectuó la génesis primaria a partir de las aguas estancadas. Más específicamente, es verdad, el héroe civilizador masculino, Sintana, parece haber sido la principal figura responsable de la creación del primer arbusto de coca; empero, lo hizo mediante la transformación del cuerpo de una mujer que había estado viviendo en la corte de Gualchóvang (Chaves 1947).

Hay, además, otros dos mitos kogi que se refieren a versiones alternativas sobre los orígenes de la coca, haciendo más evidente el papel de las mujeres en el asunto. En uno de ellos Bunkeiji, la hija de Sintana, emplea sus encantos femeninos para quitar unas hojas de coca al antepasado mítico conocido como mama Ili, quien era el único que poseía coca en aquellos tiempos (nótese que los kogi usan el término ‘mama’ para referirse a los varones chamanes y especialistas del ritual y no en el sentido peruano de madre o diosa tutelar). Al regresar a la casa de su padre Bunkeiji lo encontró yaciendo en el suelo, como si estuviera muerto. Le puso las hojas en la boca y su hermano Mirvuixa agregó la cal necesaria. Sintana estornudó y volvió a la vida, brotándole de la boca un torrente de mariposas azules.

El otro mito relativo a la coca está relacionado con el antepasado mítico conocido como mama Teyuna. En esta narración cierto hombre tenía una hija que podía producir grandes cantidades de hojas con solo sacudírselas de su larga cabellera, suministrando a su padre toda la coca que necesitaba. Deseoso de adquirir una provisión de estas hojas mama Teyuna se disfrazó de pájaro y comenzó a frecuentar el río donde la muchacha solía bañarse. Su relación prosperó a pesar de la oposición del padre hasta el punto de que el pájaro comenzó a beber la saliva de la muchacha directamente de su boca. Al preguntarle si lo amaba y recibir una respuesta alentadora el pájaro le pidió tirar una cuerda que se hallaba oculta entre las plumas de su cabeza. En ese momento cayó el disfraz y mama Teyuna, desnudo, procedió a abrazar con pasión a la muchacha... Más tarde, de regreso a casa, aquel sacudió la cabeza y de su cabello cayeron dos semillas de coca. Las sembró y, a partir de ahí, propagó la planta entre todos sus vecinos (Reichel-Dolmatoff 1951:56 ss).

En la zona cultural del Amazonas los mitos parecen repetir esta estructura, asociando los orígenes de la coca con las funciones sexuales de un espíritu femenino. Un relato en particular, tomado de los desana (un grupo tukano del Vaupés), no solo describe el nacimiento de la coca sino, también, el del alucinógeno yagé (*Banisteriopsis sp.*). En esta narración la hija de una figura mítica llamada Wai-Maxë (Señor de las Fieras) padecía de intensos dolores menstruales; la joven fue a la playa del río, donde se acostó, revolcándose en la arena. Una anciana desana que pasó por allí trató de ayudarla a ponerse en pie pero la muchacha se retorció con un espasmo tan violento que uno de sus dedos se desprendió, quedando en la mano de la anciana. La historia se repite para otra de las hijas de Wai-Maxë. Cuando los dos dedos desprendidos fueron sembrados en la tierra dieron origen, respectivamente, al yagé y a la coca (Reichel-Dolmatoff 1968).

Una historia similar, interesante porque invierte y reubica muchos detalles menores, ha sido detectada entre los makú, indígenas selváticos cuyo territorio linda con el de los desana. Se refiere a una hija del Viejo Hombre Serpiente, Amo de los Peces, que vivía bajo una cascada. Varios de sus descendientes habían surgido del agua en forma de serpiente; luego se arrancaban la piel y se convertían en humanos. Una de ellos fue capturada por un ancestro mitológico masculino de los makú y llegó a ser su esposa. Ella notó que él hacía su coca con las raspaduras de un junco y, considerando este material muy inferior, le sugirió que visitaran la morada subacuática de su padre para adquirir una provisión de la coca verdadera. Su padre estaba dormido, pero en el momento en que arrancaron las primeras hojas de su arbusto de coca se despertó sobresaltado, sintiendo un fuerte dolor, como si le hubieran arrancado un dedo. La mujer trató de esconder las hojas de coca, primero en su boca, luego en la axila y, finalmente, en su vagina; mas ello causó que en su cuerpo brotaran los tumores característicos de la tuberculosis ganglionar. Aunque finalmente lograron regresar a la superficie con la coca, este precedente parecía subrayar la inconveniencia de

la coca para el consumo femenino, aspecto del que se da cuenta, ampliamente, en toda la Amazonía.<sup>3</sup>

Estos mitos están caracterizados, a menudo, por numerosas diferencias específicas de detalles; sin embargo, es evidente que también hay un tema principal subyacente en todos ellos que no solo se refiere a la intervención de un agente femenino en los orígenes de la coca sino que estipula que dicha intervención ocurra en un dominio preciso, el de los procesos de la reproducción sexual. La identidad de Mama Coca como una “madre” y como una deidad tutelar fácilmente podría considerarse como una elaboración subsidiaria de su génesis original –y no al contrario– puesto que es obvio que Mama Coca no poseía existencia absoluta o independencia antes de la domesticación del primer arbusto de coca. Este punto no es simplemente una sutileza académica; implica una distinción fundamental entre el concepto indígena y la concepción más teórica de occidente que presupone la existencia de Mama Coca idealizada, una diosa que, en alguna forma, existe independiente y previamente a cualquier manifestación material del arbusto.

En este contexto vale la pena señalar que el informe de Cusco de 1571 solo empleó las expresiones *mamacoca* y *cocamama*, en un sentido restringido, para describir el arbusto de la coca. Parece, sin embargo, que *cocamama* también se empleó a comienzos del siglo XVII para denotar ciertos ídolos pequeños que presidían la cosecha de la coca. De acuerdo con una fuente original, que data de 1620, esos ídolos podían hacerse de cualquier material, como madera, tela y diferentes metales (Patiño 1967:222). Frazer, no obstante, sostendría que las representaciones de la “madre divina” deberían elaborarse a partir de elementos de la planta misma, en este caso las hojas del arbusto de coca (Uscátegui 1954:224). En cualquier eventualidad podría argüirse que las imágenes individuales, o *cocamamas*, realmente no eran figuras simbólicas ni representaban ninguna divinidad de la coca; podrían concebirse, simplemente, como objetos mágicos en el culto

---

3 Comunicación personal de Howard Reid, marzo de 1977.

de ciertos poderes *huaca* contenidos en la planta de la coca como ejemplos de un panteísmo más estrictamente sustancial que metafísico. En vez de confirmar la existencia de alguna diosa universal de la coca, el caso de los ídolos *cocamama* puede muy bien implicar que los indígenas consideraban una figura abstracta de Mama Coca como superflua, vale decir, posible e innecesaria, puesto que ya era manifiesta para todos una relación suficiente en la interacción mutua de los arbustos de coca y sus ídolos complementarios.

Cualquier lector atento puede haber notado que el argumento original relativo a la naturaleza de Mama Coca ahora parece haber dado una vuelta completa y que se encuentra en una posición casi opuesta a su punto de partida, el cual sugería la existencia de una naturaleza femenina irreductible en la coca, y a la idea de Mama Coca como una deidad tutelar o “Madre de la Coca”. Esta idea de una divinidad –de Mama Coca como un miembro identificable del panteón divino, paseándose por las laderas de un Monte Olimpo andino– parece resultar de una mala interpretación de la cosmología nativa, característicamente occidental, una reducción del difuso espíritu indígena a una pieza de estatuaria o una forma universal. En este esquema idealizado la corriente del poder mágico (*huaca*) va de la diosa a la planta; la abstracta deidad Mama Coca es una necesidad obvia porque constituye el centro alrededor del cual se organiza toda una estructura de significación. Por otro lado, la idea indígena de Mama Coca debe verse enteramente situacional, como una inversión de la estructura lógica de Occidente porque el *huaca* de una manifestación específica de Mama Coca surge de una estrecha aproximación a las hojas de coca. Nada podría ser más claro al respecto que el informe del siglo XVII acerca de los ídolos de Cocamama vigilando sus respectivas plantaciones de coca. Asimismo, en el contexto mitológico debería reconocerse que la intervención de una figura femenina ancestral no sirve, originalmente, como precedente de una Mama Coca divina sino que actúa, en lo fundamental, para explicar los orígenes del arbusto de la coca, su manifestación material.

Este ‘significado’ contextual de los múltiples mitos de Mama Coca permite la inversión ocasional de los atributos femeninos, produciendo la aparente anomalía de una Mama Coca masculina. Entre los indígenas barasana, otro grupo tukano de la cuenca de Vaupés, la coca parece acomodarse en una compleja red de contrarios conceptuales o de comportamientos, considerándose una cualidad ‘masculina’, no en sentido abstracto sino en su capacidad de complementar a la mandioca ‘femenina’. Esta observación subraya la necesidad de apreciar las diferentes versiones del mito de Mama Coca siempre en términos culturales específicos; en este contexto vale la pena señalar que los barasana ciertamente pueden producir un precedente mitológico para su propia concepción de la coca como un elemento masculino. Es interesante que el mito concierne al tema casi universal del intercambio sexual (poco sorprendente, ya que es el modelo humano de toda procreación); sin embargo, en este caso fue el hombre y no la mujer quien se transformó en el primer arbusto domesticado de coca. Como resultado todos los sembrados de coca de los barasana están dispuestos en forma de T o de cruz, recordando la postura del hombre al copular, tendido en el suelo.<sup>4</sup>

En los Andes centrales la expresión “Mama Coca” podría haber resultado de un elaborado juego de palabras. En primer lugar, la palabra coca no fue originaria del quechua, el idioma del Estado inca, sino que surgió del término aymara *koka*, una palabra genérica que significa árbol o arbusto, sin tener en cuenta la especie. Los primeros diccionarios quechuas, como el de González Holguín, emplean la palabra coca en compuestos, indicando que se había unido el término aymara importado a usos más antiguos. Uno de estos compuestos era *ttupa coca*, que indicaba la especie de coca de hoja pequeña de la costa peruana, *Erythroxylum novogranatense* var. *truxillense*. Otra era la expresión para denotar la especie de hoja grande de las vertientes orientales de los Andes, *Erythroxylum coca*; en

4 Comunicación personal de Christine Hugh-Jones, junio de 1977.

diferentes fuentes es denominada *mamosh coca*, *mamush coca* e, inclusive, *mamas coca* (Rostworowski 1973:195 ss). Aunque sin intención de desarrollar el problema sería factible preguntarse si este último uso proporciona una explicación alternativa o suplementaria de la etimología de las palabras Mama Coca. La expresión significaría la coca original y antigua de las vertientes orientales de los Andes, opuesta a la coca más común e indiscriminada, un término impuesto por los españoles en su afán por buscar una uniformidad administrativa y lingüística. Es más, puede ser que el término hubiera sido mezclado con denominaciones locales de las especies silvestres de coca, reforzando la idea de la Mama Coca como prototipo prehispánico de la coca cultivada hoy día. Por ejemplo, el sustantivo *mamacoca* todavía es empleado por los indígenas locales para describir una especie de coca silvestre (*E. Mamacoca Mart.*) que crece en la cuenca del Huallaga, cerca de Huánuco, en el Perú (Mortimer 1901:232). Por lo tanto, "Mama Coca" podría verse, al menos en el contexto cultural de los Andes Centrales, como una forma de denominación abreviada, con su barroca proliferación de significados refiriéndose simultáneamente a la planta silvestre de coca, a su progenitor femenino mítico, a su espíritu tutelar o protector, a la imagen esculpida de ese dios y a un tipo específico de coca que se encuentra en las vertientes orientales de los Andes. Ninguno de estos significados excluiría a los otros; todos implicarían la posibilidad de 'lecturas' alternativas, interpretaciones adicionales de un mensaje intencionalmente ambiguo.

Es claro, entonces, que sería conveniente considerar a Mama Coca como el paradigma de un sistema conceptual particularmente adaptable y abierto. Incluso al restringir la interpretación al más simple de los esquemas Mama Coca representa un punto borroso e indefinible en la interpretación de dos polos: de un lado, el principio femenino de la fecundidad y el crecimiento y, de otro, el mágico *huaca* del arbusto. La tentación radica en tratar de fijar un punto en el que esta nebulosa interpretación de la coca y la feminidad pueda reducirse a un simple cruce, es decir, a un punto que establezca límites claros entre

los componentes ‘mama’ y ‘coca’ que integran la entidad químérica conocida como Mama Coca. Al descubrir y definir ese punto, Mama Coca quedaría objetivada, reducida a una simple fórmula matemática. Esta forma de aproximación se encuentra en el fondo de tanto fetichismo conceptual de Occidente incluyendo, casualmente, la imagen de Mama Coca que aparece en la portada de la historia de la coca de Mortimer. Sus rasgos anglosajones revelan que ella es una elaboración etnocéntrica, una fantasía romántica producida en completo aislamiento del contexto andino de la mascada de coca, un espejo de la enorme capacidad de mistificación de nuestra propia civilización.

Por todas estas razones cualquier idea de un forastero sobre Mama Coca puede quedar fuera de tono con los conceptos, algunas veces contradictorios, invocados por los mascadores de coca suramericanos. En el caso de la región del Cauca, donde realicé mi trabajo de campo, la sola idea de un espíritu femenino de la coca era tan extremadamente difusa, tan poco explícita, que resultaba casi totalmente indiscernible. Durante mucho tiempo llegué a considerar el abandono total del problema de Mama Coca por cuanto su asociación con cierta clase de misticismo fácil llegaría a constituir un serio inconveniente. Si al final conservé la búsqueda de su identidad como tema principal de este estudio lo hice impulsado menos por el precedente mitológico concreto de los Andes centrales que por la necesidad de definir algún modelo para mi investigación, algún modelo que pudiera trascender la clase de instrumentos metodológicos, mal adaptados y *a priori*, empleados en este campo por muchos antropólogos. El atractivo de Mama Coca radica, precisamente, en la carencia de una clara definición. Fue este carácter difuso del proyecto, esta inestabilidad inherente, lo que podía servir como marco investigativo, como complemento de mi experiencia directa e igualmente carente de forma.

La noción seguía siendo nebulosa cuando, por fortuna, encontré un corto párrafo que clarificaba los contornos de la feminidad abstracta que había adscrito a Mama Coca. Había sido redactado por el poeta isabelino John Donne

(1972:335) y provenía de sus primeros escritos en prosa (*Paradojas y problemas*) en una sección titulada “Defensa de la inconstancia de la mujer”:

Que la mujer es inconstante yo, con cualquier hombre, lo confieso; pero que la inconstancia sea una mala cualidad yo, contra cualquier hombre, sostendré: porque cada cosa como es, una mejor que la otra, está más llena de cambio; los cielos mismos giran continuamente... así los hombres; aquellos que tienen el máximo de razón son los más mudables en sus designios, y los más oscuros y los más ignorantes, los que más raramente cambian; por lo tanto, cambiando más las mujeres que los hombres, tienen también más razón...

No pude dejar de pensar que un reconocimiento formal del tipo de inconstancia femenina descrita por Donne podía, en efecto, servir como vehículo apropiado para expresar los múltiples cambios en cualquier aproximación a la experiencia de usar coca. La búsqueda de Mama Coca no era, realmente, una búsqueda en absoluto sino, sencillamente, un proceso continuado de definición. La búsqueda de su imagen inconstante conduciría, inevitablemente, al logro repetido de metas parciales que, de ser alcanzadas, se convertirían tan solo en puntos de partida para una etapa posterior de la investigación. En consecuencia no parecía en lo más mínimo sorprendente que mi investigación pudiera oscilar entre las diferentes aproximaciones de los marcos sociológico, farmacológico, etnográfico o histórico de investigación social. Parecía, más bien, que el acoplamiento directo de una experiencia subjetiva de la coca con las diversas aproximaciones teóricas y culturales a la materia – las perceptibles en las fuentes escritas y las que me indicaron los compañeros de la región del Cauca– constituiría el único camino posible hacia una definición de la elusiva Mama Coca.

Tal vez era inevitable que este camino condujese, finalmente, a un encuentro con una Mama Coca real, sustancial; una anciana viuda nasa que, fuera de ser una magnífica

informante, también tenía la capacidad de excitarme sexualmente en una forma que jamás había experimentado con anterioridad. Durante la última mitad de 1973 visité con frecuencia su casa en el valle de San Andrés de Pisimbala y, aunque nunca establecimos ningún contacto físico real, los vínculos entre nosotros crecieron hasta el punto en que repetidamente reconocía sus rasgos en mis sueños, la mayor parte de las veces en clara asociación con las hojas de coca. Sus hijos adultos consideraban nuestra relación fuente de gran diversión, aún más teniendo en cuenta que usualmente yo le llevaba a ella regalos de coca y recibía, a cambio, polvo de cal (o ‘mambe’) preparado en su casa. Esta era una fina sustancia blanca que, guardada en un calabazo en forma de pera y con nítida apariencia fálica, se prestaba a gran cantidad de bromas sexuales por el estilo de “joven viene a vieja para llenar su *tuka* (calabazo) de polvo blanco...”

Solo después de haberla conocido durante más de seis meses decidí tratar de vencer su natural recato explicándole, tan respetuosamente como pude, la identificación que yo hacía de Mama Coca con su persona. Como para poner en duda mi alta seriedad comenzó a reir incontroladamente, levantándose la falda sobre las rodillas y adoptando todas las poses y coquetería de una muchacha treinta años menor. Luego procedió a acosarme con su ñusa casera (guarapo fermentado) y, al poco tiempo, los dos estábamos ebrios. Toda la tensión sexual anterior pareció evaporarse en cierta forma al tornarse explícita y a partir de entonces seguimos como los mejores amigos platónicos. Estaba levantándose para marcharme cuando ella comentó de repente “Esa mujer, la de la coca, tiene que tener mucho cuidado ¿entiende? Ella lo tiene encantado y es capaz de matarlo así nomás...” Quebró de una manera muy expresiva una ramita que tenía en la mano y la arrojó a los arbustos. Después supe que su marido había muerto de una afección o infatuación similar, permaneciendo levantado toda la noche, mascando coca y errando por los campos hasta que le dio un colapso de puro agotamiento. Estaba preocupada, por consiguiente, de que ese espíritu maligno de Mama Coca estuviera actuando de alguna forma a través de ella, operando sin ningún control

consciente de su parte. Me sugirió ponerme en contacto con su hermano –un ‘médico’ o curandero ampliamente respetado en aquellos lugares– y tratar de expulsar con él la obsesión. A este punto regresaré en el último capítulo del libro porque, en términos de mis preocupaciones subjetivas y existenciales, la ‘objetivación’ de Mama Coca se convirtió en el aspecto más importante de mi trabajo de campo en la región del Cauca.

## La coca y el Occidente

*Eran muy feos de gesto y cara; todos tenían los carrillos llenos por dentro de una yerba verde que rumiaban continuamente como bestias, que apenas podían hablar, y cada uno llevaba al cuello dos calabazas secas, y una estaba llena de aquella hierba que tenían en la boca, y la otra de una harina blanca que parecía yeso en polvo, y de cuando en cuando con un palillo que tenían, mojándolo con la boca, lo metían en la harina y después lo metían en la boca... enbarinando la yerba que tenían en la boca, y esto lo hacían muy a menudo; y maravillados de tal cosa no podíamos entender el secreto, ni con qué fin lo hacían así.*

Carta de Américo Vespucio,  
del 4 de septiembre de 1504,  
en la que describe su viaje a la costa  
septentrional de Suramérica en 1499<sup>5</sup>

Parce probable que la carta de Vespucio sea el primer escrito que se conoce sobre el uso de la coca, un hábito que estaba mucho más extendido a comienzos del siglo XVI de lo que está hoy. La mayoría de los primeros relatos se ocupó de describir la costumbre a lo largo de la costa del Caribe, zona donde hace mucho desapareció, así como la

---

5 Vespucio (1951:240). Véase la excelente discusión de su carta en Vila (1971). El lugar descrito es la península de la Guajira.

mayor parte de la población nativa. Es más: casi todas las descripciones se caracterizan por la misma incomprendión total manifiesta en la carta de Vespucio; no fue sino hasta muchos años después –luego de la Conquista (1533) y el establecimiento de la nueva colonia del Perú– que se hizo un intento de ofrecer una explicación seria del hábito de la coca.<sup>6</sup> Inclusive un cronista tan perceptivo como Pedro Cieza de León (1962:249) encontró difícil suprimir su sentimiento de disgusto al escribir sobre la región del Cauca en los primeros años de la década de 1540:

En los más pueblos de los que están sujetos a la ciudad de Cali y Popayán traen por las bocas la coca menuda ya dicha, y de unos pequeños calabazos sacan cierta mixtura o confacción que ellos hacen, y puesto en la boca, lo traen por ella, haciendo lo mismo de cierta tierra que es a manera de cal.... Preguntando a algunos indios por qué causa traen siempre ocupada la boca con aquesta hierba (la cual no comen ni hacen más de traerla en los dientes), dicen que sienten poco la hambre y que se hallan en gran vigor y fuerza. Creo yo que algo lo debe de causar, aunque más me parece una costumbre aviciada y conveniente para semejante gente que estos indios son...

Con el tiempo, sin embargo, comenzaron a filtrarse hacia España las noticias sobre las extraordinarias cualidades de la coca, a menudo confundidas, por lo menos inicialmente, con informaciones relativas a otras plantas medicinales, como el tabaco. Un resumen de las ideas corrientes de la época se encuentra en el famoso herbario del Nuevo Mundo, la *Historia medicinal* de Nicolás Monardes, publicada por primera vez en Sevilla en 1574. La obra de Monardes fue traducida al inglés por John Frampton (Londres, 1577) y al

---

6 Véase Patiño (1967:201-223) para una introducción a las primeras fuentes de cronistas sobre el uso de la coca. Es notable la opinión del ilustre Protector de Indios, el obispo Bartolomé de Las Casas: “Es muy sucia cosa y engendra grande asco verlos...”

latín por el director del Jardín Imperial de Viena, Charles L'Ecluse (Amberes, 1582); forma también la base para una discusión sobre la coca en la *Histoire admirable des plantes* (París, 1605) de Claude Duret.

A pesar del reconocimiento escrito de las maravillosas cualidades de la planta parece que el consumo efectivo de la coca nunca penetró, verdaderamente, en Europa. En este sentido el caso de la coca difería del de otras dos plantas del Nuevo Mundo –el chocolate y el tabaco– cuya popularidad comenzó a aumentar vertiginosamente en el siglo XVII. En gran parte la razón de ello debe de estar en la dificultad inicial de aprender cómo mascar coca adecuadamente, sobre todo si se compara con los hábitos relativamente simples de tomar chocolate y fumar tabaco. La dolorosa cauterización de las suaves membranas mucosas de la boca –una consecuencia inevitable de la aplicación descuidada del polvo de cal utilizado con las hojas de coca– y la discriminación estética casi universal contra lo que era considerado un hábito ‘feo’ habrían evitado la adopción extendida de la coca por los españoles en el Nuevo Mundo y su subsiguiente popularización en las metrópolis europeas. Esta situación apenas ha cambiado hoy en día y, no obstante, la fácil asimilación de gran cantidad de drogas por la sociedad moderna, es improbable que el mascar coca –al contrario de la inhalación de cocaína– llegue a ser una costumbre de moda.

### **Primeras campañas españolas contra la coca**

No hay sino un corto paso, sin embargo, del simple disgusto a la condena abierta. En el deseo de descubrir algo en el hábito de la coca que fuera más censurable que la sola fealdad las autoridades españolas pronto recurrieron a la suprema sabiduría de la Iglesia. Acostumbrados a las historias de brujas y sus “ungüentos mágicos” –una obsesión corriente al final de la Edad media en Europa– el hecho de ingerir cualquier sustancia psicoactiva vegetal se consideraba una especie de perversión diabólica. El uso de víctimas propiciatorias en la campaña contra las brujas europeas suministró el modelo para la represión cultural

en las Américas y se volvió costumbre referirse al uso de drogas por los indígenas con la pintoresca expresión de “hablar con el demonio” (*cfr.* Guerra 1971). Como resultado de la celosa vigilancia de los santos padres, el consumo de alucinógenos se convirtió, rápidamente, en una práctica muy oculta, subrepticia; por esta razón existen poquísimos informes contemporáneos sobre la materia. Sin embargo, este no fue el caso de la coca, que se empleaba, ampliamente, no solo como hierba mágica sino como estimulante cotidiano en el curso normal del trabajo agrícola. Por ello su uso no podía esconderse de las autoridades fácilmente; quizás por esta razón la coca fue seleccionada como blanco principal de la campaña misionera que por entonces comenzaba a reducir a los nativos americanos.

El primer consejo eclesiástico de Lima (1551) decidió condenar la coca de plano, considerándola un gran obstáculo para la difusión de la cristiandad. Diego Robles (citado por Hemming 1972:367 y nota de pie de página) declaró, lisa y llanamente: “La coca es una planta que el demonio inventó para la destrucción total de los nativos”. Hacia 1569 los intereses cléricales habían prevalecido, hasta el punto de que el rey envió las siguientes recomendaciones al Perú:

A Nos se han hecho relación que del uso y costumbres que los indios de esa tierra tienen en la granjería de la coca se siguen inconvenientes por ser mucha parte para sus idolatrías, ceremonias y hechicerías, y fingen que trayéndola en la boca les da fuerza, lo cual era la ilusión del demonio según dicen los experimentados (Begué 1971).

El padre Antonio de Zúñiga, en una carta al rey fechada el 15 de julio de 1579, alegó que el uso de la coca había sido la causa de su fracaso en convertir a los paganos y sugirió que todas las plantaciones fuesen destruidas y que los indios que trabajaran en ellas fueran vendidos como esclavos (Patiño 1967:213). El buen fraile era bastante realista, no obstante, para reconocer que sus propuestas tenían pocas posibilidades de ser aceptadas. En primer lugar, el hábito estaba tan difundido que cualquier supresión efectiva habría requerido la vigilancia policiva de

la casi totalidad de la población de los Andes, una tarea tan imposible entonces como lo es hoy. Más significativamente, el comercio de la coca había llegado, rápidamente, a ser la fuente individual más importante de ingresos agrícolas en todo el Perú, proporcionando un medio de vida no solo a los cultivadores indígenas o españoles sino, también, generando un considerable ingreso –mediante la exacción de diezmos y tributos– para la Corona y la Iglesia.

La preocupación por el problema de la coca tendió, por lo tanto, a ceder gradualmente, con el paso del tiempo y se concentró en los escandalosos abusos resultantes de las inescrupulosas prácticas comerciales realizadas por españoles codiciosos y especuladores mestizos. En la década de 1560 Juan de Matienzo completó el primer estudio detallado y cuidadoso sobre la producción de coca en el Perú, respaldando su posición con un argumento teológico virtualmente irrefutable en favor de la planta: "...porque pues Dios la crió en esta tierra más que en otra debió de ser necesaria para los naturales de ella, pues Dios no hizo cosa por demás, ni sin algún efecto" (Matienzo 1967:163). Matienzo dedicó considerable atención a los riesgos implicados en la recolección de las cosechas, pues requerían el envío de numerosos indios de las alturas a las húmedas e insalubres regiones de la montaña, de donde regresaban infestados de enfermedades terribles, si es que acaso regresaban. Como resultado de tales informes y de su impacto en el celo administrativo de la corte de Felipe II se decretó una gran cantidad de edictos u ordenanzas relacionados con el tratamiento de la mano de obra indígena. El 17 de diciembre de 1563 se publicó la "Ley por la que Felipe II ordena castigar a los que obligan a los indios a ir a la granjería de la coca" (Begué 1971) y en 1573 se formularon recomendaciones más concretas, detallando una serie de restricciones a la carga laboral de los indios, y estableciendo en un mes el período máximo que los trabajadores de las alturas podían ser obligados a permanecer en la montaña. La respuesta normal de los colonizadores a tales instrucciones fue la irónica frase "se acata, pero no se cumple" y hacia finales del siglo XVI mascar coca, junto con todos los abusos producidos por

su explotación, había llegado a ser ampliamente aceptado como un hecho de la vida en los Andes.

## Los primeros mascadores de coca no indígenas

Simultáneamente se produjo cierto ablandamiento de las primeras actitudes intolerantes hacia el hábito, extendiéndose el uso de la coca (principalmente, quizá, en forma de infusión) entre los esclavos negros<sup>7</sup> y entre los colonizadores blancos. Un funcionario de la Inquisición española, en una misión a Quito entre 1623 y 1628, describió en los términos siguientes a los monjes dominicanos y agustinos de la ciudad:

Toman, Señor, en estas dos religiones, con grande disolución, la coca, yerba en el que el demonio tiene librado lo más esencial de sus diabólicos embustes, la cual los embriaga y saca de juicio, de manera que enajenados totalmente dicen y hacen cosas indignas de cristianos, cuanto más de religiosos. Juzgo que si la Inquisición no mete la mano en esta infernal superstición, se ha de perder esto (Patiño 1967:213).

A pesar de la evidencia de la infiltración de la coca en los claustros el caso más cabalmente documentado del uso de la coca por el hombre blanco sigue siendo el de Francisco Martín, uno de los miembros de la primera expedición de Micer Ambrosio Alfinger a las regiones selváticas del noreste de Venezuela (1529-1531). Habiéndose distinguido por su valor y resistencia Martín fue escogido para formar parte de una pequeña fuerza auxiliar cuya misión era recuperar un gran botín de oro y llevarlo a la fundación española de Coro, en la costa del Caribe. Vagando sin rumbo por las espesas selvas aledañas al Lago de Maracaibo el pequeño grupo se vio obligado a comerse los caballos y, como último recurso, hasta la carne de sus cargueros indios, hecho que fue registrado con horror e incredulidad por los cronistas

---

7 "...pues hay muchos negros que usan de ella" (Matienzo 1967:163).

de la época. Al fallarles las fuerzas se vieron obligados a enterrar el tesoro y Martín, con una pierna herida, fue abandonado por los tres compañeros que le quedaban.

Según la terrorífica descripción escrita por Pedro de Aguado el hambre de nuestro héroe era tan grande en este momento, que tuvo que comerse crudo el pene de un indio que había caído víctima de los otros tres españoles. Totalmente desesperado se arrojó a un río y, agarrado de un tronco, flotó con la corriente hasta una aldea indígena que había a pocas leguas de distancia. Tuvo la fortuna de ser bien recibido y, a pesar de la oposición de los jóvenes de la tribu, con el tiempo se casó con la hija del jefe, convirtiéndose en famoso guerrero y casi legendario curandero y adivino en toda la región. Muchos años después, cuando finalmente fue encontrado por los españoles, había adoptado todas las costumbres locales, inclusive el vestido y el tatuaje indígenas y, apenas natural, también el hábito de la coca.

Escandalizados ante tan descarado repudio de los valores cristianos y, todavía más importante, reconociéndolo como el único sobreviviente de una expedición que había perdido un tesoro incalculable de oro obligaron a Martín a regresar a Coro. Como es comprensible jamás pudo localizar de nuevo el tesoro. En dos oportunidades logró escapar de sus raptadores españoles y regresó a su esposa e hijos en la aldea indígena. En relación con su aprecio por la coca Pedro de Aguado (1956, 3:76) fue explícito:

...y usaba las armas y los otros ejercicios y aún creo que idolatrías de los indios y el comer hayo y cal, que es una costumbre muy general entre indios y muy usada; y aún después de salido de entre estos indios lo usaba muchas veces, porque se le habían asentado y encajado tan bien las cosas de los indios que él las tenía por naturales y ellas a él por hijo.<sup>8</sup>

8 Es dudoso que el manuscrito terminado, sometido al Consejo de Indias en España en 1579, haya sido escrito todo por Aguado, quien llegó a Suramérica apenas en 1562. Las descripciones

Teniendo en cuenta que un gran número de los primeros colonizadores vivieron en contacto estrecho con sus nuevos súbditos indígenas resulta acaso sorprendente que no haya más de ellos que no hubieran seguido el ejemplo de Martín. Algunos de los testigos más perspicaces de la época hicieron el esfuerzo de destacar algunas aplicaciones terapeúticas de la planta. Un relato temprano de la costumbre de mascar coca cerca de Cumaná, en la costa venezolana, describe la mancha negra que se forma en los dientes de los coqueros indígenas:

[...]se meten estas hierbas en la boca y las llevan hasta ennegrecer los dientes como el carbón; dura después la negrura toda la vida y ni se pudren con ella ni duelen (López de Gomara 1954:138).

El padre jesuita Bernabé Cobo (1964, 1:216) confirmó esta observación con su propia experiencia en el Perú:

A mi me sucedió que llamado una vez a un barbero para que me sacara una muela porque se andaba y me dolía mucho me dijo el barbero que era lástima sacarla porque estaba buena y sana; y como se hallase presente un amigo mío religioso me aconsejó que mascase coca por algunos días. Hícelo así con que se me quitó el dolor de muela y ella se afijó como las demás.

Cobo también mencionó otras cualidades de las hojas: su uso local para aplicaciones en huesos rotos o en heridas infectadas; su conveniencia para desórdenes estomacales o vómitos compulsivos; y la propiedad del humo de resollo de semillas de coca para detener la hemorragia de la nariz.

---

más detalladas, como la relativa a Martín, probablemente se derivan de manuscritos recogidos por Antonio Medrano, quien hizo transcripciones de relatos orales de testigos de la conquista española. En todo caso la colorida descripción en Aguado de la vida de Martín contrasta, notablemente, con el blando enlucido que recibe su historia en otras narraciones oficiales de la época, como la de Castellanos (1944:206-210).

Como resultado de estas y otras observaciones pronto se hizo aceptable para los blancos el uso de la coca –al menos medicinalmente– y el disgusto y la vana incomprendición del período anterior comenzó a ceder ante un respeto casi codicioso por la planta. A comienzos del siglo XVII ello había dado lugar a un tipo de consumo que se mantuvo, sin mayores modificaciones, hasta el descubrimiento y comercialización de la cocaína. Con los frutos del comercio firmemente manejado por los poderosos intereses coloniales se permitía el hábito a las amplias masas de la población y hasta se les estimulaba para que continuaran mascando coca. Otros grupos –los esclavos negros, en particular, y uno que otro campesino blanco– también adoptaron el hábito de mascar, probablemente como ayuda en el pesado trabajo físico. Incluso los colonizadores más prósperos utilizaban la milagrosa hoja, preparándola en infusiones y empleándola como panacea casi universal para una amplia gama de malestares nerviosos o digestivos.

Un excelente resumen del conocimiento médico de la época se encuentra en la *Disertación* de Hipólito Unane (1974) publicada, originalmente, en *El Mercurio Peruano*. En Colombia el jesuita Antonio Julián (1854) defendió, desde Santa Marta, las posibilidades de desarrollar un nuevo mercado para el hayo, la coca local, con un proyecto que hasta en los días actuales sería considerado innovador, por no decir revolucionario. Julián llamaba la atención, especialmente, sobre la importancia de la moda –es decir, el consenso social– para conseguir que el mercado español se abriera a nuevas formas de coca semindustrializada, el mismo objetivo perseguido, hasta hoy, por quienes defienden y promueven esta planta.

## El aislamiento de la cocaína

En el siglo XVIII comenzó a surgir un nuevo tipo de interés científico por la planta: Joseph de Jussieu hizo algunas colecciones de variedades de coca y, en 1786, Lamarck publicó la descripción clásica de la especie económica típica,

*Erythroxylum coca* (Mortimer 1901:55). En Colombia o, mejor, en la colonia de la Nueva Granada este interés correspondió a la famosa Expedición Botánica. En marzo de 1784, bajo la dirección de José Celestino Mutis, dicho grupo recogió e ilustró la coca de Mariquita, en el valle del Magdalena Medio, cerca de Bogotá, registrando, así, la primera muestra botánica de la que, posteriormente, vino a ser identificada como la especie *Erythroxylum novogranatense*.<sup>9</sup>

Varios oficiales británicos publicaron breves narraciones sobre el hábito de mascar coca en sus libros sobre la guerra de independencia contra España, limitándose a señalar paralelos con el uso del betel en la India y en el Lejano Oriente (Bonnycastle 1818: 275; Bollaert 1860; Hamilton 1955). Otros autores más aventurados inclusive sugirieron que la coca fuera introducida a Inglaterra como medida temporal para épocas de hambre, pero no fueron tomados muy en serio.<sup>10</sup> El problema era que pocas personas cultas habían mascado coca y, debido a eso, ignoraban qué decir en su defensa. Esto hace el caso del General Miller –comandante de la fuerza voluntaria británica durante la campaña por la independencia del Perú en 1824– una excepción notable:

Nada consigue tan rápidamente la buena voluntad de un indio como solicitar compartir un poco de coca. Saca su bolsita con aire de gran satisfacción y parece ansioso de que suponga que él siente un honor profundo. El general Miller la mascaba con frecuencia (Miller 1828, 2:198).

Miller, sin embargo, no era el único entusiasta de la coca; años más tarde su uso fue encomiado en el escrito del famoso andinista Clements Markham (1862:152), quien visitó el Perú en 1859:

- 
- 9 El diarista de la Expedición Botánica, Eloy Valenzuela, mencionó la coca tres veces (Valenzuela 1952: 274, 350, 364). Gentner (1972:534) identificó el espécimen de coca de Mutis como *E. novogranatense*.
- 10 Véase una carta, firmada “Academicus”, en el *Gentleman’s Magazine* (1814, volumen.II, p. 217).

Masqué coca, no constantemente, pero con frecuencia, desde el día de mi partida de Sandia y, junto al agradable sentimiento de consuelo que producía hallé que podía resistir una larga abstinencia de comida con menos molestia de la que en otra forma hubiera sentido; me permitía ascender escarpadas montañas con una sensación de ligereza y elasticidad, sin perder el aliento. Esta última cualidad debería recomendarla a los miembros del Club Alpino y a los turistas caminantes en general.<sup>11</sup>

Casualmente, también en 1859 se hizo el desarrollo más importante en la historia de la coca: el aislamiento de la cocaína y su reconocimiento como el principal alcaloide activo en la hoja de la coca. Aunque el ejemplo había pasado desapercibido para la comunidad científica internacional, el principio básico de extracción de cocaína ya tenía pioneros en los indígenas de la península de La Guajira, en la frontera entre Colombia y Venezuela. El sistema guajiro consistía en hervir hojas de coca machacadas en una solución de agua y cal en polvo, producida moliendo conchas de mar cocidas.<sup>12</sup> De esta manera resultaba un almíbar espeso, viscoso, que contenía una poderosa carga de alcaloides y cuya naturaleza no difiere mucho de la pasta no refinada de cocaína, el rasgo común del actual comercio ilícito.

Se ha escrito mucho acerca del ‘descubrimiento’ original de la cocaína. No es el objeto del presente estudio mediar entre las pretensiones encontradas de Gaedeke –quien aisló lo que denominó *Erythroxylina*, en 1855– y Albert Niemann, a quien se accredita el reconocimiento formal de la cocaína entre 1858 y 1859. Después del descubrimiento de la morfina en 1803, se habían dado grandes pasos adelante en la química de los alcaloides, y era casi inevitable que la coca entregaría, finalmente, su elusiva ‘esencia’ al impasible escrutinio del tubo de ensayo.

11 Otro entusiasta informe de este período, de un médico con muchos años de experiencia con la coca en Argentina, fue el de Mantegazza (1859).

12 El informe de la expedición de Fidalgo a Santa Marta (1793-1808) se menciona en Patiño (1967:204).

Lo más sorprendente, quizás, es que el aislamiento de la cocaína no suscitó gran interés por hallar nuevas aplicaciones de la droga. Probablemente la razón más relevante de esta falla yace en el tratamiento escéptico dado comúnmente a los relatos sobre la costumbre de mascar coca en su contexto nativo. Los poderes atribuidos a la hoja de coca se consideraban ilusorios o supersticiosos, en consonancia en el estatus ‘salvaje’ de los indígenas que la usaban; y los viajeros que argumentaron –junto con Miller y Markham– haber experimentado notables efectos con las hojas, fueron por lo general calificados de excéntricos cuyo ingenuo entusiasmo había nublado el juicio sensato. Como veremos, la medicina occidental pagaría caro por esta miopía autoimpuesta.

## La droga prodigo

La cocaína tendría que esperar veinticinco años para que en los círculos médicos se le reconociera alguna aplicación práctica. Inspirado por los informes que describían su uso en los ejercicios de campaña del ejército prusiano, el joven Sigmund Freud decidió empezar a experimentar con la cocaína, utilizando la droga como estimulante de propósito múltiple y como tónico para levantar el ánimo. Sus intrigantes descubrimientos, sin embargo, no fueron ni bien recibidos ni publicados ampliamente, y quedó reservada para su compañero de estudios en Viena, Carl Koller, la aplicación de la cocaína en una forma hasta entonces no reconocida: la de anestésico local. Sus descubrimientos revolucionaron, de la noche a la mañana, el arte de la cirugía y hacia el invierno de 1884-1885 la cocaína se había convertido en una de las cuestiones más ardorosamente debatidas por el cuerpo médico de ese entonces (*cfr.* Mortimer 1901; Byck 1974; Ashley 1975).

Al menos inicialmente la cocaína fue considerada algo así como una droga prodigo y sus aplicaciones quirúrgicas fueron aclamadas, universalmente, como un salto en la ciencia médica moderna. No obstante, sus aplicaciones como estimulante o sustituto de la morfina –precisamente los aspectos que más interesaban a Freud– fueron recibidas

con poco entusiasmo. Los estereotipos de adicción al opio pronto llegaron a asociarse también a la cocaína, divulgándose por vehículos de comunicación de masas, como las aventuras seriadas de Sherlock Holmes. A finales de la década de 1880 la denuncia de un nuevo vicio, la *cocainomanía*, se convirtió en la orden del día y Freud (1974a:173) se sintió en la necesidad de anotar:

Todos los informes sobre adicción a la cocaína y el deterioro resultante de ella se refieren a los adictos a la morfina... La cocaína no ha reivindicado ninguna víctima propia.

Por supuesto que Freud tenía bastante razón pero siendo entonces un insignificante médico residente sus superiores no tuvieron paciencia con las exactitudades académicas de su razonamiento. En todo caso, difícilmente puede dudarse de que la razón subyacente para identificar a la coca con la morfina y su subsecuente clasificación equivocada como una droga especialmente peligrosa, –según quedó encuadrada en la Ley Harrison de 1914– tuvo que originarse en la amplia renuencia a considerar, seriamente, el precedente cultural de la coca como se usa en los Andes. A juzgar por el principal estudio de Freud sobre la materia –*Über coca*, publicado en julio de 1884– la mayoría de los informes se limitaba a comentarios ocasionales sobre la ‘resistencia’ de los indios mientras mascaban hojas de coca y repetía las concepciones erróneas entresacadas del dudoso cronista el Inca Garcilaso de la Vega, más conocido por su incierta afirmación de que la coca había sido, originalmente, una prerrogativa exclusiva de la aristocracia incaica (Byck 1974).

Uno de los aspectos más notables de todo el asunto fue la revolución que produjo el descubrimiento de la cocaína en las concepciones ‘civilizadas’ del hábito de la coca. Antes que ser una mera curiosidad, un detalle pintoresco para animar los relatos de los viajeros por los Andes, la coca pronto comenzó a considerarse –al menos por intereses favorables a la cocaína– como una “hoja sublime”, la “planta divina de los incas”. Debido a la falta de información detallada sobre el

hábito de la coca es quizás comprensible que tantos autores asumieran, sencillamente, que cualquier cosa que fuese verdad para la cocaína era valida también para la coca y viceversa. Freud (1974b:53) era intransigente al respecto:

Los experimentos llevados a cabo recientemente con la cocaína preparada por Merck, en Darmstadt, justifican por sí solos la afirmación de que la cocaína es el verdadero agente del efecto de la coca.

Para remediar esta equivocación William Golden Mortimer emprendió la obra que es, probablemente, el trabajo individual más importante y compresivo que se haya escrito sobre la materia, *Perú: una historia de la coca*, publicado por primera vez en Nueva York en 1901. Ese libro se basó en un intento enciclopédico por combinar la investigación médica de la época con las opiniones entonces corrientes en el campo de los estudios andinos; dado el hecho de que en los ochenta años transcurridos se ha podido disponer de considerable nueva información es sorprendente notar hasta qué punto el material de Mortimer jamás ha sido superado. A Mortimer y a su principal informante, Henry Rusby, se debe dar crédito por oponerse a la opinión oficial de que la cocaína incorpora, necesariamente, las numerosas cualidades de la hoja de coca. Como afirmó Rusby:

Puede decirse, con ciertas restricciones, que las propiedades de la cocaína, notables como son, se encuentran en una dirección completamente diferente a las de la coca, tal como se nos ha reportado desde Suramérica (Mortimer 1901:17).

Al mismo tiempo, y sin el propósito de demeritar las numerosas y valiosas contribuciones de Mortimer sobre el asunto, es excusable destacar que subsiste una gran falla en su razonamiento. La cuestión es importante porque parece un poco desafortunado que haya ido tan lejos en distinguir entre la coca y la cocaína solo para sucumbir, finalmente, a intereses comerciales tan visibles como su publicidad a favor de M. Angelo Mariani, fabricante de una variedad de vinos derivados

de la coca que gozaban, por entonces, de considerable fama (Mortimer 1901:304). El vino Mariani, lanzado al mercado en 1863, conquistó, rápidamente, los paladares de un gran número de ciudadanos eminentes, incluyendo a más de un papa o jefe de Estado. Como consecuencia de tal éxito surgieron incontables imitadores, incluyendo el prototipo cocainífero de la Coca-Cola elaborada por primera vez en Atlanta, Georgia, por John Smyth Pemberton en 1886.

## Farmacología: una inquisición moderna

Mortimer, sin embargo, debe ser perdonado por este pecado venial, especialmente si uno se detiene a considerar la burda deshonestidad que llegó a ser corriente en tantos estudios médicos posteriores sobre el hábito de la coca. Quizás es bastante significativo que su trabajo haya sido mencionado tan pocas veces por los farmacólogos de pacotilla, los burócratas internacionales de narcóticos. Esto es apenas sorprendente puesto que Mortimer no sustentó, de ninguna forma, la teoría de la ‘adicción’ derivada de la morfina que otros autores desearon emplear para explicar el hábito de la coca entre los indígenas andinos. El primer campeón de esta línea de pensamiento fue Eduard von Poepping, un alemán que viajó, extensamente, por el Perú entre 1827 y 1832 y a quien Mortimer (1901:171) describió, eufemísticamente, como un “no entusiasta admirador de las costumbres de los indios”; portador de un sentido puritano de la corrección la coca solo fue uno entre los múltiples aspectos de la vida de los indígenas que encontró chocante y depravado; describió, ampliamente, los terribles síntomas, incluidos el insomnio, los dolores de cabeza y hasta la muerte, que creyó eran casos concluyentes de adicción a la coca (Gutiérrez y Zapata 1947:27).

El lúgubre relato de Poepping acerca del coquero indígena, junto con unos cuantos experimentos de laboratorio en casos de intoxicación crónica producida por copiosas inyecciones intravenosas de cocaína, suministró a la mayoría de los farmacólogos las pruebas que necesitaba para

condenar el uso de la hoja de coca. En muchos casos las reputaciones profesionales no descansaban en investigación original alguna sino en la práctica de un dogmatismo desaforado y en una retórica hirsuta e incendiaria. Un ejemplo pertinente es el suministrado por Louis Lewin, el distinguido toxicólogo que publicó en 1924 un libro llamado *Phantástica*, considerado durante mucho tiempo casi como una biblia sobre los efectos de las drogas psicoactivas. En relación a la coca su argumentación comenzó en forma bien característica, insistiendo en el concepto erróneo de que “el uso de las hojas y el de la cocaína producen resultados muy similares en cuanto a los síntomas reales y a la forma final del daño cocaínico” (Lewin 1924:243). Como si esto no fuera suficiente reafirmó la confusión entre la coca y los opiáceos, machacando con una vehemencia que parecía regresar a los días más oscuros de la Inquisición española:

El prolongado abuso toxicomaníaco ocasiona el desarrollo gradual de síntomas más graves, manifestación de los cuales es patente entre esos come-coca [sic] de Suramérica, los coqueros. Se comportan física y moralmente como los fumadores de opio. Aparece un estado caquéctico con extenuación extrema acompañada de un cambio gradual de conducta. Son viejos antes de ser adultos. Son apáticos, inútiles para cualquier propósito serio en la vida. Son objeto de alucinaciones y los gobierna, exclusivamente, el deseo apasionado por la droga, a cuyo lado todo en la vida es de menor valía (Lewin 1924:244-245).

Debido a la apelación de Lewin a todo lo que es más etnocéntrico y culturalmente intolerante en la medicina moderna no debería sorprender que sus ideas hayan sido ampliamente apreciadas por la élite social que constituye el grueso de la profesión médica en Suramérica. En 1936 el Departamento de Farmacología de la Facultad de Medicina de Lima inició una serie de investigaciones sobre el hábito de la coca; pronto numerosos investigadores locales adquirieron sólidas reputaciones en el campo de la condena de lo que decidieron llamar –tan clínicamente– el *cocaísmo* o

la *cocamanía*. Entre ellos se destacó Carlos Gutiérrez, cuyos descubrimientos enfatizaron los hechos sociales involucrados en el hábito de mascar coca, incluyendo joyas como la relación entre esta costumbre y “la existencia de agudas y crónicas alteraciones mentales” (Gutiérrez 1975:262).

El hecho de que sus observaciones estuviesen claramente reñidas con la definición de salud mental, corriente entre los indígenas, no impidió que Gutiérrez se convirtiera en el principal especialista oficial sobre el tema de la coca ni hizo que desechara su razonamiento. Después de todo, el respaldo que él y sus colaboradores recibieron por su trabajo parece haber dependido, casi totalmente, de la confirmación que hicieron de los perjuicios de los peruanos blancos y ciudadanos, la mayoría de los cuales debió haber asentido, gravemente, al escuchar al ilustre médico decir que “el uso de la coca, el analfabetismo y la actitud negativa hacia la cultura superior están todos íntimamente relacionados” (Gutiérrez y Zapata 1947:77). Otros autores pronto empezaron a trabajar, febrilmente, en los temas desbrozados por Gutiérrez, recalando que los mascadores de coca eran generalmente “alienados” y “antisociales,” así como “inferiores” en inteligencia, iniciativa y adaptabilidad y que sufrían “anormalidades de conducta” como la ausencia de ambición y una indiferencia por los problemas económicos (Ricketts 1952; Bejarano 1953).

De cualquier manera, habiendo dado el primer empujón ideológico a su campaña los mismos expertos procedieron a invitar a las Naciones Unidas a llevar a cabo una encuesta internacional completa sobre “el problema” de la coca, esperando echar mano del dinero para investigación y crear suficiente presión política sobre sus infortunados compatriotas para lograr su objetivo final, “liberar al pueblo de la esclavitud de una droga enviciadora” (Gutiérrez y Zapata 1947). Desde el comienzo la predisposición de la Comisión Investigadora de las Naciones Unidas sobre la Hoja de Coca fue subrayada por los antecedentes de la persona escogida para ser su jefe titular, Howard B. Fonda, por entonces presidente de la Burroughs Wellcome y Cia. y director de la Asociación Americana de Fabricantes Farmacéuticos. Al

llegar al aeropuerto de Lima, el 12 de septiembre de 1949, la prensa citó su afirmación de que el uso de la coca era, indudablemente, dañino; que, posiblemente, era la causa de la “degeneración racial” de los indios; y que las conclusiones de la Comisión confirmarían, definitivamente, lo correcto de sus aseveraciones (Monge 1952b).

Lo que resulta tal vez más sorprendente es que este tipo de tráfico del miedo hubiera sido tan ampliamente aceptado, aún respetado, por la opinión pública de la época. Después de todo, el arribo de la Comisión de las Naciones Unidas coincidió con un período de ausencia, casi total, de cocaína en el mercado mundial de drogas ilícitas; por consiguiente, y a diferencia de los embates más recientes, la ofensiva contra la coca no podía ser justificada en términos de cualquier peligro importante que afectara la salud pública de las capitales industrializadas de Occidente. Entonces, ¿por qué las décadas de 1940 y 1950 fueron testigos de una campaña tan grande contra el hábito de mascar coca?

La respuesta tiene que encontrarse, de seguro, en la persistente obsesión de ese período por el desarrollo y el progreso material y por la eliminación de cualquier rasgo –como mascar coca– que pudiera permanecer subversivamente ajeno a los suaves estereotipos de la nueva sociedad de consumo. La iniciativa de un ataque tan incisivo contra las formas de vida tradicionales tiene que haber surgido de los grupos sociales que tenían más que ganar con el proceso de modernización, incluyendo la oligarquía criolla y la pequeña burguesía y, más específicamente, los intereses multinacionales del capitalismo industrial. Inclusive es posible reducir el foco todavía más, ya que el período en cuestión –la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas– constituyó una verdadera plenamar en la influencia de los Estados Unidos en América Latina, un florecimiento del expansionismo yanqui en su fase clásica.

En su apogeo, el dólar trajo a figuras como mister Fonda, junto con una nueva y pujante industria farmacéutica, así como múltiples esquemas mal concebidos de salud pública. Con frecuencia estos últimos explotaron el problema de la

higiene como medio para disfrazar un claro neocolonialismo y muchas campañas médicas supuestamente altruistas tenían como objetivos reales el socavamiento de la independencia cultural, la autonomía política y la autosuficiencia económica de muchos campesinos. En el caso de la coca el problema real puede no haber sido siquiera el de los supuestos males del hábito de mascarla; uno sospecha que la vociferante campaña contra la droga tenía como principal función encubrir el doble juego oficial entre bastidores. Por lo tanto, no debería resultar sorprendente que la junta militar peruana de entonces haya aprovechado la oportunidad de establecer, por medio del Decreto-Ley 11046 del 13 de junio de 1949, el monopolio gubernamental de la totalidad del comercio doméstico y de la exportación de la coca. Particularmente significativo fue el hecho de que, bajo los términos del artículo 6 de dicha Ley, las utilidades del negocio quedarán reservadas para las Fuerzas Armadas.

Siempre se sostuvo, por supuesto, que este tipo de acción iba en pro de los más altos intereses de los campesinos, a pesar de que jamás nadie se dignó a pedirles su opinión. La bandera de mejorar los niveles de salud sustituyó, convenientemente, la antigua misión religiosa como excusa para cualquier clase de paternalismo autoritario. En realidad la asistencia médica efectiva siguió siendo mínima y en todos los Andes surgió, en cambio, una corriente de artículos producidos en masa, como cigarrillos, confecciones, fertilizantes, insecticidas, antibióticos y, tal vez el más repugnante de todos, el derivado *gringo* de la misma planta andina, la Coca-Cola. En lugar de la verdadera coca el hombre blanco solo podía ofrecer una botella llena de azúcar, colorante artificial y gases corrosivos, irónicamente llamada “the real thing” en la propaganda norteamericana.

Ante colonialismo tan obvio apenas causa sorpresa que cualquier campesino andino que se respetara no mantuviese una saludable distancia entre él y los merodeadores expertos médicos que se aventuran a salir a los campos. Afortunadamente, la mayor parte del grupo de presión anticoca estaba perfectamente satisfecha con sentarse en sus laboratorios y librarse la batalla contra sus rivales intelectuales, los herejes de la profesión médica peruana

que osaron defender el uso de coca, considerándola como un medio para adecuar al cuerpo a las tensiones de la vida en las grandes alturas. El más prominente de este grupo fue Carlos Monge, una figura muy respetada con veinte años de experiencia como fundador y director del Instituto de Biología Andina. El historial del Instituto incluía gran cantidad de investigación pionera acerca de la adaptación del organismo humano para la supervivencia en altitudes extremas; su observación directa del uso de la coca en su contexto nativo produjo conclusiones que discrepan de las teorías del Departamento de Farmacología. Dos artículos en el número de 1952 de la revista antropológica *Perú Indígena* suministran pruebas escritas de los intercambios, cada vez más ásperos, que tuvieron lugar en aquella época entre las partes en conflicto en el debate de la coca.<sup>13</sup>

Monge emprendió su rechazo a la Comisión de la ONU señalando que su período de investigación de tres meses difícilmente había sido suficiente para respaldar unas conclusiones tan amplias y tan profusamente publicadas. Indicó que la insistencia de la Comisión sobre el deficiente desempeño laboral de los mascadores habituales de coca contradecía sus propios descubrimientos, los cuales mostraban que la coca era un elemento importante de la adaptación cultural del hombre al clima rudo y a la atmósfera pobre en oxígeno de las alturas andinas. También cuestionó la suposición de la Comisión de que el mascar coca era, en algún sentido, una ‘causa’ de la desnutrición, observando que ninguna de las enfermedades normalmente atribuidas

---

13 Los trabajos que describen los ‘descubrimientos’ de la Comisión de la ONU, junto con el debate posterior que siguió a la Comisión Peruana del doctor Monge, se encuentran en el volumen 3 de *Perú Indígena* de diciembre de 1952; de aquí en adelante haré referencia a ellos como Comisión de la ONU (1952) y Monge (1952b). El volumen XII de *América Indígena* incluye dos textos atacando a Monge, el primero escrito por Gutiérrez (1952) y el segundo por Ricketts (1952). El volumen XIII de *América Indígena* contiene un informe de Colombia escrito por el hombre que, como Ministro de Salud, volvió ilegal el cultivo de la coca en ese país, Bejarano (1953). Véase Monge (1952b) para una defensa de su postura.

a la desnutrición –como pelagra, beriberi y raquitismo– habían estado presentes en la sierra peruana.

Este punto relativo a la desnutrición era de importancia fundamental debido a que la base de la ‘explicación’ de Gutiérrez del hábito de la coca era la relación recíproca que estableció entre la escasez de alimentos y el empleo de la hoja por parte de los indios:

El mascador habitual prefiere la droga a la comida [...] Aquí se establece un círculo vicioso; se comienza a mascar coca a fin de suprimir el hambre, pero más tarde el sujeto pierde el apetito y come poco porque masca coca (Gutiérrez 1952:118).

En otras palabras Gutiérrez veía en la costumbre de mascar coca tanto la causa como el efecto del abastecimiento crónicamente inadecuado de alimentos, argumento circular que, al menos en términos políticos, estaba dotado de considerable atractivo. Muchos teóricos de la vieja escuela ‘socialista’ sintieron la necesidad de una interpretación igualmente nítida y mecánica del hábito de la coca y nada más fácil que despacharlo como una simple aberración cultural ‘impuesta’ a la población nativa por la explotación económica extrema.<sup>14</sup>

Hay que dar crédito al doctor Monge por su valor para resistir esa clase de fácil simplificación del fenómeno de la coca, proveniente de ambos lados del espectro político, y por sustentar, convincentemente, su posición ante el gobierno peruano, el cual decidió ignorar las imprudentes recomendaciones de la Comisión de la ONU (1952). En Colombia, por otra parte, ninguna autoridad reputada consideró adecuado defender el hábito de la coca, a pesar del hecho de que en toda la región del Cauca, todavía era común para los terratenientes blancos

14 Para un ejemplo de esta postura véanse Friede (1944:16-19) y Galeano (1973:71-72), quien debería profundizar más antes que condenar uno de los sectores más revolucionarios de la sociedad latinoamericana, el proletariado minero de Bolivia, por su hábito de la coca, que denominó “la estéril revancha de los condenados”.

en los años de 1940, y aún para los sacerdotes misioneros (González s.f.:195), incluir una ración diaria de coca en sus pagos a los trabajadores agrícolas. Al ser nombrado Ministro de Salud Jorge Bejarano, un ilustre médico oriundo de Buga, decidió hacer capital político con el problema, expidiendo el Decreto 896 del 11 de marzo de 1947 que prohibió el cultivo, la distribución, la venta y la tenencia de hojas de coca en todo el país. A pesar de suministrar a las fuerzas locales de la policía una nueva excusa para hostigar a los indígenas y a los campesinos del Cauca, la implementación efectiva de esta legislación, por medio de un programa de sustitución de cultivos, fue, afortunadamente, socavada por la inercia burocrática, constante en toda la vida pública colombiana. El Ministerio de Salud, que había propuesto regionalmente la ley, transfirió la responsabilidad de su aplicación efectiva al Ministerio del Trabajo, el cual pasó la carga al Ministerio de Agricultura que, a su vez, decidió que la campaña debía ser financiada por los bancos agrícolas y las agencias de crédito. En dos años el proyecto llegó a un punto muerto, para ser pronto olvidado al calor de la *Violencia*, una guerra civil de proporciones catastróficas que afectó las áreas de cultivo de coca de los indígenas nasa (Begué 1971).

Durante los quince años siguientes, mientras se tramitaba la Convención Única de la ONU (1961), la cuestión de la coca permaneció relativamente quieta, solo para ser revivida en el Perú a mediados de los años sesenta a través de un equipo de investigación de la escuela de Higiene y Salud Pública de John Hopkins University, de Baltimore. Patrocinados por una donación del Comando de Investigación y Desarrollo del Ejército de los Estados Unidos los doctores Buck, Sasaki, Hewitt y Macrae hicieron un estudio epidemiológico de los efectos ‘nocivos’ del uso de la coca entre los habitantes de la aldea de Cachicoto (Buck *et al.* 1968). Aunque guiados por una apabullante metodología ‘objetiva’, que incluyó glorias de la época como ‘selecciones aleatorias’ por medio de tarjetas IBM, esos investigadores dieron muestra de una incapacidad total para elaborar una evaluación desapasionada de la hipótesis que ellos se habían propuesto comprobar y que, para sorpresa de nadie, había sido extraída de las conclusiones de la ya desacreditada Comisión de la ONU.

Como era predecible los resultados del estudio confirmaron sus expectativas originales, a saber:

[...] que el mascar coca está relacionado con un estado nutricional inferior; que los mascadores tienen una más alta prevalencia de condiciones resultantes de mala higiene personal y que el desempeño laboral de los mascadores de coca es inferior al de un grupo de control comparable (Buck *et al.* 1968:174).

Con el fin de producir tan gratificante resultado se exhibieron numerosos gráficos y estadísticas para demostrar el inferior grosor subcutáneo y las menores cuantías de suero de albúmina y de colesterol entre los mascadores de coca; sin embargo, el hecho de que estas cifras apenas bordearon la significación estadística fue pasado por alto, cuidadosa y deliberadamente. Como ejemplo de manipulación de estadísticas el estudio de Buck y sus colegas marca un hito en los anales recientes de la ciencia. Su perjuicio tornase todavía más patente por el uso repetido de la palabra ‘paradójico’ para describir descubrimientos que no encajan en sus tesis originales. Un ejemplo se refiere a “la paradójica reducción del porcentaje de mascadores de coca infestados de amebas” (Buck *et al.* 1968:169), a tiempo que otro intentó despachar un nuevo y enigmático factor: la menor sensibilidad a la tuberculosis en el grupo de mascadores de coca (Buck *et al.* 1968:173).

Tal vez, el hecho más significativo de ese estudio fue su vehemencia en discutir lo que los investigadores consideraron como “la glorificación cultural del uso [de la coca]” (Buck *et al.* 1968:175). Es difícil imaginar una forma de investigación científica más distante y no comprometida o una carencia más nítida de simpatía por las gentes objeto del estudio. En general, los antropólogos han sido más bien lentos en repudiar los supuestos básicos de este tipo de aproximación, quizás debido al temor al Comando de Investigación y Desarrollo del Ejército de los Estados Unidos o, más probable, debido a un respeto inapropiado por la metodología de ciencias prestigiosas como la epidemiología.

El momento está maduro para un ataque frontal contra todas las formas de ortodoxia alienante y, particularmente, contra las mistificaciones solemnes que se hacen pasar por 'ciencia' donde quiera que se trate de la coca.

## Estudios posteriores a 1968

La llegada y difusión de novedosos hábitos de las drogas entre grupos sociales no afectados previamente, especialmente la juventud de clase media de Occidente, han servido para subrayar las insuficiencias de cualquier explicación de tales eventos fundamentada, exclusivamente, en simples términos farmacológicos. En el viejo enfoque pueden identificarse dos fallas primordiales: su reducción de importantes procesos culturales a la categoría de meros 'problemas' de la salud pública y la inútil suposición de que una droga causa en los contextos sociales, necesariamente, la misma acción observada en el laboratorio. Investigaciones recientes han servido para descubrir una cantidad de disparidades reveladoras entre los efectos percibidos de una misma sustancia tomada en diferentes contextos sociales; como resultado la importancia del componente cultural en la formación de la experiencia con una droga ha llegado a ser cada vez más reconocida.

Debido a su amplia popularidad y demostrada inocuidad, la marihuana ha recibido una buena parte de las nuevas iniciativas de investigación promovidas por el advenimiento de actitudes más esclarecedoras (Grinspoon 1971; Rubin y Comitas 1975; Rubin 1975). El uso extendido de drogas comunes y legales, como el café, el tabaco y el alcohol, ha sido sometido a un examen más atento que antes, desenmascarando su imagen pública cuidadosamente cultivada de sustancias inofensivas y poniendo en duda la arbitraria distinción del siglo XX entre lo que es y no es lícito en materia de consumo de drogas (Brecher 1972).

La coca ha sido menos afortunada al respecto, un hecho que parecería resultar tanto del perfil más 'peligroso' de la cocaína (en los términos coercitivos de la ley) como de

la marcada disparidad entre el hábito indígena de mascar hojas y la costumbre del usuario urbano de inhalar, fumar o inyectarse cocaína. Más significativo es, por ende, el trabajo de los pocos autores que han intentado corregir el desfavorable balance de la opinión científica en relación con la coca, situando su uso dentro del contexto apropiado de su trasfondo histórico, social y etnomédico (Martin 1970; Hanna 1974; Burchard 1975; Bolton 1976). La contribución de Joel Hanna, en particular, merece todo el crédito por haber disipado una variedad de gastadas concepciones sobre el uso de la coca en el Perú; sugirió, por ejemplo, que el hambre (deficiencia de calorías) no debe ser considerada la fuerza motriz del uso de la coca, colocando, así, toda la cuestión de la desnutrición bajo una perspectiva más realista en la cual puede verse como función de la pobreza y de la falta de tierra antes que como la causa o el efecto del hábito de mascar coca. También indicó que sus tests psicológicos, a pesar de la ilimitada disponibilidad de hojas durante la investigación, no pudieron confirmar ninguna de las cantinelas médicas favoritas acerca de la 'adicción' a la coca: no hubo evidencia de perturbaciones psicológicas o síntomas de retraimiento, ni modificación alguna de la eficiencia laboral y los requerimientos de energía bajo la influencia de las hojas de coca. Los únicos efectos claros de la costumbre de mascar coca –un acelerado pulso cardíaco durante el esfuerzo submáximo, mayor resistencia bajo estrés y ligera contracción de los vasos sanguíneos– parecen ser factores de gran ayuda biológica en los Andes, incrementando la resistencia al clima frío y a las grandes alturas y suministrando una mayor capacidad para el trabajo físico pesado. Por sobre todo, Hanna hizo énfasis en la importancia económica de la coca en la sociedad rural del Perú y en el papel que cumple en el establecimiento de las pautas recíprocas de intercambio y solidaridad social entre las comunidades andinas.

Los estudios de Burchard (1975) y Bolton (1976) se preocupan menos de los problemas culturales más amplios que por concebir un nuevo enfoque de la farmacología de la costumbre de mascar coca. Tampoco se muestran muy

ansiosos por respaldar las observaciones de Hanna sobre los efectos fisiológicos de la coca, prefiriendo sugerir que las transformaciones metabólicas en el cuerpo del mascador de coca pueden, a la larga, ser más importantes que la resistencia al frío y a la elevada capacidad de trabajo. De acuerdo con esta opinión creen que la función biológica realmente crucial de la coca está en su acción sobre el nivel de la glucosa de la sangre:

[...] mascar hojas de coca eleva efectivamente los niveles de glucosa de la sangre y puede ser, en realidad, un mecanismo cultural para el manejo de los problemas de homeostasis de la glucosa sanguínea (Burchard 1975:475).

Ellos ven el uso de la coca como una adaptación cultural a las condiciones de hipoxia –causada por la escasez de oxígeno en las grandes alturas–, así como contrapeso nutricional a una dieta rica en carbohidratos pero relativamente pobre en proteínas animales:

[...] la coca puede evitar la rápida declinación de la glucosa sanguínea que sigue siempre al aumento inicial de la concentración de la glucosa después de las comidas ricas en carbohidratos (Bolton 1976:632).

Sería una torpeza subestimar la importancia de estos descubrimientos porque aportaron un énfasis nuevo y significativo a la comprensión del hábito de la coca; es justo destacar, no obstante, que el reconocimiento del efecto de la glucosa fue observado por el infatigable Gutiérrez desde 1947 (Gutiérrez y Zapata 1947:106). También tengo la sensación de que Bolton y Buchard se sentían más cómodos cuando se concentraban en lo que parecían problemas más bien tangenciales, al menos desde el punto de vista antropológico, restando interés a la opinión de los indígenas sobre el hábito de la coca y otorgándolo a la versión ofrecida desde la confortable distancia de un laboratorio, así se tratase de un laboratorio de campo. Burchard, por ejemplo, escribió:

Mi propósito principal en este estudio es alejarme del modelo cocaínico del hábito de mascar coca y acercarme a un modelo eggoníncio, ya que la eggonina, antes que la cocaína, es, probablemente, el alcaloide central implicado en la mascada de coca (Burchard 1975:464).

En otras palabras, aunque el nombre del alcaloide cambió, el modelo químico tradicional de comportamiento permaneció intacto y las diferentes formas de control cultural sobre una experiencia determinada con la droga no fueron incluidas en la ecuación, por lo menos no hasta después de que se hubieran hecho las mediciones fisiológicas básicas.

Cierta cantidad de posiciones, innecesariamente extremas, parecen resultar de este tipo de reduccionismo. Ningún autor, sintiendo un comprensible rechazo por el equiparamiento del hábito de la coca con el uso urbano de la cocaína refinada, parece dispuesto a admitir que mascar coca pueda ser realmente agradable; es decir, que la coca pueda ser utilizada tanto por sus propiedades generadoras de euforia como por su capacidad de elevar el nivel de glucosa de la sangre. Si hemos de creer la afirmación de Buchard (1975:477) de que la eggonina tiene “poco o ningún efecto estimulante central sobre el sistema nervioso simpático; carece de propiedades anestésicas o eufóricas” y que “la acción adictiva [sic], eufórica y anestésica de la cocaína solo puede darse cuando la molécula está intacta” se deducirá que su versión de la farmacología del hábito de mascar coca (en la que toda la cocaína es degradada a eggonina antes de ser absorbida en el organismo humano) no producirá sensación alguna de anestesia local en la boca ni sentimiento de euforia. Por lo menos respecto a la cuestión de la anestesia pienso que cualquier persona que masque coca negaría de plano esa opinión porque el enfriamiento de las encías es uno de los factores más claros y característicos de la droga. Bolton (1976:630) fue aún más intransigente en su actitud:

En las cantidades consumidas ordinariamente por los indios la coca, a mi entender, no produce efectos eufóricos. Y, de manera más definitiva, los indios no mascan coca para volverse 'locos'. Es por demás extraño que algunos estudiantes norteamericanos que me acompañaron al campo en 1974 insistan en que ellos sí experimentaron euforia al mascar coca. Inicialmente atribuí sus reacciones a los poderes de la sugestión antes que a los de las sustancias químicas. Sin embargo, vale la pena destacar que estos estudiantes ingirieron enormes cantidades de hojas de coca, cantidades consideradas excesivas por los indios... Como los indios no mascan coca en cantidades suficientes para producir estos efectos psicológicos podemos hacer a un lado, sin peligro, este problema: su contribución al entendimiento de por qué mascan coca los indios de los Andes es *irrelevante<sup>15</sup>* (cursivas añadidas).

Mi propia percepción del efecto de la coca tendería a confirmar la euforia señalada por los estudiantes de Bolton y no creo que esta sensación pueda atribuirse a una indulgencia excesiva en el uso de las hojas coca. Es difícil que yo haya mascado, alguna vez, más de una onza de coca al día, bastante menos que cualquiera de mis informantes indígenas y dentro del límite descrito por Buchard y Bolton para los indios de los Andes centrales. Aunque es verdad que la mayoría de los coqueros, normalmente, hablan a los extraños sobre su costumbre en términos de su efectividad para combatir el frío, el cansancio y el hambre esto no excluye la percepción de efectos eufóricos. ¿Qué es la euforia sino una capacidad para superar –tanto física como mentalmente– la carga de circunstancias tan deprimentes como el frío, el cansancio y el hambre?

---

15 Una explicación similar, fue expresada en términos neofreudianos por Stein (1961:169): "el éxtasis oral manifestado en el ávido devorar, la vigorosa mascada y el sonoro chasquido de los labios y la lengua relacionados con la coca me lleva a la conclusión de que el placer oral puede ser más importante para los hualcaínos que cualquier valor narcótico (sic) de la coca misma".

El problema, por tanto, parece ser de definición, de elaboración de categorías conceptuales que se acomoden a los contextos culturales específicos. Aunque la ‘euforia’ sea definida por el diccionario como “un sentimiento de bienestar” para Buchard y Bolton parece tener sentido asociado a los grandes conciertos de *rock and roll*; así demuestran una cierta ansiedad por evitar asociaciones con los toques de cocaína en los camerinos. Para un indígena, sin embargo, la ‘euforia’ puede ser una idea cubierta por otros términos o, inclusive, una disposición de ánimo completamente indefinible, como un vago sentimiento de optimismo que acompaña la aptitud física o la percepción de una indescriptible encrespadura del aire. Al ser interrogado por el etnógrafo el indígena ‘eufórico’ sencillamente esbozará una sonrisa o indicará con un parpadeo lo que, en lo fundamental, es un estado de bienestar muy personal, íntimo e inescrutable. La palabra ‘euforia’ es difícil de traducir, inclusive con algún sinónimo inglés. El término español que se emplea para describir la sensación que acompaña la mascada de coca es *armado*, lo que podría interpretarse en términos de un cerebro y un sistema nervioso altamente afinados, estimulados y listos para disparar; significativamente, en estos mismos órganos parecen actuar las propiedades ‘eufóricas’ de la cocaína.

En la zona del Cauca siempre se hizo referencia al ‘calor’ de la mambeada (mascada de coca) mientras se halla en la boca y al hecho de que solo se bota la coca cuando se ha vuelto tan ‘fría’ que ya no puede revivirse con dosis adicionales de mambe (polvo de cal). Este ‘calor’, absorbido a través de las membranas mucosas de la boca, permanece por un tiempo en el cuerpo antes de disiparse cuando pasa el efecto anestésico. No parece irrazonable sugerir que, por lo menos en el concepto nasa, el ‘calor’ o *báhia* producido por la mascada de coca es la categoría local comparable a nuestra categoría más intelectualizada de ‘euforia’. El placer que se asocia a la palabra *báhia* parece confirmar esta impresión, como también sugieren las expresiones faciales de contento, satisfacción y regocijo.

Aunque Buchard y Bolton hicieron, ocasionalmente, signos corteses de aprobación ante las interpretaciones culturales del hábito de la coca su esquema subyacente parece implicar que solo puede 'explicarse' recurriendo a sus efectos fisiológicos y no por la referencia a su impacto final sobre la conducta social y las sensibilidades personales. El mayor peligro de este enfoque es que abandona toda responsabilidad para distinguir entre el hecho y la ficción, para establecer qué es farmacológicamente 'verdadero', haciendo fácil desechar cualquier informe subjetivo sobre la euforia, como los registrados por los estudiantes de Bolton. De esta forma, la cuestión puede ser juzgada 'irrelevante' para la percepción farmacológica de los efectos del mascar coca porque no se puede medir fisiológicamente en términos claramente cuantificables.

Hay, desde luego, una buena razón histórica que explica esta tendencia a restar énfasis, al menos en los círculos médicos convencionales, a la euforia o al estímulo cerebral producido por las hojas de coca. Los farmacólogos están llevando a cabo un cambio sustancial y fundamental en su actitud hacia las drogas ilícitas, no solo con respecto a la hoja de coca. Los días de la histeria orquestada y de la antipatía feroz contra cualquier clase de consumo ilegal de drogas, de la equivocada (pero amplia) asimilación de todo hábito semejante al modelo de 'adicción' inspirado en el opio, están llegando, afortunadamente, a su fin. Las teorías relativas a los efectos fisiológicos de varias drogas están en proceso de revisión y redefinición; hay un deseo de avanzar en el restablecimiento del equilibrio de la opinión. Por esta razón cualquier posición profesional que sea marginalmente más tolerante que aquellas de sus precursores inmediatos tiene que defenderse y justificarse en términos que demuestren el más impecable respeto por la metodología de su oficio y tienen que dar cuenta de los fondos que reciben de las instituciones oficiales que, a menudo, no tienen la menor simpatía por la nueva perspectiva. Como dijo el profesor de Derecho de la Universidad de Stanford John Kaplan:

Con frecuencia una élite tiene intereses creados, no solamente un interés material sino, tal vez más importante, un interés de prestigio por mantener posiciones alcanzadas con anterioridad. En cierto sentido admitir que estaban equivocados en algo, inclusive equivocados razonablemente, pone en cuestión toda su capacidad de gobernar (1975:552).

Semejante situación, en la cual muchos descubrimientos nuevos y originales son ignorados o reprimidos por intereses políticos,<sup>16</sup> obliga a los investigadores oficiales a operar con una cantidad indebida de precauciones, un cuidado que, frecuentemente, se traduce en parálisis metodológica y falta total de imaginación. En particular existe una amplia carencia de voluntad para examinar el aspecto positivo del uso de una sustancia capaz de reafirmar los valores tradicionales y de promover un rápido cambio político y cultural. Aún en aquellas raras ocasiones en que dicha dimensión moral llega a reconocerse el impacto se reduce porque se adscribe, casi exclusivamente, a los pueblos rurales 'primitivos' y no a los, supuestamente, 'alienados' de la escena urbana.

Las pulcras dicotomías de esta clase, sin embargo, raramente reflejan la experiencia de los individuos que comparten una vivencia directa y personal de los dos tipos de consumo. Ni una ni otra existen en completo aislamiento y no hay duda de que las dos ya están ejerciendo una considerable influencia mutua. El patrón urbano se está difundiendo, rápidamente, en las zonas rurales –en Colombia los casos de la marihuana y de los hongos *Stropharia* (ver apéndice A) son particularmente explícitos al respecto, afectando la estructura de las economías tradicionales e, inclusive, el

16 Véase, por ejemplo, la opinión del comité del Senado de los Estados Unidos acerca del estudio de Rubin y Comitas sobre la *ganja* en Jamaica, descubriendolo como "un estudio completamente inútil llevado a cabo con una donacion del Instituto Nacional de Salud Mental por unos científicos jamaiquinos de credenciales limitadas" (citado en la revista neoyorquina *High Times* de septiembre de 1976, p. 55).

contexto cultural donde se las usa-. Más aún: es claro que cualquier forma de comportamiento depende del significado de su marco social y económico y, por lo tanto, no puede existir ningún estado verdadero o absoluto de 'alienación'. Tal comportamiento es relativo: 'alienado' solo en relación con las normas de la sociedad que lo rodea. Como es comúnmente empleado en las investigaciones sobre el abuso de drogas el término alienación implica, usualmente, una de dos posiciones esencialmente contradictorias: una caracterizada por la imagen corriente de escapismo y autogratificación, propia de los medios de comunicación, y otra por una postura más radical, basada en la posibilidad de un desafío político efectivo a las normas opresivas de la sociedad occidental. En el primer caso el nuevo hábito puede ser rápidamente absorbido por la ortodoxia prevaleciente y asimilado dentro de patrones de consumo predeterminados por algún vicio ya establecido, como el del alcohol o el tabaco.<sup>17</sup> A juzgar por los anuncios clasificados en una revista como *High Times* este es el caso de muchos coqueros y marihuanneros en la actualidad, un hecho que debe ser de gran consuelo para los intereses comerciales dominantes.

En un contexto diferente, sin embargo, el uso de una planta psicoactiva puede servir para ritualizar la experiencia de la solidaridad social, para dar expresión consciente y foco explícito a la que, de otro modo, sería una borrosa reacción de intenso malestar cultural. Un excelente ejemplo de lo anterior lo suministra el uso propiamente religioso de la *ganja* o 'herba sagrada' por parte de los miembros del movimiento rastafari de Jamaica. Tal uso es una respuesta que no ha surgido del antecedente de alguna cultura específica de tipo 'tradicional' sino de un deliberado y reflexivo rechazo a las estériles realidades neocoloniales del siglo XX. Aunque hoy día en Jamaica se considera el uso de la marihuana como un rasgo típicamente 'africano' en realidad llegó a la isla por intermedio de trabajadores hindúes. Con frecuencia

---

17 Véase Orcutt y Biggs (1975) para una comparación del consumo de marihuana y alcohol en el campus de la Universidad de Minnesota.

los movimientos originales y sincréticos de esta clase son implacablemente excluidos del registro oficial de los fenómenos de droga y catalogados como menos modernos, menos relevantes, mediante su clasificación dentro de esa ambigua tierra de nadie denominada ‘milenaria’. Es así como la posibilidad de crear formas nuevas y dinámicas de comportamiento social–aplicaciones novedosas para un hábito recientemente adoptado– puede evitarse, convenientemente, en cualquier discusión posterior de las implicaciones políticas de las diferentes culturas que envuelven el uso de determinadas plantas que está emergiendo en las sociedades industriales o en vías de desarrollo.

En un arranque de paranoia se podría suponer que existe una conspiración consciente para negar que cualquiera de tales comportamientos rituales, basados en el uso de una planta, pueda desafiar el predominio cultural de las válvulas de escape ortodoxas de la sociedad de consumo (el círculo vicioso de alcohol, café, y cigarrillo) o minar las ganancias de las industrias que sostienen. Sugerir esto en medios académicos provocaría cejas fruncidas y recuerdos bochornosos del fiasco de la contracultura de finales de la década de 1960. Para los amos de la opinión ‘progresista’ cualquier idea de que los nuevos hábitos de consumo y reciprocidad podrían servir para socavar el *statu quo* es sencillamente risible, un caso de ingenuo idealismo libertario completamente fuera de lugar ante las duras realidades del presente. Empero, al mismo tiempo, la función del comportamiento ritual en la protección de la continuidad cultural de pueblos ‘primitivos’ o ‘tradicionales’ es ampliamente reconocida e, incluso, respetada por las mismas autoridades. Parte de la respuesta a esta desconcertante inconsistencia puede hallarse en el hecho de que entre dichos pueblos el consumo de plantas psicoactivas es visto, usualmente, como un rasgo conservador, al tiempo que en Occidente se le considera innovador, al menos en el caso del uso juvenil de sustancias ilícitas. Lo que puede tener un menor reconocimiento es que el conservadurismo primitivo y el radicalismo juvenil se dirigen al mismo objetivo: la negación de la monstruosa maquinaria de la burocracia estatal y del capitalismo industrial.

No es, en consecuencia, sorprendente que muchos usuarios urbanos busquen la orientación de las culturas tradicionales, más honestas y equilibradas. Parece haber un reconocimiento creciente de que el consumo meramente gratificante (la ‘alienación’ de que hablan los burócratas de los narcóticos) tiene que ceder ante el consumo ritualizado de estilo socialmente activante y llevar a una solidaridad con los otros consumidores y productores del mundo entero.

La rígida separación de los usuarios del globo en culturas de tipo ‘primitivo’ y ‘alienado’ existe para evitar cualquier revuelta colectiva de los grupos estudiados, cualquier movimiento de pinzas de las víctimas de ambos lados de la barrera, un repudio masivo al cientifismo oficial que conserva en sus posiciones a las autoridades establecidas sobre el uso de sustancias psicotrópicas. El contraste de Buchard entre el modelo basado en la egonina implicado en la costumbre de mascar la coca y el modelo cocaínico urbano del toque de cocaína implica mucho más que un simple reconocimiento de la farmacología diferente de estas dos formas de la droga; surge de la necesidad ideológica de separar dos tipos de consumidores, el vicioso de cocaína y el indígena de los Andes.

Individuos con experiencia directa en las dos culturas se hallan enfrentados a una enorme responsabilidad: desafiar esos estereotipos mediante su propia experiencia y negar la separación entre ‘ellos’, los indios, y ‘nosotros’, los coqueros y marihuanneros de la actualidad. Sobre todo deben dar el paso, común en épocas anteriores pero absolutamente tabú en nuestro siglo, de hacer proselitismo a favor de la planta en estudio y recomendar su uso a quien no tenga experiencia previa. Esta responsabilidad positiva tiene que desbordar la responsabilidad puramente negativa, la posición signada por un temor a lo desconocido, por una vacilante ignorancia que recomienda solo la cautela, la demora y la inmovilidad. Tal actitud puede recomendarse legítimamente solo en relación con sustancias vegetales que no poseen propiedades gravemente tóxicas; aún sometiéndose a una limitación semejante existen muchas plantas que podrían encontrar aplicaciones útiles para apartar a los usuarios de

compuestos sintéticos más peligrosos y hacerlos regresar a sustancias naturales orgánicas. Un énfasis en la marihuana y en la coca, por ejemplo, podría emplearse para reemplazar la dependencia de la cocaína o de las anfetaminas o, inclusive, del gastado trío de alcohol, tabaco y café.

El uso de una planta psicotrópica como catalizador ritual o como un agente para despertar la conciencia cultural o política debe estar acompañado de una iniciativa que mantenga un perfil auténtico. Las tendencias dirigidas a la manipulación de las drogas ilícitas como nuevo mecanismo de represión social o como otro campo de expansión de la sociedad de consumo tienen que someterse a una crítica rigurosa. Cualquier iniciativa nueva debe fundamentarse en un conocimiento serio de las capacidades y limitaciones de la sustancia misma, en un conocimiento del tipo que hace de la coca un elemento central y positivo de la sociedad andina tradicional y que no surja de una farmacología abstracta sino de una comprensión clara de sus afectos subjetivos. Limitar unilateralmente la investigación a cualquier aspecto singular, específico de la droga –su química interna, por ejemplo– elimina la posibilidad de que la experiencia propia influya sobre el concepto acerca de la droga, lo que implica que este desplace cualquier comprensión de la experiencia propia.

La coca es una cosa indivisible; ningún aspecto suyo puede comprenderse si se lo aísla de los demás. Por esta razón sugerí la figura de Mama Coca, una entidad informe, un receptáculo vacío que implica la posibilidad de un número casi infinito de cambios de apreciación. Más que un encenagado subjetivismo y autogratificación el proceso de adquirir y usar una planta exige la ayuda de otras personas; esta ayuda da lugar a las preguntas que deben hacerse, que indican los caminos que se deben transitar. Tal vez lo más importante de todo es que esta aproximación, la metodología del usuario consciente y autocrítico, estaría en capacidad de superar el esquema causal empleado por tantos autores sobre la materia –la obsesiva preocupación con la pregunta de *por qué* la gente masca coca–, tan evidente en los estudios de Buchard y Bolton, por ejemplo. El análisis causal nunca

va a generar mucho entusiasmo entre los coqueros actuales o potenciales porque no dice nada sobre sus expectativas. A fin de cuentas los usuarios habituales de la coca no se ocupan en lo más mínimo del *por qué*, se ocupan, eso sí, del *cómo*. A este asunto regresaré más adelante.

## Botánica, arqueología, historia colonial. El desarrollo del comercio de la coca

*Tampoco eres coca útil solo en casa,  
una famosa mercancía tú has llegado a ser;  
un millar de alpacas y de vicuñas gimen  
anualmente bajo tus cargas, y solo por causas tuyas  
el espacioso mundo es por el comercio conocido.*

Abraham Cowley (1778)

### La botánica de la coca

Un mito aymara, uno de los pocos relatos que no se centra en una figura femenina de Mama Coca, describe, con gran candor y realismo, lo que, probablemente, ocurrió en el descubrimiento de las cualidades de la coca por parte del hombre. Un grupo de indígenas de tierras altas había intentado establecer una colonia en los yungas, las cálidas y húmedas laderas de los Andes bolivianos que conducen a la cuenca del Amazonas. Habiendo enfurecido a los dioses por la quema de la capa selvática original, sus casas y cultivos fueron barridos por lluvias torrenciales. Los indios se vieron obligados a refugiarse en unas cuevas cercanas. Cuando volvieron a salir, luego de muchos días de tormenta, no encontraron a su alrededor más que desolación. Debilitados por el hambre hallaron un arbusto desconocido con hojas de un verde brillante; arrancaron las hojas y las llevaron a la boca para calmar el hambre. El remedio descubierto parecía

tan eficaz que el cultivo de este arbusto suministraría el motivo principal para la posterior ocupación de los yungas por los aymara (Osborne 1968:89).

La coca a que se refiere este mito tiene que ser *Erythroxylum coca* Lam., la principal especie económica de la planta, cultivada en las laderas orientales de los Andes, desde Bolivia hasta el Ecuador, y en las zonas adyacentes de la cuenca del Amazonas. Durante largo tiempo se creyó que toda la coca cultivada pertenecía a esta especie pero Timothy Plowman confirmó la existencia de otra especie cultivada, *E. novogranatense* (Morris) Hieron.<sup>18</sup> Plowman la subdividió en dos variedades principales, *E. novogranatense* "típica", cultivada en la zona andina de Colombia y el norte de Ecuador, y *truxillense* (Rusby) Machado, otra ampliamente distribuida a todo lo largo de la faja costera y los valles orientales del Perú pero hoy restringida a las vecindades de Trujillo y a la cuenca del Alto Marañoń. Ambas especies cultivadas forman parte del género pantropical *Erythroxylum* de la familia Eritroxilaceae; se trata de un género muy grande que puede contener unas 250 especies. Otras especies de *Erythroxylum* se emplean para fines medicinales: *E. anguifugum* y *E. campestre* en el Brasil (Mortimer 1901:228); *E. tabascense* (sin *E. macrophyllum*) en México (Guerra y Olivera 1954:105-109); *E. orinocense* y *E. acutum* (la llamada coca de mono) en Colombia.<sup>19</sup> Estas especies no son objetos de cultivo regular ni se mascan nunca; más aún, ciertas plantas silvestres, como *E. bondense*, *E. cataractarum*, *E. glacilipes* y *E. carthagenaense*, son confundidas con las especies cultivadas pero ninguna contiene cocaína (Plowman 1979).

18 Plowman (1976, 1979) clarificó la confusa botánica del género *Erythroxylum*. Compárense sus estudios con la información, revuelta y a menudo contradictoria, de Mortimer (1901), Gentne (1972) y Machado (1972).

19 Véanse las notas anexadas a los especímenes de *E. orinocense* y *E. acutum* en el Herbario Nacional de Bogotá. Véase Plowman (1979) sobre el uso de *E. bondense* en té.

Los miembros del género ocurren como arbustos y árboles pequeños en matorrales abiertos y bosques pluviales. Aunque no se ha encontrado ninguna población silvestre de *E. coca* la facilidad que demuestra para escapar del cultivo y reproducirse espontáneamente podría llevar a la conclusión de que las plantas silvestres originales de coca no eran muy diferentes de sus formas cultivadas. La remoción de las matas silvestres de coca de su ambiente nativo, sombreado y semisombreado, y su cultivo subsiguiente en campos abiertos fue destinada a aumentar la disponibilidad de luz solar, produciendo un rendimiento más abundante de hojas y reforzando la producción de los alcaloides deseados. La explotación de la hoja, antes que la de los órganos reproductores de la planta, parece haber reducido el efecto de la selección artificial en la modificación de las características botánicas de la mata de coca. Por esta razón ninguno de los drásticos cambios genéticos y morfológicos normalmente asociados con los cultivos alimenticios parece haber ocurrido en la historia de la planta de coca.<sup>20</sup>

Dada la vasta distribución de *E. coca* a todo lo largo de las vertientes orientales de los Andes centrales parece virtualmente imposible precisar el origen geográfico exacto de la especie, aunque la ubicación central de la región de la ceja de montaña peruana, particularmente el valle del Huallaga, bien puede implicar que esta zona fue la que primero presenció su domesticación. La mayoría de los autores ha sugerido un proceso por el cual el descubrimiento original de las propiedades de la coca fue seguido de un aumento progresivo del consumo, hasta el punto de hacerse necesario complementar las fuentes silvestres con plantas trasladadas a medios horticulturales localizados más cerca

---

20 Véase Plowman (1979) para una discusión más detallada de los efectos de la domesticación de la coca. Informantes nativos de la región del Cauca han añadido, refiriéndose a la *E. Novogranatense* local, que el cultivo de la coca bajo demasiada sombra tiende a producir hojas bastante insípidas. En ese caso el traslado de la coca a ambientes abiertos puede haber contribuido al surgimiento de una hoja más agradable al paladar.

de los centros de habitación humana. Es probable que en esta forma fuera introducida posteriormente la *E. coca* a la cuenca del Amazonas, extendiéndose tan lejos como a las regiones del bajo Putumayo y el Vaupés, en Colombia. La resistencia al intenso calor y al drenaje de las tierras de esta zona no se adquirió sin algún sacrificio y la *E. coca* continúa reproduciéndose relativamente mal en las tierras bajas, propagándose, principalmente, por medio de estacas y no por la siembra de semillas.

Los crecientes contactos entre la ceja de montaña y otras regiones climáticas del Perú –como el drenaje relativamente árido del Marañón o los desérticos valles costeros– habrían conducido al progresivo y gradual aislamiento de un tipo de planta “adaptada a lo seco” (*E. novogranatense* var. *truxillense*), con el surgimiento final de barreras de esterilidad efectivas entre las dos especies. La difusión de esta última especie a Colombia habría conducido al establecimiento de la variedad ‘típica’ de *E. novogranatense*, la especie de coca que todavía se cultiva en la zona del Cauca y en la Sierra Nevada de Santa Marta.

Fue dicha especie –la ‘coca colombiana’ o hayo, como se le conoció en Venezuela y el noreste de Colombia– la que fue llevada, a mediados del siglo XIX, de Jamaica a los Royal Botanic Gardens de Kew, en Inglaterra. Desde allí fue distribuida a muchas zonas de los trópicos del Viejo Mundo como la India (Darjeeling y Assam), Ceilán, Indonesia (Java y Sumatra), Hong Kong y las colonias británicas de África. Puesto que la *Erythroxylum novogranatense* es la variedad que nos concierne en forma más directa en la zona del Cauca, vale la pena considerar su carácter en mayor detalle.

Las hojas de *E. novogranatense* son más pequeñas y delgadas que las de *E. coca* y su color tiende a un matiz más brillante y más amarillo, un aspecto que se nota aún en las hojas secas, aunque es más visible cuando se hallan todavía en la rama. El arbusto de *E. novogranatense* tiene una mayor tolerancia ecológica que la de la especie hermana; está en capacidad de prosperar tanto en el clima estacionalmente seco de los

valles del Magdalena y del Cauca como en la constante humedad de las tierras tropicales bajas. En comparación *E. coca* es intolerante al máximo a la sequia; la infertilidad de sus semillas, en aquellas zonas de la cuenca del Amazonas donde ha sido llevada, parece indicar que se acomoda mal a las tierras encharcadas y a las altas temperaturas de la selva baja.

La tolerancia mostrada por la planta colombiana es menos pronunciada, sin embargo, que en la *E. novogranatense* var. *truxillense* de la costa peruana. La adaptación de esta variedad a las técnicas de irrigación y al clima extremadamente árido de la costa Pacífica ha resultado en el hecho de que ya no es transferible a ambientes más húmedos. Por otro lado, ambas formas de *E. novogranatense* difieren, significativamente, de la *E. coca* en su estructura química. Aquellas contienen menos cantidad de cocaína pero esto se equilibra con un menor rendimiento de los otros alcaloides asociados y, particularmente, con la presencia de grandes cantidades de metilsalicilato, el cual sería responsable de su excelente sabor y de su fama de ofrecer una mascada ‘más dulce’ que la de las hojas de *E. coca*.<sup>21</sup>

## La coca en los Andes centrales

Esta revisión del género botánico *Erythroxylum* permite colocar bajo una mejor perspectiva algunos de los detalles más estrictamente arqueológicos. Hay poca certeza en los datos sobre la fecha de aparición de la coca como planta de cultivo; las evidencias disponibles sugieren que esta planta, como un gran número de otros cultivos, fue explotada mucho antes del surgimiento de cualquier indicio de su presencia, como representaciones de mascadores de coca en la alfarería y hallazgos de la parafernalia que la acompaña, como bolsas de coca o calabazos para cal, comunes en el contexto de las civilizaciones posteriores del Perú. Parece probable que la

---

21 Véase Plowman (1979). La distinción entre las hojas ‘amargas’ de Huánuco (*E. coca*) y las hojas ‘dulces’ de Trujillo (*E. novogranatense* var. *Truxillense*) fue enfatizada por Mortimer (1901) y su informante Henry Rusby. Véase Rostworowski (1973).

coca se usaba muchos años antes del advenimiento de una agricultura avanzada en los Andes. Paralelos etnográficos indican que las bandas de cazadores-recolectores tienen un conocimiento notablemente detallado de la flora que los rodea, especialmente en lo relativo a las plantas medicinales, y no puede caber duda de que la coca fue descubierta, originalmente, en este preciso contexto social: en medio de los pequeños grupos de indígenas nómadas que ocupaban los Andes en el período inmediatamente posglacial.

Siglos de experimentación con las hojas, tanto mascadas como en forma de infusión, habrían llevado al conocimiento de un reactivo alcalino para potenciar los alcaloides secretados al mascar el bocado de coca. Inicialmente esto pudo haber ocurrido en forma completamente accidental, como, por ejemplo, al agregarse cenizas a las hojas fortuitamente, mientras estas se secaban sobre el fogón doméstico. La subsiguiente importancia de la coca –especialmente en la agricultura incipiente de muchos grupos precerámicos– puede demostrarse de forma certera por el registro arqueológico de la costa peruana, donde las condiciones ambientales han permitido que una gran cantidad de materia vegetal permanezca intacta en los entierros locales. Las más tempranas hojas de coca y recipientes de cal identificables se descubrieron en Huaca Prieta, en la costa norte peruana, en las camadas correspondientes al cuarto período precerámico, que se ubica entre los años 2500 y 1800 antes de nuestra era. La lenta difusión de la coca hacia el sur (y de su respectivo complejo agrícola) parece apoyarse en una fecha de carbono de unos 1300 años antes de Cristo en Asia, la más meridional de las primeras aldeas excavadas en la costa peruana (Bushnell 1956:38; Lanning 1967:77).

Es posible que esta difusión gradual se originase más allá de los confines de lo que hoy es el Perú. Debe destacarse, aunque el nivel precerámico en Huaca Prieta no produjo alfarería, que los dibujos grabados en ciertos calabazos muestran grandes similitudes con la decoración de la cerámica de la fase de Valdivia, en la costa ecuatoriana. Por mucho tiempo se pensó que Valdivia, a pesar de su

cerámica, era exclusivamente una cultura de pescadores y que los sitios originales eran basureros al lado de la playa con despojos de mar. En años recientes, no obstante, se han descubierto lugares en el interior con pruebas definitivas de agricultura y se excavó una estatuilla que muestra la cabeza de un hombre con la característica protuberancia de la mejilla, causada al mascar hojas de coca (Lathrap, Collier y Chandra 1975:48, Fig. 66). Este descubrimiento hace retroceder la fecha del origen del uso humano de la coca hasta, por lo menos, 3000 años antes de Cristo y sugiere que pudo haber sido llevada desde el Ecuador a la costa peruana junto con otros productos tropicales, como mandioca y maní. Esa posibilidad contradice las evidencias botánicas que apoyan la idea de una difusión original de *E. coca* desde la selva alta peruana, con su progresiva adaptación a las condiciones áridas de la cuenca superior del Marañón y de los valles de la costa del Pacífico (Plowman 1979). Este, sin embargo, no es el único ejemplo de una situación en la que los datos de la botánica y la arqueología están en conflicto; con respecto a otros cultivos tropicales de la costa peruana ha ocurrido una discrepancia similar. El consenso de la opinión arqueológica ha tendido a quitar énfasis a la posibilidad de contactos culturales a través de la cordillera principal de los Andes, tanto en el período precerámico como en las tempranas culturas formativas que comprenden el período entre los años 1800 y 900 antes de Cristo. Esto parece poner en cuestión cualquier confianza excesiva en una teoría difusionista transandina para explicar la historia primitiva de la coca (Lanning 1967:89).

Es factible que la cultura Valdivia haya recibido coca de las vertientes orientales de los Andes; si se demostrase que tal es el caso los postulados del argumento botánico permanecerían intactos.<sup>22</sup> No obstante, vale la pena avanzar un paso más la hipótesis antidifusionista y sugerir que la cultura Valdivia pudo haber domesticado su propia especie de coca, una que

---

22 Lathrap, Collier y Chandra (1975:48) defienden la idea de que la coca llegó a Valdivia proveniente de las vertientes orientales de los Andes.

crecía ya en estado silvestre en los húmedos bosques de la costa Pacífica de los Andes ecuatorianos. Este progenitor silvestre –una *E. novogranatense* prototípica– pudo haber seguido rutas de influencia bien definidas por la arqueología, irradiando desde Valdivia hacia el sur, a lo largo de la costa peruana, para producir la variedad *Truxillense*, y hacia el norte, hasta los Andes colombianos, donde habría dado origen a la forma ‘típica’ de *E. novogranatense*. Debe anotarse en este contexto que se ha realizado poco trabajo sobre la botánica de la *Erythroxylum* en el Ecuador, un país en el que hoy el uso de la coca ha desaparecido casi totalmente.

Existe otra dificultad en colocar el surgimiento de la *E. novogranatense* a partir de una difusión original de la *E. coca* y es que no parece haber existido ningún grupo de agricultores en la selva alta en época suficientemente temprana como para que hubiera servido de ‘donante’ del arbusto de la coca a la costa. Ni la ceja de montaña ni las zonas adyacentes de la selva baja muestran signos de agricultura sedentaria previa a 1800 años antes de Cristo, lo cual es sustancialmente posterior a las evidencias de coca en la costa Pacífica. Además, las condiciones húmedas de la selva hacen improbable que alguna vez aparezcan en esta zona pruebas directas del hábito de la coca, como calabazos para cal u hojas.

La fase temprana de la alfarería Tutishcainyo en la cuenca del Ucayali, cerca de Pucallpa, podría representar uno de los primeros grupos en llevar coca a las tierras bajas del Amazonas. Esta posibilidad es reforzada por las similitudes de la alfarería con la más temprana etapa cerámica de Kotosh, un asentamiento localizado a 1950 metros de altura en el valle de Huallaga y que bordea el límite altitudinal de *E. coca*. Dada la localización estratégica de Kotosh –cerca de Huánuco y en la vecindad de una región de montaña justamente famosa por la calidad de su coca– no sería sorprendente que sus habitantes hubieran aprendido las cualidades de esta planta e iniciado su cultivo. Teniendo en cuenta la naturaleza en extremo laboriosa de la recogida de la coca, ¿no podría esta fatigante actividad agrícola ofrecer una posible explicación del enigmático par de manos

cruzadas que fue modelado en argamasa y empotrado en la pared del primer templo construido en Kotosh?

## La coca en los Andes septentrionales

Aunque la arqueología de los Andes centrales suministra considerable comprensión de la prehistoria del hábito de la coca, en esa zona la situación en el norte de los Andes – particularmente en la región del Cauca– está menos definida. La proliferación de variedades de coca marginalmente diferentes ha llevado a una confusión en la literatura, incluyendo la clasificación equivocada de la coca cultivada en Colombia como *E. coca* o como *E. bondense*. Parece claro que, exceptuando las zonas amazónicas de las cuencas del bajo Putumayo y del Vaupés, la coca cultivada históricamente en Colombia pertenece a la especie *E. novogranatense*. Este hecho ya había sido reconocido en la década de 1540 por el agudo cronista, Pedro Cieza de León (1962:249), quien hizo una referencia muy específica y nada ambigua a la “coca menuda” usada cerca de Cali y Popayán por esa época.

La cuestión de los orígenes exactos de la coca colombiana permanece casi por completo en el terreno de la conjectura; la prueba directa de su uso aparece relativamente tarde en el historial arqueológico. Siguiendo una línea antidifusionista me gustaría sugerir una domesticación independiente del arbusto de coca en Colombia pero aún no se conocen poblaciones verdaderamente silvestres de *E. novogranatense*, a pesar de la ocurrencia ocasional de plantas de coca ‘escapadas’ en lugares cercanos a los centros tradicionales de cultivo. Por ello parece difícil evitar la trillada verdad de que la coca se expandió a Colombia a partir de las sociedades más avanzadas del Perú y el Ecuador. El problema es de rezago en el tiempo y de dirección; puesto que la coca se cultivaba en Valdivia desde el año 3000 antes de Cristo parece extraño que haya tardado tanto, como dos milenios y medio, en surgir en la región del Cauca, a no más de 800 kilómetros de distancia. La respuesta a este problema tiene que estar en el hecho de que las tierras altas del sur de Colombia fueron pobladas con muy poca densidad

en aquella época; los pocos habitantes existentes no incluían la alfarería ni la agricultura sedentaria entre sus habilidades. Estas gentes no dejaron rastro alguno, excepto una que otra punta de lanza, armas que sugieren la persistencia de una forma de vida nómada, de cazadores. Aunque podemos imaginarlos mascando alguna especie silvestre de *Erythroxylum* a medida que se desplazaban por las montañas la evidencia es poco convincente; tenemos que esperar a las primeras comunidades agrícolas verdaderamente sedentarias a fin de demostrar la posibilidad real de una práctica extendida de mascar coca.

Es sorprendente que no haya sido a lo largo de la cordillera principal de los Andes por donde parecen haber entrado a la región del Cauca los primeros pueblos formativos sino por las zonas bajas del oriente y el occidente. Aún en aquellos pocos casos bien establecidos, la naturaleza frágil de los vínculos entre las culturas cerámicas tempranas del Cauca y los grupos supuestamente emparentados de fuera de la zona tiende a confirmar la impresión de que la ocupación tiene que haber ocurrido en un proceso lento, de valle a valle, y no como una secuencia identificable de migraciones importantes. En la costa Pacífica de Colombia la cultura Tumaco indica vínculos marítimos con el Ecuador e, incluso, con Panamá y la costa occidental de México. Este asentamiento parece haber estimulado una expansión gradual hacia el interior, a través de culturas como la Calima I, en la cordillera Occidental, cerca de Cali. Durante aproximadamente el mismo período –700 a 200 años antes de Cristo– un grupo notable por sus grandes tumbas pintadas se estableció en Tierradentro, en la vertiente oriental de la cordillera Central. La vívida decoración geométrica de las tumbas ofrece paralelos cercanos con el tipo de diseño ejecutado por los indígenas del Amazonas bajo la influencia del alucinógeno yagé (*Banisteriopsis sp.*); aunque la arqueología de las zonas bajas adyacentes –la cuenca de los ríos Caquetá y Putumayo– es virtualmente desconocida es factible que la cuenca alta del Magdalena hubiera podido recibir la coca por la vía del Amazonas.<sup>23</sup>

---

23 Para Tumaco y Calima I véase Reichel-Dolmatoff (1966).

Ni Tierradentro ni Calima I muestran evidencias directas del uso de coca en esta temprana época. Un poco más tarde empezó la ocupación que ha dejado los sitios arqueológicos centrados alrededor de San Agustín, inicialmente ocupados en los últimos siglos antes de Cristo. La más antigua cerámica de San Agustín –la del período Horqueta, con su característica decoración ‘rectilínea incisa’– apunta a vínculos importantes dirigidos hacia el sur, a lo largo de la cordillera principal de los Andes. Puesto que se ha encontrado alfarería parecida a la de la temprana cultura Valdivia en las tierras altas del norte del Ecuador es posible que esta influencia pueda haber resultado en la introducción de la hipotética *E. novogranatense* de la costa ecuatoriana.

Los dos milenios y medio que transcurrieron entre la cultura Valdivia y las primeras manifestaciones en San Agustín pudieron permitir que un proceso de difusión tan lento hubiera seguido su curso. La continuidad geográfica del hábito de la coca a lo largo de esta ruta se encuentra en marcado contraste con su virtual ausencia en la costa Pacífica de Colombia y con su distribución desigual en las zonas vecinas de la cuenca del Amazonas. La coca continuó siendo, durante largo tiempo, un cultivo de primera importancia en las regiones inmediatamente al sur del Cauca, como se puede demostrar por los hallazgos de estatuillas sentadas y polícromas en las tumbas de Nariño que, a menudo, muestran una pronunciada turgencia de la mejilla (Reichel-Dolmatoff 1972:139). En el Ecuador existe amplia evidencia de la continua importancia de la coca hasta la Conquista de los españoles, más notoriamente en las estatuillas de la fase Bahía (500 a. C. - 500 d. C.), en la costa de Manabí<sup>24</sup> (Willey 1971:299, Fig. 5-46). En todo caso, es indiscutible que la coca constituyó, rápidamente, un elemento de primer orden en la adaptación indígena a la vida en el Cauca. De ello aparece evidencia directa en varios contextos, ninguno de los cuales se puede precisar en una fecha anterior a los 50 años de nuestra era. Este es el umbral normalmente aceptado para el comienzo del clímax cultural megalítico de San Agustín, cuyo

---

24 Warwick Bray, comunicación personal, 1976.

sello característico son las impresionantes estatuas de piedra, muchas de las cuales muestran mejillas protuberantes, en tanto que otras representan figuras que portan pequeñas bolsas terciadas al pecho (Reichel-Dolmatoff 1972).<sup>25</sup> Aunque estos detalles no constituyen prueba innegable del uso de la coca, la probabilidad de que esta interpretación sea correcta se refuerza por la existencia de otra estatua semidestruida en El Tablón, perteneciente a una manifestación epigonal del estilo de San Agustín, localizada en el valle de San Andrés de Pisimalá, cerca de las tumbas pintadas de la cultura de Tierradentro. A pesar de que la cabeza y los miembros del monolito han sido destruidos aún es posible discernir las representaciones de la bolsa de coca y el calabazo para la cal colgados a ambos lados de la figura, más o menos a la altura de la cadera, tal como se usan hoy. El grabado de la bolsa de coca es de tamaño y forma tan parecidos a las versiones contemporáneas empleadas por los indios nasa que uno se ve llevado a sospechar algo más que una simple coincidencia. El diseño geométrico de la bolsa de coca actual es una copia fiel de su original en la estatua y, tal vez menos sorprendente, incluso la representación del calabazo de cal posee las dimensiones exactas del que se usa hoy. Además de la evidencia de la estatua varios entierros con fecha no determinada, en la región de Tierradentro y cerca del propio Popayán, contienen, ocasionalmente, jarros de barro con cal. El monseñor en Belalcázar tiene los restos de un calabazo de cal grabado en su colección de antigüedades locales. Asimismo, está sin precisar en el tiempo la cultura arqueológica de los quimbayas, encontrada en la mitad de la cuenca del Cauca, cerca de Pereira, y famosa por la excelente calidad de su orfebrería. Los descubrimientos quimbaya incluyen gran cantidad de recipientes de oro para la cal (los llamados poporos), con sus respectivas espátulas, lo mismo que estatuillas de oro representadas con esos mismos elementos en la mano. En el Museo de Oro de Bogotá pueden apreciarse varias de estas piezas; la más notable es un poporo de oro de 23,4 centímetros de altura y con un peso de más de un kilo, descubierto con

---

25 Uscátegui (1954) resumió varios argumentos sobre si las protuberancias en las mejillas son o no indicativas del hábito de mascar coca.

la cal original todavía intacta. El Museo Británico posee una estatuilla muy fina de oro del estilo Quimbaya; la pieza es vacía y tiene una estrecha abertura en la parte posterior de la cabeza, una indicación certera de que era empleada para llevar cal.

Avanzando hacia la cordillera Oriental de Colombia los cronistas Castellanos, Fernández de Piedrahita y Simón mencionaron el difundido uso de la coca entre los muiscas de la meseta que rodea Bogotá y Tunja. También mencionaron la aplicación especial de coca durante la noche de ayuno y meditación de los sacerdotes, así como el hecho de ser enterrada con los bienes funerarios de los muertos e incinerada como ofrenda a los dioses. Fernández de Piedrahita (1973:14; Patiño 1967:206) señaló que a comienzos del siglo XVII el uso de la coca seguía siendo muy preponderante en la región de Bogotá y que era producida en las vecindades de Soatá y Duitama; parece que el hábito de mascar coca sobrevivió en esta zona hasta bien entrado del siglo XVIII y es posible que se encuentren pequeños núcleos aislados que mantienen el hábito hasta nuestros días.

### Coca y tabaco en el norte de Colombia

A pesar de que las generalizaciones ingenuas sobre la cultura de agrupaciones lingüísticas grandes y ampliamente dispersas son engañosas existe un argumento razonable para atribuir el uso de la coca a casi todos los representantes conocidos del conjunto de lenguas macro-chibcha. Desde los colorados y cayapas del noroccidente del Ecuador hasta los kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta ocurre una clara relación entre el hábito de la coca y la distribución de los diversos dialectos chibchas. Si la coca fue la planta predilecta de las zonas de tierras altas difícilmente fue un elemento desconocido en las tierras bajas del norte de Colombia, siendo muy difundida entre los taironas de Santa Marta y en el opulento reino de orfebres del Sinú, al sur de Cartagena (Patiño 1967:201).<sup>26</sup>

---

26 Reichel-Dolmatoff (1953) describió las ollas para tostar coca de los taironas como casi idénticas a las usadas hoy en día en la Sierra Nevada.

Los habitantes de las tierras bajas compartían una elevada estimación por otra planta medicinal que parece haber sido domesticada al oriente, en las cuencas del Orinoco y del Amazonas: el tabaco (*Nicotiana sp.*). Su asociación con la cultura de las selvas tropicales ha llevado a ciertos autores a atribuir su difusión a una hipotética expansión hacia el occidente de los pueblos que hablaban lenguas de los conjuntos Arawak y Karib.<sup>27</sup> La superposición de los hábitos de la coca y del tabaco en el norte de Colombia es de singular importancia. La experiencia personal demuestra que una combinación de los dos permite al usuario complementar la acción de un estimulante, la coca, con la de un tranquilizante de los nervios, el tabaco. La adopción mutua de sus respectivas plantas puede indicar alguna interacción entre los habitantes de las zonas de tierras altas y de tierras bajas y una posible mezcla de las agrupaciones indígenas Chibcha, Arawak y Karib. Hay considerable evidencia de que semejante mezcla de culturas ocurrió con frecuencia. Aunque la mayoría de los indígenas de las tierras bajas del norte colombiano desapareció hace mucho aún tiene lugar un proceso similar entre las tribus de la cuenca del Amazonas (Uscátegui 1961).

Aunque en las vecindades de Popayán y en la mayor parte de las tierras altas de los Andes el tabaco parece haber sido usado solo en el contexto de rituales chamánicos y ceremonias de curación, se empleó con propósitos más seculares entre los pueblos aledaños del norte, como los quimbayas encontrados al tiempo de la Conquista española en el valle medio del Cauca. La coca y el tabaco a menudo se disfrutaban juntos –por lo menos en la región que circunda a Cali– como sugiere el relato de Cieza de León (1962:249) del siglo XVI que menciona dos aditivos bien diferentes para la coca: uno era la común “tierra que es a manera de cal” y el otro era “cierta mixtura que ellos hacen” que era guardada en “pequeños calabazos” y que “puesta en la boca, la traen por ella” junto con la coca. Es probable que esta mezcla implicara una preparación de tabaco; esta interpretación se apoya en un caso paralelo que sobrevive

---

27 Véase Patiño (1967:293) sobre el tabaco. Rivet (1943) realizó una síntesis de las teorías sobre la difusión Karib, entonces populares en Colombia

hasta hoy entre los kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta consistente en el uso de un extracto de tabaco conocido como *ambira* y que es un aditivo para las hojas de coca (Uscátegui 1961:218). La ambira se obtiene de la cocción en agua de hojas verdes de tabaco; a la mezcla se agrega harina (de *Manihot* o *Maranta sp.*) para darle consistencia. El extracto se guarda en un pequeño calabazo conocido como *noai*, nombre que también se da a un preparado alternativo de resina de tabaco que se elabora en forma de una torta sólida. El nombre *noai* es particularmente significativo a la luz de una mención, a comienzo del siglo XVII, de una sustancia llamada *anua* que se usaba como impulsador, supuestamente tóxico, de la coca en la cordillera Oriental, al norte de Bogotá (Fernández de Piedrahita 1973:14). La comparación con el uso contemporáneo de los kogi sugiere que se trataba de un extracto de tabaco. La cuenca media del Cauca y la mayor parte del nororiente y oriente de Colombia podrían considerarse como regiones ricas en la mezcla de culturas del tabaco y de la coca. Casos adicionales en apoyo de esta opinión incluirían el de los grupos tukano del Vaupés; el de los huitoto del Bajo Putumayo; el de los tunebo, con idioma del conjunto chibcha, en la Sierra Nevada del Cocuy; y el de los motilones, de idioma Karib, en la Sierra de Perijá, en la frontera colombo-venezolana. Aunque el principal psicoestimulante de este último grupo es ahora el tabaco es sabido que emplearon la coca en el pasado, quizás debido al contacto comercial con las tribus de idioma chibcha de la vecina Sierra Nevada de Santa Marta (Uscátegui 1961:218).

Es apropiado concluir esta sección con una consideración de los que parecen ser los principales elementos en la adopción del hábito de la coca por los indígenas de Suramérica. En los tiempos de la Conquista española el uso de la coca se había extendido hasta puntos tan lejanos como Caracas, Cumaná y, tal vez, Trinidad; en el norte había penetrado hasta Panamá y Nicaragua. Hacia el sur los incas lo habían llevado a Tucumán, en la Argentina. Recientemente los trabajadores bolivianos lo han introducido, cruzando el Chaco, al Paraguay. En el siglo XIX su uso se estableció bien adentro del Amazonas central, cerca de Manaos, y es presumible que podría haberse difundido

todavía más, hasta México, y, atravesando las tierras altas, hasta el oriente del Brasil.

Solo el efectivo genocidio de la población aborigen y la incorporación de los grupos remanentes puede explicar, convincentemente, la decadencia del hábito de la coca en muchas zonas donde otrora existió. Este sería el caso de la costa Pacífica peruana y ecuatoriana, del litoral Caribe colombiano y venezolano, de la mayoría de las tierras altas de estos dos países y, en años más recientes, de las tierras bajas del Amazonas. Además, es posible anotar la aparición de ciertos factores políticos y económicos en este siglo, como la equivocada prohibición de la coca con fundamento en la ‘salud’ y la competencia por las hojas de coca creada por la industria de la cocaína. Estas fuerzas, en conjunto, han redundado en una posterior decadencia del número y de la prominencia de los coqueros, aún en regiones predominantemente indígenas como el sur de Colombia y las tierras altas del Ecuador y del norte del Perú. Ninguna de estas presiones ha resultado de un repudio de la droga por parte de la población autóctona; la costumbre de mascar coca habría sobrevivido e, inclusive, florecido y ampliado de no ser por el hecho de la colonización europea.

### **La coca: ¿un monopolio inca?**

Los relatos tradicionales de la historia de la coca usualmente buscan recalcar que la producción, distribución y consumo de la hoja en el Perú prehispánico fue un monopolio firmemente sostenido en manos de una celosa élite inca y asumen que los ciudadanos inferiores del Imperio estaban excluidos del disfrute de este raro y aristocrático privilegio.<sup>28</sup> A pesar de su obvio atractivo para los críticos del hábito de la coca la credibilidad de esta idea está más que socavada por la abundante evidencia de la costumbre de mascar coca en los

---

28 Por ejemplo: Brundage (1963:224); Hemming (1972:367); Andrews y Solomon (1975:7); Ashley (1975:7).

contextos arqueológicos preincaicos y, más significativamente, por la difundida supervivencia de tendencias mucho menos monopolísticas en la organización de su comercio, tanto en el período inca como a lo largo de la colonia española. Aunque el Estado inca pudo controlar el movimiento de las hojas de coca en el Cusco –abastecido, básicamente, por los distritos cercanos del río Urubamba– es poco probable que semejantes prácticas restrictivas hayan podido afectar, en igual medida, a los diversos y, a veces indómitos pueblos que formaban parte de su vasto y dilatado imperio.

En apoyo de este argumento debe anotarse que muchas de las pautas difusas y no centralizadas del comercio preincaico han sido reveladas por estudios realizados entre dos grupos étnicos que lograron mantener cierto grado de independencia económica en los Andes centrales: los indios chupaychu de la zona de Huánuco, tradicional centro de producción de coca, y los lupaca, un grupo con idioma aymara, ubicado en las vecindades del lago Titicaca. Ambos fueron objeto de extensos informes administrativos o visitas escritos en la década de 1560 por sugerencia de la Corona española.<sup>29</sup> El cuidadoso examen de estos textos ha puesto de relieve muchos aspectos importantes del sistema económico nativo. Aunque es cierto que ambos grupos habían progresado más allá de la etapa de la reciprocidad directa cara a cara, que caracteriza a las comunidades pequeñas y esencialmente igualitarias, también es evidente que ninguno de los dos había adquirido el tipo de estructuras económicas centralizadas que acompañan, en general, el surgimiento de los Estados o los grandes imperios territoriales.

En vista de su éxito en la resistencia a las duras realidades económicas de las conquistas incas y española quizás no sea sorprendente que los chupaychu (un grupo relativamente pequeño de 10 000 personas) y los lupaca (con una población más grande de 150 000 individuos) hayan compartido múltiples características

---

29 La discusión de estas visitas y del modelo de comercio intraétnico proviene de Murra (1967, 1972).

comparables en su explotación de una gama de ambientes esencialmente similares. Como carecían tanto de la economía centralizada como de la sociedad verdaderamente clasista de los incas la mayoría de los indígenas de las tierras altas de los Andes centrales parece haberse caracterizado por estructuras de jefatura semijerárquicas, organizadas alrededor del culto colectivo de divinidades tribales (*huacas*) y subdivididas por medio de una entretejida red de alianzas de clanes. La autoridad central habría existido en función de necesidades bien definidas, como la defensa militar y los actos rituales propiciatorios a los dioses, y habría servido menos para acrecentar la riqueza y el estatus de cualquier élite hereditaria que para actuar como un embudo económico, redistribuyendo el producto de regiones caracterizadas por un considerable grado de diversidad ecológica. Los cereales y alimentos básicos cultivados en las hoyas de altura media –los principales centros de población– habrían sido complementados por una amplia variedad de recursos exóticos provenientes de pequeñas colonias algo distantes, localizadas bien en alturas elevadas, que proveían la lana de llama y la sal, o en los valles subtropicales más bajos. Sería difícil sobreestimar la importancia de las hojas de coca como fuerza motriz de la ocupación de las altitudes inferiores. Aunque la ceja de montaña o los yungas también producían otros artículos apetecibles (algodón, oro, especies y el colorido plumaje de las aves selváticas) tiene que haber sido la necesidad de asegurar un abastecimiento estable de la coca lo que condujo a la mayoría de los grupos étnicos a establecer, por lo menos, a unos cuantos de sus miembros en esa zona húmeda e insalubre.

Con el surgimiento y consolidación de estas colonias periféricas el comercio pudo haber sido organizado dentro de jefaturas individuales y habría existido poca necesidad de mercados o relaciones comerciales regulares con otros pueblos indígenas; además, tales colonias habrían vuelto innecesario el control sobre cualquier extensión de territorio continuo por fuera del núcleo principal, de modo que la unidad tribal no se habría sentido compelida a defender fronteras distantes e inmanejables. En cambio podían concentrar sus esfuerzos en las fuentes de los productos más necesarios, creando asentamientos discontinuos o ‘islas’ que, debido a su misma vulnerabilidad,

normalmente implicaban cierta cooperación o intercambio de recursos con las ‘islas’ vecinas de grupos étnicos rivales. Los colonos de estas ‘islas’ habrían sido semipermanentes en sus funciones y, como conservaban el derecho a una vivienda y tierra en el núcleo principal de poblamiento, mantenían vínculos estrechos de solidaridad con el grupo matriz. De esta forma, cada unidad étnica de los Andes centrales pudo controlar un acceso independiente a los diversos artículos producidos en toda la zona y mantener una hegemonía vertical sobre una amplia gama de econichos.

Es posible que la situación en la costa Pacífica del Perú, al menos inicialmente, haya sido similar a la de las tierras altas pero, a largo plazo, las poblaciones costeras, más numerosas, tienen que haber generado una presión más grande sobre los recursos disponibles que la que se evidencia en la sierra. Un caso judicial de 1559, referente a la propiedad de las plantaciones de coca de Quivi, en el valle del alto Chillón, describe una contienda entre, por lo menos, cuatro grupos étnicos, cada uno con pretensiones sobre las plantas. La competencia en tales aspectos era cosa seria debido a que las partes más altas de los valles costeros no solo eran importantes por la coca sino, también, por el control del agua que alimentaba el sistema de irrigación (Rostworowski 1973). La gran importancia del suministro de agua para muchas civilizaciones emergentes condujo, en algunos casos (de la manera más obvia en la costa norte del Perú), al abandono de una pauta anterior de asentamientos discontinuos étnicos y produjo, en su lugar, la constitución del Estado territorial con límites claramente definidos y con un control centralizado y burocrático de la irrigación.

Al principio este desarrollo puede no haber alterado, radicalmente, los patrones andinos de redistribución económica y no implicó, necesariamente, el advenimiento del comercio y de las relaciones económicas pero, a la postre, la sustitución de las normas previas de intercambio dentro de entidades tribales por un sistema estatal multiétnico tuvo efectos notables en la estructura de la economía andina. El excedente producido por el Estado tendió a acumularse, perdiendo su anterior función redistributiva, y fue empleado para acrecentar el estatus especial de la aristocracia

y la clerecía urbanas. Se pueden adscribir varios desarrollos concomitantes a esta tendencia centralizadora, entre ellos la especialización de los oficios, el énfasis dado a la construcción de impresionantes edificaciones ceremoniales y la búsqueda de un comercio de largo alcance en determinados artículos de lujo, factor que, a su vez, implicó la aparición de una clase mercantil dentro de la élite gobernante.

Vale la pena destacar, sin embargo, que a pesar de que tales sistemas tienen una pronunciada continuidad en la costa del Perú en las regiones serranas hay poco rastro de una persistencia real de estructuras de 'Estado' antes del surgimiento del Imperio inca. La relativa novedad de la forma de organización imperial en las tierras altas puede explicar por qué había tantas pruebas de supervivencia de sistemas económicos más antiguos en la zona en la época de la conquista española. Por razones de conveniencia política la administración inca no pudo darse el lujo de enemistarse con los pueblos sometidos ni proceder a la destrucción, en gran escala, de sus economías nativas. Podía, y lo hizo, extraer tributos de las agencias redistributivas centrales de cada nación, hazaña lograda, normalmente, por medio de la imposición de las deidades incas, especialmente el *huaca* de Inti, el sol, en una posición dominante en los santuarios de los dioses locales. La política inicial parece haber sido aprovechar un porcentaje de los bienes producidos por cada territorio recién conquistado, dejando casi intacto el sistema de producción nativo. Dentro de este esquema cualquier idea de un 'monopolio' inca de la totalidad de la cosecha andina de coca es patentemente absurda porque los incas mantenían poco control sobre las hojas de coca que quedaban para el consumo local después de haberse pagado el tributo.

La ciudad de Cusco y sus alrededores, la patria inca, jamás habrían podido depender enteramente del tributo de súbditos de dudosa lealtad; por eso aseguró el suministro independiente de hojas, empleando una red controlada por el Estado que pudo haber dado origen a la idea de un 'monopolio' inca. Mediante el asentamiento de grupos de labradores en la ceja de la montaña los incas pudieron

proveerse de toda la coca que necesitaban para las funciones estatales, como la que se empleaba para regalos diplomáticos y la que consumían el ejército, la nobleza, los templos religiosos y los chasquis (mensajeros). El único grupo que sufrió con tal disposición de cosas parece haber sido el de los ciudadanos más humildes de Cusco, puesto que habría perdido cualquier acceso directo al medio Urubamba, su fuente tradicional de coca, y se habría tornado dependiente del sistema burocrático estatal para proveerse de la hoja. En tiempos de escasez solo se podía confiar en este sistema para atender los suministros más urgentes y necesarios del Estado y de la élite inca, de tal forma que el hombre común podía haberse visto en la incapacidad de conseguir cualquier cantidad de hoja, privación que se sentiría en términos de discriminación de clase, de una 'prohibición' de la coca para las masas laboriosas.

El aspecto más significativo del sistema inca tiene que haber sido el de su apropiación del proceso de la producción, puesto que no habría sido suficiente interceptar una pauta ya establecida de comercio, como se demostró en pueblos recientemente conquistados, como los Lupaca y los Chupaychu. Existe un extenso informe que describe una de las plantaciones de coca controladas por el Estado inca, escrito en los años de 1560, y que trata de los yungas de Songo, Chacapa y Challana, en una región de lo que hoy es Bolivia. Los indios con idioma aymara que formaban la masa principal de población de estos valles parecen haber perdido todo sentimiento de pertenencia hacia los grupos emparentados con ellos en las tierras altas, viviendo permanentemente en los yungas y acostumbrados a producir su coca, exclusivamente, para el inca (Murra 1972:458).<sup>30</sup> A primera vista podría argumentarse que este tipo de colonia periférica no fue nada más que una simple extensión del sistema redistributivo tradicional en los Andes; pero los colonos de Songo ya no conservaban el derecho a vivienda

---

30 Para una interpretación diferente de la misma fuente véase Golte (1970).

y tierra en las zonas altas de donde eran originarios y, aún más, trabajaban en tierras de propiedad estatal en calidad de mano de obra organizada por el Estado. Con los medios de producción –en este caso los arbustos de coca– firmemente en manos de una clase terrateniente ausentista no sería falso decir que el sistema inca reemplazó un mecanismo redistributivo simple con una forma de capitalismo de Estado, dando nacimiento al primer proletariado rural de Suramérica.

Este proceso se hace todavía más patente si se considera la evidencia de imperialismo inca en la costa central del Perú. Esta zona siempre fue tratada como territorio de conquista por los invasores de las tierras altas. Varias plantaciones de coca del curso alto del Chillón (Rostworowski 1973) fueron anexadas y su producción dedicada a Inti, el dios inca del sol. Al no poder confiar en la población local para la recolección de la cosecha los administradores incas llevaron a la zona su propia fuerza de trabajo, los mitimaes. Esta acción –despojo por la fuerza, seguido de recolonización– fue la forma más drástica de reorganización sufrida por los productores de coca en el período inca; junto con los otros dos sistemas empleados por los incas –la exacción de tributos entre los pueblos sometidos a su control y el establecimiento de plantaciones controladas por el Estado, como en Songo– puede decirse que formaba parte de un triple asalto contra la reciprocidad y la autosuficiencia que caracterizaba la economía original de la hoja de coca.

Tal vez este marcado contraste entre la organización centralizada y las pautas anteriores de reciprocidad y redistribución dio lugar a la idea de que los incas habían ‘monopolizado’ el comercio de la coca en el Perú prehispánico. Dado que gran parte de la cosecha peruana de coca parece haber permanecido fuera del control efectivo de los incas se podría argüir que el monopolio de la coca era un ideal hacia el cual tendían los autores de la política en Cusco pero que todavía no habían podido implementar de forma eficaz en toda la extensión del Imperio. Podría ser incluso tentador remover el ideal de un monopolio de la coca de su contexto inca ya que es un

tema muy presente en la historia peruana y puede haber sido intentado, primero, por las estructuras estatales que precedieron al Imperio inca, como *wari*, acerca de las cuales carecemos de información detallada. La persistencia del monopolio de la coca en cuanto ideal continuó a través de los períodos colonial y republicano del Perú hasta la institución de la agencia gubernamental de nuestros días, la Empresa Nacional de la Coca –ENACO–.

## La coca se convierte en gran negocio

Hasta cierto punto el temprano énfasis de los españoles en la existencia previa de un monopolio inca tiene que haber obedecido a la necesidad de hallar un precedente para la destrucción, en gran escala, de la economía tradicional andina que comenzó a darse en la última mitad del siglo XVI. No es un accidente que el principal vocero de la concepción oficial fuese el Inca Garcilaso de la Vega, hijo de un matrimonio mixto entre un conquistador español y una princesa menor inca, un perfecto portavoz de la nueva élite criolla que comenzaba a surgir en el Perú. Después de un período, básicamente anárquico, de guerras civiles que siguió a la conquista de Pizarro, el ascenso de Felipe II al trono de España en 1556 pronto se reflejó en una cantidad casi obsesiva de legislación, una verdadera ofensiva administrativa destinada a fortalecer el control de la Corona sobre las indisciplinadas colonias del Nuevo Mundo. Esta legislación se preocupó, primordialmente, por los problemas que afectaban los ingresos de España, vale decir, estaba dirigida a controlar la producción de oro y plata y su despacho final al Tesoro Real en Sevilla.

Como las actividades mineras del Perú eran inconcebibles sin abundantes suministros de coca pronto se comprendió que el comercio de la hoja era una fuente de ingreso solo secundaria en comparación con los metales preciosos. Las plantaciones de los incas fueron tomadas por la corona y, luego, distribuidas en encomienda a los ciudadanos principales de la nueva colonia española. De nuevo citando

un precedente inca se introdujeron reformas a las leyes tributarias de 1558, de manera que los tributos se podían pagar en hojas de coca a los representantes del rey (Begué 1971). Por este medio la Corona estaba reconociendo una de las funciones tradicionales de la coca en los Andes, la de servir de medio de intercambio.

Muchos individuos poderosos comenzaron a plantar nuevos arbustos para atender la demanda, siempre creciente, de las zonas mineras. El informe de 1568 de los yungas de Songo mostró que en los 33 años transcurridos desde la conquista el área dedicada al cultivo de coca había aumentado sustancialmente. Los herederos del conquistador Alonso de Alvarado recibieron, en 1568, una producción de 18000 libras de coca de su hacienda de Songo pero consideraron insuficiente esta cantidad y exigieron el pago de viejas deudas a sus arrendatarios por la cantidad de 128000 libras (Murra 1972:460). Su codicia era, tal vez, explicable ya que dicha cantidad valía una bonita fortuna. Ya desde los años de 1540 la coca era considerada el producto agrícola más importante de los Andes y muchos colonos españoles habían comenzado a dedicarse al negocio que brotaba a su alrededor (Cieza de León 1962:250). Las fabulosas minas de plata de Potosí eran un mercado de coca casi insaciable; un movimiento anual en hojas de coca de un millón de pesos (equivalente contemporáneo de 450 kilos de oro) no era anormal y comparable con los relativamente modestos 400 000 pesos gastados en alimentación y vestido (Matienzo 1967:163). Es más: como resultado del hecho de que la coca alcanzaba el doble del precio en Potosí en comparación con Cusco también se volvió común dedicarse al comercio de coca de gran envergadura. Utilizando llamas y mulas como bestias de carga no era inusitado que comerciantes particulares se lanzaran por ese camino con 60 000 libras de hojas en un solo embarque. La ganancia que reportaba una transacción semejante era del orden de 7500 pesos, poco más de 34 kilos de oro. Aún en el siglo XVI una suma tal podría haber sido suficiente para retirarse cómodamente de por vida (Acosta 1940:286).

La actual búsqueda de rápidos lucros en el negocio de la cocaína no es un fenómeno novedoso; ha sido siempre parte íntima del temperamento extractor del hombre blanco en América. Buena parte del esplendor cultural de la Edad de Oro española no solo fue construido sobre las incontables espaldas de trabajadores forzados en las minas de los Andes sino, también, en las ganancias del comercio del único estimulante que hacía tolerables las condiciones infrahumanas de su trabajo. En un momento de sublime ironía uno podría considerar la posibilidad de que los ‘Reyes Católicos’ fueron, en realidad, los primeros padrinos del tráfico de drogas. El comercio de coca era demasiado lucrativo para que la hoja jamás fuera prohibida debido a sus propiedades supuestamente satánicas, como habrían deseado algunos sacerdotes, principalmente los que la condenaron en el Concilio eclesiástico de Lima en 1551. Cuando un monje franciscano escribió al Rey en 1579 declaró que la razón por la cual el obispo de Cusco se estaba absteniendo de reprimir el ‘pernicioso’ hábito de la coca era porque derivaba una parte importante de su ingreso de los diezmos eclesiásticos cargados sobre el valor de la cosecha de coca (Patiño 1967:221).

Tan grande era el impacto de los encendidos informes que describían las fortunas que se podían hacer con la coca en el siglo XVI que los historiadores lo han empleado para demostrar que el consumo nativo era objeto de un inmenso y deliberado aumento por parte de los despiadados empresarios españoles. A los colonizadores, solo interesados en la esclavización de su fuerza de trabajo, se atribuye el estímulo de un hábito a la droga moralmente debilitador o, según palabras de un autor reciente, de un vicio que figura entre las “estériles revanchas de los condenados” (Galeano 1973:71). La naturaleza dudosa de esta presunción se torna cada vez más notoria si uno se detiene a considerar los detalles reales de la organización del comercio, no solo en la situación de la minería sino en las comunidades agrícolas tradicionales que conformaban la espina dorsal de la economía de subsistencia nativa.

Ya señalé que una considerable cantidad de intercambio entre diversas zonas altitudinales todavía era practicada por

varias etnias de la sierra peruana a mediados del siglo XVI. La supervivencia de ese sistema de base tribal, a pesar de los efectos destructivos del Imperio inca y de la subsiguiente conquista española, indica que, por lo menos, parte del comercio de coca permanecía en manos de pequeñas empresas cooperativas. Tales estructuras solo podían abastecer a parientes cercanos o a otros aliados étnicos y, sin duda, también sufrieron una presión considerable cuando se vieron sometidas a las nuevas fuerzas económicas desatadas en los Andes. Un caso pertinente es el de las zonas productoras de coca de la cuenca del Huallaga, que se transformaron con el descubrimiento de las minas de mercurio cerca de Huancavélica (Espinoza 1973:24). Sin embargo, no se deben confundir los cambios en la comercialización de la coca con suposiciones en cuanto al aumento absoluto en su consumo por la entonces declinante población indígena del Perú. Con toda probabilidad el consumo per cápita permaneció razonablemente constante; lo que estaba cambiando era la forma como la coca se suministraba a las amplias masas de la población. La situación minera proporcionó el ímpetu inicial para la concentración de la producción de la coca en ciertas regiones y para canalizar el grueso del negocio hacia las manos de una clase mercantil española. Hay evidencia de que, hacia 1570, se rompieron otras formas de organización laboral. Estos cambios se reflejaron, inevitablemente, en el comercio de la coca. Durante esa década el virrey Toledo emprendió una campaña de 'reducciones' dirigida a definir las encomiendas en términos de localidades geográficas delimitadas, reemplazando la estructura de lealtades étnicas tradicionales. Si bien es cierto que esto pudo haber sido promovido por una ignorancia de las estructuras sociales indígenas es difícil evitar la conclusión de que también pudo haber formado parte de una política deliberada. La reducción del número y diversidad de las zonas ecológicas ocupadas por cada grupo étnico podría mirarse como un acto consciente orientado a controlar mejor a la población andina, tanto más efectivo cuanto privaba a cada grupo de los recursos periféricos que le permitían algún grado de autosuficiencia económica y autonomía política (Murra 1972:440).

La interrupción del patrón tradicional de intercambio de coca llegó a ser uno de los aspectos más lucrativos de esta reorganización.

En el futuro no solo los trabajadores de las minas sino, también, la gran masa de los campesinos de las tierras altas serían obligados a comprar su coca en un mercado controlado por los blancos. Concomitante con esta reorganización del comercio de la coca hubo un considerable interés en lograr el máximo rendimiento de las plantaciones de coca. Una vez más es cuestionable si ello supuso un aumento absoluto en la producción de coca peruana o si, apenas, implicó la concentración de las plantaciones en lo que eran las áreas más adecuadas económicamente. Los informes sobre el incremento de las cosechas de coca en ciertas zonas tienen que contrapesarse con el reconocimiento del hecho de que en otras partes del Perú, como los valles costeros, su cultivo parece haber cesado casi completamente.<sup>31</sup>

La producción masiva de coca para abastecer una economía de mercado también tuvo importantes efectos en las formas de trabajo comunes en los distritos productores. Bajo el antiguo sistema redistributivo los trabajadores de los valles subtropicales que producían coca se habían establecido con carácter semipermanente, tenían tiempo de adaptarse a las condiciones climáticas de esta zona y sabían que podían regresar a sus respectivas aldeas natales. El Estado inca había introducido una nueva práctica, la de la colonia permanente localizada en las plantaciones de coca de propiedad estatal; estos grupos fueron heredados por los conquistadores españoles, siendo conocidos con el nombre de *coca camayos*.

Durante el periodo colonial los *coca camayos* no tenían que hacer nada en relación con la recolección de la coca; solo atendían el cuidado general de las plantas y empacaban los bultos de hojas de coca cuando estaban secas. El cuerpo principal de los recolectores de coca era suministrado por los indios de las tierras altas que descendían a los valles bajos durante un mes cada año para pagar parte del tributo en trabajo que les era impuesto por la institución española de la encomienda. Aunque parece haber existido una

---

31 Véase Rostworowski (1973:214) acerca de la decadencia de la producción de coca en los valles costaneros del Perú.

pequeña cantidad de trabajo migratorio a escala en el período prehispánico fueron los españoles quienes convirtieron el sistema migratorio en la principal forma de trabajo en las plantaciones de coca, con las más penosas consecuencias para la salud de los habitantes de las tierras altas que eran obligados a prestar este servicio.<sup>32</sup> El calor, la humedad y la desnutrición tuvieron un efecto terrible sobre los serranos, acostumbrados a un clima más templado; muchos de ellos regresaban a sus hogares débiles y enfermos, si es que regresaban. Por añadidura las plantaciones de coca eran fuente de muchas enfermedades; aunque raramente atacaban a los residentes locales aclimatados, eran mortales para los visitantes de la sierra. Una de ellas, la '*verruga peruana*', se transmitía por mosquitos y causaba nódulos eruptivos, verrugas y anemia; otra, llamada '*uta*' o '*mal de los Andes*', producía un tipo de cáncer leproso que se comía la nariz, los labios y la garganta.<sup>33</sup>

La política española no fue aplicada con la misma rigurosa uniformidad a todo lo largo de los Andes; en los yungas de Songo, por ejemplo, parece que las colonias de ciertos grupos de tierras altas fueron respetadas y pudieron conservar sus formas tradicionales de trabajo e intercambio recíproco (Murra 1972:460). La aplicación de un sistema de trabajo migratorio puede haber contribuido al mantenimiento del intercambio recíproco que intentaba abolir. Durante el período colonial y, paradójicamente, hasta nuestros días una característica del comercio permanece invariable: la participación de los recolectores de coca en los frutos de su trabajo. A los trabajadores migrantes se les permitía regresar a casa con una parte de las cosechas, la cual servía para atender sus necesidades personales y para suministrarles un lucrativo medio de intercambio al retornar a sus comunidades nativas.

32 Una descripción del trabajo en las plantaciones de coca en la Colonia española se encuentra en Matienzo (1967), quien visitó la región a mediados del siglo XVI. Bird (1967:367) descubrió evidencia de algún trabajo migratorio practicado en el área de Huánuco antes de la conquista española.

33 Véase Hemming (1972:368) para una discusión de las fuentes contemporáneas.

Es posible que este tipo de comercio participante aumentara durante el período colonial a expensas de las formas más antiguas de redistribución. Dada la desmembración de muchos de los lazos primarios de identidad étnica por parte de los españoles bien pudo ser que semejantes intercambios cara a cara ocupasen su lugar, afianzados mediante el hecho de compartir tareas agrícolas comunes. Esto parece apoyarse en numerosos paralelos contemporáneos. A pesar de la constante disponibilidad de coca legal a través del sistema gubernamental de distribución, la descripción de la comunidad de Nuñoa (Hanna 1974) ha revelado la supervivencia de misiones comerciales privadas entre la sierra y los valles más cálidos donde se produce la coca. Este escamoteo de la red regular de distribución puede resultar muy ganancioso; bajo condiciones óptimas un individuo puede multiplicar ocho veces su inversión original.<sup>34</sup>

Estos apetecibles ingresos no son, solamente, el resultado de especulación comercial ya que la empresa exige el empleo de una considerable cantidad de trabajo. Los caminos que descienden a los valles en la vertiente oriental de los Andes son suficientemente largos, difíciles y peligrosos como para impedir que la mayoría de la gente repita su excursión más de una vez al año. Además, la mayor parte de los comerciantes particulares de coca tiene que recoger y secar sus propias hojas, de modo que lo que está en juego no es solo una transacción comercial sino una participación en el proceso de producción. Tal situación genera alianzas entre familias de las diferentes zonas ecológicas y las relaciones recíprocas de ‘compadrazgo’ que, normalmente, se reservarían para los parientes y vecinos cercanos. Es posible descubrir en esta organización algo del carácter original del sistema de reciprocidad sugerido para los Andes centrales en la etapa de desarrollo preincaico. Aunque el patrón tradicional puede haber sobrevivido solo en un estado transformado

---

34 Buechler y Buechler (1971:4, 105) también mencionan la importancia del comercio de coca en pequeña escala como fuente de ingresos para los aymara bolivianos.

demuestra la resistencia de los pueblos andinos a dudosos y exóticos modelos de eficiencia económica.

## El comercio de la coca en la zona del Cauca

Anteriormente mencioné la descripción de Cieza de León (1962:249) sobre la costumbre de mascar coca en la década de 1540 en las regiones que rodean Popayán y Cali.<sup>35</sup> Teniendo en cuenta cuán difundido era el hábito en esta zona tal vez resulte sorprendente que se conserven tan pocos relatos escritos acerca del uso de la coca en el período colonial. La documentación que existe, generalmente de poco valor si se la compara con el vasto material sobre la coca en el Perú, casi nunca ha sido publicada y se encuentra bajo la forma de manuscritos amarillentos en los archivos coloniales de Popayán. Sin embargo, puede juzgarse la amplitud con que se mascaba coca y la posibilidad de su difusión entre muchos colonizadores blancos y miembros del bajo clero por la declaración del obispo de Popayán en un sínodo eclesiástico efectuado en julio de 1617. El obispo condenó, violentamente, el uso de este “más eficaz instrumento de comunicación con el demonio” y amenazó con el peor de los destinos, la excomunión *major latae sententiae*, a cualquier clérigo que fuese descubierto usando la temible hoja, así lo hiciera solo en forma de infusión (Piedrahita 1973). El uso de la coca tiene que haber estado bien difundido para justificar un ataque tan virulento y, probablemente, se extendió hasta muchos grupos que ya no consumen la hoja en forma alguna. Entre aquellos estarían incluidos los esclavos negros importados para trabajar en los depósitos auríferos del occidente colombiano, muchos de quienes habrían encontrado en la coca un excelente estimulante, quizás vagamente análogo a sus nueces de cola nativas.<sup>36</sup> En nuestros días existe un buen número de mambeadores

---

35 Véase la cita completa en el capítulo anterior.

36 Véase Matienzo (1967:163) acerca del uso de coca entre los esclavos negros llevados al Perú por los españoles; Patiño (1967:210) para el distrito de Cali.

negros en el Cauca, particularmente en el valle del Patía y en el Salado, un distrito de Tierradentro, y, en menor extensión, cerca de Corinto, Caloto y Santander de Quilichao.

La práctica de mascar coca tiene que haber sido más extendida entre la población indígena, más numerosa en el pasado. Un documento que data de 1746 suministra evidencia de pagos de coca hechos a los guambianos, un grupo que ha abandonado el hábito en años recientes, y contiene una cantidad de quejas contra los corregidores locales por no proveer alguna otra forma de subsistencia a sus trabajadores (ACC, Sig. 8512). En otras zonas, como los alrededores de Cali, la gran mortandad de los habitantes indígenas tuvo que conducir a la desaparición casi completa de la costumbre de mascar coca. Un informe de 1808, que describe las numerosas plantas de coca ornamentales que se encontraban en los jardines de Cali, podría estar hablando de los días presentes cuando afirma que estos arbustos eran “sin particular uso ni consumo” (Patiño 1967:210).

En la región del Cauca el comercio de coca tenía a ser un fenómeno localizado y las grandes estructuras de mercado de los Andes centrales parecen haber estado totalmente ausentes. La escasa evidencia de que se dispone sobre la naturaleza del comercio colonial de la coca parece indicar que, por lo menos en las zonas rurales apartadas, el sistema de producción no difería mucho del que todavía es común. Un informe oficial de la provincia de Guanacas (en lo que hoy es el municipio de Inzá), elaborado en enero de 1648, describe plantaciones familiares que producían entre una y cinco arrobas (25 a 125 libras) de hoja en cada una de las tres cosechas anuales.<sup>37</sup> Esto implica que el tamaño de las plantaciones era similar al de las que todavía existen en la misma región, es decir, entre 100 y 2000 matas de coca.

El documento de Guanacas también menciona que cierto excedente de hojas era intercambiado con comerciantes

---

37 Archivo Nacional, Quito, Caja 20, 1703, fol. 114 y ss. Estoy en deuda con David Earle por esta y otras referencias manuscritas.

blancos por artículos apetecidos, como herramientas. Resulta claro que en fecha tan temprana estuviera comenzando a surgir una determinada cantidad de comercio localizado; es improbable, sin embargo, que dicho comercio incluyera a otros indios colindantes, como los nasa. La ruta principal entre Popayán y Santa Fe de Bogotá pasaba por la tierra de los Guanacas; por esta razón se hallaban en una posición excelente para participar en los mercados más amplios de la colonia española. Es más: los guanacas formaban parte del mismo grupo lingüístico de los indios de Guambía, Coconuco y de la región de las inmediaciones de Popayán. Característicamente menos beligerantes que los nasa parecen haber conformado la principal fuente de fuerza de trabajo nativa para los colonizadores españoles de Popayán, de tal modo que estaban acostumbrados a tratar con ellos en niveles diferentes, entre los cuales el comercio de coca habría sido un detalle relativamente menor. Las hojas intercambiadas de esa manera no solo servirían para abastecer a los indígenas, puesto que la ley colonial estipulaba que a todos los trabajadores nativos se debía dar una ración de un tercio de libra de coca por cada semana de trabajo tributado a los encomenderos españoles (Arboleda 1948).<sup>38</sup>

La coca era una excelente fuente de ingreso para los indios que quisieran y pudieran hacer ventas a los terratenientes blancos de las cercanías. En un caso judicial de 1610 contra un español por la quema de un cocal perteneciente a la cacica de Timbío, una aldea estratégicamente localizada cerca del mercado de Popayán, se estimó el valor anual de su cosecha en 50 pesos, el valor contemporáneo de media libra de oro.<sup>39</sup> Una comparación con los precios pagados por la coca en Guanacas permite estimar que la cacica estaba recogiendo entre 10 y 15 arrobas (250 y 375 libras) de coca en cada una de las tres cosechas anuales. Esta es una cantidad notable, más del doble del máximo registrado en Guanacas, pudiendo

38 ACC, Sigs. 8512 y 8462.

39 ACC, Sig. 8093. Una arroba de coca era vendida por 2 y 3 patacones en Guanacas. Un patacón valía 272 maravedíes, mientras un peso, conocido también como un castellano, oscilaba entre 450 y 490 maravedíes.

presumirse que la señora en cuestión estaba defendiendo una plantación colectiva de los indios de Timbío (lo que explicaría su designación como cacica) o que se había dedicado a un cultivo comercial para vender en Popayán.

No es sorprendente que algunos de los colonizadores blancos hayan visto en la coca la posibilidad de hacer fortuna. Aunque no hay referencias sobre algún vecino de Popayán que se haya dedicado a la producción de coca en gran escala es posible que ciertos individuos, quizás con experiencia en el Perú, reconocieran el potencial económico de este cultivo y no solo hubieran entrado al mercado de coca cultivada por los indios sino, también, a la siembra directa de su propia fuente de abastecimiento. Esto se puede demostrar en una parte de la antigua gobernación de Popayán –el asentamiento de Timaná, al otro lado de la cordillera Central, en el valle del Alto Magdalena– y no es descabellado suponer su extensión a otros pueblos similares. Los informantes sobre Timaná hablan de la gran popularidad de la hoja de coca en esa región durante el período colonial y demuestran que se empleaba mano de obra indígena para el trabajo en la cosecha de coca de los terratenientes blancos; inclusive se da una explicación sobre la manera como establecieron su control de las plantaciones locales, proeza que parece haber sido lograda por la expropiación fraudulenta de herederos de propietarios indígenas recientemente fallecidos (Friede 1953:161-174).<sup>40</sup> Sin embargo, la ausencia de cualquier operación bien documentada y realmente cuantiosa en el comercio de coca en el Cauca y el hecho de que la aristocracia colonial payanesa no haya convertido este cultivo en una fuente de ingresos tan grande como en el Perú requieren un examen más detallado de las condiciones económicas locales. El hecho de que la población indígena de la zona fuese menos numerosa y de que estuviese menos acostumbrada al trabajo en masa cumplió un importante papel en el mantenimiento

---

40 En Descobar (1938:161) y Vásquez (1948:1044) pueden encontrarse crónicas tempranas sobre el uso de la coca en Timaná.

de la producción y la comercialización de la coca dentro de límites más modestos. Subyacente a estos factores más obvios también existen consideraciones geográficas que dan sus aspectos distintivos al comercio de la coca en el Cauca.

En primer lugar, la ecología local se define en dos zonas climáticas: la tierra fría, localizada entre 2000 y 3000 metros de altura, y la tierra templada, una zona subtropical entre 1000 y 2000 metros. La mayor humedad de los Andes septentrionales da a estas montañas un aspecto diferente a las del Perú y el frío y húmedo páramo (arriba de 3000 metros) nunca ha sido poblado, permanentemente, y servía a la población nativa, principalmente, como extensa reserva de cacería.<sup>41</sup> Otras limitaciones geográficas ejercieron algún control sobre el tipo de pautas de asentamiento características de la zona en tiempos prehispánicos. A pesar de que las tierras cálidas pudieron sustentar la aparición de poblaciones densas y asentamientos nucleados –particularmente en el valle alrededor de Cali (1000 metros) y, tal vez, en la meseta que rodea Popayán (1760 metros)– la tierra fría está compuesta, principalmente, de valles angostos que avanzan, transversalmente, bajo las estribaciones mayores de los Andes y que contienen pocas áreas planas verdaderamente significativas.<sup>42</sup> Algunos de estos valles serranos –como

---

41 Véanse Dollfus y Lavallée (1973) para una comparación de las condiciones ecológicas en los Andes centrales y septentrionales.

42 Véanse Bray y Moseley (1976) para un relato sobre los patrones de asentamiento en el distrito de Buga, al norte de Cali. Cubillos (1959) excavó el Morro de Tulcán, un sitio ceremonial en Popayán, pero la existencia de esta imponente estructura piramidal no implica, necesariamente, ningún gran asentamiento nucleado. Castellanos (1944) proporcionó descripciones del período de la conquista de un fuerte en Timbío y de un gran salón ceremonial en Popayán pero, a pesar de que la existencia de una población densa en la región de Popayán no tiene discusión, aún hay lugar a dudas acerca de si alguna vez estuvo organizada en grandes pueblos. En mis propias investigaciones sobre sitios habitacionales prehispánicos en los alrededores rara vez pude encontrar agrupaciones de más de dos o tres plataformas de vivienda en un solo lugar. Los sitios de los grandes hallazgos arqueológicos (La Marquesa, Cerro de la Eme, Pubenza) están localizados en las

Huila, Mosoco, Silvia o Coconuco– suministraron asiento para la autoridad ceremonial de los principales cacicazgos de los nasa y guambianos pero no parecen haber sido testigos de la fundación de aldeas en gran escala ni podían sustentar ninguna densidad de población realmente elevada. Este es un punto importante porque una comparación entre los habitantes de los angostos valles del Cauca y los de la alta meseta de la sabana de Bogotá (2450 metros de altura) deja claro que las pequeñas estructuras de cacicazgo no eran, siempre, las formas más favorecidas de organización social entre los diversos grupos de lengua Chibcha en las tierras altas de Colombia. Los cacicazgos, relativamente simples, de la zona el Cauca parecen haber respondido a las condiciones específicas de un terreno abrupto y quebrado; los reinos Muiscas, más grandes y jerarquizados, reflejan una mejor disponibilidad de tierra arable y la consiguiente mayor densidad de población en las extensas mesetas que circundan Bogotá y Tunja. Por la época de la conquista española en esta parte de Colombia la situación ya estaba comenzando a parecerse a la descrita para las zonas altas del Perú: un denso núcleo de población localizado en las alturas más elevadas (la región productora de grano de la Sabana) parece haber mantenido colonias periféricas en las laderas subtropicales más cálidas que conducían a las tierras bajas. Esas colonias habrían sido las que aseguraron a los Muiscas su propio suministro de hojas de coca.<sup>43</sup>

cimas de colinas y la relativa escasez de tiestos y otros desechos tiende a implicar un uso funerario o ceremonial antes que uno estrictamente habitacional. Estos sitios en las cimas de las colinas se caracterizan por una gran cantidad de tumbas con cámaras laterales y pozos profundos (hasta de 20 metros) mientras que las plataformas de vivienda dispersas y las intrigantes y ocasionales indicaciones de canales prehispánicos, particularmente en el barrio Los Sauces, en las afueras de Popayán, están localizadas cerca de tierras bajas y planas, más apropiadas para el cultivo.

<sup>43</sup> Patiño (1967:208) citó crónicas que describen esta situación en el período inmediatamente posterior a la conquista española. Sin embargo, no está claro si estas colonias eran ‘islas’ en el sentido de la palabra de Murra, es decir, si estaban separadas de los principales centros de población por alguna discontinuidad territorial. Es más: la mención explícita de comercio intertribal en

Un cuadro similar también se reporta para otra zona que tiene ciertas semejanzas con el Cauca. El distrito productor de coca más famoso del Ecuador era el de Pimampiro, en la cuenca del río Mira, en el extremo norte del país. En 1582 se escribió una amplia descripción de la situación en Pimampiro que detalla un sistema de trabajo que es parecido, en todos sus aspectos, al que había sido iniciado por las autoridades coloniales en el Perú. Los indios de las tierras altas de Otavalo, en el norte del Ecuador, y de Pasto, en el sur de Colombia, estaban acostumbrados a realizar visitas periódicas a las regiones más bajas para ayudar en la recolección de las hojas de coca, a cambio de lo cual recibían una parte de la cosecha. Hacia 1631 hasta los jesuitas estaban siendo acusados por la Inquisición de hacer pingües ganancias en sus plantaciones de coca de Pimampiro (Patiño 1967:211-213).

Lo que resulta de estas comparaciones con la situación del Cauca es la importancia crucial de las grandes concentraciones de población en localidades como la Sabana de Bogotá y las mesetas que rodean Pasto y Otavalo. Que estos grupos se hayan organizado o no en asentamientos de aldeas nucleadas no es la primera consideración en este argumento puesto que lo importante es que estos mercados estaban ubicados a una considerable distancia de su más cercano abastecimiento de coca. Ya sea por el mantenimiento de colonias periféricas en el período prehispánico o por la introducción de una estructura mercantil controlada por los blancos en el contexto colonial tanto las regiones de Pasto-Otavalo como la de Bogotá experimentaron una organización del comercio de coca que no difirió, sustancialmente, de las formas típicas observadas en el Perú. La zona del Cauca permanece, debido a sus condiciones culturales y geográficas específicas, como una de las pocas partes de los Andes donde prevalecieron fuerzas económicas diferentes en el comercio de la coca. Donde existieron poblaciones densas, como en el valle

---

el mercado de Tunja en 1550 (Aguado 1956, I:406) indicaría que la influencia española ya había modificado, notablemente, las prácticas económicas indígenas o que tales intercambios entre diferentes grupos habían coexistido en el pasado con un sistema de reciprocidad más estrictamente intraétnico.

que rodea Cali, el abastecimiento de coca estaba a la mano. En las demás regiones, como en los valles más angostos de la zona caucana y, sobre todo, en ambas vertientes de la cordillera Central, sería imposible afirmar que una determinada altitud era la zona ‘nuclear’ de ocupación o que cualquier otra altitud era ‘periférica’. En armonía con la topografía local los indígenas del Cauca parecen que ocuparon, de una manera continua, las localidades más favorables en cualquier altitud entre los valles más bajos (1000 metros) y la ceja del páramo (3000 metros). Aún hoy en día las rutas de comunicación que suben y bajan por cada valle son más intensamente recorridas por las gentes nativas que las que entrelazan los valles a una misma altitud. La corriente principal de la producción rural se establece entre econichos adyacentes, subiendo, de forma continua, desde los cálidos valles subtropicales hasta los páramos de pajonal, por encima de la línea de los árboles.

Dentro de cada valle la población es, en general, lo suficientemente pequeña como para permitir intercambios recíprocos basados en alianzas inmediatas, lazos de parentesco cercano y un amplio y envolvente concepto de solidaridad en el seno del grupo lingüístico o tribal.<sup>44</sup> Dichos intercambios pueden repetirse cuando quiera que la necesidad lo impone ya que la distancia entre los extremos de los 1000 y los 3000 metros pocas veces implica más de un día a pie. Muchas familias nasa mantienen campos cultivados en las zonas subtropical y fría al mismo tiempo, viajando de la una a la otra según lo requiera el ciclo agrícola. Se puede argumentar que esta clase de economía íntima y autosuficiente era la norma que caracterizaba al Cauca prehispánico y que el abastecimiento de hojas de coca, inclusive para los grupos

44 Ortiz (1973: 237) hizo un agudo análisis de la naturaleza de las obligaciones de intercambio recíproco entre los nasa contemporáneos. Que una situación similar existió en la región Popayán/Coconuco antes de la conquista española puede inferirse del descubrimiento de basureros grandes y no estratificados en El Mandur y Pozo Azul, en la hacienda Patugó, a 3000 metros, en las estribaciones del páramo de Paletará, cuya cerámica es similar al tipo que dio a conocer Cubillos (1959) del Morro de Túcán, en las afueras de Popayán (1760 metros).

de las máximas alturas, nunca implicó más que una forma de comercio en extremo localizada. La fuerza interior de este sistema reside en su elasticidad e independencia, un hecho apreciado por los guambianos que, al contrario de la mayoría de los nasa, perdieron, desde hace mucho, sus tierras de clima más cálido a manos de la población blanca que colonizó la ruta entre Cali y Popayán. Reinvirtiendo las ganancias derivadas de la comercialización de sus cosechas de papa y de cebolla los guambianos comenzaron, recientemente, a adquirir una sustancial cantidad de tierras en la zona subtropical, especialmente alrededor de Piendamó y Morales. Una buena parte del producto de estas nuevas fincas se comercializa dentro de la comunidad guambiana, sobre todo con parientes y allegados que han mantenido su hogar en los fríos valles de Guambía.

Con el reconocimiento de tales pautas en la organización del comercio local no es difícil explicar por qué el negocio de la coca no podía florecer jamás en el Popayán colonial como lo hizo en el Perú. Los intercambios localizados nunca podían ser interceptados o monopolizados por las clases comerciantes españolas que tenían que satisfacer, únicamente, la demanda producida en situaciones de trabajo en masa. Todo esto dependía de la encomienda, una institución que extraía trabajo de los indios como parte del tributo debido a la Corona española. El trabajo indígena era utilizado en las grandes haciendas de los alrededores de Popayán; sin embargo, las operaciones mineras fueron las que condujeron a las concentraciones más importantes de la fuerza de trabajo nativa. No es sorprendente hallar la mejor prueba de un comercio floreciente de coca en el asentamiento colonial de Almaguer, un poblado al sur del Cauca que sirvió como centro administrativo y comercial para las minas de oro más importantes de la región. La reunión de más de una docena de trabajadores indígenas en el mismo lugar habría sido un fenómeno poco frecuente en las empresas agrícolas de Popayán pero en Almaguer los grandes equipos de mineros eran cosa corriente y suministraban a los comerciantes

de coca un enorme mercado cautivo, cuyas compras se pagaban en oro, la más preciosa mercancía.<sup>45</sup>

Aunque más alto que la zona de cultivo de coca Almaguer (2300 metros) se encuentra en el borde del valle del río San Jorge, aun hoy la región productora de coca más importante del departamento del Cauca. Apenas toma un par de horas subir desde las plantaciones de coca hasta Almaguer y es obvio que la importancia que conserva allí la hoja se debe a su papel crucial en el sistema minero colonial. En el clímax de la fiebre del oro ni siquiera el valle del San Jorge era suficiente para abastecer la demanda local; por eso se ejerció una atracción comercial a través de la cordillera Central hasta San Agustín y Timaná, a una distancia de cuatro jornadas. Así parece haber surgido un comercio a larga distancia, casi una reproducción en miniatura del sistema colonial del Perú, con efectos drásticos sobre la economía nativa de subsistencia en el sur del Cauca.<sup>46</sup>

Anteriormente mencioné que el distrito de Timaná ofrece la única evidencia documental en la zona del Cauca de plantaciones de coca en gran escala de propiedad de colonos blancos y manejadas por ellos mismos; debe ser claro que este fenómeno excepcional se produjo como resultado de una demanda de grandes cargamentos de coca en las minas de oro de Almaguer. Luego de la veloz declinación de la economía minera en esta región, en el siglo XVIII, el comercio de coca también sufrió una reducción en el tamaño de sus mercados. Es probable que los terratenientes blancos perdieran interés en la producción intensiva de este cultivo, así que el negocio regresó a las empresas localizadas, de menor escala. La abolición de los tributos obligatorios de trabajo para los indios después de la

45 Romoli (1962:283) se refirió a la evidencia documental de las plantaciones y del comercio de la coca en Almaguer a finales del siglo XVI y comienzos del XVII. Friede (1944:19) citó varios registros de los archivos de la parroquia del vecino San Sebastián, que datan del 21 de abril de 1826 y que indican que el cura local pagó el trabajo de los indios con una cierta cantidad de coca.

46 Friede (1953:110) suministró evidencia del comercio del excedente de coca de Timaná en Almaguer.

Independencia de Colombia tuvo que haber contribuido a la reducción de la demanda de coca por parte de los grandes empleadores agrícolas. Con el colapso de este mercado más amplio, muchas zonas productoras de coca del sur del Cauca –como la que circunda el pueblo de La Herradura, en el valle del río San Jorge– revirtieron a un sistema de intercambio recíproco con las comunidades vecinas de las tierras altas, una pauta que, todavía hoy, se observa en el mercado dominical de la aldea del resguardo indígena de Caquiona. La decadencia de las minas de oro, sin embargo, no eliminó, completamente, el mercado de coca a la larga distancia. Un grupo de indios del Cauca todavía formaba un mercado cautivo de la hoja ya que su proximidad a la ciudad de Popayán los había llevado a perder la mayoría de sus tierras de altitud más baja y las fuentes tradicionales de coca de que debieron disfrutar en el período prehispánico. Relatos escritos a comienzos del siglo XX muestran que los resguardos de Coconuco, Puracé, Totoró y Guambía continuaban siendo la salida principal para la coca que ingresaba a la economía de mercado de la época. Un grupo de pequeños comerciantes blancos compraría a las pocas aldeas que aún seguían produciendo un excedente de coca, como Timbío, Piendamó y, particularmente, a las comunidades ya deprimidas en las vecindades de Almaguer. Las hojas eran vendidas al detal en el mercado de Popayán y en otros centros cercanos. La cantidad que se movía nunca fue suficiente para interesar a las grandes empresas comerciales; por esta razón el comercio de coca ha permanecido, hasta hoy, en manos de unos pocos agentes pequeños, en su mayoría mujeres de la clase media baja de Popayán, el mismo grupo que controla el mercado de hortalizas y otros productos vegetales menores (Medina 1916:105; Lunardi 1934:28).<sup>47</sup>

En 1920 un nuevo factor sirvió de desestímulo a los cultivadores de coca y contribuyó a la casi completa desaparición de la producción en algunas partes de la región caucana. La introducción de plantíos de café en la misma zona ecológica que había estado

---

47 Pittier (1907) describió el patrón clásico de intercambio localizado entre los nasa a comienzos del siglo XX.

dedicada a la coca generó un cambio sustancial de énfasis en la agricultura local a medida que el café y su mercado de exportación se convirtieron en gran fuente de ingresos para muchos pequeños agricultores. La región más duramente afectada fue la que circunda Popayán y a lo largo del ferrocarril que conduce a Cali, terminado en 1927. En la actualidad la coca ha dejado de existir en esta región –desde Timbío y El Tambo hasta Morales y Santander de Quilichao– y las ocasionales plantas ornamentales son los únicos remanentes de lo que fue, todavía hace cincuenta años, un cultivo de importancia.

El paso de la coca al café produjo una cierta escasez de hojas en el mercado de Popayán y contribuyó al surgimiento de dos efectos estrechamente relacionados. Uno fue la progresiva pérdida del hábito de mascar coca, que comenzó a ser considerado una forma ‘bárbara’ de conducta por parte de muchos de los indígenas más progresistas, esencialmente los del grupo guambiano-coconuco que se encuentran más próximos a Popayán y que fueron los más directamente afectados por la escasez. El excedente de coca del sur del Cauca –una región cuyas tierras no son adecuadas para una extensa agricultura cafetera– pronto encontró nuevos compradores y el valle del río San Jorge experimentó algo como un renacimiento económico.<sup>48</sup>

Mientras tanto los nasa, cuyos abastecimientos de coca nunca habían dependido del mercado controlado por los blancos, perseveraron en su uso con ejemplar tenacidad. Inclusive en la vertiente occidental de la cordillera Central aún disfrutaban de mucha tierra adecuada para cultivar la hoja (en Caldono, Paniquitá, Caloto y Corinto). Allí, como en Tierradentro, continuaron practicando las formas de intercambio localizado que habían marcado su historia desde los tiempos prehispánicos y que siempre les había permitido un notable grado de

48 Guzmán (1929:7) escribió acerca de la región de Almaguer: “El comercio entre la clase pobre se reduce al intercambio de artículos alimenticios, jugando principal papel entre sus modestas transacciones la coca... que es llevada con ventaja pecuniaria a los mercados de Popayán, Silvia y Tierradentro, aparte del gran consumo que encuentra en las poblaciones de la cordillera, pertenecientes a esta provincia”.

independencia frente a la corriente principal de la economía colombiana. No obstante, aún los nasa iban a sufrir el asalto de las presiones generadas desde afuera por el ascenso y el descenso del comercio internacional. El café dio a los colonos blancos, que bordeaban los resguardos de los nasa, una nueva razón para presionar a las venales autoridades locales a llevar a cabo un ataque inconstitucional contra la integridad de los territorios indígenas. El gobernador expidió desde Popayán medidas legales, algunas de las cuales extinguían resguardos enteros en tanto que otras titulaban el establecimiento de ‘áreas de población’ en tierras favorables, localizadas bien adentro de los límites tradicionales de los resguardos indígenas. Una vez creado este puente de apoyo legal en el interior de los resguardos no resultaba difícil emplear la fuerza o los ardides para extender las áreas de asentamiento más allá de los límites fijados en el título original.<sup>49</sup>

Esta invasión de tierras indígenas iba a alcanzar sus más notables éxitos en la región de clima más cálido, donde la solvencia económica de los nuevos colonos estaba garantizada por las ventas de café. La importancia de este cultivo como fuente de ingreso monetario condujo a muchos nasa a reducir sus cosechas de coca y dedicar algo de sus tierras más bajas al café. Esta participación marginal en la economía de mercado comenzó a producir cambios en detrimento de las prácticas tradicionales de reciprocidad. Mientras la zona subtropical pasó a comerciar, más ampliamente, con los asentamientos blancos que le compraban el café un proceso similar empezó a afectar a la zona más alta, especialmente a resguardos como Pitayó y Mosoco, cuya cercanía al centro comercial de Silvia les permitía una salida lucrativa para productos como la corteza de quina, la papa, la cebolla y el trigo.<sup>50</sup>

49 Friede (1944) describió el desmembramiento de muchos resguardos indígenas en el sur del Cauca. Hace falta una síntesis similar para Tierradentro, pero Otero (1952) y González (*sf.*) dieron algunas buenas indicaciones.

50 Véase Bernal (1954a) para una descripción de la economía nasa antes de haber sido afectada, significativamente, por la Violencia. Aunque le falta rigor, su examen del impacto de la agricultura



Hombre nasa

---

del café sobre los nasa provee una excelente relación de los productos de las tierras altas y del comercio que existió en aquella época entre Mosoco y Silvia. Este último ha declinado un poco desde entonces como resultado de la Violencia y de la construcción de nuevas carreteras.



Mujer nasa

El advenimiento de una gran guerra civil, la Violencia, que barrió Tierradentro en repetidas ocasiones entre 1949 y 1964, puso de relieve la fragilidad de la economía de mercado en la que los nasa habían comenzado a participar. La destrucción

de sus ganados por el ejército, la interrupción de la llegada de provisiones a los pueblos blancos y las locas fluctuaciones de los precios pagados por la producción agrícola sirvieron para subrayar lo inconveniente que era depender de la economía del hombre blanco y, consecuentemente, llevó a un renovado respeto por las prácticas tradicionales. El principal estudio económico sobre los nasa, efectuado a comienzos de la década de 1960, mostró un divorcio completo entre las actitudes culturales que caracterizan el cultivo del café y las que controlan la producción de coca y de alimentos. Mientras los nasa producen café, casi exclusivamente, para la venta (casi nunca lo toman) los otros cultivos son objeto de algo equivalente a un precepto moral que tiende a discriminar contra la venta de alimentos y coca a los blancos e intenta limitar su intercambio al círculo de amigos y parientes interdependientes que constituye la unidad básica de solidaridad de su sociedad.<sup>51</sup>

Dado que la coca constituye una parte tan íntima de la economía nativa seguramente es de interés que los resguardos que han visto la más notoria declinación del hábito de la coca sean asentamientos de elevada altitud, especialmente aquellos cuyos vínculos con las zonas más cálidas son casi inexistentes. Aunque puede considerarse que la aculturación, ampliamente definida, fue el factor que contribuyó a la clasificación del hábito de la coca como ‘fea’ o ‘incivilizada’ fue la dura realidad económica de la espiral de los precios de la coca lo que minó el otrora universal empleo de la hoja por parte de los indígenas del Cauca. Aparte de las presiones creadas por la nueva economía

---

51 Ortiz (1973:237-239, 271) destacó la diferencia de actitudes entre los nasa con relación al café y a otros productos agrícolas. La falla de esta autora en reconocer la importancia de la reciprocidad cuando se extiende a más de una zona de altitud (p. 215) y, con ello, su falta de énfasis en la cosecha de la coca pueden ser resultados del enfoque extremadamente estrecho de su investigación, concentrada en el valle cálido de San Andrés de Pisimbalá. Schwarz (1973:143) anotó que la situación en dicho valle no puede hacerse extensiva a la zona del Cauca en su conjunto ya que las tierras altas exportan, primordialmente, cebollas y papas antes que café.

de mercado una pieza barata de demagogia del entonces Ministro de Salud, Jorge Bejarano, un benemérito médico de Popayán, produjo posteriores restricciones al comercio de la coca en la forma de una total prohibición: el Decreto 896 del 11 de marzo de 1947 convirtió en delito en Colombia el cultivo, la tenencia y el comercio de la coca; aunque pocas veces fue aplicado con verdadero rigor, en el Cauca sirvió para ejercer presión sobre la economía indígena y para justificar una serie de duros ataques punitivos en el corazón del territorio indígena, una política que seguía intacta en la mitad de la década de 1970 con la quema ocasional de matas de coca en muchas partes de Tierradentro.<sup>52</sup>

Como resultado de la destrucción legal y económica del comercio de coca por fuerzas exteriores tal vez no sea sorprendente que comunidades como las de Guambía, Coconuco y Mosoco –que dependían de fuentes de coca distantes y de ingresos monetarios para comprar las hojas– hayan encontrado que ya no tenían con qué costear el mantenimiento del hábito. Incluso, a pesar de su riqueza real en términos de pesos en efectivo estaban en condiciones relativamente inferiores si se les comparaba con otras comunidades más ‘atrasadas’ de las tierras altas, aquellas que rechazaron la participación en la economía monetaria en favor de continuados vínculos con los vecinos productores de coca en la zona climática más cálida. Seguramente es por esta razón que el hábito de la coca ha sobrevivido en resguardos como Lame, Suin, Chinas, Calderas y San Andrés (en Tierradentro) y Caquiona y Guachicono (en el sur del Cauca), donde hay menor participación en la economía de mercado blanco y donde existe un mayor deseo de mantener las formas tradicionales de intercambio y reciprocidad. Insisto en este punto porque durante mucho

---

52 Begué (1971) hizo un resumen de las legislaciones peruana y colombiana sobre la cuestión de la coca. Lehmann (1949) escribió en aquel entonces: “La prohibición de vender coca es un paso adelante en la dependencia de los indios, es un paso hacia su esclavización completa”. Las últimas estadísticas sobre la cosecha de coca en el Cauca fueron publicadas por Bonilla (1945) antes de la prohibición.

tiempo ha estado de moda entre los escritores antidroga de todas las vertientes políticas señalar factores tan ambiguos como la ‘educación’ o ‘el aumento de los niveles de vida’ como los aspectos vitales en la supresión de hábitos indeseables entre los campesinos mestizos e indígenas del Cauca (Friede 1944:18; Duque 1945). La naturaleza dudosa de tales afirmaciones y la aún más dudosa eficacia de la aproximación legislativa al ‘problema’ se tornan evidentes si se considera la forma como el negocio de la cocaína ha comenzado a afectar la zona del Cauca. A comienzos de 1970 se vio un rápido incremento de los precios de la coca ocasionado por enormes compras de hoja efectuadas por los laboratorios clandestinos de cocaína; de tal modo todavía menos indígenas tuvieron la oportunidad de adquirir coca en el mercado. Como si esto no fuera suficiente la policía, poco más que un perro guardián de los intereses creados de la cocaína, empezó a hostigar a los pequeños comerciantes tradicionales de la hoja, encarcelando a muchos de ellos con el fin de desestimular la competencia a los laboratorios.

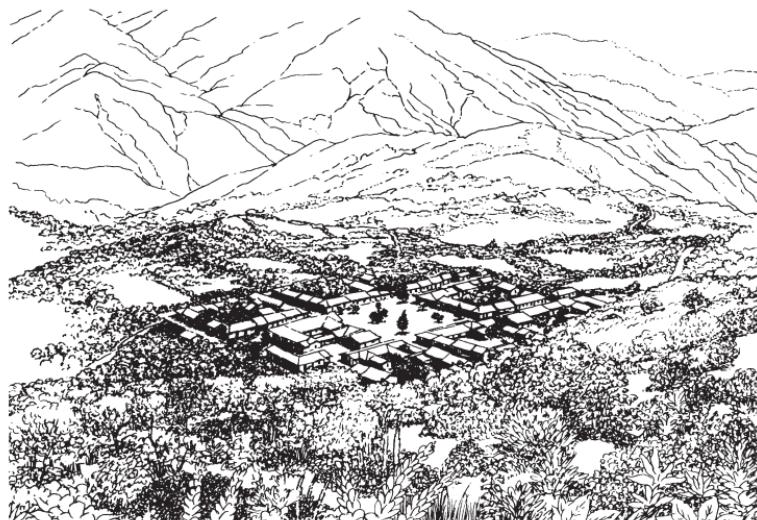
En muy poco tiempo la mayor parte del mecanismo comercial que abastecía de coca a los centros mercantiles, como Popayán y Silvia, quedó escaso de hojas; los indígenas, dependientes de los comerciantes para su abastecimiento, pronto se dieron cuenta de que continuar mascando coca estaba más allá de sus medios. La decadencia del hábito de la coca se estaba presentando, precisamente, cuando el proceso de aculturación sufría un considerable retroceso y muchos indígenas se estaban congregando en torno a la bandera del Consejo Regional Indígena del Cauca –CRIC–, una organización que defiende los derechos humanos de los indígenas y que hace hincapié en la cultura autóctona de la zona, incluyendo, para consternación de muchos izquierdistas más bien ortodoxos, el consumo tradicional de la temida hoja. Es una fortuna que el CRIC haya comenzado a reconocer la importancia de repudiar la traicionera seducción de una economía de mercado. Es de esperar que esto proporcionará ímpetu a la recuperación de mucha de la independencia económica que los indígenas del Cauca han perdido. Solo un regreso a las formas nativas de intercambio recíproco puede construir un futuro auténticamente

## Mama Coca

libre de la explotación, defendiendo el uso de la coca  
y la forma de vida de los indígenas.



Mujer nasa cosechando coca



La Herradura, sur del Cauca

## La política de la cocaína

*El teniente Fernández y cuatro policías vestidos de civil vinieron en un jeep alquilado en busca de una fábrica de cocaína. Solo registraron la casa y algunas cosas atrajeron su atención, como el carburo para nuestras lámparas... Se marcharon comentando que sabían todo y tendríamos que arreglar con ellos.*

Diario del Che en Bolivia,  
registro del 19 de enero de 1967

Aunque buenas fortunas fueron hechas con la cocaína durante el período de su primera popularidad (1884-1930), incluidas las de muchas compañías farmacéuticas de reputación, solo en los últimos diez o quince años el mundo ha experimentado un amplio renacimiento del interés por la droga produciendo, en este corto lapso de tiempo, un rápido aumento de la demanda y una floreciente industria con base en las zonas de los Andes donde se cultiva el arbusto de la coca. Puede darse una idea de la expansión del mercado a partir de las impresionantes estadísticas sobre decomiso de cocaína ilegal por la aduana de los Estados Unidos: de apenas ocho libras confiscadas en 1961 la cifra se elevó a 408 libras en 1971 y llegó a un total de 1125 libras en 1976.<sup>53</sup> Aunque tales cifras solo pueden ofrecer, en el mejor de los casos, un barómetro aproximado del volumen

---

53 Véanse Hearings... (1972:295) para las cifras de 1960 a 1972 y *The New York Times*, enero 2 de 1977, para las de 1976.

total del mercado es probable que el consumo de cocaína, al menos en los Estados Unidos, haya aumentado cien veces o más desde el comienzo de 1960.

Las fuerzas económicas generadas por un auge de este tipo no podían dejar de tener una cantidad de alarmantes efectos colaterales en los países productores. La demanda de materia prima ha afectado a muchos cultivadores y mascadores tradicionales de coca, que se encuentran en clara desventaja al tratar con la poderosa industria de la cocaína. Los pequeños campesinos tienen poco que decir en las despiadadas organizaciones que protegen la continuada operación del negocio de la cocaína, aunque puedan beneficiarse, incidentalmente, de los precios pagados por sus cosechas. La situación de los productores de coca no se puede aislar de la situación del campesinado como un todo en Suramérica porque es parte de una lucha de clases que trasciende el modo específico de producción de esta o aquella mercancía. He emprendido este estudio con el fin de clarificar los detalles de la manufactura y comercialización de la cocaína. Espero que la denuncia de los lazos entre los grupos de traficantes de drogas y sus poderosos aliados locales (normalmente, en el actual contexto histórico, políticos o altos mandos de la Policía y las Fuerzas Armadas) servirá para suministrar al lector una perspectiva útil sobre una de las más abominables ramificaciones de las tecnocracias autoritarias que han surgido en el continente. Junto con la necesaria condena de la actual estructura del mercado de la cocaína este, difícilmente, sería el lugar para desatar invectivas contra los supuestos males de la temida cocaína. Tal enfoque, común entre los burócratas sin entrañas que, a diario, ventilan sus opiniones inanes sobre el 'problema' de la droga, solo sirve para desviar la atención de los que debieran ser los aspectos cruciales, más profundos que los peligros limitados y autoinfligidos del abuso de la cocaína. La más apremiante necesidad sigue siendo desenmascarar la burda ficción de la 'guerra a las drogas' de los agentes antinarcóticos y proceder a un análisis más agudo y realista de la estructura económica del negocio internacional de drogas, probablemente el sector de crecimiento más dinámico del imperialismo contemporáneo.

Es imposible excluir el fenómeno de la cocaína de cualquier consideración seria de la etnografía contemporánea del hábito de mascar coca en los Andes. Los dos asuntos están tan inextricablemente entrelazados que considerarlos de forma aislada tiene un sabor a puro especialismo científico, tan inútil como ofensivo contra la dignidad misma de la planta. En el caso específico de la zona del Cauca semejante sutileza escolástica solo podría ser condenada como doblemente injustificable. ¿Acaso el propio Nelson Rockefeller (1975:24) no declaró que “virtualmente toda la cocaína que entra en los Estados Unidos viene de Suramérica y, principalmente, de Colombia”? Ignorar las duras realidades políticas y sociales producidas por esta situación, imaginar que dichos aspectos son de cierta manera ‘irrelevantes’ frente al estudio puramente antropológico de la costumbre de mascar coca entre los indígenas y los campesinos del Departamento del Cauca, implicaría el tipo de academicismo que ha permitido la representación del negocio de la cocaína solo en términos de las ilusiones paranoicas de las agencias antinarcóticos.

La prominencia colombiana en el comercio de drogas es solo un desarrollo reciente. La gran mayoría de la cocaína refinada en Colombia se deriva de la ‘base’ o ‘pasta’ cruda entrada de contrabando desde otras repúblicas andinas. Las cosechas de coca, relativamente insignificantes, de zonas como el sur del Cauca, la única parte del país que produce un cierto excedente de hojas, no pueden compararse con las inmensas cantidades de coca exportadas desde los departamentos de Cusco y Huánuco, en el Perú, o desde los valles de los yungas y el Chapare, en Bolivia.

Antes de finales de 1960 parece que no había un mercado negro de cocaína en Colombia. El pequeño consumo ilegal de droga, concentrado en la élite económica y política del país, era surtido con un fino polvo cristalino producido en laboratorios oficiales y que se deslizaba por entre los dedos de los farmaceutas y otros miembros de la profesión médica. Hasta 1971 era posible comprar un pequeño frasco de cocaína Merck, reputada como la mejor del mundo, en las pendientes callejas detrás del Hotel Hilton de Bogotá.

La cocaína farmacéutica de esa calidad ya era considerada en la época algo así como una rareza y se decía que el cargamento legal del cual provenía había sido tomado en un momento de fortuito descuido de la aduana en el Aeropuerto Internacional de Bogotá. A finales de 1960 la producción ilícita ya había llegado a dominar el mercado de cocaína en Colombia, explotando la expansión del mercado norteamericano y la ubicación estratégica del país como puerto de escala intermedia en el flujo de la droga hacia el norte. El negocio también se benefició del simultáneo crecimiento de la demanda de marihuana; casi de la noche a la mañana brotaron organizaciones criminales para proveer al nuevo mercado.

Inicialmente la calidad de la cocaína era perjudicada por una carencia severa de las habilidades requeridas en el laboratorio. La pasta cruda de cocaína se produce en pequeñas cocinas rurales por medio de un proceso simple: las hojas verdes o no secas de coca son molidas y colocadas en un recipiente grande –usualmente en tambores vacíos de gasolina– con algo de ácido sulfúrico diluido en agua, que actúa como agente lixiviante. A esto se añade un reactivo alcalino, como carbonato de sodio, ceniza vegetal o cal industrial. La solución se revuelve con gasolina o querosene, alzando la cocaína y otros alcaloides. La gasolina es separada de los otros químicos y de la materia vegetal y tratada con ácido sulfúrico y el reactivo alcalino, a los cuales se añade ácido clorhídrico y permanganato de potasio. Esto precipita el compuesto de alcaloides de la coca, que luego puede recogerse con un filtro.<sup>54</sup> La pasta amarillosa, verdosa o grisácea, con la consistencia de la mucosa nasal, puede ser transportada, fácilmente, fuera de las zonas de cultivo de la coca y llevada, sin riesgo de sufrir daño, a largas distancias y a través de severos extremos climáticos. La cocaína cruda, introducida a Colombia por los puertos amazónicos de Leticia o Mocoa o pasada de contrabando a través de la poco controlada frontera andina cerca de Ipiales, emprende su camino hacia los laboratorios de la segunda etapa, normalmente localizados en las grandes

---

54 Para descripciones detalladas del proceso de refinar cocaína véanse Mortimer (1901:309-319), Trease y Evans (1972:469) y Ashley (1975:190-193).

ciudades (Cali, Medellín, Bogotá) o en los puertos caribeños de Cartagena, Barranquilla y Santa Marta. La multiplicidad de las rutas hace que la vigilancia o la interrupción del tráfico sea virtualmente imposible, a pesar del hecho de que la mayoría de los laboratorios de la segunda etapa se encuentra cerca de los puntos desde los cuales se despacha la cocaína terminada hacia los Estados Unidos; su localización se rige por razones prácticas y de conveniencia, ya que el producto terminado (el clorhidrato de cocaína) es soluble en agua y puede dañarse por exposición accidental a la humedad.

La transformación de la base cruda en cocaína refinada es una de las etapas más lucrativas de la empresa porque, al contrario del contrabando, implica pocos riesgos. Para separar la cocaína pura de los demás alcaloides, como la ecgonina, se emplea un solvente orgánico, como éter o acetona. A la solución se agrega ácido clorhídrico, seguido de un alcalino (como el carbonato de sodio) más el permanganato de potasio que precipita la cocaína en forma sólida, permitiendo recogerla con un filtro y colocarla en bandejas para que seque por evaporación. Enjuagarla, repetidamente, con agua destilada y la solución de éter y ácido clorhídrico sirve para remover los restos de los demás alcaloides, produciendo un clorhidrato de cocaína progresivamente más limpio y cristalino con un grado absoluto de pureza que puede elevarse de un mínimo de 79% hasta el estándar farmacéutico, usualmente de más de 99%.

Aunque este proceso difícilmente requiere las capacidades de un químico experto hay aspectos que pueden resultar mal en el laboratorio. Un exceso de ácido clorhídrico o de carbonato de sodio puede producir una cocaína con extremos 'picantes' o 'jabonosos'. Una gran cantidad de la cocaína ilegal de Colombia es, con frecuencia, de inferior calidad, inclusive antes de haber sido cortada o 'pisada' con lactosa o anestésicos sintéticos locales, como la procaina. Es más: el éter o la acetona que quedan después del proceso de filtración se evaporan, lentamente, y la cocaína permanece con residuos cuyas agudas propiedades predominan sobre el olor y sabor naturales de la droga. Esto puede generar una reacción de atolondramiento inicial en el

usuario que se retrae del ímpetu limpio y claro que produce la cocaína en estado no adulterado. Los laboratorios no solo son chapuceros; también son altamente peligrosos. Las sustancias volátiles como el éter, en caso de manejarse con descuido o de calentarse demasiado, pueden inflamarse con facilidad e, incluso, explotar, destruyendo el laboratorio y costando la vida a los operarios, como ocurrió en un famoso caso en Cali, en la noche del 5 de julio de 1974.<sup>55</sup>

Aparte de la ubicación estratégica de Colombia entre las principales zonas de producción y el mercado de los Estados Unidos también se pueden identificar factores secundarios que estimularon el surgimiento de un pujante negocio local de cocaína. El contrabando ha sido, desde hace mucho tiempo, una forma de vida aceptada y casi respetable en la mayor parte del litoral Atlántico del país. Un manuscrito del siglo XVIII del Museo Británico hace referencia a su gran importancia económica en las antiguas gobernaciones de Cartagena y Santa Marta; la validez de esa impresión puede confirmarse con la aseveración del jefe de la policía en Barranquilla, quien aseguró que, por lo menos, 300 campos de aterrizaje clandestino estaban en operación en la costa norte de Colombia en 1974.<sup>56</sup> En años recientes la cocaína ha venido a sumarse a las esmeraldas y a la marihuana y a un gran número de otros artículos clásicos del contrabando, transformándose en un comercio que, con la infiltración del gobierno y los servicios aduaneros locales, responde por una gran cantidad del poder político y económico ejercido por la élite social que ha dominado la vida pública en las ciudades de la costa.

Este bien establecido precedente de contrabando habría hecho del ingreso del país al negocio de la cocaína un proceso relativamente fácil de cumplir. Inicialmente, por lo menos, la reputación de Colombia estaba asegurada por una

---

55 *El País*, Cali, julio 7 de 1974.

56 Papeles tocantes a la Nueva Granada, Colección Egerton, No. 1807, Departamento de Manuscritos, Museo Británico. Para el jefe de policía en Barranquilla véase *El Tiempo*, Bogotá, diciembre 10 de 1974.

política de ‘negocio abierto’ en drogas. Los compradores, grandes y pequeños, eran igualmente bienvenidos, incluyendo numerosos jóvenes y pequeños traficantes independientes de los Estados Unidos. Para ellos negociar con coca en Colombia era más fácil que en la atmósfera, en extremo tensa y paranoica, de Bolivia o el Perú; Colombia también podía ofrecer una de las más finas marihuanas del hemisferio occidental. Teniendo esto en cuenta, la atracción de negociar en Colombia era casi irresistible; de modo que, con solo un mínimo riesgo de hostigamiento oficial, gran cantidad de *gringos* aficionados al tráfico en pequeña escala comenzó a dar el salto en el famoso vuelo de Aerocónedor de Miami a Barranquilla. Tal era, por lo menos, la situación cuando llegó por primera vez al país en 1971, posiblemente el último año en que existió un mercado genuinamente abierto en el escenario colombiano de la droga.

Poco más de un año después el antiguo escenario del *laissez faire* se estaba convirtiendo en cosa del pasado y ya numerosos *gringos* desafortunados languidecían, en forma semipermanente, en las insalubres penitenciarías estatales. La pista de este cambio de clima puede seguirse hasta la conferencia continental sobre tráfico de drogas efectuada en Bogotá en octubre de 1972, patrocinada por funcionarios antinarcóticos del ahora extinto Buró de Narcóticos y Drogas Peligrosas –BNDD– de los Estados Unidos, cuyo propósito era dar impulso a una gran ofensiva continental contra el uso de drogas. Tales cruzadas, desde luego, sirven, principalmente, para atraer atención, poder y dinero a los cruzados; la subsiguiente realidad de esta operación tuvo poco que ver con los sueños rosados acerca de “salvar a nuestra juventud”, pregonados por los agentes de narcóticos. En lugar de ello sería difícil evitar la conclusión de que la campaña antidroga solo sirvió como cortina de humo para una despiadada monopolización del negocio de la cocaína emprendida por las mismas organizaciones establecidas para combatir la ‘amenaza’. Como consecuencia el período de mercado abierto en Colombia, con todo su colorido gangsterismo y sus graciosos y casi farsescos montajes delictivos, es, ahora, poco más que un recuerdo que cedió paso a los pulidos

carteles de la actualidad. Los peligros inherentes a esta situación –los peligros para los cultivadores de coca, para los que la mascan, para los que consumen cocaína y para los colombianos y latinoamericanos en su conjunto– requieren la identificación y denuncia de los grupos que parecen beneficiarse con la nueva situación. No debería sorprender que son los mismos grupos que también han monopolizado otro gran número de actividades lucrativas, entre las cuales se encuentra la propia nave del Estado.

## Las fuerzas de seguridad de Colombia

Cualquier relación del tráfico de drogas en Colombia tiene que comenzar, necesariamente, con una consideración de las numerosas instituciones que se disputan el control de la empresa, es decir, las agencias antinarcóticos. Tradicionalmente la más poderosa de esas instituciones ha sido el Departamento Administrativo de Seguridad –DAS–, una organización de seguridad originalmente establecida para perseguir a los sectores políticamente ‘subversivos’ de la sociedad colombiana. Como tal recibió una idea inflada de sus ya muy arbitrarios poderes y a comienzos de 1970 había penetrado una buena parte del bajo mundo, incluyendo muchos de los aspectos más lucrativos del negocio de la cocaína. Era de conocimiento común en Bogotá, en 1971, la vinculación con la cocaína del general Ordóñez Valderrama, comandante del DAS; pero no fue sino hasta el cambio de gobierno, en 1974, que comenzaron a hacerse públicos los detalles reales de esa vinculación.<sup>57</sup> Es interesante observar que las investigaciones demostraron que Ordoñez no solo utilizó su posición oficial como escudo para encubrir organizaciones criminales que trabajaban fuera del despacho sino que, también, utilizó al DAS como red de distribución de cocaína. Los pocos hechos comprobados acerca del DAS hablan por sí mismos: en mayo de 1972, en junio de 1973 y en noviembre de 1973 grandes cantidades de

---

57 *Alternativa*, Bogotá, agosto 2 de 1976.

cocaína decomisada desaparecieron de los depósitos del DAS. En mayo de 1973 el jefe del DAS en Leticia fue arrestado con diecinueve kilos de cocaína en su maleta por agentes de la aduana en el aeropuerto de Bogotá. La investigación que siguió a este asunto fue cuidadosa y deliberadamente obstruida por el general Ordóñez. En noviembre de 1973 la Policía Nacional acusó, públicamente, al DAS de estar altamente comprometido en el negocio de la droga. A comienzos de 1974, 48 agentes del DAS en Medellín fueron despedidos por tráfico de drogas y otros delitos de contrabando.<sup>58</sup>

La mayor parte de los detalles relacionados con la corrupción en el DAS –la denuncia pública y el subsecuente ‘retiro’ de figuras claves– solo ha surgido a causa de las rivalidades dentro y entre las diferentes fuerzas de seguridad colombianas. Sería ingenuo pretender que el DAS está solo en su vinculación con el negocio de la droga. La Policía Nacional, especialmente su rama de policía secreta, el F2, no parece tener un historial más limpio. El comandante de la Policía Nacional por la época en que Ordóñez dirigía el DAS también fue sometido a investigaciones de alto nivel sobre sus conexiones con el bajo mundo, incluyendo sus nexos con el tráfico de cocaína. Su caso fue considerado lo suficientemente serio como para ser asumido por la Corte Suprema de Justicia en Bogotá.<sup>59</sup> Otro cuerpo oficial a veces involucrado en el negocio es el servicio diplomático colombiano. Un ejemplo lo suministró el vicecónsul en Nueva York, José Álvaro Córdoba Bojassen, quien fue arrestado en octubre de 1970 cuando trataba de introducir 25 kilos de cocaína a los Estados Unidos. Huyó a Cali y los Estados Unidos entregaron al gobierno colombiano los papeles de extradición, aprobados por la Corte Suprema. En abril de 1972, sin embargo, el Ministro de Justicia, Escobar Méndez y el Presidente de la República, Pastrana Borrero, rehusaron firmar la orden de extradición.

---

58 *Alternativa*, Bogotá, julio 22 de 1974.

59 *Alternativa*, Bogotá, febrero 24 de 1975. *Latin American Political Report*, Londres, mayo 28 de 1976.

Al llegar a la presidencia en 1974 Alfonso López Michelsen se mostró un tanto preocupado por el estado de corrupción existente en sus bien desacreditadas fuerzas de seguridad, particularmente en el DAS. En vez de embarcarse en un embarazoso programa de revelaciones simplemente optó por cambiar a Ordóñez, reemplazándolo por el general Matallana, un comandante del Ejército tristemente célebre por sus campañas contraguerrilleras en 1960. Matallana purgó, al menos, a la mitad de los altos oficiales del DAS y emprendió una amplia campaña de publicidad para salvar la imagen de su departamento. El jefe del DAS en Ipiales –una población en la frontera con el Ecuador conocida por su activa participación en todas las formas del comercio ilícito– fue arrestado en septiembre de 1974, acusado de una larga lista de delitos que iban desde la falsificación de pasaportes hasta el inevitable contrabando de cocaína.<sup>60</sup> El efecto que se buscaba era crear una nueva imagen pública del DAS, ocupado en eliminar la corrupción a todos los niveles. Para tal fin Matallana también atacó a otros rivales, acusando a los servicios judiciales y de aduanas de obstruir sus investigaciones sobre el tráfico de cocaína.<sup>61</sup> Los esfuerzos de Matallana le aportaron una excelente reputación entre las agencias norteamericanas de narcóticos y se convirtió en figura cotidiana de las primeras páginas de los periódicos, en un caballero de reluciente armadura luchando por la salvación de su país. Las teatrales acciones de Matallana, no obstante, fueron insuficientes para desmantelar el aparataje del tráfico de drogas en Colombia, ya bien establecido en esa época, y, fuera de los titulares de la prensa, la abierta participación de las fuerzas de seguridad en el tráfico continuó siendo la norma. Se presentó, por ejemplo, el extraño caso de los agentes antinarcóticos norteamericanos en Bogotá, que, en marzo de 1975, habían recibido información relacionada con el despacho de once toneladas de marihuana lista para la exportación y que habían llegado a la escena del crimen en un avión

---

60 *El Tiempo*, septiembre 18 de 1974.

61 *El Tiempo*, diciembre 6 de 1974.

privado en compañía de agentes de la aduana colombiana. Al llegar fueron saludados con fuego nutrido, desatándose un tiroteo entre los de la aduana y los que posteriormente fueron identificados como agentes del DAS.<sup>62</sup> La versión oficial es que el DAS pensó que los hombres de la aduana eran los dueños del cargamento pero, en ese caso, ¿por qué abrieron fuego en lugar de esperar y prenderlos con las manos en la masa, en posesión de la hierba? Como en el caso no se capturó a ningún tercero y como es improbable que se hubiera dejado sin vigilancia un cargamento tan grande la única conclusión lógica es que los agentes del DAS estaban cuidando el cargamento y tenían la esperanza de alejar, asustando, a cualquier asaltante potencial con sus disparos. En Washington el senador Henry Jackson se limitó a describir este caso de confrontación armada entre dos fuerzas antinarcóticos en competencia (ambas financiadas y apoyadas por Estados Unidos) como 'altamente perturbador'. Bellas palabras que, como era de suponerse, no produjeron conmoción alguna en el negocio colombiano de la droga. Pronto el DAS se vio envuelto en otro tiroteo, esta vez con detectives del F2 de la Policía Nacional, sobre la propiedad de otro gran despacho en camino a los Estados Unidos.<sup>63</sup>

Hacia finales de 1976, más de dos años después del lanzamiento de la campaña de Matallana, la situación del conflicto armado dentro del negocio había escalado hasta el punto en que el jefe de la Agencia Antidrogas de los Estados Unidos –Drug Enforcement Administration, DEA– en Bogotá fue asesinado en su propia oficina en momentos en que la red de seguridad que lo rodeaba dejó de funcionar, misteriosamente. Algunas fuentes afirman que el asaltante –T.C. Cole, veterano de Vietnam e informante de la DEA– fue baleado por las autoridades cuando trataba de escapar; otras sostienen que Cole se suicidó cuando halló que su camino estaba bloqueado por los marines norteamericanos que custodiaban la embajada. En ningún caso se estableció

62 Nicolas Gage en *The New York Times*, reproducido en *O Estado de São Paulo*, abril 27 de 1975.

63 *Alternativa*, noviembre 24 de 1975.

un motivo convincente para el crimen y la especulación se concentró en la posibilidad de que “el golpe pudo haber sido ordenado desde lo alto”.<sup>64</sup> Una declaración semejante es, desde luego, intencionalmente ambigua, pero el hecho de que el jefe de la DEA en cuestión –Octavio González– fuera asignado a Bogotá en la época de la ofensiva para ‘controlar’ el comercio colombiano de drogas ilícitas (1972-1973) parece sugerir que no era el héroe inocente que se quiso hacer creer; su origen cubano y su carrera previa en la fuerza de policía de Miami tenderían a implicar una larga historia de vínculos con los sindicatos del crimen que controlan la mayor parte del tráfico de cocaína. Si tales nexos eran puramente profesionales –honrados “policías y ladrones”, como en la televisión– o si incluían una cantidad de lazos de realimentación más sombríos es una cuestión que no puede aislarse del hecho de que el negocio de la cocaína en Estados Unidos sufría un intento simultáneo de monopolización por parte de los cubanos anticastristas.

El triunfo de la extrema derecha en las Fuerzas Armadas colombianas, un proceso iniciado en 1975 y concluido en 1976, fue más que un reflejo fiel del clima prevaleciente a lo largo y ancho del continente en aquellos tiempos; coincidió con un giro similar a la derecha en el vecino Perú, país que suministra la mayoría de la cocaína cruda a los laboratorios colombianos. Otro aspecto del retroceso fue la campaña de atentados con bombas para silenciar la prensa radical de Bogotá, en especial el semanario *Alternativa*, patrocinado por Gabriel García Márquez, que se había tornado particularmente abierto en sus acusaciones contra los miembros directivos del establecimiento militar y político. Tan explícitos actos de intimidación eran, apenas, signos exteriores de una lucha de poder más crucial que se desarrollaba dentro del Ejército; una gran parte de la información utilizada por la prensa fue filtrada por un grupo de presión no oficial –la Brigada Militar de Liberación y

---

64 *The Washington Post*, diciembre 14 de 1976. *Miami Herald*, diciembre 15 de 1976, reproducido en *High Times* de marzo de 1977.

Reconstrucción Nacional-, compuesto por los oficiales más jóvenes y nacionalistas y respaldada por unos pocos de los generales menos extremistas.

La alarma sonó por primera vez en 1975 con el asesinato del general Rincón Quiñónez; este, según la Brigada Militar de Liberación, fue liquidado por sus oficiales colegas debido a sus molestas pero cabales investigaciones sobre la estructura del tráfico de cocaína.<sup>65</sup> Los comandantes superiores desmintieron la existencia de la Brigada Militar de Liberación y negaron que el general Rincón hubiese estado preparando un expediente sobre la cocaína; montaron un juicio de exhibición en el cual activistas radicales fueron acusados del asesinato y, por medio de una rica mezcla de cargos inventados, intimidaciones abiertas y la propagación de rumores harto contradictorios (que la CIA suele denominar “desinformación”), lograron tapar el escándalo de Rincón. No obstante, la publicidad que rodeó el caso amenazó con descubrir una verdadera grieta en la coraza de los generales derechistas, haciendo patente su papel en la subversión y manipulación de la vida política de la nación. El temor a quedar expuestos los llevó a un empleo, cada vez más intenso, del aparato de inteligencia militar, particularmente la agencia supersecreta conocida como BINCI, para espiar a los oficiales sospechosos de tener simpatías moderadas; también hubo drásticas purgas que buscaban silenciar la Brigada Militar de Liberación y eliminar sus defensores en el seno de las Fuerzas Armadas.

*Alternativa* había lanzado sus acusaciones a comienzos de 1975 con sorprendente precisión y perspicacia. Identificó a figuras como Varón Valencia, Ministro de Defensa, y sus compañeros, los generales Camacho Leyva, Sarmiento Sarmiento, Landazábal Reyes y Armando Orejuela, como la ‘línea dura’ de los militares colombianos, el grupo que parecía más inclinado a invocar una solución estilo Chile para la inquietud que hervía a lo largo y ancho de su país. Había poca necesidad inmediata para un golpe militar

---

65 Latin American Political Report, junio 20 de 1975.

formal en Colombia ya que para comienzos de 1977 este grupo había tomado los comandos vitales de las Fuerzas Armadas, dando de baja, incluso, al comandante supremo del Ejército, el general más moderado, Valencia Tovar.

Algunos militares pudieron cubrir su participación en el centro efectivo del proceso de toma de decisiones; a nivel local los lazos entre el establecimiento militar, los políticos civiles, la policía y el servicio de aduanas aparecen con más nitidez que en Bogotá, una ciudad inclinada al escándalo. En los departamentos de provincia debe buscarse la evidencia más clara de la organización cotidiana del comercio. Puede resultar útil considerar las áreas que sirven de puntos de entrada y salida para la cocaína en su viaje hacia el norte. Una de dichas áreas es la Amazonia colombiana, específicamente Leticia, el único puerto importante de Colombia sobre el curso principal del río Amazonas. La imposibilidad virtual de controlar el tráfico aéreo y fluvial en esta zona la convierte en una etapa de tránsito de la ‘pasta’ cruda de cocaína en su camino desde los distritos productores del Perú; la fácil ruta de Tingo María a Pucallpa-Iquitos-Leticia probablemente es responsable de una porción sustancial del flujo total. Desde hace mucho tiempo la ciudad es famosa por la corrupción: como vimos el jefe del DAS fue arrestado en mayo de 1973 por agentes de aduanas del aeropuerto de Bogotá con una maleta que contenía diecinueve kilos de cocaína; además, el avión privado del magnate hotelero Mike Tsalickis, ciudadano norteamericano, fue hallado con once kilos de cocaína en el mismo lugar en septiembre de 1974.<sup>66</sup>

En ninguna parte se demuestra más claramente la colusión de las autoridades, los políticos locales y el negocio ilícito de la droga como en Santa Marta, la principal salida de las drogas en el Caribe. *Alternativa* identificó dos grupos importantes que controlaban el comercio a mediados de 1975, las familias Cárdenas y Valdeblánquez.<sup>67</sup> Como un

---

66 *Alternativa*, julio 22 de 1974, noviembre 11 de 1974 y febrero 24 de 1975. *El Tiempo*, septiembre 23 de 1974.

67 *Alternativa*, septiembre 1 de 1974.

sobrio antropólogo se vio forzado a anotar en un estudio sobre la producción local y el consumo de marihuana:

Miembros de las mejores familias están envueltos en la actividad del contrabando (...) Son ellos quienes dirigen la operación y controlan el clientelismo en los puestos de las aduanas del gobierno. El tráfico de marihuana ha sido aceptado, simplemente, como otra actividad de contrabando, una de las especializaciones más lucrativas (Partridge 1975:156).

### El impacto del negocio ilícito de la droga en las áreas de producción

Quizás aún más significativo que la evidencia de corrupción a lo largo de las conocidas rutas de contrabando es el fenómeno observado en muchos distritos rurales, las fuentes originales de las drogas. Un ejemplo es notable porque concierne al área del Cauca, más específicamente a la región 'militarizada' en los alrededores de Corinto, donde se desarrolla una batalla constante entre el Ejército y las guerrillas de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia –FARC– (bajo el liderazgo de Manuel Marulanda, el legendario 'Tirofijo'). Dada esta situación tan inestable y el continuo patrullaje de la región por parte de helicópteros y destacamentos militares puede resultar extraño que una plantación de un millón de matas de marihuana, con una superficie total de 1530 hectáreas, haya sido sembrada y que se la haya dejado crecer sola antes de ser 'descubierta', de repente, bajo la presión de los agentes antinarcóticos de los Estados Unidos.<sup>68</sup> Ninguno de los habitantes de la zona –ni los guerrilleros, ni los pequeños campesinos– hubiera estado en capacidad de llevar a cabo semejante empresa; por consiguiente, debe considerarse la participación de algún gran sindicato exportador de *Cannabis*, una desafortunada banda cuyo entendimiento con el comandante militar local debió sufrir un revés de última hora, poco antes de la época de cosecha.

---

68 *Jornal da Tarde*, São Paulo, Agosto 4 de 1975.

Contratiempos ocasionales de este tipo son parte funcional del negocio más amplio ya que sirven para mantener la ficción pública de la ‘guerra contra las drogas’ y muestran a quienes están más íntimamente involucrados que se someten a la disciplina o se arriesgan a ser entregados a los agentes de narcóticos *gringos*. Un caso parecido fue el de una gigantesca plantación de coca en la cuenca del Vaupés, en la Amazonia colombiana, incendiada por paracaidistas en febrero de 1974.<sup>69</sup> No menos de 27 000 arbustos de coca estaban de por medio en este suceso; como era de esperarse el propietario de la tierra mantuvo su identidad ‘en reserva’, gracias a las autoridades militares, y no se presentó alegato alguno ante la justicia. Una vez más queda la impresión de que este golpe, como muchos otros, no demostró un asalto efectivo contra el negocio de la cocaína y que sirvió como ejercicio de relaciones públicas o, a lo sumo, como ajuste de cuentas entre diferentes bloques de poder en competencia en el comercio.

La indiferencia oficial en relación con el tráfico ilícito está demostrada por una pequeña área rural que conozco, el valle del río San Jorge, ubicado entre las poblaciones de Bolívar y Almaguer, en el sur del Cauca. Por razones explicadas en detalle en el capítulo anterior es, probablemente, la única zona de Colombia que produce un excedente cuantioso y exportable de hojas de coca; es allí, más que en las selvas vírgenes de la Amazonia, donde uno debe buscar la más clara evidencia de los cambios políticos y sociales generados por el crecimiento del negocio de la cocaína. En esa región la coca se cultiva en pequeñas parcelas familiares que raras veces exceden el millar de arbustos por familia; no existen grandes plantaciones, como la que se descubrió en el Vaupés.

La producción de coca en el valle del San Jorge ha proporcionado pequeños ingresos en efectivo a los campesinos que, de otro modo, se concentrarían solo en una explotación muy rudimentaria de cosechas de subsistencia. Los habitantes de la zona –muchos de ellos de ancestro indígena, aunque hispanoparlantes y

---

69 *El Espacio*, Bogotá, febrero 13 de 1974.

mestizados, liberalmente, con blancos y negros— sacaban sus cosechas de coca a los mercados locales para venderlas en lotes medidos en arrobas (25 libras) o, en tiempos de escasez, en libras. Numerosos pequeños comerciantes blancos eran atraídos a estos mercados desde Popayán y las poblaciones menores; cada uno de ellos negociaba cincuenta o cien libras de hojas a la semana. Estos comerciantes informan que en 1969 se dieron cuenta, por primera vez, de la presencia de cocinas clandestinas de cocaína en la zona; aunque los compradores de dichas cocinas podían ser distinguidos por su preferencia por las hojas verdes y no secas también podían ser reconocidos por la enorme cuantía de sus compras. Las hojas frescas no se emplean para mascar, pero tienen fama de ser más productivas en cocaína cuando se someten al proceso químico. Es más: el escenario del comercio de la coca es una cuestión íntima en el Cauca y sobresale cualquiera que compre cientos de libras de hojas sin tener un punto de salida al menudeo.

La reciente llegada de la industria de la cocaína al Cauca contrasta con la situación en el Perú, donde los laboratorios ya estaban bien establecidos en 1890, tanto en Lima como en Huánuco (Mortimer 1901:317). Los relatos locales indican que la primera cocina del Cauca la construyó, en las afueras de Popayán, un ecuatoriano con experiencia previa en el negocio en alguna otra parte. Poco tiempo después fue expulsado de la ciudad, retirándose a Bolívar, donde enseñó a numerosas personas cómo completar el simple proceso de refinar la ‘pasta’ de cocaína. Pronto comenzaron a proliferar cocinas en el sur del Cauca y la producción de cocaína aumentó, astronómicamente, a comienzos de 1970. La demanda creciente de materia prima puede demostrarse en relación con los precios recibidos por las transacciones mayoristas de hojas, según lo informan muchos respetables comerciantes de la vieja época. El ciclo estacional de escasez y abundancia causa una gran fluctuación anual en los precios de la coca, de modo que las cifras representan tanto los valores máximos como los mínimos, en pesos por arroba. En 1971 el mínimo fue de 50 y el máximo de 250; hacia 1974 subieron a un mínimo de 200 y a un máximo de 1000. Esto representa un 400% de incremento en solo tres años. Aún descontando la inflación

mundial y un 40% de devaluación del peso colombiano, el incremento absoluto del valor de la coca ha sido enorme (un dólar valía 20 pesos en 1971 y 28 en 1974).

El Cauca alcanzó tan rápida notoriedad en el negocio de la cocaína que fue escogido para inaugurar una bien publicitada campaña contra las cocinas rurales que empezó a comienzos de 1973 con un golpe contra un pequeño laboratorio que producía pasta cerca de La Vega, una localidad bastante periférica en términos de la producción de coca en el sur del Cauca. Pronto se juzgó necesario tomar acciones más enérgicas y ejemplarizantes. El pueblito de La Herradura, en el municipio de Almaguer, era famoso desde hacía mucho tiempo por su mercado de los viernes, fuente de las más grandes cantidades y de las mejores calidades de coca de todo el Cauca. No fue sorprendente que en diciembre de 1973 se hubiese montado una importante incursión del DAS contra un pequeño laboratorio en las proximidades del villorrio.<sup>70</sup>

Aún más predecible fue la cobertura de prensa de la incursión, describiéndola como una gran victoria en la guerra contra la cocaína; sin embargo, había buenas razones para que los estereotipos oficiales no llegasen a divulgar la naturaleza real del negocio de la droga en el sur del Cauca. La persecución de las autoridades ya había destruido la tradicional apertura del comercio de la coca en La Herradura, incluso antes del golpe de diciembre de 1973, y aunque grandes cantidades de hojas todavía circulaban de mano en mano lo hacían solo en forma clandestina. Los comerciantes de hojas estaban encontrando cada vez mayores dificultades para pasar sus cargamentos a través de los retenes de la policía en el camino que conduce de La Herradura a Bolívar y de allí a la carretera Panamericana, en El Bordo.

Por lo menos quince cocinas clandestinas continuaron operando en la región durante 1974. Debido a que los

---

70 *El Tiempo*, diciembre 12 de 1973.

operadores de las cocinas compraban hojas de coca y las reducían a pasta en el mismo lugar su suministro no era interrumpido, significativamente, por la vigilancia policial en Bolívar y El Bordo. No solo no se reportaban decomisos de pasta de cocaína saliendo de la zona sino que los laboratorios rara vez eran sometidos a presión oficial alguna, siendo “descubiertos” cuando las circunstancias políticas dictaban la necesidad de algún chivo expiatorio. Esas cocinas no son difíciles de localizar. Los comerciantes de hojas y los agricultores de la región me informaron, abiertamente, que el hijo de fulano de tal tenía un laboratorio en tal vereda; los comerciantes se resentían mucho de la competencia de los más ricos y poderosos fabricantes de cocaína. La gente que trabajaba en las cocinas podía ser detectada por la manchas verdosas en sus manos que, según se decía, resultaban del proceso extractivo. Con frecuencia se mostraban tan ansiosos de maximizar el suministro de hojas que empezaron a intimidar a los campesinos con métodos gansteriles a fin de monopolizar la cosecha y arrebatar el suministro de las manos de los comerciantes tradicionales. Tan grande era la abierta rivalidad entre el viejo comercio de la coca y la nueva industria de la cocaína que si las autoridades se hubieran ocupado en serio en eliminar las cocinas lo hubieran logrado rápida y fácilmente y con la cooperación de la mayoría de los cultivadores de hojas y de los comerciantes.

Por consiguiente, debe concluirse que las autoridades no estaban interesadas en eliminar la producción de cocaína en el sur del Cauca. Sus ataques al comercio de la hoja pueden verse como un esfuerzo por destruir el sistema económico indígena y reemplazarlo por otra faceta de la economía orientada a la exportación hacia los Estados Unidos. En tal caso lo que comenzó a quedar claro fue el hecho de que los decomisos de pasta de cocaína en esas “grandes victorias en la guerra contra las drogas” eran insignificantes; ni siquiera llegaron al kilo en el golpe de La Herradura. Así se explican, también, muchos otros extraños sucesos ocurridos en la región en 1974.

Debido al conocido grado de participación del DAS en el negocio de la cocaína ¿no fue desconcertante que el

comandante Aldemar Vargas, jefe de la oficina del DAS en Popayán, haya sido purgado con el cambio de gobierno de mediados de 1974 pero solo para darle el puesto, realmente vital, de alcalde en Bolívar, el centro comercial de la región productora de coca en el sur del Cauca? Su nombramiento tornóse todavía más dudoso cuando un periódico de Bogotá lo citó diciendo que su municipio había sido ‘invadido’, de repente, con arbustos de coca. Con un completo desprecio por la historia de la región sugirió que los indígenas y los campesinos “súbitamente” habían sido poseídos por la más voraz necesidad de mascar coca. Solo se hizo una referencia casual a la producción de cocaína y se dijo que el problema real eran las implicaciones higiénicas de esa rara y novedosa forma de abuso practicada por el campesinado.<sup>71</sup>

Los medios de comunicación no pueden considerarse responsables por perpetuar este tipo de desinformación más ha habido otras ocasiones en que periodistas locales han sido víctimas de una forma de control más aguda, cediendo ante la censura efectiva sobre la información inconveniente o indeseable sobre el tráfico de drogas. Un ejemplo de lo anterior sirve muy bien para ilustrar la situación prevaleciente en el sur del Cauca. El 20 de noviembre de 1974 la emisora *La voz del Cauca* anunció que un helicóptero había descendido entre La Vega y Almaguer y que, a bordo, la policía había descubierto muchos kilos de pasta de cocaína. Después de la primera revelación sensacional la historia fue suprimida tan veloz y radicalmente que ni la emisora ni los periódicos locales volvieron a mencionar el asunto. Pocos días después visité las oficinas de la emisora y al inquirir por su fuente negaron de plano que tal historia hubiese sido transmitida alguna vez; no obstante, la información local de La Vega confirmó plenamente el hecho y el jefe de la policía de la población fue transferido fuera de la zona poco después.

El sur del Cauca es la única parte de Colombia donde la agricultura ha estado ligada a la producción y exportación

---

71 *El Espectador*, Bogotá, octubre 29 de 1974.

de un excedente de hojas de coca, a tiempo que todas las demás áreas indígenas producen solo pequeñas cantidades para el consumo local y para un sistema estrictamente limitado de permuto e intercambio. El hecho de que la coca y el Cauca se asocien, tan nítidamente, en la opinión pública ha suministrado una cortina de humo, una distracción de las operaciones comerciales ilícitas más significativas. Es plausible que muchas de las grandes plantaciones contemporáneas de coca se encuentren en áreas donde esta planta se ha convertido en un producto agrícola importante solo recientemente bajo el impulso de la industria de la cocaína. La coca colombiana (*Erythroxylum novogranatense*) posee una tolerancia ecológica más grande que la principal especie económica de Bolivia y Perú (*Erythroxylum coca*) y existen terrenos casi ilimitados para su cultivo en los densos bosques de la cordillera Occidental, en las tierras bajas del Valle del Magdalena y, especialmente, en las cuencas del Orinoco y del Amazonas, en el oriente. Solo hay que recordar el caso de los 27 000 arbustos descubiertos en un claro en el Vaupés para visualizar cuán grandes son las empresas posibles en el resto de Colombia, lejos de las expuestas zonas indígenas del Departamento del Cauca. Para comprender por qué tales evoluciones son factibles o probables es necesario considerar el contexto económico más amplio del negocio de la cocaína y su papel como proveedor de fondos extraoficiales para una clase dominante ansiosa de cualquier clase de dinero fácil e impulsada, por circunstancias históricas, a tomar medidas, cada vez más desesperadas, a fin de contener una revolución social.

## Cocaína: el poder y el billete

Apuntalando la estructura del negocio de la cocaína se halla el hecho, con frecuencia olvidado, de que esta droga se está convirtiendo en el mayor artículo comercial de las repúblicas andinas, al mismo tiempo que las exportaciones tradicionales están sufriendo con el proteccionismo y la depresión económica de sus establecidos socios comerciales occidentales. Esta exagerada importancia resulta, exclusivamente, de las anormalidades

estructurales de la situación actual, dependiente del hecho de que las leyes antidrogas han contribuido a la viabilidad cabal del comercio clandestino. El punto es importante porque ¿cómo más podría mantenerse el precio del mercado de Nueva York de 20 000 dólares por una libra de cocaína producida con hojas que valen escasos 200 dólares en su lugar de origen?

Mientras el aumento de precio por unidad o la acumulación de plusvalor es mayor que el de casi cualquier otro producto derivado de recursos naturales, también es cierto que es imposible calcular con alguna exactitud el volumen total del comercio de cocaína. De los países involucrados en la producción de coca solo el Perú ha sido lo suficientemente valeroso como para publicar sus estadísticas; solo en ese caso las cifras ya son tan deslumbrantes que colocan la cuestión dentro de una rígida perspectiva financiera. Aproximadamente, cuatro millones de kilos de hojas de coca son consumidos, anualmente, por los indígenas de los Andes peruanos.<sup>72</sup> Permitiéndose también un consumo legal, aunque apenas legítimo, de 770 000 kilos de coca por parte de los fabricantes de Coca-Cola y 66 000 para la producción de cocaína con fines farmacéuticos resulta un consumo contable total de coca que bordea los cinco millones de kilos (Weil 1976). Solo es necesario comparar esta cifra con los estimativos de la cosecha total de coca del Perú para comprender cuán enorme ha sido la expansión de la demanda mundial de cocaína ilícita en los últimos años: de una cosecha de cinco millones de kilos en 1926 (Pérez de Barradas 1957:218), la cantidad aumentó a diez millones en 1950 (Begué 1971), a veinte millones en 1974<sup>73</sup> y a treinta millones en 1979.<sup>74</sup> La cifra de 1974 deja un mínimo de quince millones de kilos, un asombroso 75% del total, para la extracción de cocaína ilegal. Aún aplicando un estimativo extremadamente conservador de 0,5% de rendimiento final de alcaloide refinado, los datos de 1974 indicarían la producción de, por lo menos, 80 000 kilos de cocaína solo de la cosecha del Perú que valdrían más de 250 millones de dólares en Suramérica y 2000 millones enviándola a los Estados Unidos. En 1979, con

72 *La Prensa*, Lima, diciembre 19 de 1974.

73 *La Prensa*, diciembre 19 de 1974.

74 *The Andean Report*, abril de 1980.

el aumento de precios y producción, se calcula que el valor del negocio se ha duplicado o triplicado.

El significado de dichas ganancias bien puede subrayarse por medio de una comparación con las estadísticas de las exportaciones legales en 1973 que, ni en el caso peruano ni en el colombiano, excedieron los mil millones de dólares.<sup>75</sup> La situación en la vecina Bolivia es aún más interesante ya que desde hace tiempo se ha asumido que el tamaño de la cosecha boliviana de coca es más grande que la del Perú. El único avalúo razonable publicado sobre las ganancias ilícitas de Bolivia a través de la exportación de cocaína coloca la cifra en 50 millones de dólares mensuales, que se comparan, favorablemente, con las mezquinas exportaciones legales del país, cuyo total apenas alcanzó 268 millones de dólares en 1973.<sup>76</sup>

La intromisión del mercado negro de dólares en muchos países productores de droga ha tenido el efecto, en cierta forma paradójico, de mantener baja la tasa del cambio oficial mientras da impulso a la inflación interna. 564 millones de dólares fueron depositados en los bancos y cambiados por pesos colombianos por parte de los traficantes de drogas en los primeros nueve meses de 1976 contra solo 164 millones en el mismo período de 1974.<sup>77</sup> La sutil escalada de estas ganancias 'invisibles' permite a muchos grupos económicos pertenecientes al 'bajo mundo' expandir sus capitales legitimados casi indefinidamente, frecuentemente a costa de sus propios bancos centrales y de los gobiernos oficialmente constituidos que revolotean al borde de la bancarrota y están a merced del Fondo Monetario Internacional.

Como resultado de su posición financiera, recientemente adquirida pero inexpugnable, parece poco factible que alguno de los grupos de contrabandistas se sienta constreñido por los

75 *Revista del Banco de Londres y América del Sur*, vol 8, 1974.

76 *Revista del Banco de Londres y América del Sur*, vol 8, 1974. Véase un estimativo de las utilidades de la cocaína en *Latin American Political Report*, enero 30 de 1976.

77 *Miami Herald*, enero 24 de 1977.

intentos de control de sus respectivos gobiernos, asumiendo que el gobierno y los contrabandistas representen intereses separados. En Colombia, por ejemplo, se ha vuelto lucrativo contrabandear productos legítimos, como café, a fin de evitar impuestos oficiales y los trámites burocráticos que implican negociar por encima de la mesa en vez de hacerlo por debajo. En el año cumplido en septiembre de 1976 las exportaciones ilegales de café comprendieron un asombroso 27% del café colombiano que llegó a los Estados Unidos. La enorme cantidad (670 000 sacos de 60 kilos cada uno) hace que unos pocos miles de kilos de cocaína o unos cuantos cientos de toneladas de marihuana parezcan un juego de niños en comparación e ilustra la falta de voluntad o la incapacidad de las autoridades colombianas para contener el flujo del comercio ilícito. Los intereses de clase del Estado burgués y los de la clase exportadora han tendido a coincidir; el crecimiento del negocio del contrabando de droga no puede haber hecho demasiado para alterar esta relación estrecha. En tal contexto hablar de un 'bajo mundo' del tráfico de drogas solo puede verse como un acto deliberado de misticificación del negocio.

El compartir intereses de clase comunes, sin embargo, no excluye confrontaciones armadas entre las bandas que rivalizan por el control de la empresa ilegal. Tampoco protege a los grupos de contrabandistas de molestas intromisiones ocasionales de miembros de las clases dirigentes colombianas con genuinos escrúpulos morales. Ya mencioné el asesinato del general Rincón en 1975 como un caso en el que las organizaciones de traficantes de droga tomaron la ley en sus propias manos; un caso similar ocurrió en julio de 1977, cuando los mismos grupos dieron muerte al jefe de operaciones de la Aeronáutica Civil en Bogotá, coronel Osiris Maldonado, y, por medio de sus contactos con los medios de comunicación, atribuyeron el crimen a las 'guerrillas', repitiendo las tácticas empleadas en el caso Rincón.<sup>78</sup>

---

78 *Latin American Political Report*, julio 15 de 1977.

Ese es el destino que aguarda a cualquier investigador demasiado interesado en revelar los detalles específicos de la organización del negocio de la droga. No es, en consecuencia, sorprendente que sean tan pocos los detalles discutidos abiertamente. Careciendo de información interna la composición social precisa y el perfil político de los grupos de contrabandistas solo pueden ser analizados en términos de su poder económico, un poder sin paralelo en la historia reciente de Suramérica y más peligroso porque opera dentro de un contexto de autocracias que prestan oídos más favorables a las exigencias del capital que a las modestas aspiraciones del común de las gentes. La elaborada farsa de la guerra contra las drogas es uña y carne de una deliberada ficción política; enfatizando la amenaza a las instituciones nacionales que, se supone, radica en las estructuras de poder “paralelas” del bajo mundo la concepción ortodoxa solo busca negar lo que ya es patentemente obvio, es decir, que los intereses del contrabando ya predominan y ya lograron penetrar, corromper y subvertir la fábrica del Estado.

Al repudiar este escenario puramente ficticio, con su imagen de un bajo mundo del tráfico de drogas criminal y marginalizado, debo enfatizar que en Suramérica cualquier industria tan importante como la cocaína tenderá a permanecer en manos de la misma élite política y social que controla los demás recursos importantes del continente. En vez de permitir que tan lucrativa empresa caiga en manos de gangsters insignificantes y de jóvenes rebeldes la oligarquía nativa se está esforzando por controlar el comercio no solo debido a las considerables retribuciones pecuniarias sino, también, por obvios motivos de “seguridad nacional”. Como ya demostraron los distintos grupos guerrilleros (cristianos y musulmanes, de derecha y de izquierda) con relación al comercio libanés de *hashish* cualquiera que tenga acceso al poder económico creado por las ganancias ilícitas de la droga es una amenaza significativa al inestable equilibrio del orden establecido.<sup>79</sup>

---

79 *The Guardian*, junio 4 de 1977.

Con esta óptica deben apreciarse los relatos sensacionalistas sobre la supuesta “corrupción” a alto nivel. No hay un solo cuerpo gubernamental en Suramérica que no haya sido sacudido por ruidosos escándalos que asocian importantes figuras públicas con el tráfico de drogas. Algunos son tan sensibles a esta clase de publicidad adversa que la simple mención de sospechas de parte de un periodista extranjero es suficiente para que el ofensor sea expulsado del país. Tal fue el destino de un reportero de la UPI que osó preguntar al presidente de una nueva junta militar sobre sus supuestas vinculaciones con el negocio de la droga en una conferencia de prensa en Quito, en enero de 1976.<sup>80</sup>

La clase dirigente, dentro y fuera del Estado, no renunciará al control del tráfico de drogas. Los casos de publicidad de una instancia particular de corrupción individual han obedecido a la necesidad de hallar un chivo expiatorio o de adquirir alguna ventaja moral sobre un rival político. En Colombia esto ya es un deporte nacional y es posible detectar los intereses reales detrás del negocio de la droga tomando atenta nota de los detalles que salen a la superficie en los casos individuales de corrupción o en las numerosas acusaciones y contraacusaciones que emergen en períodos de intensa lucha política.

Las denuncias son, desafortunadamente, mucho menos comunes en los regímenes militares monolíticos que dominan los otros países productores o exportadores de cocaína, donde los ya sitiados civiles han sido excluidos de cualquier participación en el proceso político; conservando el modelo ya examinado en el caso de la legislación de Estado de sitio en Colombia las cortes marciales y el alto comando militar se han arrogado la definición de legalidad en el negocio de la droga. La corrupción institucionalizada se ha convertido en el *modus operandi* del Estado autoritario, con el resultado de que los escándalos se restringen a la discusión en el seno de los estados mayores y pocas veces, si acaso alguna, se ventilan en público. En Lima los rumores sobre la participación de este o aquel general en el

---

80 Despacho de la UPI desde Quito, enero 4 de 1976.

comercio de la cocaína son de común ocurrencia en los finos salones de San Isidro o Miraflores pero casi nunca aparecen en la prensa y nadie que se preocupe por su salud y seguridad osaría investigar las acusaciones en detalle. Ni siquiera nadie se preocupa por señalar un hecho obvio: que el precedente legal para la toma por parte de los militares del negocio de la cocaína ya estaba contenido en el Decreto-Ley número 11046, la medida que creó el monopolio estatal de la coca, el 13 de junio de 1949. La junta militar de aquella época, encabezada por el general Odría, especificó que las ganancias del monopolio de la coca, bajo los términos del artículo 6º del decreto, serían destinadas a “la construcción y mantenimiento de cuarteles militares”. Por consiguiente no causa sorpresa que el Perú raras veces destaca titulares de prensa con el impacto que su papel crucial en el negocio de la cocaína parecería justificar.

Igual ambiente de silencio opera bajo la dictadura ejercida en Paraguay por el general Stroessner, un país que, a pesar de que produce poca cocaína, es el cruce de caminos continentales para todas las formas de comercio ilícito. Allí el contrabando es una industria mayor, una institución nacional, y su control lo comparten Stroessner y el general Andrés Rodríguez, el comandante de los cuarteles de caballería en Asunción. Disgustado por las denuncias norteamericanas de su imperio de contrabando Rodríguez se dio el lujo de desairar al general William. B. Rosson, comandante en jefe de las Fuerzas de Estados Unidos en Centro y Suramérica, negándole la entrada a los cuarteles de caballería de Asunción en agosto de 1974, cuando el norteamericano se encontraba en Paraguay en una visita oficial. El general *gringo* dejó el país tres días antes de lo previsto, según se dijo, exasperado por el tratamiento poco ceremonial que recibió del rey del contrabando. Cerrando filas contra la amenaza externa común Stroessner y Rodríguez decidieron poner fin a los conflictos y a la competencia entre sus respectivas organizaciones. En abril de 1977 el hijo de Stroessner contrajo matrimonio con la hija de Rodríguez, cimentando un monopolio único sobre la operación de contrabando en el Paraguay. Se presentó un toque de humor en los procedimientos por el hecho de que el hijo del presidente, Hugo Stroessner, se hallaba en Madrid

tratando de librarse de una desafortunada adicción a la droga y la boda hubo de ser pospuesta hasta que regresara.<sup>81</sup> Una deliciosa y subrepticia risita se esparció por los salones de las embajadas en Asunción...

En el caso de otros países debe esperarse un cambio de gobierno antes de poder revelar una visión retrospectiva de los eventos. El ejemplo chileno es particularmente ilustrativo al respecto ya que ocurrió un tipo diferente de cubrimiento por parte de los medios de comunicación a la evidencia, francamente dudosa, de tráfico de drogas por miembros de la administración de la Unidad Popular de Allende y a los casos, más concretos, de negocios sucios de parte de la subsecuente junta neofascista del general Pinochet. En julio de 1974 la prensa conservadora de Colombia dedicó titulares de primera página a un reportaje desde Washington que citó a un funcionario de la embajada chilena que declaró, ante un comité congresional de Estados Unidos, que Allende había financiado su campaña con el tráfico de drogas. Además de acusar a Allende de ser un consumidor moderado, la fuente citó casos en los que su policía había rehusado cooperar con la INTERPOL cuando correos chilenos habían sido interceptados en el exterior con cargamentos de cocaína. Dadas las harto legítimas sospechas de Allende contra las organizaciones de seguridad extranjera, estas revelaciones no eran asombrosas ni estaban basadas en evidencias concretas de la implicación directa del presidente. El aspecto más significativo del caso es que, a pesar de que las acusaciones fueron hechas en el Congreso en mayo, solo se juzgó conveniente darlas a conocer al público durante la primera semana de julio. La causa de fondo de ello no fue difícil de averiguar. Tres días antes la prensa reportó lo que debe haber sido una de las más grandes y más bochornosas "caídas" diplomáticas de todos los tiempos. En esta ocasión los autores del crimen no fueron miembros del séquito de Allende sino agregados diplomáticos y militares que trabajaban en la embajada chilena

---

81 Acerca del contrabando de Paraguay véase *Latin American Political Report*, agosto 30 de 1974, diciembre 19 de 1975 y abril 29 de 1977.

en Washington casi un año después de que el régimen militar hubiera tomado el poder en Chile.

La cantidad involucrada en esta operación –no menos de 162 libras de cocaína (en la época, un récord mundial)– era lo suficientemente grande como para garantizar numerosas negativas categóricas y fulminantes destituciones de parte de la junta chilena. Los Estados Unidos proporcionaron a sus nuevos aliados políticos una salida para salvar la cara: el jefe supervisor de narcóticos, John Bartels, y el embajador chileno hicieron declaraciones conjuntas denunciando el hecho de que valijas diplomáticas y aviones militares habían sido utilizados para introducir de contrabando enormes cantidades de cocaína de Chile en los Estados Unidos.<sup>82</sup> Sobra decir que el asunto pronto fue dejado de lado por los medios de comunicación mientras las endebles acusaciones contra Allende recibieron amplia publicidad y, hacia finales de 1974, los agentes antinarcóticos norteamericanos aseguraban que el flujo de cocaína desde Chile había sido reducido a un pequeño goteo. Teniendo en cuenta cuántas mentiras estaba perpetrando el gobierno de Estados Unidos con relación a los sucesos en aquella desdichada república su aseveración podría ser considerada de dudoso mérito, por decir lo menos.

Es, no obstante, de la vecina Argentina de donde han provenido las más asombrosas revelaciones de implicaciones a alto nivel en el negocio de la cocaína, no con respecto a los actuales gobernantes militares, altamente paranoicos y ultrareservados, sino con relación a personajes que predominaron en el último período de la presidencia de Isabel Perón. La historia fue revelada por el servicio de informaciones del ejército en vísperas del golpe de 1976 e incluyó a prominentes figuras del ala derechista del movimiento peronista, entre los que figuraban el ignominioso Ministro de Bienestar Social, López Rega; el Ministro de Relaciones Exteriores, Alberto Vignes; y una corte de figuras secundarias, como el Ministro Raúl Lastiri, el senador Cornejo

---

82 Cables de la UPI desde Washington: julio 5 de 1974, sobre la incriminación de los militares chilenos, y julio 8 de 1974, sobre la historia de Allende.

Linares, el director del diario *El Tribuno*, Roberto Romero, y el comandante de la “intervención” militar en la administración provincial de Córdoba, coronel Raúl Lacabanne.<sup>83</sup>

Operando una serie de bien equipados laboratorios de cocaína cerca de Salta, en la frontera con Bolivia, estas figuras controlaban una red de gran alcance que utilizaba la Policía Federal para la distribución interna en el país y la cobertura del servicio diplomático para la consolidación de una ruta segura para las exportaciones. En una trama igualmente laberíntica de intriga y corrupción la autoridad federal era empleada para silenciar la problemática e inquisitiva legislatura provincial de Salta; se atemorizaba a los miembros de la judicatura provincial de Salta con ataques de ametralladora. Una facción de las Fuerzas Armadas fue tentada a tomar parte en la acción. No es injusto sugerir que la caída de López Rega y de Isabel Perón fue ocasionada, entre otras cosas, por el mismo tipo de toma militar del negocio de la cocaína que se ha demostrado en otros países con acceso a la cosecha andina de coca.

Otro ejemplo típico de este proceso lo dio en Bolivia el golpe de Estado del general Hugo Banzer en 1971. Proveniente de una guarnición en la población de Santa Cruz de la Sierra, verdadera capital del procesamiento de cocaína, el comando de Banzer de tropas contraguerrilleras (los *rangers* bolivianos entrenados por los Estados Unidos) no solo había tenido confrontaciones sangrientas con los mineros y las ligas campesinas sino, también, con un sector considerable de los miembros más nacionalistas de las Fuerzas Armadas. Cuando capturó La Paz, Banzer procedió a purgar una buena parte de la oficialidad e instituyó un sistema de gobierno mafioso que es casi una caricatura, incluso entre el terrorífico conjunto de tragicómicos regímenes militares que germinó en años recientes en todo el continente.

Tengo un resentimiento personal contra la dictadura de Banzer porque fui arrestado en las calles de La Paz en

---

83 *Latin American Political Report*, diciembre 19 de 1975.

1971. El coronel delegado ante la oficina local de Interpol en el Palacio de la Policía estaba ansioso por hacerme ver que el negocio boliviano de la cocaína operaba bajo su directa y personal supervisión. Señalando sus archivos y describiendo su sistema de ‘compradores aprobados’ hizo una distinción entre comerciantes de cocaína indeseables –tratantes jóvenes e independientes, como yo aspiraba a convertirme en esa época– y las conexiones más aceptables y regulares que él mantenía con las fuerzas de seguridad de otros países vecinos. Debía sentirse bastante seguro en su posición como para hacer afirmaciones tan francas de sus métodos para negociar o, posiblemente, solo estaba dando salida a un acceso de megalomanía inducido por la cocaína. No fue sorprendente, en consecuencia, leer en 1974 que un tal Alberto Sánchez Bello había sido arrestado introduciendo cocaína al Canadá cuando viajaba con pasaporte diplomático entregado por el secretario privado del presidente Banzer. Uno no puede sino recordar la figura del embajador traficante de drogas de la ficticia república de Miranda representado por Fernando Rey en la película de Buñuel *El discreto encanto de la burguesía*.

## La influencia del mercado de consumidores

Es fácil, si se confronta con la extensión casi inverosímil de la corrupción financiada por la cocaína dentro del proceso político de Suramérica, imaginar que el montaje es parte de un tradicional exotismo, tan absurdo e idiosincrático como la propensión histórica del continente por las revoluciones palaciegas y los sangrientos golpes militares. Recurrir a tales estereotipos, sin embargo, solo sirve para oscurecer el hecho de que la militarización de 1970 es cuantitativa y cualitativamente diferente de todas las anteriores manifestaciones del mismo espíritu; no simplemente anuncia otro vacío temporal en la vida política del pueblo, no simplemente otro intervalo pasajero de lo que ha sido descrito, cariñosamente, como ‘estabilización’ sino que debe ser visto como posición de una clase decidida a defender sus privilegios hasta la última bala y hasta la última cámara de

torturas. La crisis que se acumula en el seno del capitalismo industrial, la firme determinación de las fuerzas genuinamente revolucionarias y el ímpetu aglutinado de una guerra de liberación que amenaza con propagarse en el vientre de América son factores que distinguen el actual contexto de aquel de hace veinte o aún diez años. La oligarquía puede haber logrado derrotar los movimientos de masas de 1960, puede haberse apuntado una victoria táctica sobre las vanguardias armadas de una generación, pero lo ha hecho a costa de una pérdida completa de legitimidad política y credibilidad pública. Como resultado, las clases dominantes se hallan en un aprieto, forzadas a un permanente estado de sitio. Sus políticas de brutal represión interna se reflejan en el campo económico en una cobarde capitulación ante los intereses del imperialismo, en una abyecta entrega de los recursos nacionales a las voraces necesidades de consumo de los países industriales superdesarrollados.

Dentro de este contexto de impotente dependencia de los mercados externos y de los prestamistas foráneos debe analizarse el surgimiento del negocio de la cocaína dominado por las fuerzas de seguridad. Es verdad que constituye, apenas, la última de una serie de depredaciones que han incluido todos los recursos minerales y agrícolas del continente pero es un ejemplo, particularmente claro, del proceso de pillaje neocolonialista y tanto más alarmante en cuanto opera bajo el manto protector de la ilegalidad. Es importante subrayar que toda la organización, tal como existe hoy día, con su reparto de generales corruptos y políticos de doble faz, no se ha producido como consecuencia de ninguna evolución nativa del negocio de la coca y la cocaína sino que depende de un amplio mercado entre los adinerados usuarios de la cocaína de Europa y Norteamérica. Hace pocos años muchas de esas personas probablemente imaginaban –y con algo de razón, ya que era hasta cierto– que tanto ellos como sus compras apoyaban a una banda algo romántica de contrabandistas y piratas modernos, los últimos exponentes de una vigorosa tradición de individualismo empresarial. En el actual contexto tal actitud ya no es excusable y revela una profunda ignorancia de los hechos y una total irresponsabilidad histórica y contribuye al mantenimiento de una sociedad en la

cual los usuarios de drogas son perseguidos y los productores de la droga son sometidos a algunos de los regímenes más salvajes de toda su historia.

Es interesante considerar la forma como las presiones generadas en los centros de consumo han venido a influir la organización del negocio de la cocaína porque puede demostrarse que hay más de una similitud accidental entre los diferentes componentes de la escena. A decir verdad, existe un elemento de sincronía en los desarrollos observables en las diferentes partes de América, una corriente subterránea que liga el proceso colombiano descrito atrás (su evolución desde una situación originalmente anárquica y difusa hacia las organizaciones cada vez más militarizadas y monolíticas que son comunes hoy) con tendencias similares en otras repúblicas suramericanas, particularmente con la reorganización que ha tenido lugar en el negocio doméstico de la cocaína en los Estados Unidos.

El ejemplo más claro lo provee la ciudad de Nueva York, tal vez el mayor centro del mundo de consumo ilícito de cocaína. Durante 1971, el período de mi marginal participación en el negocio del contrabando, parecía que gran parte de la coca disponible en las calles de Manhattan había llegado allí como resultado de empresas esencialmente pequeñas, como aquella en la que me hallaba, accidentalmente, involucrado. El que esta opinión no sea, apenas, una interpretación personal y parcial de los hechos puede demostrarse con un estudio de Richard Ashley (1975), un neoyorquino que escribió una excelente historia popular sobre el uso de la cocaína en los Estados Unidos:

Aunque me he mantenido distante del tráfico de cocaína en Nueva York desde 1971 del relato de Ashley parece desprenderse que mucho ha cambiado desde esa época. El describe “la destrucción virtual de toda una clase de traficantes” (Ashley 1975:136) como un proceso que se completó hacia 1973 cuando malhechores, armados hasta los dientes, ahuyentaron a los aficionados del mercado. Añade un detalle significativo sobre la identidad étnica de los grupos que se tomaron el mercado: “Sé que fueron los cubanos quienes expulsaron a la mayoría de los traficantes blancos de clase media en Nueva York”

(Ashley 1975:137). Como consecuencia del asalto cubano la situación, por la época en que se escribió su libro (1974), era tal que “el comercio de la cocaína está plenamente en manos del crimen organizado” y “el producto es inferior y los precios muy altos” (Ashley 1975:139).

Sería tentador considerar lo que significa esta preponderancia de los cubanos en el negocio de la cocaína de la costa este, visto a la luz de la monopolización efectiva de las fuentes de cocaína por parte de las fuerzas de seguridad en Suramérica. En primer lugar deben examinarse los orígenes del bajo mundo cubano, las organizaciones que han aparecido entre las comunidades de exiliados de Florida, Nueva Jersey y Nueva York. Su isla nativa, agotada por las prácticas corruptas que florecieron bajo el reino de terror de Batista, expulsó a la mayor parte de los pistoleros de la vieja Habana, a los rufianes, a los operadores de casinos y a los traficantes de drogas, conocidos como ‘gusanos’. A estos elementos, supuestamente democráticos, se dio un nuevo hogar en los Estados Unidos y una cobertura de la CIA bajo la cual organizar su eventual recuperación de la isla. Muchos habían aprendido valiosos trucos sucios de la familia de la Cosa Nostra de Santo Traficante Jr., en otros tiempos representante del sindicato de ‘Lucky’ Luciano y Meyer Lansky en La Habana, y quien continuó dirigiendo sus operaciones desde Florida después de la revolución (McCoy 1972:55).

Los cubanos, como las mafias sicilianas y corsas, pronto aprendieron a explotar las sensibilidades políticas de la CIA en su provecho. El *New York Times* informó que

[...] entre aquellos que han ingresado al comercio de la droga se encuentran ciertos miembros de la malaventurada Brigada de Asalto 2506 que desembarcó en la Bahía de Cochinos el 17 de abril de 1961.

La seguridad militar, un principio incuestionable de las operaciones anfibias de los cubanos desde la costa de Florida, bien podría ser utilizada como un escudo para desviar embarazosas pesquisas de los servicios norteamericanos

de guardacostas y aduanas. Los agentes antinarcóticos estadounidenses han sido claros en afirmar que la mayor parte de la cocaína que entra a los Estados Unidos lo hace a través de la comunidad cubana de Florida (Ashley 1975:137).

No es raro que la cobertura de la CIA haya sido empleada para proteger grandes operaciones de tráfico de drogas. Alfred McCoy publicó en 1972 un examen exhaustivo de este tema, en el que describe un impresionante grado de participación oficial norteamericana en el apuntalamiento de la organización del negocio de la heroína en Marsella y el sudeste Asiático. No es injusto sugerir que existen claros paralelos con el del argumento de McCoy en las actividades de instituciones como la policía secreta colombiana, DAS, y en las de las diversas pandillas derechistas que han adquirido preeminencia en las Fuerzas Armadas de la mayoría de los otros países suramericanos. Es difícil probar la participación directa de la CIA en la dirección cotidiana del negocio de la cocaína, aunque posibles agentes (como Mike Tsalickis, de Leticia, Colombia) han sido acusados en el contexto del gran contrabando.<sup>84</sup> La evidencia circunstancial directa del respaldo de la CIA a los traficantes de cocaína es apenas necesaria a esta altura ya que la expansión de la industria de la droga simultáneamente con el terror de derecha en el continente son suficientemente explícitos con relación al papel clave de los Estados Unidos en el asunto, sin importar que la iniciativa sea encauzada a través de la CIA o no.

Hay muchos indicadores de que una buena parte de las actividades tradicionalmente asociadas con la CIA ahora están siendo manejadas por una nueva agencia monstruo, la DEA, cuyas actividades para ‘controlar’ el flujo de drogas a los Estados Unidos también se han expandido, inevitablemente, a otras áreas de represión económica y política, muchas de las cuales ni siquiera están relacionadas, directamente, con la cuestión de las drogas. Las fuerzas antinarcóticos de Estados

---

84 *El Tiempo*, septiembre 23 de 1974; *Alternativa*, noviembre 11 de 1974 y febrero 24 de 1975.

Unidos han estado signadas por una historia poco ilustre y apenas sorprende que estén desacreditadas, aún entre sus propios conciudadanos y sus colegas de seguridad. Después de una serie de escándalos en 1968, que pusieron al descubierto la participación de la antigua Oficina Federal de Narcóticos en el lucrativo mercado de heroína de Nueva York, se creó la Oficina de Narcóticos y Drogas Peligrosas –BNDD– bajo la dirección, relativamente competente, de John Ingersoll. Hacia 1972 la BNDD había logrado una cantidad de éxitos notables en su guerra contra los narcóticos, principalmente en su bien publicitada ofensiva contra los laboratorios de heroína de Marsella. Sin embargo, en 1973 el énfasis en la heroína cambió, súbitamente, y se dirigieron ejercicios ruinosos contra las ‘amenazas’, menos terribles, de la marihuana y la cocaína. Mientras tanto los sindicatos mexicanos empezaron a inundar el mercado con una heroína parda no refinada, más abundante y más peligrosa que la que era suministrada por el Cercano Oriente y el sudeste asiático. Detrás de estos eventos se encontraba la simultánea reorganización administrativa de la BNDD, reformada por iniciativa del presidente Nixon para convertirse en la nueva superagencia, la DEA.

El advenimiento de esta entidad dio a la Casa Blanca, entonces en el apogeo del poder, su propia fuerza, cuidadosamente preparada, dentro de la creciente superestructura de policía del Departamento de Justicia. Ingersoll renunció en medio de este proceso, acusando a Nixon de intervención y abierta manipulación de su oficina. La posibilidad de que cualquier agente antinarcóticos estadounidense pusiera en aprietos a los aliados políticos de Washington en las naciones productoras de droga se evitó con la formación de un Comité Ministerial de Control Internacional de Narcóticos. Su política estaría determinada por individuos como Henry Kissinger y el director de la CIA, ninguno de los cuales era particularmente conocido por su preocupación por el tráfico de drogas.<sup>85</sup>

---

85 Una excelente revelación de las actividades de la DEA fue publicada en la revista *Playboy* por Browning (1976).

El año de 1973 no solo fue testigo de la reorganización de los mercados domésticos de heroína y cocaína en manos de conocidos delincuentes proyanquis, como las mafias cubanas y mexicanas; también demostró la sujeción completa del problema estadounidense de la droga a los crudos intereses de la diplomacia de Kissinger. La ofensiva de la DEA que comenzó a caer sobre América Latina puede caracterizarse como poco más que un frente de relaciones públicas, una cortina de humo dirigida a mantener apariencias mientras el grueso del comercio de drogas se concentraba en las manos de una élite nativa consciente de los imperativos de la 'seguridad'.

Esta situación explica mucho de la motivación implícita que se halla detrás del torrente de abusos practicados por la DEA y reportados al subcomité Jackson durante sus audiencias senatoriales sobre la materia en el verano de 1975. La tortura y el asesinato abierto han sido usados por muchos de los aliados locales de la CIA en la Fuerzas Armadas y de Policía de América Latina; tales prácticas se están volviendo cosa común, incluso rutina, en los casos de narcóticos tratados por la DEA.<sup>86</sup> El abuso de la vigilancia sobre la droga como medio de control político ha llevado a repetidas sugerencias de que la DEA es una nueva agencia de espionaje, un pretexto alternativo para entrometerse en la política local, especialmente a la luz de recientes sensibilidades acerca de las actividades de la CIA. A comienzos de 1975 la DEA anunció que contrataría 53 exagentes de la CIA, una actitud pública cuya deliberada significación sería difícil ignorar. La lógica detrás de tal movimiento fue expresada por el entonces vicepresidente, Nelson Rockefeller (1975:54):

Al proveer entrenamiento adicional a los agentes de Estados Unidos en el extranjero en la compilación de necesidades y técnicas de inteligencia esta última puede ser una herramienta más efectiva para contener el flujo de drogas a los Estados Unidos.

86 Gage en el *New York Times*, reproducido por *O Estado de São Paulo* el 27 de abril de 1975; contiene una descripción preliminar de algunos de los abusos descubiertos por el subcomité Jackson.

Como resultado la DEA ha estacionado, al menos, 287 agentes en diferentes embajadas norteamericanas en todo el mundo y ha entrenado más de 9000 agentes extranjeros en un intento por impulsar “una mayor cooperación entre ellos y los funcionarios antinarcóticos estadounidenses”. Los efectos eran predecibles: un creciente sacrificio de usuarios de drogas, cultivadores y pequeños comerciantes, aparejado con un marcado incremento del flujo total de drogas y el poder manejado por los pocos monopolios que la DEA no osa tocar. Hay rumores en el sentido de que la DEA ha estado involucrada en el contrabando de drogas a los Estados Unidos a fin de establecer compradores locales y hacerlos caer en la trampa. El primer director de la DEA, John Bartels, fue obligado a renunciar en mayo de 1975 después de bloquear una investigación interna sobre los contactos íntimos de uno de los protegidos con el crimen organizado y los grandes sindicatos del tráfico. La reorganización administrativa que produjo la DEA le otorgó, en primera instancia, la autoridad exclusiva para congregar la inteligencia extranjera y orientar las fuerzas de policía en el exterior, una facultad que complementó sus operaciones internas y que eliminó el derecho de la aduana estadounidense para conducir sus propias actividades de inteligencia en ultramar, así como sus actividades domésticas de seguimiento. Ante la inconsistente coordinación entre la DEA y la aduana el investigador congresional en jefe, Philip R. Manuel, se vio obligado a concluir:

[...] este método de operación ha prolongado viejas rivalidades entre las agencias, ha creado nuevas rivalidades y ha debilitado, realmente, la capacidad de la nación de interdictar el flujo de narcóticos a los Estados Unidos.<sup>87</sup>

Los artículos recientes sobre las actuaciones domésticas de la DEA se han concentrado en su empleo de violencia e intimidación gratuitas y en su énfasis sobre el “cómputo de cabezas” y otras estadísticas fáciles que reflejan su preocupación por los golpes pequeños y su fracaso para

---

87 31st Annual Almanac, 94th Congress, 1st Session, 1975, p. 539.

tratar, efectivamente, el problema de la heroína o las más poderosas operaciones de contrabando. Dichos abusos son ofensivos pero, tal vez, aún más desacertado ha sido el reciente giro de la DEA hacia su papel en el extranjero como canal para los fondos oficiales de los Estados Unidos que van a parar a manos de grupos reaccionarios, muchos de los cuales han sido boicoteados por los representantes del pueblo norteamericano en el Congreso y el Senado.

Los hechos acaecidos en la Argentina en los últimos años han demostrado cómo el pretexto de los narcóticos puede ser utilizado como fachada para suministrar apoyo a bandas de derecha, cuya pública relación con la Embajada de Estados Unidos sería, de otro modo, embarazosa para Washington. Por medio de la excusa de la campaña antidrogas el Programa Internacional de Control de Narcóticos del Departamento de Estado estuvo en capacidad de financiar buena parte del equipo de policía destinado a la Argentina, bloqueado por el Congreso cuando abolió la desacreditada Oficina de Seguridad Pública. De este manara doce y medio millones de dólares fueron suministrados a la policía Argentina en 1974, en particular a través de la apertura otorgada por el Ministro de Bienestar Social, el siniestro López Rega. Este individuo y sus aliados de la Policía Federal más tarde fueron acusados por la inteligencia militar de ser los mayores beneficiarios de la exportación de la cocaína que Argentina estaba empezando a lanzar al mundo en esos precisos momentos. Nada de esto inquietó a la DEA ni al embajador norteamericano en Buenos Aires, Robert Hill, quien apareció en la televisión argentina con López Rega en mayo de 1974, estimulándole a formular la absurda aseveración:

Hemos capturado guerrilleros, después de combates, que se hallaban bajo los efectos de la droga. Los guerrilleros son los principales usuarios de las drogas en la Argentina. Por consiguiente, la campaña antidrogas será, automáticamente, una campaña antiguerrillera también.<sup>88</sup>

---

88 “Asistencia antinarcóticos de los Estados Unidos a la América Latina, ¿un nuevo programa e entrenamiento y equipamiento

Mientras hacía declaraciones pías de esta naturaleza en público –y, privadamente, llenaba sus bolsillos con las enormes ganancias de la operación de la cocaína– López Rega destinó el dinero de la lucha antinarcóticos al financiamiento de su escuadrón de la muerte, la Alianza Anticomunista Argentina –AAA–, y alentó a la Policía Federal Argentina a desempeñar un papel más activo en la lucha contraguerrillera. La caída de López Rega probablemente afectó poco la naturaleza de la lucrativa combinación que había establecido entre las fuerzas de seguridad y el negocio argentino de la droga. En febrero de 1977 el Ministro de Relaciones Exteriores de la nueva junta militar fue citado repitiendo el hoy familiar refrán: “Atacamos su cuerpo a través de la guerra contra las guerrillas y su espíritu a través de la guerra contra el tráfico de las drogas, ambas *portadoras* de ideas nihilistas y colectivistas”.<sup>89</sup>

Tan soberbias palabras –y el temor y el oscurantismo casi histéricos que conllevan– solo pueden ser la justificación para otra embestida contra las jóvenes y revolucionarias fuerzas de Suramérica, así como para el empleo continuo y deliberado del pretexto de los narcóticos a fin de mantener el control político. La conferencia continental sobre el tráfico de drogas, patrocinada por la DEA y llevada a cabo en Cochabamba, Bolivia, en julio de 1975, abrió el camino para el establecimiento de un aparato represivo internacional verdaderamente monstruoso que socava los más elementales principios de los derechos humanos y de la ley internacional. Incluye el reconocimiento de la necesidad de la ‘persecución intensa’ a través de las fronteras nacionales, el uso de tratados regionales simplificados de extradición para los ‘delincuentes’ de la droga, la creación de una red regional de comunicaciones para el intercambio rápido de ‘inteligencia procesable’ y el

---

en contrainsurgencia?” Comisión Argentina por los Derechos Humanos, Washington, marzo 10 de 1977.

89 “Asistencia antinarcóticos de los Estados Unidos a la América Latina, ¿un nuevo programa e entrenamiento y equipamiento en contrainsurgencia?” Comisión Argentina por los Derechos Humanos, Washington, marzo 10 de 1977. Véase *Counter Spy* 3(2), diciembre de 1976.

mantenimiento recíproco de ‘agregados antinarcóticos’ entre las diferentes fuerzas policiales del continente.

Las críticas contra este horrendo paquete siempre se han puesto en términos aceptables para la izquierda ‘zanahoria’ y otros sectores inquietos de la intelectualidad liberal, destacando no tanto los terrores intrínsecos a tal exceso de celo represivo como la verdad, más aceptable, de que la espantosa maquinaria posiblemente caerá en las manos ‘equivocadas’ y será usada para propósitos ‘equivocados’. En otras palabras, si estuviésemos seguros de que los agentes antinarcóticos juegan limpio los hechos estarían claros y todo estaría bien; después de todo, sigue diciendo el argumento ‘liberal’, las únicas víctimas serían criminales puros, traficantes de droga y otros alienados indeseables, personas que, en términos de la sociología ortodoxa actual, ya han perdido todo derecho a ser considerados como seres humanos. Tal actitud merece ser desafiada y plenamente denunciada por lo que es: poco más que otro odioso ejemplo de la ética del Estado fuerte, la dictadura de la moral pequeño burguesa.

El hecho sigue siendo que la negación coercitiva de consumir drogas es un acto de represión política, una infracción intolerable de la dignidad del individuo y, particularmente, de su libertad de tratar su cuerpo como suyo. Esto no implica negar que el abuso de las drogas es peligroso y socialmente destructivo; el punto es que no todo uso es, necesariamente, abuso. La población de todo el mundo emplea drogas, de una u otra clase, cada día con efectos que difieren para el individuo y la sociedad. Lo que se requiere no es un mayor fortalecimiento de controles legales ineficientes sino una orientación positiva en el uso de las drogas, una educación que muestre las ventajas de controles informales –no autoritarios– de la experiencia de la droga que surgen, espontáneamente, de la experiencia de los consumidores, de su reconocimiento de los límites de la utilidad de cada droga.

En la situación actual tales orientaciones son inexistentes y los usuarios de las drogas son los más consistentemente sacrificados y discriminados; a diferencia de los grandes

sindicatos de traficantes, se ven impotentes para oponerse al poderoso progreso de la burocracia antinarcóticos y sin voz para desenmascarar el hecho de que ellos están siendo usados como 'ejemplos'. Si las leyes contra las drogas se aplicasen con algo de honestidad e integridad una porción considerable de la población mundial tendría que ser mantenida detrás de las rejas. Las leyes se aplican selectivamente y se emplean para poner a un lado a los problemáticos que fueron capaces de organizar alguna resistencia a la brutal estructura del negocio de la droga como está actualmente constituida. Un agente antinarcóticos corrompido rara vez es 'golpeado'; simplemente es 'retirado'. Lo mismo ocurre con la mayoría de los otros grandes engranajes del negocio de la droga, trátese de generales, senadores o agentes encubiertos de la CIA. Quien carga con la culpa es la figura menor: el productor campesino, el pequeño comerciante o el estereotipo universalmente ridiculizado del 'patético' consumidor juvenil.

En ninguna parte es tan notoriamente manifiesta esta definición selectiva de criminalidad como en el tratamiento concedido a la corporación Coca-Cola en su uso de hojas de coca de Trujillo (*Erythroxylum novogranatense* var. *Truxillense*). Casi la totalidad de las 770 toneladas de hojas de coca legalmente exportadas desde el Perú cada año está destinada a las fábricas de Coca-Cola, donde la esencia descocainizada de las hojas forma el principal ingrediente de la tan preciada sustancia conocida como 7X, la pócima mágica que da a la Coca-Cola su 'chispa'. Aparte del hecho de que una subsidiaria de la Coca-Cola tiene acceso a una buena cantidad de cocaína –el inevitable producto derivado de su proceso extractivo– debe considerarse la ironía de que la hoja está universalmente prohibida por la ley, excepto para este monopolio inmensamente poderoso de las gaseosas, permitiéndose que sus propiedades sean comercializadas por quienes tienen la increíble arrogancia de llamar su adultera soda "la cosa verdadera" (*the real thing*).

El trato preferencial otorgado a los auténticos grandes traficantes de Coca-Cola (un expresidente de la corporación,

Charles Duncan Jr., fue nombrado Secretario de Defensa delegado durante el mandato del presidente Carter) es sintomático de la doble posición que prevalece en el negocio de la droga. Es interesante considerar, a modo de comparación, el apuro de los pequeños traficantes, el insignificante pícaro cuya mayor virtud –aparte de una disposición a veces franca y sociable– es su envidiable capacidad de inspirar paroxismos de odio implacable por parte de los virtuosos. Incluso para los más humanos socialistas sería difícil hallar una buena palabra para esta figura; sin embargo, su actitud de repudio moral contradice sus ideales establecidos ya que los empleados y empresarios del escalón más bajo en el negocio ilícito de la droga bien pueden ser uno de los grupos más explotados de la sociedad occidental. No cuentan con una estructura organizativa para presionar por una mayor participación en las enormes ganancias del comercio, poseen poco control sobre las grandes decisiones que afectan su trabajo y corren el peligro de ser traicionados, asesinados o encarcelados en cualquier momento. Pocos son genuinamente independientes en estos tiempos y la mayoría tiene que operar dentro de una estructura determinada por superiores que pueden, de un instante al otro, asegurar que cualquier tendencia a la rebelión sea recompensada por prisión de por vida o con una bala en la espalda.

En Bolivia, por ejemplo, el escuadrón de la muerte compuesto por policías fuera de servicio –Comando Cívico Camba– recibió la bendición de las autoridades para liquidar, sin piedad, a los traficantes de drogas.<sup>90</sup> Por supuesto, las víctimas en mente no eran ni policías ni miembros del gabinete o del cortejo presidencial (los verdaderos beneficiarios del negocio de la cocaína en ese país) sino los pequeños jóvenes de esquina que no habían pagado su tributo. Formas similares de sacrificio selectivo son el pan de cada día en la empresa de las drogas en todo el mundo. Esto parece constituir una política deliberada por parte de los que detentan el poder ya que operar dentro de tal atmósfera de temor solo puede

---

90 *The Guardian*, julio 25 de 1977.

producir una clase de comerciantes atomizada, neutralizada, inofensiva y rendida al sistema.

Un motivo parecido se halla detrás del asalto a los usuarios de droga juveniles, un grupo que, de otra manera, hubiera empezado a tomar las cosas por sus propias manos, como estaba ocurriendo a fines de la década de 1960 y comienzos de la de 1970. En Suramérica las víctimas favoritas son los *gringos*, extranjeros cuya subsecuente búsqueda de apoyo consular está dirigida a convencer a la opinión internacional de que los gobiernos locales están ‘haciendo algo’ para solucionar la cuestión de la droga. Más de 500 ciudadanos norteamericanos están confinados en prisiones mexicanas por los más insignificantes delitos de drogas, cerca de 100 han sufrido la misma suerte en Colombia y otras veintenas languidecen detrás de las rejas en los demás países de América Latina. Los afortunados logran salvarse por medio del soborno; los menos afortunados son torturados, violados y sometidos a maniobras legales y trámites burocráticos casi kafkianos. Inclusive dentro de los Estados Unidos la DEA tiene el poder constitucional de atrapar individuos ofreciéndoles droga para la venta y el gobierno puede acusar a cualquiera de conspiración para importar drogas, a pesar de que el decomiso de la droga, el acuerdo para conspirar y el arresto de los acusados no hayan tenido lugar en los Estados Unidos.<sup>91</sup> En estos casos la evidencia es admisible para el fiscal aún si la policía extranjera ha empleado la tortura para obtener una ‘confesión’. Los abundantes consumidores de drogas en los países desarrollados no son quienes soportan el embate pleno de la actual ofensiva; después de todo, constituyen el mercado sobre el cual está basada la estructura y por medio de una ‘descriminalización’ espúrea de la posesión pueden ser instados a convertirse en simples consumidores pasivos. Mientras tanto el largo brazo de la ley puede flexionarse para incrementar las penas por el tráfico, eliminando a los más modestos traficantes y concentrando el negocio en manos de unos pocos monopolios inexpugnables. Solo se puede sospechar que esta política tiene

---

91 Véase la entrevista con un abogado de San Francisco, Michael Stepanian, en *High Times*, septiembre de 1976.

dos objetivos mayores: maximizar las ganancias actuales y construir una estructura de intereses multinacionales que, una vez se sienta segura de su control ferreo del mercado mundial, será capaz de llevar a cabo la legalización completa sin temor de la competencia independiente. No es accidental que uno de los sectores primordiales de crecimiento en el desarrollo de una industria de drogas dinámica y disciplinada invierta esfuerzos en extender los tentáculos a las áreas de producción, reproduciendo el patrón neocolonial ya ensayado y probado en el caso de los auges de productos ocurridos en el pasado, como los que surgieron alrededor del consumo de plantas de drogas 'no drogas' como el chocolate, el té, el café y el tabaco.

Como ya se ha demostrado con relación a los distritos productores de coca del sur del Cauca una industria disciplinada de este tipo requiere acceso incontestable a las materias primas. Debido a que las plantas como la coca y la marihuana son fáciles de cultivar, un corolario imperioso es la eliminación de los productores que osan vender su cosecha a la competencia. Los medios para alcanzar este objetivo han incluido el empleo de napalm y agentes defoliantes para destruir grandes plantaciones desde el aire, así como la investigación biológica para criar nuevos insectos y hongos, como el *Fusarium oxysporum*, que acaban con plantas que, de otra manera, serían difíciles de erradicar. Más allá de la amenaza que esas técnicas representan para la subsistencia de los campesinos agricultores debe considerarse el irreparable estrago ecológico que pueden causar en amplias áreas, destruyendo cultivos de pancoger y envenenando las aguas, el ganado y los seres humanos.

Como si tales formas de guerra económica ya no fuesen precursoras suficientes de la creciente vietnamización de América Latina recientemente se ha venido preparando otro movimiento que usará la cuestión de las drogas como pretexto para expropiar la tierra a los campesinos, sin compensación alguna. En Colombia el Ministro de Justicia promulgó una serie de 'determinaciones' a finales de julio de 1974 que eran un anticipo de lo que vendría. La cláusula más importante señaló:

Las tierras que sean utilizadas para el cultivo de marihuana, coca u otros ítems similares (sic) serán confiscadas inmediatamente. La propiedad quedará fuera de toda actividad comercial tan pronto como se haya descubierto el delito.<sup>92</sup>

El ciudadano común no solo tendrá que sufrir encarcelamiento por cultivar plantas básicamente inofensivas sino que perderá su tierra y su fuente de ingresos quedará congelada. En otras palabras las autoridades estatales tienen el derecho legal para destruir a un individuo como miembro activo de su sociedad. Lo estipulado acerca de la coca es alarmante puesto que amenaza la integridad territorial de un buen número de resguardos indígenas. Por supuesto, retornamos al punto de que dichas leyes solo pueden ser aplicadas *selectivamente*, ya que su aplicación universal en un país como Colombia desembocaría en un período de sangría aún más terrible que la Violencia de los años de 1940 y 1950. No obstante, existen quienes darían la bienvenida a una oportunidad para extender sus imperios privados utilizando el pretexto de las drogas como medio de expropiación, sin importar el costo final en términos de vidas humanas. Esto fue sugerido por el senador José Guillermo Castro, miembro de una familia terrateniente de Valledupar, al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta. Dolido por el rechazo de los indígenas de Sierra Nevada a darle su voto en las elecciones de 1974 afirmó, lisa y llanamente:

Es sabido que detrás de todo esto hay un enorme negocio de cocaína y marihuana, cultivadas en la Sierra Nevada (...) Esto debería investigarse, lo mismo que el aterrizaje semanal de un pequeño avión (...) el cual, según parece, se lleva marihuana para dejar, de acuerdo con informaciones confiables, armas para los indios que, desde hace algún tiempo, andan permanentemente armados.<sup>93</sup>

---

92 *El Tiempo*, julio 30 de 1974.

93 *El Tiempo*, noviembre 26 de 1974.

Sobra decir que la versión de los hechos del senador difícilmente concuerdan con informes independientes de la misma región que describen la intimidación violenta contra los indígenas de parte de la policía de Valledupar, ansiosa por defender los enormes bienes arrebatados a los resguardos indígenas por familias como los Castro. Tampoco corresponde con la conocida extensión del negocio de la droga en la región de Santa Marta, cuyo papel clave en el tráfico transcaribeño tiende a implicar que se encuentra en manos de organizaciones considerablemente más poderosas que simples comunidades rurales indígenas y campesinos sin tierra.



Huerta con coca en el sur del Cauca

La cuestión no es descubrir cuál de las partes en conflicto está diciendo la verdad sino examinar las palabras que están empleando quienes están en el poder a fin de percibir la clase de valores que asumen y desenmascarar los escenarios de horror que están montando para el futuro. Las clases dominantes de Suramérica, con su característica paranoia, se ven llevadas a proyectar y revelar sus propias malas intenciones; por eso cuando hablan de drogas también hablan de armas y de violencia. El asunto de las drogas

se confunde en sus mentes con las demás agudezas del conflicto social, con las otras excusas empleadas, desde tiempos inmemoriales, para justificar el crudo totalitarismo y una imaginación obtusa y miope. En ese caso no debería causar sorpresa que las guerras contra las drogas no sean más que el preludio de una conflagración más terrible que solo se evitará si los usuarios de drogas de los conglomerados de Occidente elevan su conciencia colectiva con relación al negocio y asumen una posición firme, inequívoca, no solo por los intereses del consumidor sino, también, por los del pequeño productor, marginado y sin voz.

## Cómo mascar hojas de coca

*Estaba deseoso por ver esa hierba tan alabada por los indios desde hace tantos años, la cual llaman coca y siembran y cultivan con mucho cuidado y diligencia, porque la usan para sus placeres, de los cuales hablaremos [...] Su uso entre los indios es cosa general, para muchas cosas, para cuando trabajan por necesidad y para su contento cuando están en sus casas, la usan en esta forma. Toman caracoles en sus caparazones, los queman y los pulverizan, y toman las hojas de la coca y las mascan en sus bocas, y mientras las están mascando la mezclan con ese polvo hecho de caparazones, de tal suerte que hacen una especie de pasta, tomando menos polvo que hojas, y de esta pasta hacen unas especies de bolas redondas [...] y cuando las van a usar toman una bola pequeña en su boca y la mascan pasándola de un lado a otro, procurando conservarla todo lo que puedan; y habiendo hecho esto, regresan a tomar otra, y así siguen, usándolas todo el tiempo que las necesitan, lo cual es cuando trabajan y específicamente cuando no hay carne o falta el agua. Porque el uso de estas pequeñas bolas les quita el hambre y la sed, y ellos dicen que reciben substancia, como si pensaran que habían comido. Otras veces las usan para su placer, aunque no estén trabajando [...] Cuando se emborrachan y pierden el juicio, ellos mezclan con la coca las hojas de tabaco, y las mascan juntas, y*

*parece como si perdiesen la razón, como si estuviesen borrachos lo cual es una cosa que les proporciona gran contento. En verdad es una cosa de gran consideración ver cómo los indios están tan ansiosos de perder la razón.*

Nicolás Monardes (1574)

Durante los dos años que viví en Popayán a menudo intenté inducir a los estudiantes universitarios y a otros visitantes que se hallaban de paso al hábito de mascar coca; sin embargo, no puedo decir que haya convencido a más de un pequeño grupo de personas, tal vez un hecho sorprendente si se tiene en cuenta el difundido entusiasmo por la marihuana, los hongos alucinógenos y la cocaína, que abundaban en esa hermosa ciudad. Inicialmente, es verdad, el sabor de la coca no es particularmente agradable. Es más: el acto mismo de mascar algo y mantenerlo en la boca es culturalmente repelente para la mayoría de los blancos, tanto colombianos como gringos, lo cual ha llevado a algunos investigadores norteamericanos a sugerir el desarrollo de una ‘goma de mascar’ de coca, más aceptable para los gustos urbanos.<sup>94</sup> La masticación de hojas de coca no parece que vaya a convertirse, todavía, en una tendencia de moda en el mundo industrial pues carece de los elementos centrales de fácil manejo y satisfacción instantánea y requiere demasiado cuidado y aplicación para que sea fácilmente asimilable al estilo de vida del consumidor moderno. Incluso, en cierto sentido, ‘masticación’ resulta inexacto como término para describir un proceso que solo implica una pequeña mascada preliminar para romper las hojas y humedecerlas, antes de la primera adición del reactivo alcalino, aunque existe una tendencia inicial entre los novatos a continuar masticando más allá de este punto basada en una reacción mecánica de la boca de desmenuzar y devorar cualquier cosa voluminosa que se encuentre en ella. Este error debe evitarse y el bolo de coca conservarse razonablemente inmóvil en la brecha formada

---

94 Andrew Weil (carta personal, marzo de 1977).

entre los dientes y la mejilla. La penetración del alcaloide en las superficies mucosas es un proceso lento; cada bolo debe permanecer en la boca por una hora, siendo succionado, suavemente, para liberar sus potentes propiedades.



Hombre NASA mambeando o masticando coca

Casi sin excepción el mayor problema con que se encuentra un mascador novicio de coca tiene que ver con la manera como el reactivo alcalino –en la región del Cauca es normalmente un polvo blanco de cal llamado *mambe*– se agrega a las hojas ya que aplicado sin cuidado o en cantidades excesivas producirá un daño casi seguro en las encías, en forma de cauterización o ‘quemadura’. Ello puede extenderse a la lengua, al interior de las mejillas y a cualquier otra superficie suave, desde los labios hasta la garganta, y la lastimadura puede ser tan extrema que la persona se desalienta de volver a mascar coca. A fin de prevenir tales accidentes los nasa practican una forma de cuidadosa iniciación al hábito de la coca por medio del cual la madre transfiere su mascada de coca a la boca de su hijo ya con la cantidad correcta de cal. Esto asegura que los alcaloides activos fluyan libremente, de modo que la primera experiencia de mascar coca sea alentadora.

Los nasa también poseen otra indicación útil: añadir el mambe en dosis pequeñas, como una pizca de sal, en repetidas oportunidades y no de un solo golpe. La costumbre es tomar un par de pizcas al comienzo, una tercera unos cinco minutos después y luego dosis adicionales en intervalos de diez a quince minutos. Uno puede saber cuándo está ‘caliente’ el bolo de coca –en términos indígenas– por una especie de anestesia que produce en la boca, paradójicamente denominada ‘enfriamiento’ en nuestra cultura. La dificultad que experimenté al comienzo fue hallar el balance acertado de mambe y coca. Si se agrega demasiado de la primera la anestesia puede convertirse en una ‘quemadura’ y al día siguiente se amanece con una cantidad de parches incómodos y en carne viva en la mejilla y las encías. Si no se emplea suficiente mambe uno se decepciona con una anestesia bastante floja y mediocre que indica el fracaso en extraer el rendimiento pleno de alcaloide de las hojas.<sup>95</sup>

---

95 Hanna (1974:284) ha estimado un consumo diario de alrededor de seis gramos de *llipta* en las tierras altas del Perú, una ración de, aproximadamente, un gramo de cal por cada diez gramos de hojas de coca.

Es común añadir una pequeña cantidad de hojas frescas a intervalos ocasionales, reviviendo el bolo o la 'mambeada' que ya se encuentra en la boca; esto también requiere una adición equivalente de mambe para corregir el balance. Es de crucial importancia decidir una técnica para mezclar el mambe y las hojas de coca para lograr un bolo único y homogéneo. Los nasa vierten una dosis de cal de su calabazo en la palma de la mano o en la muñeca y la lanzan al aire de modo que descienda, suavemente, en medio de la mascada de coca en su boca. Esta práctica no es aconsejable para principiantes porque cualquier error de cálculo conduce a una terrible quemadura en las suaves membranas bucales. Por esta razón los nasa sugieren que los mascadores novicios saquen las hojas de coca de la boca y las mezclen con el mambe en su mano, retornando el bolo a su mejilla solo cuando el mambe se haya prendido bien a las hojas y no esté adherido por fuera, como una costra.

Desafortunadamente, las hojas de coca sueltan un tinte amarillo oscuro cuando han sido lixiviadas por un reactivo alcalino, de tal manera que cualquiera que use este sistema siempre tendrá la mano y los dedos sucios. Además, es en extremo inconveniente y demorado sacar las hojas de la boca cada vez que sea necesario añadir mambe. Con el fin de evitar estos inconvenientes es útil considerar cómo se mezcla el mambe con las hojas entre otro grupo de adeptos a la coca, los indígenas del sur del Cauca. En esta área el mambe es empleado en forma de una masa dura; los pequeños pedazos picados de mambe solo pueden ser transferidos por medio de un movimiento de la lengua desde el frente de la boca hacia la mejilla; ya que la punta de la lengua posee una alta concentración de papilas del gusto el manipuleo repetido de terrones de cal cruda puede resultar extremadamente dañino. Por esta razón el bolo de hojas es llevado hacia adelante desde su lugar de reposo normal en la mejilla hasta la punta de la lengua, donde es mezclado con los pedazos picados de mambe antes de ser llevado, de nuevo, a un lado de la boca. Esta acción permite que el bolo se envuelva sobre el mambe recientemente añadido, reduciendo la posibilidad de una quemadura en las membranas de las encías o de la mejilla.

cuando las hojas regresan a su sitio. Yo empecé a utilizar este sistema no solo por los pedazos duros de mambe sino, también, por el polvo, recomendándolo a otros mascadores potenciales como menos fatigante que la mezcla en la mano y menos peligroso que un lanzamiento directo del mambe al aire. Sin embargo, hay algo desagradable en un mascador de coca alargando sus labios y frotando un bolo de coca con el mambe sostenido en su mano. Los nasa –con su sistema de lanzar el mambe al aire– lo consideran un hábito despreciable, increpando a sus practicantes con sobrenombres abusivos como ‘mano amarilla’ o ‘ternero baboso’. Esto puede ayudar a explicar la gran prevalencia de la espátula en asociación con muchos de los recipientes de cal prehispánicos hallados en los Andes. La espátula –una vara de un pie de largo, de madera o metal– permite una aplicación mucho más precisa de la cal de lo que es posible con la mano. Parece improbable, sin embargo, que haya sido empleada en la región del Cauca ya que está ausente del registro arqueológico y no fue mencionada por Cieza de León en su clásica descripción del hábito en la época de la conquista española. En algún tiempo fue común en otras áreas de Colombia y su uso sobrevive hoy en día entre los indígenas de la Sierra Nevada de Santa Marta. Allí se porta un palo largo en el poporo, se humedece en la boca, se sumerge dentro del mambe y se emplea para frotar el polvo sobre el bolo de coca en la boca. En el Perú se utilizaban para los mismos fines un hueso, una concha o una cuchara de madera, una costumbre que sobrevive desde Huánuco hasta Trujillo y Cajamarca.

Uno de los principales cambios producidos por la mezcla de mambe y coca es una marcada transformación del sabor de las hojas. En su estado natural poseen un sabor más bien amargo que se hace más dulce y más agradable con la adición de mambe. No obstante, la anestesia concomitante también tiene sus desventajas, ya que adormece, temporalmente, las papilas del gusto y vuelve insensibles las encías al daño de las puntas duras de los tallos de las hojas. En el Perú existen informes de indígenas que despojan de la vena central las hojas de coca antes de colocarlas en la boca; aunque jamás vi a ningún coquero hacer esto en la región del Cauca con frecuencia

utilicé ese sistema pues descubrí que las encías lastimadas y picadas detraen, considerablemente, el placer de mascar coca.

Aparte del reactivo alcalino y de las hojas de coca el tercer elemento importante en el manejo del arte de la masticación de la coca es el control del individuo sobre su flujo de saliva, ya que forma la solución en la cual los alcaloides son liberados de las células de las hojas. La saliva debe ser empleada para un humedecimiento preliminar de las hojas de coca cuando son colocadas en la boca. Antes de añadir la dosis inicial de mambe las hojas deben ser mascadas hasta formar una bola; en este momento es usual escupir los jugos polvorosos y agrios que pueden acompañar el primer paladeo de las hojas. Una vez haya sido agregado el mambe se escupe un mínimo ya que implica una pérdida de los alcaloides presentes en el líquido amarillento. Por esta razón es común dejar escurrir el exceso de saliva a través de la garganta hasta el estómago, donde algunos de los alcaloides parecen ser parcialmente efectivos, produciendo un encendimiento que se esparce lentamente por el abdomen.

El principal problema que encuentran los principiantes es que la boca, desacostumbrada al estímulo constante generado por la mezcla de hojas y mambe, tiende a producir un enorme exceso de saliva; aunque sea tragada, un buen porcentaje de su contenido de cocaína se perderá y la adición de dosis frescas de mambe y de nuevas porciones de hojas sobrevendrá a intervalos relativamente cortos. El coquero experimentado sabe evitar la salivación excesiva y el consecuente 'lavado' del contenido de las hojas. Al conservar los jugos de la coca, la cal y la saliva en forma de un jarabe amarillo oscuro se logra extraer el máximo rendimiento de alcaloides de las hojas y asimilarlos con los medios más efectivos posibles, permitiendo suficiente tiempo para penetrar las membranas mucosas. Tan gruesa es la saliva de un coquero experto que deja en sus labios y en las comisuras de la boca una costra carmelita; tan eficiente es su absorción gradual de los alcaloides de la coca que una sola 'mambeada' le dura hasta dos horas.

La salivación excesiva en la masticación de coca no solo trae consigo un considerable desperdicio sino que impide una asimilación más efectiva de la cocaína y otros alcaloides. Durante varios meses hallé muy difícil controlar mi propia saliva y no pude descubrir una forma de reducir su flujo. La clave de la solución radicaba en la pronunciación de ciertas expresiones nasa relativas a la coca; transcurrió mucho tiempo antes de que yo lo descubriese. En un principio me impresionó el sonido bastante apropiado de *esh*, su término para coca, que transmite tan bien la espumosa sensación de las hojas de coca en la boca; así como la dura y abrasiva agudeza de *kuétan*, el término nasa para mambe. He mencionado que la percepción local de la anestesia producida por la cocaína implica un reconocimiento de su 'calor'; cuando un bolo de coca ha perdido su potencia se dice que se enfrió la mambeada. Pregunté a varios nasa cómo se traducían a su lengua las frases "esta mambeada está caliente" y "esta mambeada está fría" y las respuestas fueron *na-eshbábhia* y *na-esh-finse*, respectivamente. Al decir *finse* la boca se angosta, el aire es expelido a través de los labios y alrededor de la lengua, como si se fuera a expulsar la bola de coca ya usada y agotada. *Báhia...* la boca se llena, el aire circula por las paredes del interior de la mejilla y a lo largo de las encías. *Báhia... báhia...* era casi como el sonido de una persona que hubiera estado conteniendo la respiración mucho tiempo y de pronto buscara aire. Más aire. ¡Aire! Eso era, por supuesto. Me preguntaba por qué no había tenido la idea antes. Solo hay que pensar en aquellos surtidores de aire que usan los dentistas para secar los dientes. Obviamente la forma de conservar la mambeada 'caliente' o *báhia* era introduciendo una corriente de aire por el extremo de la boca y hacerla circular alrededor de la bola de coca en la mejilla. De este modo la coca puede mantenerse razonablemente húmeda, más no inundada en saliva, con el resultado de que la anestesia puede conservarse por un período más prolongado que de cualquier otra manera.

El grado de cuidado y delicadeza involucrado en el logro del balance correcto de cal, hojas de coca, saliva y aire contrasta con las concepciones distorsionadas compartidas por quienes nunca la han probado o quienes consideran su uso como algo que implica, meramente, una cuestión de mascar mecánicamente,

de rumiar, como si los coqueros fuesen poco más que vacas. Parte del respeto con el que es tratada la coca por sus adeptos se manifiesta en la forma como una bola de hojas exhaustas es removida de la boca. En este acto tan privado –*esh-púmbia*, en nasa– la coca nunca es escupida, simplemente, al suelo; es cuidadosamente colocada en la mano, luego arrojada a un campo cultivado o untada con una reverencia casi religiosa en un tronco de árbol o en un barranco cercano. Esto se efectúa, preferencialmente, sin ser visto, en especial si los posibles testigos pueden incluir rivales peligrosos u hombres blancos. Los primeros pueden emplear las hojas para fines de brujería agresiva mientras los segundos pueden echar a perder la naturaleza implícitamente mágica del acto con su sola presencia o con su ridiculización.

Este respeto por la coca se expresa de otras maneras. Los nasa se cuidan bien de no dejar caer siquiera una hoja menuda al suelo cuando están colocando una cantidad fresca en sus bocas. Tal vez el tributo más importante que se rinde a la coca puede verse en la forma como ajustan su consumo de hojas al ciclo local de escasez y abundancia. Bajo condiciones óptimas un solo individuo puede consumir hasta dos onzas, unos 60 gramos de hojas al día, o cerca de una libra a la semana, admitiendo los regalos ocasionales a los amigos. En tiempos de escasez, sin embargo, no es anormal encontrar indígenas que reducen su consumo a una cuarta parte de esa cantidad, es decir, de una libra al mes a un cuarto de libra a la semana o a solo media onza al día. A pesar de que esto se siente como una penalidad las desventajas se expresan en términos de tener que resignarse con una mascada de coca pequeña e incómoda en la boca y no en términos de una estimulación disminuida al organismo. Parecería que la cocaína y otros alcaloides –cuando son asimilados en el flujo gradual y constante que resulta de la masticación de hojas– producen los mismos efectos a pesar de la reducción de la dosis a una cuarta parte del nivel normal. El reconocimiento subjetivo del estímulo producido por la coca empieza con una sensación previa de cansancio y lasitud y la efectividad de los alcaloides depende más del estado biológico y mental del coquero que de las propiedades farmacológicas de las hojas. Si es así está

claro por qué la dosis precisa de droga es un factor menos importante que la necesidad, sentida social y culturalmente, de mascar coca bajo ciertas circunstancias rituales y de trabajo.

## Los efectos de la masticación de coca

Vista la gran cantidad de variables implicadas en el proceso de masticación es difícil identificar los efectos precisos de la coca en quienes se han habituado a su uso. Ninguna de las reacciones extremas o maníacas que se han presentado con voluminosas inyecciones de cocaína administradas en laboratorios tienen similitud alguna con el estímulo experimentado por el coquero habitual. En el Perú se hizo una útil comparación de las respuestas fisiológicas experimentadas por una serie de indígenas en estado de reposo, incluyendo un grupo que no usaba coca y otro de coqueros, quienes mascaron cantidades normales durante los tests. Al considerarse una ración diaria de 58 gramos de hojas, con un contenido de cocaína de, aproximadamente, un cuarto de gramo, los resultados no pudieron demostrar ninguna discrepancia entre los dos grupos ni ocurrencia alguna de alteraciones significativas del metabolismo basal, como los que se asocian con grandes dosis intravenosas de cocaína (aumentos en la presión sanguínea, en el ritmo cardíaco y en la admisión de oxígeno).

Fue solo durante la realización del trabajo que se evidenciaron, fisiológicamente, las propiedades estimulantes de la coca. En comparación con el grupo sin coca los usuarios habituales mostraron un ritmo cardíaco más acelerado bajo condiciones de esfuerzo físico y experimentaron una reducción en la percepción de la fatiga, hechos que pueden ser considerados de alguna importancia para el individuo interesado en prolongar su resistencia (Hanna 1974). La acción de la coca en el cuerpo del usuario habitual parecería estar a la par con los efectos de la cafeína, otro poderoso estimulante que, por razones económicas y culturales, ha sido clasificado como una droga no tóxica y librado del parcializado escrutinio y la propaganda adversa que, con

tanta frecuencia, informan los estudios contemporáneos acerca del uso de la coca (Brecher 1972).

La coca y sus alcaloides, aún en dosis pequeñas, poseen otros efectos dignos de atención sobre el organismo humano, a pesar de que no logren producir ninguna alteración importante en los procesos metabólicos básicos. Todo lo que se necesita para producir una sensibilidad notable en los terminales nerviosos es una concentración baja de cocaína en la sangre. Ello conduce a una aceleración de las respuestas nerviosas, con un consecuente incremento en el estímulo al sistema nervioso central y al cerebro. En la terminología bastante opaca de la moderna bioquímica puede decirse que la cocaína inhibe la reabsorción activa de un neurohumor, la norepinefrina, por parte de los terminales nerviosos presinápticos o 'transmisores'. Esto aumenta la concentración de norepinefrina en la abertura sinóptica, el espacio intersticial entre dos terminales nerviosos, potenciando la acción sinóptica de norepinefrina y llevando a un estado de supersensibilidad en el terminal nervioso postsináptico o 'receptor' (Ritchie *et al.* 1965; Julien 1975:90).

La propiedad estimulante de la coca es, probablemente, su aspecto más importante ya que un cerebro y un sistema nervioso más afinados conducen a rápidos incrementos en la velocidad del pensamiento y en la transmisión de los impulsos nerviosos lo que, en conjunto, produce una conciencia subjetiva de estar 'eléctrico'. La analogía de 'eléctrico' es adecuada porque implica una aceleración de las transmisiones nerviosas basadas en el flujo de partículas cargadas electrónicamente de una neurona a otra. También expresa la naturaleza subjetiva de la experiencia del estímulo que, en ausencia de cualquier alteración mayor del metabolismo del cuerpo, es un fenómeno que solo puede ser 'sentido' en el cerebro y en el sistema nervioso. Muchos individuos pueden sentirse 'eléctricos' en extremo con mínimas concentraciones de cocaína en la sangre mientras otros, como personas que experimentan con su primera dosis de cocaína, pueden no darse cuenta de ningún efecto pronunciado, aún a pesar de la ingestión súbita de grandes

cantidades de la droga. La sutileza del estímulo reside en el hecho de que la cocaína es solamente un catalizador que facilita las conexiones sensuales y conceptuales que ya existen; en otras palabras, para sus efectos depende de una conciencia personal y cultural, subjetiva e histórica. A pesar de la diligente investigación de una legión de farmacólogos bien intencionados su acción jamás será susceptible de aislarse de su contexto social ni de someterse a cualquier forma de análisis puramente orgánica. Apenas es sorprendente que los efectos de concentraciones bajas de cocaína, como los que resultan de mascar hojas de coca, sean, para todas las intenciones y propósitos, “invisibles” en términos fisiológicos ya que la “euforia” o el “optimismo” generados por la droga no pueden medirse en unidades cuantificables. Esto no niega la validez de los intentos serios que se han hecho para descubrir otras ramificaciones físicas de los efectos de la coca, particularmente los que han buscado diferenciar los distintos usos de la hoja y del alcaloide refinado de la cocaína. A comienzos del siglo XX Mortimer (1901:420) ya había sugerido:

La acción de la cocaína parece más pronunciada sobre el sistema nervioso central, mientras que las propiedades de la coca parecen estar controladas por sus alcaloides asociados para afectar los músculos, así como los nervios. La influencia de la coca en la excitación de energía muscular probablemente se debe a una acción química directa hacia la construcción de proteínas, así como a través de la excitación del fermento hipotético del elemento contráctil.

Sería fácil atacar la definición bastante nebulosa del “fermento hipotético” de Mortimer si no fuese por el hecho de que él también quiso decir que los alcaloides de la coca podían eliminar el ácido úrico de la sangre, atacando la sensación de fatiga transmitida por los nervios, la “causa” bioquímica del cansancio en los tejidos corporales (Mortimer 1901:355). Sin embargo, a falta de una investigación seria sobre los efectos de los alcaloides de la coca diferentes a la cocaína se puso

de moda desechar las ideas de Mortimer y la posibilidad de que cualquiera de esos alcaloides modere o complemente la acción de la cocaína. La errónea teoría de que la coca y la cocaína eran una misma cosa dominó durante muchos años y numerosas carreras ilustres se hicieron sobre fáciles simplificaciones (como el mito de la “adicción” a la coca) promovidas por esta concepción.

Es significativo que el péndulo haya comenzado a oscilar en la otra dirección. Los últimos diez años han visto un bienvenido renacimiento del interés por la hoja de coca, incluyendo una serie de enfoques farmacológicos de la complicada química involucrada en el hábito de mascar. Investigadores peruanos ya habían argüido en los años de 1940 que, en el caso específico de la falta de oxígeno en las grandes alturas, la masticación de la hoja puede ayudar a la adaptación humana, acelerando la transferencia de compuestos nutricionales en la sangre (Gutiérrez y Zapata 1947:106; Monge 1952a, 1952b). El escenario biológico preciso implicado en este proceso, sin embargo, fue más difícil de descubrir. Uno de los efectos definidos de la cocaína es que relaja los conductos de aire bronquiales de los pulmones (Julien 1975:91), haciendo más fácil respirar en atmósferas enrarecidas donde el oxígeno es escaso. Esto no parece suficiente para explicar el alcance total de la influencia de la coca en el metabolismo humano, particularmente su acción en la elevación o mantenimiento del nivel de glucosa en la sangre. En consecuencia sería descortés no dar la bienvenida a las investigaciones de los farmacólogos que han encarado la cuestión de determinar los efectos de la coca en el organismo humano; tal vez el más destacado de ellos sea el investigador alemán Otto Nieschulz, quien ha demostrado que el alcaloide ecgonina, sobre el que se pensó durante mucho tiempo que difería de la cocaína solo por no poder formar cristales regulares y estables, posee propiedades psicoactivas diferentes y menos potentes que su tan celebrado socio. La ecgonina produce poco estímulo al sistema nervioso simpático y no tiene cualidades anestésicas o eufóricas, con el resultado de que incrementa la capacidad de esfuerzo menos que la cocaína. Al elevar y sostener el nivel de glucosa en la corriente sanguínea

ayuda a los indígenas andinos a superar los problemas de un metabolismo nutricional ineficiente, efecto de una dieta deficiente en proteínas y rica en carbohidratos y, en el caso de los moradores de grandes altitudes, de una escasez de oxígeno en la atmósfera (Burchard 1975:477; Nieschulz 1975).

La importancia de esta observación es subrayada por otras contribuciones positivas a la dieta suministradas por la masticación regular de coca. En un trabajo sobre el valor nutricional de la coca un grupo de investigadores norteamericanos (Duke, Aulik y Plowman 1975) enfatizó que las hojas proveen cantidades significativas de calcio, hierro, fósforo, vitamina A, vitamina B2 y vitamina E, de otra manera deficientes entre la población andina. El doctor Carlos Monge (1952a, 1952b), uno de los pocos médicos peruanos que han defendido el hábito de la coca, ya había destacado que su empleo puede ser útil para prevenir la incidencia del beri beri, el escorbuto y la pelagra entre los indígenas peor alimentados. Aún la tan maligna cocaína tiene una positiva contribución que hacer a la salud del coquero ya que en las frías temperaturas características de los altos Andes sus efectos de estrechar los vasos sanguíneo pueden ser considerados una ventaja positiva al permitir al cuerpo reducir la pérdida de calor (Hanna 1974).

Además de la cocaína, la ecgonina, los minerales y las vitaminas contenidos en las hojas de coca también concurren otros alcaloides cuya acción se conoce poco; comprenden derivados tropénicos e higrínicos y, en particular, un compuesto conocido con el nombre de cuscohigrina, presente en la hoja de coca peruana en grandes cantidades, solo superado por el alcaloide principal, la cocaína.<sup>96</sup> Esperando la clarificación de la farmacología de estas sustancias una buena cantidad de especulación se ha centrado en la posibilidad de que puedan contribuir al efecto global de la masticación de coca y suministrar una explicación química para las preferencias personales de los usuarios de la coca

---

96 Véanse Martín (1970) y Duke, Aulik y Plowman (1975) para una lista completa de los alcaloides de la coca y Nieschulz (1975) para la importancia de la cuscohigrina.

por preparaciones particulares o variedades geográficas de la hoja. El punto fue elaborado por Henry Rusby, un informante mencionado por Mortimer (1901) en su libro sobre la coca, y ha sido ventilado por autores populares como George Andrews y David Solomon (1975:14-15). El argumento básico fue expuesto por Rusby (citado por Andrews y Solomon 1975:14) en los términos siguientes: "Es altamente probable que la cantidad de cocaína no forma un elemento en la estimación indígena de la calidad de la coca." Rusby creía que el hecho de que los indígenas prefiriesen hojas frescas de coca se basaba en el reconocimiento de una serie de alcaloides "dulces" y volátiles que tendían a desaparecer luego de un almacenamiento prolongado. El punto era bueno pero Rusby confundió el argumento con otro, refiriéndose a la preferencia nativa por una variedad de coca conocida como "coca de Trujillo", la especie *Erythroxylum novogranatense* var. *Truxillense* que, en términos botánicos, está estrechamente relacionada con la coca cultivada en Colombia. El sabor "dulce" asociado con la coca de Trujillo y la colombiana no parece depender de los alcaloides volátiles sino de la presencia de un aceite esencial conocido como aceite de pirola (metil-salicilato) (Plowman 1979). Es más: como el mismo Rusby (citado por Andrews y Solomon 1975:14) fue el primero en admitir "es cierto que un mayor porcentaje de estos alcaloides ('dulces') usualmente está acompañado, también, por un porcentaje más grande de cocaína".

Por esta razón no parece justificable afirmar que la mayoría de los coqueros busca, conscientemente, una menor concentración de cocaína en sus hojas favoritas. Esto no niega que la presencia de alcaloides volátiles, así como de aceites esenciales, afecta la preferencia del presunto consumidor ya que estos elementos distinguen las hojas frescas de las viejas. Es una práctica común oler el aroma de la coca que uno va a comprar; es un indicativo seguro de la frescura de las hojas así como de su palatabilidad al ser mascadas. Nadie, si puede escoger, utilizaría hojas viejas, a pesar del hecho de que, por lo general, no sufren una pérdida real de su contenido de cocaína o ecgonina. La preferencia, por consiguiente, no se establece a partir de una disputa abierta entre la cocaína/ecgonina y los demás alcaloides sino entre la cocaína y los otros alcaloides y aceites esenciales (hojas

frescas) y la cocaína y la ecgonina sin tales accesorios volátiles (hojas viejas). Hasta que no se realicen nuevas investigaciones acerca de las propiedades de estos otros alcaloides y aceites es prematuro sugerir que el sabor solo es el factor decisivo o que el mascador de coca indígena busca, conscientemente, un complejo mejor balanceado de agentes farmacológicos. Esa observación no puede restringirse, solamente, a los mascadores de coca; la misma sobreposición de sabor y 'efecto deseado' también es observable en los fumadores de tabaco y marihuana, así como entre los bebedores de té y café, para mencionar apenas los ejemplos más obvios.

En la región del Cauca existe una práctica que merece mención en este contexto ya que tiene relación directa con los asuntos planteados por el doctor Rusby. Los nasa distinguen dos clases de hojas de coca viejas: *esh-ish*, hojas quebradizas y secas, y *esh-wuáwua*, hojas que ya han empezado a tornarse mohosas, la mayoría de las veces debido a un almacenamiento prolongado en un lugar húmedo. Aunque el sabor de la *esh-ish* es bastante agrio, ya que carece de los aceites volátiles y de los alcaloides basados en la higrina contenidos en las hojas frescas, es considerada adecuada para mascar, en especial si no hay otra alternativa. La *esh-wuáwua* es descrita como *canja* –'impura' o 'desagradable'– y uno piensa que sería desechada. Este no es el caso, sin embargo, y es común ver a los nasa revivir hojas enmohecidas rociándolas con una solución de agua y panela, una especie de melaza cruda, y secándolas por segunda vez. Tales prácticas sugieren que, a falta de cualquier aceite o alcaloide 'dulce' presente en forma natural, los nasa adoptan el expediente de usar la panela a fin de mejorar el sabor y proveer un balance artificial al contenido "amargo" de cocaína y ecgonina de las hojas.

También hay que reconocer que existen personas que usan la coca de una manera que minimice la ingestión de cocaína, más comúnmente preparando las hojas en forma de una infusión o un reactivo de cal pues consideran dicho hábito digno solo de bárbaros, juzgando la ingestión de cocaína escandalosa en extremo. Aunque las hojas de coca liberan un porcentaje regular de su cocaína aún en una simple solución

de agua ello se compensa con el hecho de que los jugos de la región gastrointestinal tienen el efecto de degradar la cocaína en ecgonina antes de que pueda ser absorbida por la corriente sanguínea. Es así como la excitación mental y nerviosa producida por la cocaína se mantiene en un mínimo y las propiedades benéficas de la ecgonina y de los otros alcaloides y aceites esenciales pueden disfrutarse sin ningún efecto eufórico secundario. También es significativo que los bebedores de coca que tienen acceso a arbustos propios raras veces usan hojas secas con el propósito de hacer té y prefieren tomar hojas frescas directamente del arbusto; esto refuerza la idea de que, consciente o inconscientemente, buscan las propiedades volátiles y aromáticas de la coca, muchas de las cuales se pierden en el proceso del secado.

La cuestión de la suerte corrida por la cocaína cuando llega al estómago ha atraído, desde hace mucho, la atención de los farmacólogos. Muchas de las explicaciones de viejo tipo sobre la acción de la coca, especialmente aquellas que describían un supuesto 'adormecimiento' de los impulsos del hambre en el estómago, se basaban en la idea, desacreditada desde entonces, de que la coca era mascada por los indios, principalmente, con el objeto de ingerir sus jugos y que la mezcla resultante anestesiaba los órganos digestivos (Friede 1944:16; Hernández de Alba 1944:148). Hasta hace poco todavía se afirmaba que la combinación de cocaína y cal era neutralizada por el ácido clorhídrico del estómago, lo cual producía un clorhidrato de cocaína que podía ser absorbido, fácilmente, por los intestinos (Buck *et al.* 1968:161). En los últimos años pruebas clínicas han demostrado que la cocaína es casi inactiva cuando se toma oralmente, que su ligera composición alcalina se ioniza altamente con la inmersión en los jugos gástricos ácidos y que su molécula se desintegra en ecgonina benzóica y en ecgonina (Nieschulz 1975:273). Estas dos sustancias pueden ser absorbidas, fácilmente, a través de los órganos digestivos pero sus efectos, como ya se ha señalado, son considerablemente menos pronunciados que los de la cocaína, especialmente en las esferas cerebral y nerviosa.

Como resultado de estas observaciones numerosos autores han afirmado que “la ecgonina, más que la cocaína, es, probablemente, el principal alcaloide involucrado en la masticación de coca” (Burchard 1975:464), de lo que se desprende que “en las cantidades ordinariamente consumidas por los indígenas la coca no produce efectos eufóricos” (Bolton 1976:630) ya que las propiedades eufóricas están relacionadas con la molécula de cocaína intacta y no con el alcaloide ecgonina. No obstante, tales sugerencias adolecen de una falla básica, ya que aunque puede ser cierto que la cocaína se degrada en el estómago no es correcto decir que sufra los mismos cambios en la boca y, a juzgar por mi experiencia personal, es a través de las membranas bucales que se absorbe la mayoría de los efectos de la coca y no por medio del estómago. Puesto que se dice que la ecgonina no causa anestesia alguna debe ser la cocaína la que produce la tan famosa anestesia de las mejillas y las encías que acompaña la masticación de coca.

A veces parece que muchos de los farmacólogos de laboratorio no tienen una idea clara de lo que está implicado en la masticación de coca. Así sustituyen la experiencia directa por modelos hipotéticos, un error que conduce al disparate de confundir ratones con hombres, con todo lo que ello implica. El doctor Otto Nieschulz, por ejemplo, utiliza la ambigua frase “dosis orales” para describir la forma como los alcaloides de la coca fueron administrados en su prueba; del texto queda claro que no distingue la boca del sistema gastrointestinal, un descuido comprensible tratándose de cuyes o conejillos de Indias pero engañoso cuando se trata de los indígenas andinos (Nieschulz 1975:275). La confusión resultante es doblemente desafortunada ya que lleva a distorsionar uno de los elementos fundamentales de la masticación de coca, es decir, la adición de un reactivo alcalino a las hojas. Contrario a la idea corriente una serie de experimentos de laboratorio mostró que “la cantidad extraíble de alcaloide no está influenciada por la adición de cal” (Nieschulz 1975:273). ¿Debe concluirse, entonces, que el coquero indígena trabaja con un concepto erróneo al usar su mambe?; ¿que le daría lo mismo mascar su coca sin mambe que con él? Esto solo puede ser cierto si se acepta la idea de que la cocaína se degrada en ecgonina y es absorbida, principalmente, a través

del sistema gastrointestinal. Sin embargo, es manifiestamente falso si se considera la ruta probable de entrada de la cocaína a través de las membranas bucales. En este último caso el polvo de cal desempeña un papel vital ya que eleva el nivel de pH de la saliva, preservando la molécula ligeramente alcalina de la cocaína en un estado básicamente no ionizado. De esta manera todavía es plenamente soluble en materia grasa y puede penetrar las gruesas membranas con facilidad y pasar a la sangre. Si no se utilizara la cal el bajo pH de la saliva ionizaría una gran proporción de la cocaína, volviéndola soluble apenas en agua e incapaz de penetrar las membranas mucosas de la boca.

Este proceso ha conducido a la idea corriente de que la cal 'libera', en cierto modo, la cocaína y otros alcaloides de las hojas. Quizás solo intuitivamente el usuario de coca sabe por qué usa un reactivo alcalino. El farmacólogo de laboratorio está tan lejos de la experiencia que solo puede especular desatinadamente, aislando sus variables y modelos hasta el punto de que dejan de tener relación alguna con las realidades afuera de su propio sistema cerrado de referencia. Al respecto son típicas las palabras del doctor Montesinos (1965:16) al escribir en un bien conocido órgano de desinformación, el *Boletín sobre narcóticos*; aunque admitió que "Es muy posible que el adicto (sic) absorba directamente a través de la mucosa bucal y gástrica cantidades muy pequeñas de cocaína" procedió, sin vacilar, a anotar que esas pequeñas cantidades "son desintegradas por la cocainoesterasa de la sangre sin que permanezcan cantidades apreciables en la circulación o en los tejidos". Cualquier idea de que los usuarios de coca puedan experimentar una excitación inducida por la cocaína es desechada de la lista de posibilidades farmacológicas, a despecho de los sentimientos personales de los coqueros individuales. Las expresiones "pequeñas cantidades" y "apreciables cantidades" están destinadas a volver insignificante la contribución de la cocaína. Pero, ¿cuál es la vara que mide "apreciable" o "muy pequeño"?; ¿no será que la cocaína produce sus más interesantes efectos cuando es asimilada por la corriente sanguínea en dosis pequeñas, repetidas constantemente durante un prolongado período de tiempo para contrarrestar los efectos de la cocainoesterasa?

El punto hay que sostenerlo firmemente porque en el afán por distinguir un ‘modelo de ecgonina’ para la masticación de coca, de un ‘modelo de cocaína’ en el uso urbano e ilícito, las distinciones entre diferentes tipos de ‘modelo de cocaína’ han sido empañadas o conscientemente ignoradas. Si asumimos que la dosis de la droga en una mascada promedio de hojas de coca y en un toque promedio de cocaína es similar (alrededor de 50 miligramos)<sup>97</sup> la mayor diferencia entre las dos radica en la velocidad y la ruta de ingestión, puesto que la misma cantidad absorbida por la nariz en unos pocos minutos tarda cerca de una hora para ser asimilada por las paredes de la boca. Si tomar cocaína se puede comparar con los efectos al subir y bajar una ‘cumbre nevada’ la masticación de hojas de coca demandaría una metáfora tal como las alturas sostenidas de una meseta de montaña o un altiplano. La coca en forma de hoja, con su cocaína y sus numerosas cualidades, puede ser usada para producir un estímulo regular e ininterrumpido tanto para el cuerpo como para la mente, un estímulo tan preciso en sus dosis que puede ser mantenido, casi indefinidamente, sin la ‘mella’ ni la excitabilidad nerviosa inevitables en el uso habitual y cotidiano de cocaína.

El proceso de añadir cal (o de no añadirla) sirve como mecanismo para balancear la cocaína contra los otros alcaloides más suaves de la hoja. Si uno se siente demasiado ‘eléctrico’, condición que está dentro de lo posible, aún para el más modesto mascador de coca, debe ir despacio con la cal, reducir la intensidad de la anestesia en la boca y concentrarse en dejar que los jugos de la coca se deslicen por la garganta; así la respuesta nerviosa y cerebral generada por la cocaína puede colocarse bajo control y sujetarse a un balance correctivo, alineando el metabolismo del resto del cuerpo con el cerebro y el sistema nervioso central. Los indígenas nasa raras veces añaden mambe a su mascada de coca cuando están en reposo; la acción de lanzar cal en su boca se interpreta, a nivel social, como una

---

97 Véase Hanna (1974:284), quien cita los estimativos de Ciuffardi sobre el contenido de cocaína en una mascada de coca, el cual llega hasta 64 y 112 miligramos.

señal de que el coquero está listo para continuar trabajando y como expresión del deseo de seguir con la tarea que tiene por delante. El reactivo alcalino puede concebirse como una especie de válvula de paso o un acelerador usado para controlar y regular el estímulo resultante de la masticación de coca.

No es sorprendente, en consecuencia, que la mayoría de los coqueros se preocupe tanto por asegurar un suministro de cal tan bueno como el de las hojas. Entre los nasa el mambe se produce a nivel doméstico y las actividades que rodean su producción están sometidas a una elaboración aún más grande que las concernientes al cultivo y preparación de la cosecha de coca. No debe causar sorpresa notar que existe un buen número de indígenas que prefiere masticar coca siempre sin mambe; teniendo en cuenta que, en su mayoría, se trata de individuos viejos, casi siempre mujeres posmenstruantes,<sup>98</sup> esta observación tiende a confirmar el esbozo general de la farmacología de la coca descrito más arriba. En otras palabras, las personas que deciden masticar coca sin añadirle mambe parecen caracterizadas por constituciones frágiles y sacrifican los efectos cerebrales y nerviosos de la cocaína en aras de experimentar, solamente, la ayuda metabólica más moderada suministrada por la ecgonina y los otros alcaloides y aceites esenciales.

Según mi propia experiencia pronto descubrí que succionar suavemente una bola de hojas de coca, sin añadir mambe, podía producir un estado mental bastante diferente del que se logra con el uso de coca en la forma normal. No es sorprendente que la diferencia se exprese en términos de un estímulo al cerebro y al sistema nervioso enormemente reducido; a pesar de que aún se produce cierta viveza por la droga no parece haber nada de esa actividad muscular casi compulsiva que acompaña, con frecuencia, el consumo de coca con mambe. Tal condición se presta especialmente bien para propósitos sedentarios como leer, escribir o viajar en un bus, puesto que el

98 La sugerencia de Cooper (1949) de que la coca es empleada en algunas regiones sin un reactivo alcalino no está respaldada por ninguna evidencia concluyente.

estado de vigilia resultante ayuda a disipar la fatiga y cualquier tentación de dormitar. Con el tiempo empecé a restringir el uso de coca con mambe a aquellas ocasiones en las que se requería una intensa actividad física; descubrí que, en otras situaciones, a veces prefería mascarla sin mambe.

El reconocimiento de este deseo por una forma ocasional más moderada de estímulo estaba basada en una creciente sensibilidad hacia la potencia bruta de las hojas de coca. Inicialmente, y en comparación con la cocaína refinada, no consideré que una mascada de coca fuese algo tan extraordinario o excepcional; en efecto, apenas parecía más poderosa que una dosis promedio de la cafeína contenida en un café fuerte o un calabazo de yerba mate. Requerí más de un año de masticación diaria antes de que comenzara a notar que mascar hojas de coca con mambe generaba poderosas alteraciones de mi estado mental y físico, incluyendo el tipo de desagradable tensión alrededor del corazón que, ocasionalmente, producen grandes dosis de cafeína. Discutiendo este asunto con los nasa me quedó clara la razón por la que mascar coca se limitaba, usualmente, a las situaciones de trabajo, en las cuales el gasto de energía proveía la válvula de escape para el exceso de estímulo. Era digno de atención, al menos entre los nasa, que pocos individuos se sentaran a mascar coca simplemente por el estado de euforia que esto podía producir. Ello no se debía, como algunos autores han sugerido erróneamente (Bolton 1976), a que no estuvieran interesados o porque no reconocieran el estado de euforia sino porque parecía implicar un reconocimiento del hecho de que los efectos físicos de la masticación de coca podían, en un estado de reposo, volverse realmente incómodos.

El ejemplo más claro de esto tenía que ver con las actividades nocturnas del 'médico' o curandero. Las actividades rituales requieren de una masticación casi constante de coca durante la noche entera y el chamán nasa ingiere más coca en esas ocasiones de lo necesario para mantenerse en un estado de vigilia. Ocasionalmente el exceso de estímulo puede canalizarse hacia una forma de adivinación conocida como leer las señas, sacudimientos involuntarios de los músculos producidos por una conjunción de la supersensibilidad inducida por la coca

y las comunicaciones telepáticas de divinidades, espíritus de los muertos o almas desincorporadas de curanderos rivales. Retornaré a considerar la importancia crucial de la coca en la adivinación y las prácticas mágicas nasa; sea suficiente decir aquí que el curandero debe aprender a controlar sus señas, a amortiguarlas, si es necesario, porque, de lo contrario, pueden volverse insistentes y distraerle de sus demás tareas. Un medio para reducir estos estremecimientos musculares es no añadir más cal a la mascada de coca, pero esto es considerado peligroso ya que tiende a disminuir los poderes de resistencia del curandero a los ataques mágicos externos. La única alternativa es añadir otro elemento que, en algún sentido, pueda reducir la excitación nerviosa producida por la coca. Para ello se usa una gran cantidad de plantas; en la región del Cauca el contrapeso preferido a las hojas de coca es el tabaco. Grandes y negros cigarros forman parte del equipo básico del curandero; a veces se fuman y a veces se mascan junto con las hojas de coca, dependiendo de las preferencias individuales. Numerosos coqueros nasa portan cabos de tabaco u hojas de la semiselvoste *Nicotina rustica* local junto con las hojas de coca en su bolsa y afirman que les gusta añadir un poco de tabaco porque “calienta el cuerpo” o “aclara la cabeza”. Prácticas similares han sido descritas entre los witoto del río Putumayo y los kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta, quienes usan un extracto líquido de tabaco que añaden en cualquier momento a su coca.<sup>99</sup> Ya que la nicotina es considerada un veneno nervioso el uso del tabaco en estos casos bien puede servir como antídoto a la hipersensibilidad de los terminales nerviosos y a la general “saltación” que puede resultar de una masticación prolongada de coca.

Otra popular combinación entre los nasa es la de coca y alcohol; este último se consume en forma de un líquido fermentado de caña de azúcar –ñusa, también conocida como *beca*, palabra utilizada para denominar a la cerveza

99 Véase Uscátegui (1954) y el examen del uso sobrepuuesto de coca y tabaco en la Colombia prehispánica en el capítulo anterior. El empleo del tabaco probablemente coincidió con el de la coca en algunas de las culturas formativas de América, como Valdivia, en la costa del Ecuador (Lathrap, Collier y Chandra 1975:48).

de maíz o chicha, una bebida que se prepara raras veces hoy día- o como un alcohol destilado de caña conocido por sus nombres españoles: chiquito, si es una mezcla de contrabando, o aguardiente, si proviene de la destilería estatal de Popayán. Es raro ver a un nasa tomando ñúsa y mascando coca al mismo tiempo; la combinación de efectos se logra por una alternación de las drogas en el tiempo y no por un consumo estrictamente simultáneo. Existe un consenso general de que mascar coca después de prolongadas libaciones sirve para clarificar y resistir la experiencia de la borrachera, dando más claridad y evitando que la persona embriagada caiga al suelo inconsciente. Teniendo en cuenta el hecho de que los nasa son grandes bebedores y que la mayoría de las veces beben durante la tarde en los grupos colectivos de trabajo la coca debe desempeñar un papel importante en ayudarles a reponerse y regresar a casa al atardecer, lo cual puede implicar algunas leguas de camino por senderos tortuosos. Esto está relacionado con el hecho de que la coca tiene el efecto fisiológico casi opuesto del alcohol, un fuerte depresivo del sistema nervioso central.

También es discernible algo del mismo balance farmacológico en la combinación de coca con marihuana, otra droga cuyos efectos físicos son sedativos o depresivos, a pesar de las bien conocidas propiedades psicoactivas que produce su acción característica en los sentidos y el cerebro.<sup>100</sup> Aunque virtualmente desconocida para los nasa, excepto para los hombres más jóvenes, la hierba *punto rojo* de la región del Cauca es famosa por su potencia. Debe considerarse una excelente compañera en las actividades sedentarias o contemplativas pero la hallé debilitante cuando necesité un intenso esfuerzo físico. Por esta razón no era deseable fumar mucho antes de emprender un trabajo duro o caminar largas distancias en subida. La coca y la marihuana tienen un efecto útil de neutralizarse mutuamente; por ello una mascada de hojas es un excelente antídoto para una fumada excesiva, lo mismo que un “puchó” de marihuana

---

100 Para un análisis de la farmacología incompletamente comprendida del delta-9 tetrahidro-cannabinol véanse Julien (1975), Rubin y Comitas (1975) y Rubin (1975).

es una buena conclusión a largas horas de masticación de coca. Es más: (¡misterio de los misterios farmacológicos!) dependiendo del estado de ánimo de la persona las dos plantas pueden no solo neutralizarse sino, también, acrecentarse, combinando sus diferentes efectos y produciendo una mezcla admirable que incluye los mejores elementos de ambas.

Esta sección no quedaría completa sin unas cuantas palabras de advertencia, especialmente con relación a los supuestos ‘efectos dañinos’ de un prolongado hábito a la coca. La inmensa mayoría de las perturbaciones fisiológicas y psicológicas que se han atribuido al hábito de la coca es una justificación, pobemente disfrazada, de etnocentrismo o de imperialismo cultural; existen, sin embargo, otros aspectos de la mascada de coca que pueden resultar problemáticos para los novicios, quienes pueden limitarse a la esfera inmediata de la acción de la coca, es decir, la boca.

Parece más que probable que la anestesia repetida en la boca conduce, eventualmente, a una marcada reducción del sentido del gusto, aunque todavía es materia de discusión qué tan aguda pueda resultar. Con toda honestidad, dos años de masticación diaria de coca no adormecieron, significativamente, mis papilas gustativas. Por otra parte, la gruesa solución de los alcaloides de la coca en la saliva tiende a producir una mancha en los dientes; paradójicamente, parece conservar los dientes más sanos porque previene la formación de caries y otros tipos de menoscabo dental. La mancha puede removérse raspando la superficie del diente con un instrumento afilado o cepillándolo con un poderoso cepillo de dentista.

Más significativo es el daño en las encías y otras membranas mucosas, sometidas a la constante rozadura del reactivo de cal. Una aplicación descuidada de esta cal puede resultar en una mancha ostensible y en la inflamación de los labios. Es más: quienes usan la coca habitualmente y por mucho tiempo desarrollan una marcada preferencia por mantener sus hojas a un lado de la boca, frecuentemente el izquierdo, con el resultado de que la mejilla puede dilatarse. Sin embargo, los factores superficiales de este tipo no son de gran significación médica; yo conocí muchos nasa que

se mostraban orgullosos de sus mejillas flojas, considerándolas una muestra de estatus tradicionalista que los colocaba aparte de los indígenas más modernos y progresistas, con sus sonrisas resplandecientes de fluoruro.<sup>101</sup>

Descontando las consideraciones puramente estéticas el aspecto más incómodo de la masticación de coca es la irritación causada por la acción de la cal en el interior de la boca. Sentí un claro endurecimiento de mis encías y de los tejidos del interior de la mejilla, así como la aparición, levemente perturbadora, de una mancha en carne viva en la parte de atrás de mi lengua. Esta lesión no era compartida por los nasa que me mostraron sus lenguas; asumo que no logré dominar los íntimos secretos de la masticación de coca, particularmente la adición de cal a la mascada que ya estaba en la boca. Es posible que el mambe extremadamente fuerte que usan los nasa sea en parte responsable ya que cuando visité el Perú, poco después, descubrí que los álcalis más suaves empleados en los Andes centrales, especialmente la deliciosa pasta denominada *tocra*, no solo eran más palatables sino menos dañinos para las membranas.

La futura investigación médica sobre la salud de los mascadores de coca habituales no solo debería concentrar sus esfuerzos en los asuntos fisiológicos generales sino, también, en la posibilidad específica de que la coca produzca un tejido cicatrizado permanente en la boca; también debería investigarse si este tejido cicatrizado conduce, o no, a condiciones patológicas porque existen técnicas (una, recomendada por los nasa, es lavar la boca con una solución de alumbre) para reducir el impacto de esta lesión. Uno se ve forzado a admitir que la coca produce, lamentablemente, una cierta cantidad de deterioro y desgarradura en la boca; mas, como afirmó desafiantemente un viejo guerrero nasa, caminar ¿no produce igual deterioro a las plantas de los pies? Hasta ahora nadie ha sugerido que alguien deje de caminar...

---

101 Sobre el daño producido en la boca por el hábito de mascar coca véanse Cuervo (1920:170), Lunardi (1934:29), La Barre (1948:44) y Wells (1964).

## Cómo cultivar su propia coca

*De todas las plantas que produce cualquier suelo, este árbol en frutas es el más rico, Produce las mejores, y las produce todo el año. Ahora mismo está surtido con frutas –¿por qué os reís aún?– Observad cuán cargado de hojas se halla; cada hoja es fruta, y tan substancial vianda, que ninguna otra fruta osaría rivalizar con ella.*

Abrahan Cowley (1778)

Al pasar por cualquier plantación de coca colombiana no se puede evitar la impresión que causa el color de sus hojas. El tono se degrada de un amarillo casi limón a un verde manzana pálido; su vivo resplandor contrasta con el fondo más sombreado de la vegetación circundante. Cuando las hojas son iluminadas, gentilmente, por la luz horizontal del amanecer o del atardecer la combinación de este tinte amarillento y de la calidad, virtualmente diáfana, de las células de la hoja hace resplandecer el follaje en la brisa, como chorros de fuego minúsculos temblando en las ramas, amenazando despegar. Solo cuando las hojas están listas para ser recogidas pierden su brillantez dorada y etérea, tornándose opacas y encrespándose en los bordes, para adquirir ese característico color verde oscuro que anuncia la cosecha.

Una vez recogida la plantación produce una impresión radicalmente distinta: sus ramas cuelgan, tristemente, y sus líquenes grises forman un marcado contraste con los montones de vegetación podrida y con los restos de hierbas que se

descuajan en cada cosecha y se dejan para fertilizar el suelo. Bajo óptimas condiciones climáticas –abundante lluvia– raras veces transcurren más de dos semanas sin que comience a aparecer en las ramas el siguiente reventón de hojas, agrupadas más profusamente hacia las puntas de cada retoño. Su brillante color amarillo se combina, perfectamente, con el del musgo dorado y exuberante que se propaga, especialmente bajo condiciones atmosféricas de humedad, en las partes más gruesas del tronco, vivificando los tristes líquenes y la oscura superficie de la corteza color metal. Las flores de coca se dan pocas semanas después del comienzo de las lluvias fuertes pero, dados sus diminutos pétalos color crema y su corto período de vida de uno o dos días, la planta de la coca, incluso en pleno florecimiento, pocas veces luce como si estuviese echando flores en gran profusión. Más importantes son los pequeños frutos que resultan de la autopolinización de esas flores, por lo general numerosos y perceptibles, especialmente luego de un intervalo de crecimiento de unos dos meses, cuando cambian de un verde oliva oscuro a un rojo brillante carmesí.

Los aspectos meramente estéticos de la *Erythroxylum novogranatense* recomendarían la introducción de la planta a la horticultura doméstica, como se puede reconocer por su uso como seto en incontables jardines y parques públicos en el valle del Cauca. Cuán grande sería el placer de cultivar suficientes arbustos, digamos unos doscientos, para obtener hojas para el propio consumo, ya que de esa manera se combinarían las delicias de la jardinería con la valiosa búsqueda de la autosuficiencia. Si se supera la actual escena de pesadilla del tráfico de drogas debe darse la bienvenida y estimularse la amplia proliferación de pequeñas plantaciones de coca para satisfacer las necesidades de comunidades independientes, grupos que reconocen tanto las cualidades de la coca como las inevitables desventajas políticas y económicas de depender de empresas monopolistas como fuente de suministro. Después de la marihuana de cultivo doméstico no puede estar lejos el advenimiento de una coca igualmente doméstica.

Esta situación hace importante el precedente de los indígenas colombianos ya que la especie de coca que cultivan

(*Erythroxylum novogranatense*, opuesta a la *Erythroxylum coca* de la montaña del Perú y de los yungas de Bolivia) parece más apropiada para la difusión a escala mundial. La *E. coca* solo puede prosperar en un conjunto definido de condiciones ambientales: terrenos bien drenados, temperaturas moderadas y la humedad casi constante que prevalece en las vertientes orientales de los Andes centrales. La coca colombiana tolera condiciones más secas y extremos más grandes de temperatura, haciéndola más adecuada para el cultivo en las tierras bajas tropicales y en las regiones subtropicales caracterizadas por sequías estacionales (Plowman 1979). Sin duda, estos factores llevaron, a comienzos del siglo XIX, a los botánicos británicos de Kew Gardens a estimular la introducción de la coca colombiana a otras regiones ecuatoriales fuera de Suramérica. Su iniciativa podría ser seguida, gananciosamente, por los actuales horticultores así como por los cultivadores domésticos. Ciertamente existe la dificultad de hallar una semilla adecuada ya que la coca está acostumbrada a germinar rápido y difícilmente resiste un almacenamiento de un mes o más. Sin embargo, asumiendo que esa semilla se consiguiera debe examinarse la forma como se cultiva la planta por las pocas personas que aún la cuidan de la manera tradicional.

Los límites del cultivo de la coca, tanto de altitud como de latitud, están circunscritos por la incapacidad de la planta de tolerar las heladas; en vista de que se trata de una planta perenne de vida relativamente larga esta desventaja se sentiría, incluso, en los medios subtropicales donde las heladas son, apenas, un albur ocasional como, por ejemplo, en Florida, México o los distritos productores de café del sur de Brasil. En la zona del Cauca el cultivo de la coca, como el del café, abarca la zona de altitud media entre 1000 y 2000 metros. En ninguna parte del Cauca existen plantaciones de coca altamente organizadas del tipo descrito en algunas partes del Perú, con su empleo de insecticidas pulverizados, sus pulcras hileras de arbustos separados por largos surcos de tierra paralelos o sus terrazas agrícolas construidas en las empinadas laderas por medio de muros de contención (Mortimer 1901:238; Weil 1976). La típica plantación de coca colombiana es un negocio

extremadamente modesto consistente en cien o doscientos arbustos que ocupan un campo desnivelado de menos de media hectárea. Los arbustos de coca no están mezclados con otros cultivos y cada planta está separada de la siguiente por unos dos metros de tierra inulta.

Uno de los hechos notables de las plantaciones caucanas de coca es la ausencia de algo parecido a una mata de coca 'clásica'. Las plantas individuales son extremadamente altas y delgadas o no tienen más de un metro de altura y están repletas de ramas. Cuando se organizan en una plantación hay consideraciones que deben tenerse en cuenta para obtener el máximo rendimiento de las plantas disponibles. Los arbustos no crecen hasta convertirse en árboles, es decir, no desarrollan un tronco tan fuerte como para mantenerse erectos a una altura de más de metro y medio. Por encima de dicha altura tienden a caer hacia un lado y terminan formando una maraña densa con otros arbustos cercanos. Algunos sembradores creen que este tipo de maraña debe estimularse porque se supone que es altamente productiva en hoja. En otros casos, debido a la poda del cultivador y, posiblemente, a algún factor genético o a la insuficiencia del suelo, los arbustos no crecen más allá de matas erectas de uno o dos metros de altura.

Ya sea en la forma de crecimiento enmarañado o en la de simples arbustos erectos la poda se practica de una manera u otra, aunque, a menudo, como un involuntario efecto secundario de una recolección descuidada. La poda de los vástagos laterales tiende a producir arbustos de coca largos, caídos y enmarañados, mientras que la poda de los cogollos terminales del tronco principal produce una mata corta, erecta y con muchas ramas. En cualquiera de los casos el objeto de la práctica es el mismo: la distribución más uniforme y eficiente de la luz, de modo que la plantación no tenga todas sus hojas a la misma altura del suelo. Nada es más indicativo de un cultivo de coca descuidado que la ocurrencia de una distribución irregular de hojas, con grandes espacios vacíos contrastando con espacios de denso follaje. A veces se dice que los arbustos de coca deben ser podados para que sean más accesibles y convenientes para la recolección; sin

embargo, la naturaleza flexible de las ramas permite, incluso, que las hojas más altas sean cogidas una vez que las ramas han sido inclinadas hacia el suelo, así que este factor no puede ser considerado de excesiva importancia.

Ocasionalmente los arbustos de coca se hallan diseminados entre otros productos, como maíz o caña de azúcar o, más comúnmente, banano y plátano. Estas plantas tienen un período de vida más corto que el arbusto de coca, que sobrevive treinta o cuarenta años; de ese modo la ocurrencia de los arbustos al lado de otro cultivo no puede considerarse un hecho deliberado de la plantación original. La mayoría de los cultivadores explica la presencia de otras plantas alimenticias intrusas como una situación resultante de la muerte de algunos arbustos originales de coca, dejando pequeños claros que se han utilizado para plantar nuevos cultivos. La sombra suministrada por estas plantas no se considera suficientemente importante para beneficiar o impedir el crecimiento de las matas de coca.<sup>102</sup>

Es común la creencia de que una sombra más intensa, como la que suministran los altos árboles de *cachimbo* empleados en el sistema colombiano de siembra de café sombreado, no es beneficiosa para las matas de coca. La sombra reduce el rendimiento de las hojas y les da una consistencia endeble que puede indicar, incluso, una disminución absoluta de su contenido de alcaloides. El progenitor original silvestre de la coca cultivada creció, precisamente, en este tipo de ambiente como miembro de la maleza de la selva subtropical. La "domesticación" de la coca implicó poco más que el traslado del arbusto de su habitat natural a un lugar abierto, lográndose un aumento en la producción de hojas, y hasta de alcaloide, sin afectar, seriamente, los factores genéticos de la planta.

---

102 La situación en el Cauca contrasta con la de los áridos valles costeros del Perú, donde la sombra moderada de los árboles frutales medianos, como el pacae (*Inga recticulata*), el guamo (*Inga feuillei*) y la guava (*Psidium guajava L.*), podría estimular el crecimiento de la coca protegiéndola del calor excesivo y de la luz solar, así como de cambios abruptos de temperatura (Rostworowski 1973: 210).

Los nasa poseen una enorme cantidad de términos para describir las diferentes categorías de hojas de coca: la palabra *esh* (coca) se combina en compuestos como *esh-shúte* (coca cultivada en la sombra), lo cual demuestra su nítida percepción de los efectos de las variables microambientales en la calidad de la coca que mascan. Si bien *esh-shúte* se refiere a las condiciones bajo las cuales creció, originalmente, este tipo de coca *esh-ménscue* describe el hecho de que son “de hoja delicada” y desagradable al paladar del coquero, quien aprecia la coca más sabrosa y de hoja gruesa *esh-lépi*, que crece en un lugar sin sombra y que, por ello, se conoce también como “coca de sol” o *sek-esh*.

El otro factor se refiere a la altitud y, por consiguiente, a la temperatura en la cual se siembra una variedad particular de coca. Confirmando informaciones del Perú, que dicen que la coca produce un óptimo rendimiento de alcaloide cuando se cultiva a una temperatura promedio de 18 grados centígrados, debe destacarse que las mejores plantaciones de coca de Tierradentro y el sur de Cauca se hallan en la zona entre 1500 y 2000 metros; allí las temperaturas promedio son, respectivamente, 20 y 17,5 grados centígrados, incluyendo la línea isotérmica de 18 grados. No puede haber duda de que la coca más altamente apreciada es la que crece en las altas vertientes, en suelos rocosos cercanos al límite de tolerancia de la planta. Los arbustos de coca crecen con más exuberancia en altitudes menores, prosperando particularmente bien alrededor de 1000 metros. Los nasa consideran que las hojas de clima más cálido son demasiado grandes y pesadas y no del todo potentes, asignándoles el desdeñoso epíteto *esh-átcha*.<sup>103</sup>

---

103 Véanse Rostworowski (1973:202) acerca del isotermo de 18 grados y Mortimer (1901:234) sobre el rendimiento inferior de alcaloides de las plantas de coca de tierras bajas. Weil (1976:78) confirmó los efectos de la máxima altitud en la producción de la *coca de altura* de mejor calidad, en el valle de La Convención, departamento de Cusco, Perú.



Coca: los botones a punto de florecer

Hay otras condiciones implicadas en la determinación de la calidad de las hojas debido a que la coca parece producir las mejores cosechas en laderas empinadas y quebradas, inadecuadas para productos más exigentes, como el café.

Esto se relaciona con el hecho de que el sistema de raíces del arbusto de coca no es aficionado a demasiada agua y con la influencia de factores geológicos. Por ejemplo, no es accidental que la excelente calidad de la coca del valle del San Jorge, en el sur del Cauca, depende de la ocurrencia de suelos ricos en hierro formados a partir de la erosión de grandes depósitos de esquistos de pirita, que tienen una sorprendente semejanza con los suelos que predominan en otras famosas regiones productoras de coca en el Perú (Mortimer 1901:237; Plowman 1976).

Otro factor que afecta las cosechas de coca es la frecuencia de las lluvias pero esto parece tener menos que ver con el rendimiento de alcaloide que con la naturaleza estacional de la producción de hojas en grandes cantidades. Durante una sequía ningún arbusto de coca tendrá suficientes hojas para el consumo local, menos para vender. Solo se requieren tres meses de lluvias abundantes para producir una cosecha excelente. Algunas irregularidades observadas entre las épocas de recolección en diferentes partes del Cauca se han vuelto fáciles de explicar. En el costado occidental de la cordillera Central (como el valle del San Jorge y a lo largo del río Ovejas, entre Cali y Popayán) hay seguros períodos secos entre junio y agosto y entre mediados de diciembre y mediados de febrero. Las cosechas en esta región tienden a tener lugar a finales de noviembre y, dependiendo de la duración de la temporada seca de Año Nuevo, a intervalos escalonados desde marzo hasta junio. La cantidad de lluvia determina si pueden recogerse dos cosechas plenas en los primeros seis meses del año o solo una y media. Los precios de la coca en esas épocas de cosechas abundantes llegan a menos de la mitad de los que hubiesen podido alcanzar en septiembre, generalmente el mes de mayor escasez.

En los distritos nasa de las vertientes orientales de la cordillera Central las lluvias están más parejamente distribuidas y solo una ocasional sequía extemporánea interrumpe el suministro casi constante de agua al suelo. Los períodos más secos, característicos de enero y julio, no tienen la misma intensidad que al otro lado de la sierra; por eso la mayoría

de las plantaciones de coca de Tierradentro da, al menos, tres cosechas plenas al año que se llevan a cabo a intervalos irregulares dictados por la necesidad. Pocas veces se presenta una marcada alteración entre períodos de escasez y abundancia y no ocurren fluctuaciones pronunciadas de los precios.

El impacto de los factores climáticos sirve para explicar las diferencias de la flora en las vertientes opuestas de la cordillera Central en el Cauca y puede sugerir la posibilidad de que hayan surgido diferentes razas geográficas de *Erythroxylum novogranatense* en cada uno de los lados de esta cadena de montañas. Las diferencias climáticas podrían dar una buena base ambiental a las prácticas económicas, radicalmente distintas, del valle del San Jorge y Tierradentro. La primera región, con una tradición histórica de grandes exportaciones de hojas de coca, se caracteriza por dos o tres cosechas anuales que tienen lugar con aceptable regularidad; la segunda, que muestra una economía fundamentalmente autosuficiente basada en intercambios cara a cara, está marcada por recolecciones irregulares y modestas que pocas veces permiten la producción de grandes excedentes.

La dependencia de la cosecha de coca de las lluvias es tan importante que muchos productores rurales de la región del Cauca mantienen una reserva pequeña de arbustos de coca en algún lugar bien irrigado con el fin de asegurar su suministro personal en tiempo de escasez general. En el valle del San Jorge se prodiga más cuidado a estas siembras domésticas de coca que a las grandes plantaciones de las laderas; durante la sequía más severa del año (entre junio y agosto) no es extraño encontrar zanjas de irrigación para el mantenimiento de suministros de emergencia de coca.<sup>104</sup>

---

104 La irrigación no es considerada necesaria en las vertientes orientales de los Andes, como Tierradentro, la montaña del Perú o los yungas de Bolivia. Rostworowski (1973:203) mencionó su uso en los valles costeros del Perú y Patiño (1967:203) señaló la evidencia de irrigación entre los indios del período de la conquista que cultivaban coca a lo largo de la árida costa de Venezuela.



Coca en floración

Las sequías prolongadas de varios meses de duración son un hecho ocasional en la región del Cauca. Aunque durante esos períodos no hay disponibles grandes cosechas de coca la especie local de *Erythroxylum novogranatense* es altamente resistente a la sequedad; junto con la caña de azúcar es muy apreciada por esa razón entre los campesinos cultivadores. El café, en cambio, es afectado por extensos períodos de clima seco hasta el punto de que las plantaciones tienen que volverse a sembrar luego de una sequía severa. La resistencia de la planta de coca es tan grande que puede sobrevivir incendios de envergadura; después de un año de haber sido incinerada producirá un nuevo tallo y abundantes ramas nuevas. Si el arbusto llega a ser infestado por una raza común de gusanos amarillos que se alimentan de coca –conocida como *uk* en nasa, que significa “muerte”– se corta, dejando un pequeño muñón; reducido a este estado no demorará más de un par de

estaciones para producir una nueva diseminación de ramas y cosechas tan abundantes como antes.<sup>105</sup>

A pesar de que la propagación de la coca por medio de estacas se ha encontrado en algunas áreas del Perú, particularmente en la cuenca del Amazonas, no es una práctica ocasional en el Cauca. La producción de frutos de un rojo brillante – especialmente en conjunción con las principales cosechas de noviembre y abril/mayo– provee semillas más que suficientes para las necesidades de los cultivadores. Las pepas se entierran en un semillero a poca profundidad porque no conservan su fertilidad más de dos o tres semanas. Las plantas crecen lentamente, tomando un par de meses después de ser plantadas en la tierra para desarrollar un tallo, esparcir sus dicotiledones y exhibir las primeras hojas verdaderas de coca. La velocidad de crecimiento depende de condiciones como temperatura y altitud. Para las plantas nuevas es importante recibir alguna sombra contra el sol del mediodía y disfrutar de un suministro adecuado de agua. Cuando tienen veinte o treinta centímetros de altura se consideran listas para ser trasplantadas a su destino definitivo, siendo sembradas con un espacio de uno o dos metros entre los arbustos. Entre los nasa aún es común la costumbre de organizar una gran reunión, o *minga*, cada vez que se va a sembrar una nueva plantación de coca. Allí se da abundante comida, bebida y coca a quienes vienen y comparten el trabajo. Debido a que la coca se considera una planta con atributos mágicos los indígenas más tradicionales contratan los servicios de un “médico” o curandero, quien adelanta los rituales necesarios de limpieza, purificando el campo de influencias malignas y estimulando el rendimiento abundante de futuras cosechas. El trasplante de las nuevas plantas de coca tiene lugar en el momento de la luna nueva puesto que se considera que la influencia de su crecimiento ‘tira’ los arbustos y los hace desarrollar altos y fuertes.

---

105 Mortimer (1901:243) describió las plagas que atacaron los arbustos de coca en el Perú.

## La preparación de hojas de coca para mascar

En el pasado también era común organizar mingas y rituales de limpieza cada vez que se reunía una gran cosecha; esta práctica ha acompañado la declinación gradual de un gran número de viejas formas de trabajo comunal. Es improbable que los varones adultos, en Tierradentro o en el sur del Cauca, hubieran contribuido en la recolección de hojas de coca, una actividad considerada como más apropiada para mujeres y niños; lo mismo que hilar o tejer la cosecha es un proceso largo y laborioso que no requiere fuerza bruta sino una considerable paciencia y la repetición incansable de los mismos movimientos. La rama de coca debe asirse, firmemente, con una mano, mientras que con la otra se arranca cada hoja, individualmente, y se coloca en una bolsa o canasta. Dejar resbalar la mano a lo largo de una rama, arrancando todas las hojas en un solo movimiento, se considera un signo de pereza y mala técnica porque daña las extremidades de la rama. Los cogollos contienen el potencial para el nuevo crecimiento de hojas; por eso la mala recolección conduce a una disminución, significativa, de las futuras cosechas del mismo arbusto.



Trabajo colectivo o *minga* en Toez, valle alto del río Páez, Cauca



Mujer nasa trabajando en una minga

Hay numerosas maneras de saber cuándo la coca está madura para la recolección, la más obvia de las cuales es la tendencia de las hojas maduras de encresparse en los bordes y asumir un tinte verde oscuro. Simultáneamente con estos cambios la hoja se vuelve más quebradiza, rompiéndose la vena central cuando se enrolla entre los dedos, prueba empleada para determinar el momento adecuado para la cosecha. Es importante que las hojas sean recogidas cuando están exactamente maduras –*esh téh*, en nasa– ya que si se dejan sobremadurar una vez secas tienden a asumir un color marrón oscuro y un sabor amargo, condición a la que se denomina en nasa como *esh-téche-úmbuiyah*. Las hojas muy flexibles e inmaduras –*esh-chácha*– son desagradables para mascar y los buenos recolectores de coca las dejan en el arbusto cuando el resto ya haya sido recogido.

Las hojas de coca no procesadas, *esh-kuitimé*, se llevan a casa en grandes bolsas o *jigras* hechas de cabuya tejida y, a veces, se dejan fermentar así durante la noche antes de secarlas. Los indígenas y los campesinos de la región del Cauca tuestan sus hojas sobre un fuego suave de leña, el mismo sistema usado por indígenas de otras zonas de Colombia, como la Sierra Nevada de Santa Marta y las tierras bajas de la Amazonía<sup>106</sup>. Para este propósito se usa una olla de barro, preferiblemente con un diámetro amplio y de paredes gruesas, ya que ello permite una mejor distribución del calor. Una marmita delgada de aluminio no es adecuada porque tiende a concentrar el calor en una superficie al rojo vivo en el fondo. Dependiendo del ancho de la olla se puede secar a un tiempo entre un cuarto de libra y cinco libras, aunque la calidad parece ser mejor cuando se tuestan cantidades más grandes de una vez. Las hojas deben voltearse constantemente, de modo que las que estén en el fondo no se quemen; a menudo se usa un canalete de

106 Fernández de Piedrahita (1973) describió el tostado de las hojas de coca con este método en los alrededores de Bogotá en el siglo XVI. Uscátegui (1954) resumió prácticas similares en la Sierra Nevada de Santa Marta y en las tierras bajas tropicales de las cuencas del Vaupés y el Putumayo.

madera para ese propósito. Aproximadamente 60% del peso original se pierde en el proceso de secamiento.

Es discutible si este sistema es tan apropiado para las hojas como el método corriente de secado al sol empleado en los Andes Centrales; obviamente es menos eficiente que el uso de modernos cobertizos de secado o "secadoras", como las de Tingo María, en el Perú.<sup>107</sup> Las secadoras y el método más primitivo de secado con fuego han surgido como resultado de una necesidad similar ya que el secado al sol requiere buen clima –pocas veces un factor confiable en las regiones donde se produce la coca– y ha sido común en el Perú la pérdida de grandes cosechas debido a la falta de la cantidad requerida de sol. Las técnicas de secado tienden a relacionarse con otros factores: en el Perú se necesita una norma exacta para que las hojas resistan varias semanas de almacenamiento y el viaje a largas distancias; en Colombia y en la Amazonia los coqueros indígenas tienen acceso a fuentes localizadas en las cercanías y llenan sus suministros con hojas frescas a intervalos razonablemente cortos.

La coca recién secada casi nunca sabe bien porque tiene un sabor crudo y hojoso y una tendencia a romperse en la boca fácilmente, condición descrita por los nasa como *esh-pípi* o 'coca dura'. Por esta razón la coca se apila o se coloca en sacos después del secado para que vuelva a humedecerse y se torne suave y flexible, lo que los nasa denominan *esh-lúpe*. Esta 'exudación' secundaria de la coca extrae su fuerte aroma y es posible que tenga lugar una segunda fermentación en las células de la hoja, alterando su composición química.<sup>108</sup> Una vez lista para el consumo la coca se presiona en bolsas, sacos o fardos para que se conserve en óptimas condiciones. Tales fardos, sin embargo, solo se mantienen en buena forma si se

107 Véase Weil (1976) para una descripción de las técnicas de secado peruanas.

108 La necesidad de este humedecimiento fue destacada por Matienzo (1967) en su obra sobre la agricultura de la coca en el Perú del siglo XVI; también fue señalada en el siglo XVIII en Colombia por Santa Gertrudis (1970, IV:294).

les preserva de la humedad; por esta razón la coca peruana se saca, inmediatamente, de la montaña húmeda donde es cultivada y se coloca en depósitos a alturas considerables en la sierra, donde el clima es más seco. Desafortunadamente el almacenamiento de esta clase no es factible en la Amazonia ni en las húmedas tierras altas de los Andes Septentrionales, otra razón para que los habitantes de dichas regiones consuman sus provisiones relativamente rápido. En la Amazonia la coca se pulveriza y, a falta de fuentes de cales minerales, se añaden al polvo las cenizas de las hojas del árbol yarumo (*Cecropia sp.*) como reactivo alcalino. En contraste con la costumbre andina esta coca pulverizada tiene la ventaja de que no requiere la adición de suplementos abrasivos en la boca, con el resultado de que los peligros usuales de cauterización de las membranas mucosas se eliminan casi totalmente. Ya que el polvo se cuela finamente carece de los tallos y venas de las hojas de coca y puede tragarse gradualmente, en vez de removese de la boca luego de ser mascado, como es costumbre en las regiones serranas.<sup>109</sup>

En la región del Cauca el sistema básico de mascar coca es similar al de las tierras altas peruanas; la principal diferencia radica en las dificultades de un largo almacenamiento que se presentan por la alta humedad atmosférica que prevalece en esta parte de Colombia. Una vez secas las hojas de coca en el Cauca retienen su sabor y su aroma solo unas dos o tres semanas; este no es un gran problema si se tiene la plantación cerca de la casa pero puede ser una desventaja para quienes viven en zonas altas y demasiado frías para poder cultivar sus propios arbustos. Si no se pueden colocar los fardos de coca en un ambiente artificialmente seco, una empresa virtualmente imposible, no parece existir otra manera de impedir el inevitable deterioro de las hojas puesto que, ya sea por exposición al aire caliente o a la luz del sol, se tornan quebradizas y resecas (*esh-ísh*) o la

109 En la cuenca amazónica se han notado variantes menores. Véanse Schultes (1972:27) sobre el uso de la coca en polvo para inhalar en el río Mirití-Paraná y Schultes (1957) para la coca perfumada de los indios Tanimuka, hecha con la adición de la resina balsámica de *Protium heptaphyllum* March.

humedad del clima las vuelve mohosas (*esh-wuáwuá*) por dejarlas empacadas. El resultado difícilmente satisfará el paladar de un coquero experimentado; muchos indígenas se rehusan a emplear tales hojas, a menos que no exista otra alternativa. El aislamiento en plástico sirve de poco, en este caso, porque la coca tiene que poder respirar mientras está almacenada o se tornará mohosa la humedad contenida en las hojas. No es sorprendente, entonces, que la mayor parte de la coca que se vende en los mercados distantes de los centros de producción, como los de Popayán, Silvia y San Agustín, sea de una calidad funesta. Ello explica, también, por qué los mambeadores más inveterados en la región del Cauca son, al mismo tiempo, sus propios productores. Vista la situación prevaleciente en Colombia, con el clima y la ley conspirando contra la sobrevivencia de un mercado confiable de coca a larga distancia, el adepto a la hoja debe volverse autosuficiente si desea tener acceso seguro a las hojas de mejor calidad. En un mundo ideal se reaprovisionará cada semana o dos, quizás llegando a algún arreglo con otro cultivador vecino para distribuir las cosechas intermitentes entre la mayor cantidad de arbustos posible. De este modo un solo campo de coca puede dividirse en pequeños grupos de arbustos, madurando sucesivamente para suministrar una continua fuente de hojas frescas.

## Elaboración de un reactivo alcalino

Un ideal de autosuficiencia parecido se observa en otros aspectos subsidiarios del hábito de la coca. Durante mi permanencia en la región del Cauca pensé que el proceso de secado de la coca debería ser objeto de ciertas normas rituales y que la técnica precisa empleada debería ser secreta. Nada podía estar más lejos de la verdad; jamás noté vacilación alguna para que se me mostrara cómo tostar las hojas. Poco a poco vine a darme cuenta de que, por lo menos entre los nasa, el aspecto verdaderamente esotérico del hábito no está en la coca sino en el proceso de preparación de un reactivo alcalino, la cal o “mambe”, como se conoce en el Cauca. Aunque se espera que los blancos

usen hojas de coca –como té, como remedio, para elaborar cocaína, etc.– no se considera normal que se interesen en conocer la manera de preparar la cal. Como se asume que la gente blanca no usa la coca para mambear se concluye que no hallará un uso apropiado para el mambe.

La preparación del mambe, al igual que la recolección de la coca, demanda una enorme cantidad de esfuerzo. Es casi como si la velocidad y la aceleración producidas por la droga tuviesen que neutralizarse con un gasto de energía equivalente, de modo que los hombres no piensen que pueden explotar el “divino regalo” impunemente o sin ser obligados a reciclar su producción de trabajo. Es una paradoja sorprendente que la potencia y la velocidad tengan que lograrse a través de tan lento y laborioso gasto de energía. La cal de la región del Cauca se extrae de piedra caliza que se calienta hasta que queda al rojo vivo; luego se somete a una reacción con agua para que se cuartee y produzca un fino polvo blanco. La piedra caliza es un carbonato de calcio que genera dióxido de carbono al calentarse. La piedra caliente tiene una reacción exotérmica con el agua, generando calor y produciendo hidróxido de calcio, un poderoso alcalino.<sup>110</sup>

Los nasa tienen dos técnicas diferentes para producir este efecto químico; la preferencia entre las dos está determinada por el tamaño de sus requerimientos. Pequeñas cantidades se hacen en un fuego ordinario de leña, preferiblemente de alguna madera dura que arda largo tiempo, como la del árbol de guayaba. Los pedazos de piedra caliza, generalmente con un ancho de no más de diez centímetros, se colocan en el fuego para ser calentados. Después de una hora, más o menos, se traen dos cañas huecas de bambú que miden un metro de largo y poseen aberturas en los dos extremos; sirven para soplar y se conoce con el nombre de “flautas” o *yuta*. Usualmente soplan el fuego conjuntamente, pero en rápida alternación; después

---

110 La fórmula es:  $\text{CaCO}_3 + \text{calor} = \text{CaO} + \text{CO}_2$   $\text{CaO} + \text{H}_2\text{O} = \text{Ca(OH)}_2 + \text{calor}$

de una o dos horas las piedras son llevadas a una temperatura suficientemente alta, volteándose cada quince minutos para que sean calentadas por todos los lados.

Este proceso se denomina “soplar el mambe”, *kuétan yútia*, y exige un ritmo de inhalaciones y exhalaciones que permita soplidos pequeños, rápidos y repetidos sobre las piedras. Cada uno de los participantes da, de tanto en tanto, un soprido largo y sostenido con su flauta y descansa uno o dos minutos mientras rellena su boca con hojas de coca y cal. La tarea exige una fuerte disciplina, con respiración regular y repetidos ritmos corporales que se suman al magnetismo único de la ocasión. El juicio de cuándo están listas las piedras para ser removidas del fuego se toma con seriedad y deliberación y parece depender más de una estimación subjetiva del “balance” (entre el fuego, la fuerza vital de los participantes y la estimulación producida por la coca) que de las características externas de las piedras. La práctica de *kuétan yútia* es un ejemplo perfecto del tipo de comportamiento social en el que se basa la solidaridad íntima de los nasa; aunque en el nivel explícito no sea nada más que una faena doméstica extremadamente tediosa contiene una compleja serie de emociones compartidas e implica la concienzuda transformación de la piedra, un artículo del duro y hostil cosmos, en polvo de cal, uno de los productos culturales más importantes de una sociedad que usa coca.

El sistema empleado para la producción de mambe en cantidades mayores es menos común pero se pueden hacer muchas de las mismas observaciones con respecto a la naturaleza implícitamente ritual de la ocasión. Se usan cuatro piedras como base, colocadas en un cuadro con lados de medio metro; sobre ellas descansa una superestructura compuesta de siete camadas de guadua o bambú, la madera cortada en tiras de diez centímetros de ancho y tan largas como un lado del cuadrado. Cada camada se coloca en ángulo recto con relación al nivel previo y los trozos de la piedra caliza se ponen en medio de la camada superior. Luego se colocan dos tiras de guadua a los lados de la piedra caliza, repitiéndose encima la estructura de las siete camadas subyacentes. La pila que resulta es de un metro de

alto; encendida en la base arde, furiosamente, durante cerca de una hora. Cuando todo lo que queda es un montón de ascuas calientes la llama es avivada por una hora más con hojas rígidas colocadas en los extremos de varas de bambú. Por lo menos dos personas, y a veces más, toman parte en esta etapa del proceso; muchas de las anotaciones hechas con relación al sistema de flauta también son aplicables en este caso. Los participantes deben emprender una acción prolongada, fastidiosa y repetitiva, que se desempeña parándose a ambos lados del fuego y avivando las llamas con una moción rápida, parecida al manejo de una escoba.

Hacia el final de cualquiera de estos dos largos procesos se calienta en el fuego un viejo trasto de cerámica. Los trozos de piedra caliza se sacan de las ascuas y se colocan en ese recipiente. Valiéndose del borde de una cuchara o de un dedo se dejan caer unas gotas de agua, lenta y cuidadosamente, sobre las piedras. Cuando golpean la superficie al rojo vivo se oye un fuerte siseo y las piedras comienzan a hincharse, quebrándose a lo largo de sus líneas de fractura y desmenuzándose hasta quedar reducidas a polvo. Debido a que, incluso luego de diez minutos de este tratamiento, hay algunas partes de la piedra que no se desmenuzan por completo la masa se pasa a través de una tela y se retiene solo el polvo más fino. Los fragmentos más pequeños se muelen en un mortero de piedra y se pasan por el tamiz; los pedazos más grandes se conservan para volverse a calentar en otra ocasión.

Los nasa hacen una distinción entre diversos grados de mambe, relacionada con los depósitos de piedra caliza en Tierradentro. Generalmente se reconoce que la cal castaño claro (*kuétan kútchi*) que se extrae de la piedra rojiza oscura de los farallones de La Muralla es la más fina de todas. Aunque es muy dura y difícil de procesar resulta más dulce y más efectiva que cualquiera otra. Muchos nasa, no obstante, la consideran demasiado abrasiva y prefieren la cal blanca (*kuétan chi'ijmé*) que se obtiene de la piedra caliza negra y brillante que abunda en todo Tierradentro, más concretamente en Cohetando (cuyo nombre es una versión española de

*kuétan*), en La Mesa de Togaima, Segovia y San Andrés. Existen otras cales de apariencia grisosa y amarilla, menos compactas y más fáciles de “soplar”, pero no son un reactivo potente y su uso se considera signo de un coquero perezoso.

En tiempos prehispánicos parece haber sido común en el Cauca un mambe castaño claro similar a la *kuétan kútchi* de los nasa. En 1540 Cieza de León (1962:249) habló de “una tierra que es como cal” para describir el uso de la coca en los alrededores de Cali y Popayán. Es la forma más tradicional de cal consumida por muchos de los coqueros no nasa hoy en día, especialmente los de Coconuco y Paletará y, en menor medida, algunos grupos más remotos del sur del Cauca. En esas áreas se conoce con el nombre de mambe negro; a pesar de que en algunos lugares deriva su color de los tintes naturales rojizos de la piedra caliza local en otras partes tiene un tono marrón debido a la adición de jugo de caña o panela (melaza cruda) mezclada con agua. A diferencia del *kuétan kútchi* de los nasa este mambe negro pocas veces se guarda en un calabazo como polvo suelto; se compacta en pequeñas bolas de unos 30 gramos que se entierran en la tierra durante unas cuantas semanas para que desarrollem su sabor. Dado que en América no había azúcar antes de la conquista española el *kuétan kútchi* de los nasa es el que más se aproxima a la descripción de Cieza. Las bolas compactas de mambe negro deben representar un desarrollo colonial, una sofisticación destinada a suavizar el paladar de los coqueros de Popayán. Hay informaciones de San Agustín que describen, en este siglo, la adición de otras sustancias, como ceniza y ají molido (*Capsicum sp.*), al mambe negro de esa zona (Jorge Bejarano, citado por Rostworowski 1973; véase Pérez de Barradas 1957:217).

Es lamentable constatar que pocos coqueros no nasa todavía hacen su propia cal o la compran en la pequeña fábrica de mambe negro cerca de Paispamba, fuente de las bolas carmelitas que se venden en los mercados de Coconuco y Paletará. En el sur del Cauca la mayoría de los adeptos a la coca usa la cal producida en masa, ‘mambe verde’ o ‘mambe común’, que es blanca pura (no verde, como sugiere su

nombre); se produce en El Carmen, en los costados del valle del San Jorge, en una gran planta semindustrial ubicada cerca de una mina de piedra caliza y se vende en grandes tortas redondas del tamaño de una libra de queso; el producto es agrio y poco mejor que la cal industrial usada para blanquear. Cuando está fresca es húmeda y desmenuzable; cuando está vieja se vuelve seca y dura como una piedra. Adquiere su mejor estado cuando “madura” bajo tierra, envuelta en hojas de banano y, luego, secada a la luz del sol, de modo que no se vuelva ni húmeda y volátil ni muy gredosa.

A parte del mambe crudo de El Carmen causa impresión la amplia variedad de reactivos alcalinos utilizados en el Cauca. Este factor en el hábito de la coca está confirmado por comparaciones con otras partes de Suramérica donde la masticación de coca es un rasgo cultural tradicional. El registro arqueológico sugiere que en la mayor parte de las tierras altas de Colombia se emplearon derivados de piedra caliza con ese propósito; los actuales indios Tunebos, que viven en la cordillera entre Bogotá y la frontera con Venezuela, emplean un sistema de producción similar al de los nasa (Uscátegui 1961:226). Los kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta hacen su cal con conchas marinas, llamadas *yotínwe*, que se recogen en expediciones especiales realizadas, anualmente, a las playas del Caribe (Uscátegui 1954:272). Este reactivo de concha es parecido al polvo de cal ordinario pero contiene vestigios de potasio orgánico que pueden explicar la preferencia manifestada por los kogi. Las cenizas vegetales usadas en la Amazonía solo rinden de 25 a 30% de cal y de 0.5 a 3% de potasio; esto sugiere que los indígenas de esa zona tienen que emplear cantidades más grandes para lograr los mismos efectos de las preparaciones de concha y piedra (Cooper 1949).

En el Perú algunos indígenas (los de Huánuco y la Sierra Norte) prefieren una cal o *llipta* blanca y existen otros tipos hechos con conchas marinas o caracoles terrestres que suministran un paralelo interesante con las costumbres de la Sierra Nevada de Santa Marta. El reactivo alcalino más popular en el Perú es la *tocra de montaña* elaborada en las

regiones productoras de coca cerca de Ayacucho y Cusco. Usualmente es húmeda, negra y desmenuzable y se hace con cenizas de hojas de banano o cáscaras de cacao mezcladas con un poco de polvo de cal blanca; se amasa con una pasta de papa desecada y pulverizada, mezclada con agua. En el siglo XVI era común usar una ceniza hecha con huesos de animal quemados y molidos. Los indígenas del sur del Perú y Bolivia usan otro reactivo, conocido con el nombre de lejía, con características definidas en las diferentes regiones. La masa de esta sustancia proviene de una mezcla de potasio y cal derivada, principalmente, de las cenizas de los tallos de quinua, un cereal andino, o de otras fuentes vegetales, como el árbol de quenua, tallos de haba, banano, cactus y otros arbustos. Estos se mezclan con sustancias como anís, azúcar, canela, sal, caldo de papa e, inclusive, orina humana; luego se amasan en varas o tortas pardas, grisosas o negras, algunas veces estampadas con la figura de algún santo favorito, y se secan al sol (Acosta 1940:286; La Barre 1948:69; Cooper 1949; Stein 1961:99; Weil 1976).

### Calabazos para la cal y bolsas para la coca

Las formas más duras de cal usadas en la masticación de la coca, como el *mambe* simple del sur del Cauca y la *lejía* del Perú y Bolivia, pueden llevarse sueltas; las formas pulverizadas requieren el empleo de algún recipiente. En los Andes los sitios arqueológicos han suministrado una gran cantidad de dichos implementos; debido a la ausencia de hoja su presencia ha servido para señalar la extensión de la masticación prehispánica de coca. Los recipientes eran hechos de cuerno o hueso, calabazos, cerámica y oro y su cuidadosa decoración atestigua la singular importancia del hábito de la coca en la vida ritual y ceremonial de numerosas sociedades antes de la conquista.

En Colombia existen dos variedades de calabazos empleados para llevar el polvo de cal. Uno es el *yubúru* (poporo) que una vez se usó, extensivamente, en el nororiente de Colombia y en Venezuela y cuyo empleo sobrevive en la Sierra Nevada de

Santa Marta. Tiene la forma de un reloj de arena y es grande (15 a 25 centímetros de largo). En el Cauca los nasa prefieren uno más pequeño (5 a 10 centímetros de largo) con forma de pera. Ambos pertenecen a la especie *Lagenaria siceraria* (Mol) Standl. Este calabazo crece suelto sobre la tierra como cualquier cucurbita. Los nasa lo llaman *kuétan tuka*; en español se conoce como *mambero* (Patiño 1964).

El calabazo y la ración diaria de hojas de coca se llevan en una bolsa especial que se tercia en el pecho o se amarra a la cintura. En el Perú las llamadas *chuspas* tienen una forma cuadrada y están hechas de lana finamente tejida o, en el pasado, también de plumas. En Colombia y en la cuenca del Amazonas no existía la lana antes de la conquista española de modo que se usaban fibras vegetales para este fin; podían ser algodón (*Gossypium sp.*), varios tipos de sisal o cabuya (*Agave* y *Fourcroya sp.*) y otras fibras exóticas, como la usada por los Tunebo, conocida como pita, *Schoenobiblus cannabinus* Cuatr. (Patiño 1967). Los indígenas de la Sierra Nevada y los del Cauca han adoptado el uso de bolsas de lana desde la llegada de las ovejas, probablemente porque conservan mejor la frescura de la coca y evitan que se torne demasiado quebradiza y seca por la pérdida de humedad.

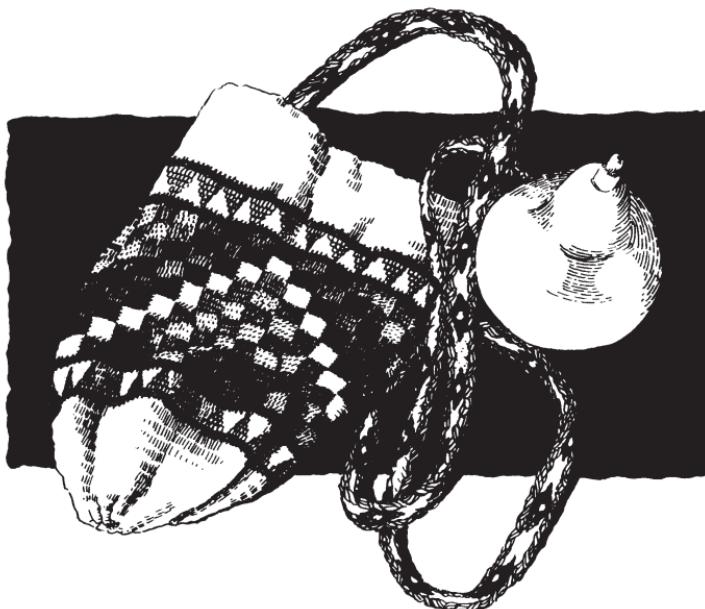
En el Cauca continúan haciéndose, por lo menos, cuatro clases de bolsas para coca, todas capaces de portar, mínimo, un cuarto de libra de hojas; son distinguibles, de inmediato, de las bolsas de algodón y cabuya que se venden en el mercado para el mismo propósito ya que las bolsas hechas en casa poseen una base redonda mientras los productos comerciales son cuadrados. Los nasa emplean un sistema de crochet de una aguja para tejer lo que ellos llaman *kuétan yába* –“bolsa para cal” y no para la coca– y parte de la lana se tiñe de rojo, castaño, azul o amarillo; más recientemente también se pintan de púrpura y verde. Los colores se organizan en una o dos técnicas decorativas, bien sea un simple zigzag a lo largo de toda la bolsa o un patrón más complejo que mantiene la idea básica del zigzag pero rompe el motivo en una serie de cuadrados diagonales complementados con una hilera doble de triángulos invertidos. Junto con sus ponchos

tejidos (llamados “ruanas” en Colombia), los chumbes y las largas telas que constituyen las faldas de las mujeres estas bolsas *kuétan yáha* son los elementos más finos y más cuidadosamente elaborados de la cultura material nasa.

Los vecinos guambianos han abandonado, casi por completo, el hábito de la coca y con él la fabricación de sus bolsas –cuyo nombre, *war'sh* (con una “a” abierta), es el mismo usado para el escroto masculino–. Sin embargo, han continuado haciendo versiones reducidas de esta bolsa como carteras para el dinero y, progresivamente en los últimos años, para vender a los turistas en Silvia; se elaboran con la misma técnica de crochet de la *kuétan yáha* nasa pero el diseño es distinto: implica la yuxtaposición de grandes triángulos equiláteros en rojo y azul, invertidos el uno junto al otro y en una banda continua sobre un fondo blanco.

El cuarto y último tipo de bolsa para coca en la región es la *pircha o peesha*, cuyo uso fue, otrora, un hecho común entre los indios del sur del Cauca. Hoy ha desaparecido de las comunidades más aculturadas del valle del San Jorge pero sobrevive entre los coqueros viejos de resguardos remotos, como Caquiona. Está hecho de lana no teñida de ovejas marrones o negras y, a diferencia del empleado más al norte, se elabora tejiendo con dos agujas. Esto produce una bolsa más tupida y más elástica, más estrecha que la *kuétan yáha* nasa, parecida a un calcetín de lana gruesa. Sin querer negar los méritos estéticos del diseño geométrico de los nasa para mí quedó claro después de muchos meses de uso comparativo que la *pircha* es la más práctica de las bolsas para coca que se fabrican en el Cauca. Su grosor y su capacidad para dilatarse ayudan a conservar bien prensada la bola de hojas de coca, preservando su frescura y humedad mucho mejor que el relativamente delgado tejido de la *yáha* nasa, más lisa y suelta. Cualquiera que haya tenido que mascar hojas de coca muy quebradizas y secas apreciará las ventajas de una bolsa que pueda mantener el original aroma fuerte y la textura flexible de la coca recién secada, aún bajo condiciones calurosas y soleadas de trabajo.

Es apropiado concluir este capítulo con una consideración de la manera como se llevan las bolsas o *jigritas* de coca en la región del Cauca ya que ello forma un lazo conveniente con los temas sexuales que se discutirán en la siguiente sección. El hecho de que los guambianos utilicen la palabra "escroto" para identificar sus bolsas para coca no es accidental porque las bolsas, tradicionalmente, han sido portadas por los hombres atadas alrededor de la cintura, colgando entre las piernas, directamente sobre los órganos sexuales. El hecho de llevar un recipiente para cal claramente fálico dentro de la bolsa refuerza más el simbolismo, por supuesto, pero también es cierto que esta moda de llevar la bolsa tiene una función más estrictamente práctica, permitiendo al coquero el acceso más fácil a las hojas y al mambero, un factor importante en el curso del pesado trabajo agrícola. Las mujeres, no obstante, también son conscientes de las implicaciones sexuales y siempre llevan sus bolsas, discretamente, en la cadera con la correa terciada en el pecho.



*Kuétan yába y kuétan tuka* (jigra para la coca y calabazo para la cal)



Mujer nasa con *kuétan yába* sobre el hombro



Hombre nasa con *kuétan yába* sobre el hombro

## Mama Coca: una nueva aproximación

Y a intenté una definición preliminar de la figura de Mama Coca desde el punto de vista mitológico; ahora quisiera considerar su carácter femenino en términos de una política más explícitamente sexual. Revelando un mayor respeto por los estereotipos machistas que por los sutiles matices del concepto indígena original desde hace mucho ha sido común en nuestra cultura reducir la ambivalencia, la polimórfica perversidad de Mama Coca, a un papel de simple símbolo de erotismo y asumir que sus manifestaciones materiales (trátese de hojas de coca o de cocaína refinada) deben ser consideradas, en un sentido absoluto, como 'afrodisíacas'. Las palabras de Sigmund Freud (citado por Byck 1974:73) proveen un caso típico: "Los nativos de Suramérica, quienes representan sus deidades del amor con hojas de coca en la mano, no dudaron del efecto estimulante de la coca en los genitales".

Todo estimulante tiende a incrementar el desempeño sexual a corto plazo, en la misma forma que incrementa el desempeño de cualquier clase de trabajo físico. La acción directa del alcaloide cocaínico en el aumento de la sensibilidad del sistema nervioso es más efectiva o se 'siente', más profundamente, en zonas del cuerpo, como los genitales, que se caracterizan por una concentración densa de terminales nerviosos. En las culturas indígenas la asociación más común ha sido entre la coca y la potencia masculina; figurillas de barro del período precolombino (particularmente de las exuberantes culturas del Ecuador y del litoral norte del Perú) muestran falos grotescamente exagerados en asociación con grandes protuberancias en la

mezilla.<sup>111</sup> En tiempos más recientes la misma idea general ha aparecido en el difundido hábito de aplicar cocaína a las partes más sensitivas del pene del hombre, donde el pronunciado enfriamiento local puede servir para sostener erecciones inciertas y prevenir la eyaculación prematura.

El hecho de que tal titilación se asocie, más comúnmente, con los órganos sexuales masculinos en vez de los femeninos quizás no es más que un reflejo fiel de la penetrante predisposición sexista de nuestra sociedad; podría refutarse con la observación de que, al menos en la moderna Babilonia, las mujeres, más que los hombres, son quienes informan, con mayor frecuencia, sobre la eficiencia de la cocaína como afrodisíaco, tal vez porque reduce ciertas inhibiciones y permite desempeñar un papel sexual más agresivo. Es tentador voltear el argumento de la cocaína como afrodisíaco al revés, por lo menos en el caso de los hombres, señalando que las agudas fluctuaciones del metabolismo producidas por la cocaína pueden conducir a estados pasajeros de impotencia e indiferencia sexual. El punto no es digno de demasiada atención puesto que aquí estoy tratando con la coca y no con la cocaína; especialmente en el contexto del comportamiento sexual la diferencia entre sus respectivas farmacologías podría ser significativa. Por lo menos entre los indígenas del Cauca los extremos como la impotencia o la lujuria rabiosa pocas veces, si acaso alguna vez, resultan de la masticación de hojas de coca, quizás solo porque el sexo y la masticación de coca tienden a asociarse con comportamientos distintos y diferentes estados de ánimo.

La coca solo puede considerarse un afrodisíaco en la medida en que es un estimulante y un eufórico. Por esta razón es preferible permanecer con la idea de la coca como ‘femenina’, no en el sentido físico de algo que excita sexualmente a un hombre sino más en el sentido simbólico de un complemento, de un contrapeso disciplinario a la fuerza bruta de una masculinidad agresiva. Un ejemplo perfecto

---

111 Véanse Pérez de Barradas (1957:220) y la sección erótica del museo Larco Hoyle, en Lima.

de este tipo de complementariedad puede apreciarse en la actitud de las mujeres nasa hacia la masticación de coca. Es raro hallar a una mujer joven mascando coca; normalmente solo comienzan a mascar una vez que han terminado de criar a los hijos; muchas no se dedican al hábito sino hasta que han dejado de menstruar, ya que la menopausia altera la percepción de la comunidad sobre el estatus femenino, permitiéndole adoptar papeles y actividades de los hombres, incluyendo el uso irrestricto de la coca.<sup>112</sup>

De la idea de la coca como complemento a funciones masculinas y de mujeres posmenstruantes no hay sino un paso al concepto de usar la coca como un sustituto de las relaciones sexuales más íntimas. Este es el caso entre los contados varones nasa que eligen vivir solos, ya sea como viudos o como resultado de alguna incapacidad básica para tratar con mujeres; esos individuos son, a menudo, consumidores voraces de las hojas de coca. Entre los kogis de la Sierra Nevada de Santa Marta la idea de la coca como sustituto del acto sexual encuentra su expresión más elaborada. Allí se convierte en el aspecto central de una disciplina esotérica cuyo objetivo es sublimar o canalizar la búsqueda de gratificación puramente genital en actividades como el baile, la recitación de mitos y la música, consideradas más placenteras a los dioses y más de acuerdo con la memoria de los antepasados.

112 Sobre la costumbre de mascar coca entre las mujeres nasa véase Pittier (1907), “las mujeres no la usan”, y Hernández de Alba (1944:199), quien alegó que la coca era usada “muy poco por las mujeres”. Douay (1900) describió la mascada ceremonial de coca entre las mujeres de los vecinos guambianos mientras se dedicaban a cantar un plañidero sonsonete. Para otras restricciones del uso de la coca por las mujeres véanse Uscátegui (1954:284) entre los Huitoto de la cuenca del Putumayo; Torres (1971:154) entre los barasana del Vaupés; Reichel-Dolmatoff (1950:75-79) entre los kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta; y Stein (1961) entre los quechua de Hualcán. El uso de la coca por mujeres posmenstruantes entre los barasana y los makú del Vaupés fue confirmado por Christine Hugh-Jones y Howard Reid (cartas personales, junio de 1977).



Hombre nasa con *kuétan yába* sobre la cintura

De acuerdo con el estudio neofreudiano de los kogi publicado por Gerardo Reichel-Dolmatoff (1950, 1951) la iniciación de un hombre joven al hábito de la coca incluye la ‘penetración’ ritual de un gran calabazo para cal o *poporo* que, teniendo la forma de un reloj de arena, puede ser concebido como representando el cuerpo de una mujer. La larga vara o espátula usada para penetrar el calabazo desempeña el papel del miembro masculino; al joven le enseñan que debe expresar todos sus deseos y frustraciones sexuales por medio de una frotación y un sacudimiento, casi constantes, de la espátula contra la boca y dentro del calabazo. Durante este proceso el mascador de coca lame su espátula y deposita una capa de cal amarillosa alrededor de la boca del calabazo; la prominencia de esa capa aumenta con el paso del tiempo. Debido a que el tamaño de la capa se considera un importante indicativo de estatus personal solo muy raras veces se raspa con un cuchillo; cualquier rotura accidental se considera un presagio extremadamente infeliz.

Debido a su relación con la coca y con los recitales colectivos de mitos el *poporo* no solo puede significar ‘mujer’sino, también, ‘comida’ y ‘memoria’. No es sorprendente que los kogi no sean vistos sin su poporo y espátula en la mano, a menos que se encuentren comiendo o trabajando en los campos. Más importante para este argumento los kogi afirman que, una vez transcurrido un corto período de estimulación juvenil, el efecto a largo plazo de la masticación de coca produce una creciente indiferencia sexual, llegando a una impotencia casi total. En una cultura que considera peligrosa la sexualidad genital, una simple distracción de los aspectos realmente cruciales de la existencia, ese resultado no deja de ser bienvenido y deseable (Reichel-Dolmatoff 1950:75-79).<sup>113</sup> Subrayo este punto porque mi obsesión con Mama Coca fue superada por medio de un repudio similar, aunque temporal, de los placeres de la actividad sexual. Dado el peso teórico que había atribuido a la idea de Mama Coca puede

113 Este excelente informe sobre el hábito de mascar coca entre los kogi es difícil de hallar; las secciones más importantes fueron resumidas en Uscátegui (1954) y reproducidas en Pérez de Barradas (1957).

comprenderse por qué ese repudio no era simplemente del sexo, un factor bastante neutro, sino de cualquier clase de ‘romance’ narcisista, cualquier clase de anhelo o ansia por el Otro en términos que, simplemente, reflejan el Yo. Aquí incluiría no solo a Mama Coca sino a todas las ‘imágenes’ idolátricas de la deidad y todos los alienantes ‘modelos’ científicos ya que el eventual exorcismo de Mama Coca demuestra la manera cómo puede alterarse la estructura de una investigación por el proceso de su ejecución.

El asunto requiere alguna explicación. Tal vez no es obvio para el lector cómo pueden las relaciones personales llegar a afectar el éxito de la antropología, un edificio cuyos fundamentos tradicionales han descansado en el principio incuestionable de la observación a través de la separación. En el primer capítulo describí mis encuentros iniciales con misiá Eleonora, la viuda que me mostró cómo preparar cal con la piedra caliza que abunda en Tierradentro. Con la ventaja de la percepción tardía ahora puedo ver que, estando sin compañía femenina por aquel tiempo, un sentimiento de vago anhelo amoroso comenzó a identificarse con mi concepto de Mama Coca y que ambos se unieron en la persona de misiá Eleonora, la mujer con quien compartí los lazos afectivos más estrechos mientras estuve en el campo. En esto fui muy afortunado porque fue ella quien me indicó la confusión entre estos dos componentes y quien desenredó el nudo, enviándome a ver a su hermano Don Elizondo, uno de los ‘médicos’ o curanderos más respetados del distrito. En verdad vacilé un par de meses antes de visitarlo debido a que sentía una extraña renuencia a involucrarme en lo que todos los nasa pensaban era mi interés principal, la masticación ‘nocturna’ de la coca, base de su sistema de magia y hechicería. Justifiqué mi reticencia con la excusa de que era más importante comprender, primero, el contexto ordinario de la masticación de coca en las horas del día. Aún así fui forzado a reconocer, con un creciente sentimiento de alarma, que entre más trataba de rechazar la senda indicada por misiá Eleonora más insistentes se tornaban las insinuaciones y agujonazos de lo que, en aras del argumento, seguiré llamando Mama Coca.

No obstante la más asidua higiene mental, las manifestaciones de esta figura aparecían casi todas las noches en mis sueños, ya no unidas, exclusivamente, a la imagen de misiá Eleonora sino como una presencia sombría cuyos rasgos precisos invadían mis pensamientos aún en un estado de perfecta vigilia. A menudo se manifestaba como una sensación intestinal o el cálido ímpetu, el susurro eléctrico de una mambeada bien prendida. En otras oportunidades adoptaba formas más perturbadoras, marcando su presencia con el lamento de una voz de mujer sobre un paisaje vacío o con el olor fuerte de coca recién tostada, como si un gran saco de hojas hubiese sido abierto de pronto justo debajo de mis narices. ¿Una alucinación olfativa? Tal fenómeno siempre hubiera podido explicarse, por supuesto. Calma, me decía, se trataba de un caso de realimentación emocional entre la cosa material –la coca– y su idea, la imagen encerrada en la mente del investigador. Un típico ejemplo de antropofagia conceptual, pensé, bien satisfecho con mi habilidad para despachar, en términos intelectuales, lo que era incapaz de exorcizar de la vida real, es decir, mágica, del espíritu y del alma.

Cuando finalmente visité a Don Elizondo lo hice con poca fe. Había realizado algunas lecturas preliminares sobre el chamanismo nasa; a juzgar por los mecánicos tratamientos del tema publicados a mediados del siglo XX las prácticas esotéricas de este grupo de indígenas eran increíblemente tediosas y ritualísticas, difícilmente creíbles y dominadas por un dualismo rígido entre una pulcra magia ‘buena’, y una sucia hechicería ‘maligna’.<sup>114</sup> Las diferentes fuentes habían señalado la importancia de la coca, el tabaco y otras hierbas en la farmacopea del curandero así que llegué a la casa de Don Elizondo, por primera vez, con preguntas ordenadas, y estrictamente ‘médicas’, sobre el uso de dichas plantas.

---

114 Bernal (1954b) escribió el informe clásico sobre la magia y la medicina de los nasa. Otra corta descripción útil es la de Nachtigall (1953). Hernández de Alba (1944, 1946a) no es del todo confiable. Schwarz (1973:297-332) suministró una competente introducción a las prácticas rituales, similares, de los vecinos guambianos.

Era una tarde soleada y agradable; Elizondo estaba sentado en medio de una pila de bagazo (restos de caña de azúcar molida), algo embriagado por la ñúsa o guarapo que había estado bebiendo con unos primos lejanos que habían venido al valle a comerciar hojas de coca. Todos estaban de buen humor como para irritarse con mis ávidas preguntas, mi recolección de muestras y mis anotaciones compulsivas; sin embargo, tuve la vil sospecha de que me estaban tomando del pelo. Solo cuando ofrecí hojas de coca a la asamblea y comencé a mascarlas la conversación tomó un giro más personal; mis torpes preguntas dieron lugar a una cantidad, casi desconcertante, de abrazos y ligeros empujones y, luego, a la pregunta que, en labios de Elizondo, era lo último que hubiera querido escuchar: “Mi hermana me contó que usted había visto a la *duenda* y que quería hablarme acerca de ella. ¿Es cierto?”

Un silencio mortal cayó sobre la media docena de hombres reunida en el patio. Todos los ojos me miraban, inquisitivos, desafiantes. Chupando con fuerza mi bolo de coca dije, abruptamente: “¿Otro día quizás?” Hubo un coro de risas ambiguas entre los hombres mientras se removían, incómodamente, en sus asientos; en el aire pendía, pesadamente, una sensación de tensión no manifiesta y de desaprobación. Elizondo sacudió su cabeza y se retiró al otro lado del molino de azúcar, observándome cautelosamente, esperando el momento propicio. Evité cualquier otra mención del asunto; ya estaba oscuro cuando me marché a casa, con uno de los primos de Elizondo guiándome por el camino. “Es peligroso para un hombre caminar solo de noche”, me dijo, “especialmente si ha visto a la *duenda*”. Prorrumpió en risotadas, anticipándose a la escena que vendría; el eco de su voz retumbaba contra la ladera de la montaña, aumentando la amenaza que acechaba en cada sombra. Ojos de espejo –así parecían– atisbando a través de los tupidos contornos de la vegetación. Recuerdos de paranoia lisérgica... Allí no había, sin embargo, nada que no hubiera antes aprendido a controlar y a manejar exitosamente. Estaría condenado si la simple insinuación fuera suficiente para desquiciar mi mente, para triunfar donde tantas toxinas químicas no habían logrado prevalecer en el pasado. Mis siguientes encuentros con Elizondo repitieron el mismo patrón: yo formulaba unas

pocas preguntas sobre las hierbas medicinales, él las respondía con gran candor y cortesía e, inevitablemente, señalaba que las plantas no tenían poder alguno y que dependían, para su efecto, de los contextos mágicos en los que se empleaban. Esta observación siempre conducía a la misma pregunta con relación a la duenda (mi Mama Coca), el espíritu al que siempre daba el nombre español, presumiblemente como una deferencia a mi comprensión aún rudimentaria de la lengua y la cosmología nasa. Todavía renuente a entrar en ninguna consideración sobre lo que, fácilmente, podría despacharse como lo ‘nebuloso’, lo ‘sobrenatural’, continué ignorando o evadiendo su pregunta con la esperanza de que, con el tiempo, se cansaría de ella y la eliminaría de su repertorio.

Se necesitó un importante accidente para que, finalmente, yo tomara conciencia. En la tarde del 23 de diciembre de 1973, más de seis meses después de que llegara al valle de Pisimalá, mencioné a Elizondo que había leído en un periódico, algunos días antes, que habría un eclipse de sol a la mañana siguiente. Me miró con alguna sorpresa y luego murmuró, furiosamente: “La luna cubriendo el sol... esto es trabajo de tu duenda. Es una vieja bruja peligrosa, podrida y sucia. Es mejor que permanezca en casa con sus puertas cerradas. Sobre todo, no trate de mirar el eclipse”. Había un desafío, casi una amenaza, implícitos en esas palabras. Al despertarme al día siguiente no tuve más alternativa que salir y afrontar la prueba, resueltamente y sin temor alguno por las consecuencias. Llené mi bolsa de coca hasta el tope y emprendí, sin desayunar, el camino de dos horas hasta la cuchilla del promontorio más alto de la zona, el filo del Aguacate, un cerro estrecho con innumerables cámaras funerarias prehispánicas, muchas de las cuales (incidentalmente, y difícilmente de forma accidental) contienen curiosas representaciones de lunas crecientes (¿no podrían ser eclipses?). El evento astronómico, un eclipse parcial en esa latitud, no fue nada extraordinario puesto que permaneció cubierto por gruesas nubes la mayor parte de la mañana. Mansamente, casi tímidamente, aproveché al máximo los claros ocasionales para mirar los cuerpos celestes a través de vidrios especialmente ahumados para

ese fin. Silenciosamente, cínicamente, me hallaba sentado fumando cigarrillo tras cigarrillo de marihuana, mascando mis hojas de coca y esperando que la espada vengadora de la diosa cortara mi cabeza. No ocurrió nada tan dramático, nada tan espectacular. Al final el eclipse llegó y se marchó y el mundo siguió siendo el mismo. Un poco deprimido por el fracaso completo en unirme con el Destino descendí de nuevo al valle de mi fatalidad inminente, llegando a la finca donde vivía hacia la mitad de la tarde. ¿Peligro? ¡Qué peligro!

Fue solo después de haber olvidado el asunto que el desastre golpeó a la puerta. Había decidido tomar una ducha afuera, en una pequeña cascada alimentada por una corriente a través de un largo y complicado sistema de tubos hechos de guadua. Había una obstrucción en alguna parte del sistema y debía ser removida si deseaba disfrutar de mi ducha. Hallé la causa del problema en una masa de hojas muertas que se había amontonado en un lugar oculto en medio de una gruesa maleza, justo en una esquina donde la tubería de guadua cruzaba sobre una barranca pequeña pero profundamente erosionada. Aparentemente se bloqueaba a menudo en ese sitio ya que alguien había derribado un árbol debajo para permitir un fácil acceso al tubo. Subí por el tronco sin la menor aprensión y caminé por el centro del improvisado puente. En ese momento, con la guardia baja y preso de completo descuido, el tronco se estremeció y se rompió, haciéndome caer tres metros hasta el fondo del barranco, quebrándome un par de costillas contra un peñasco mellado. El dolor fue intenso, mi cabeza descansaba sobre un fragmento podrido del tronco del árbol; muy suavemente me desmayé.

El período de convalecencia fue prolongado y tedioso. Hubo de transcurrir más de una semana antes de que fuera a casa de Elizondo y le mostrara mis magulladuras. No es sorprendente que interpretase mi desventura en términos de lo que él consideraba una obsesión por la perversa y ramera diosa y me amonestó por mi continuada dependencia del espíritu femenino, el modelo femenino, ya fuera Mama Coca, la *duenda* o su hermana, misiá Leonora. “Estas son cosas de un niño”, dijo, con mal disimulada

burla; “un hombre no puede pasarse la vida mamando el seno de su madre”. Luego se volvió y sonrió cálidamente, casi alborozadamente, y añadió: “Esta noche, así es, voy a trabajar. ¿Quisiera quedarse y acompañarme?” A esas alturas, obviamente, no podía rehusarme.

## La coca y el curanderismo

A partir de entonces nuestra relación se fortaleció continuamente y a lo largo de 1974 mantuve contactos más cercanos e íntimos con Elizondo que con cualquier otra persona en el Cauca. Aunque, a menudo, me enviaba a estudiar con otros indígenas de los valles vecinos, muchos de quienes eran más viejos y respetados y más tradicionales en sus prácticas, fue con él con quien aprendí los principios básicos de la masticación nocturna de coca como es realizada por los nasa. Desde el comienzo enfatizó que sería imposible aprender algo ‘sobre’ el chamanismo sin un propósito serio de trabajar como un iniciado y siempre fui presentado a su familia y a sus pacientes como un ‘asistente’.

No puedo decir que estuviera muy feliz con ese papel ya que amenazaba con revelar una serie de inconsistencias que caracterizaban la naturaleza de mi trabajo de campo. Las aproximaciones descriptivas o históricas al fenómeno de la coca eran más fáciles de manejar; todo lo que requerían era un poco de habilidad investigativa y una disposición a viajar en lo que, a veces, eran condiciones bastante incómodas. Abordar las prácticas mágicas parecía un proyecto menos tentador. Exigiría una valoración más cabal y sustancial de mi supuesta ‘participación’ en la sociedad y en la cultura nasa de la que podía realizar en esa época. Cualquier inmersión en el mundo del curandero amenazaba con poner en cuestión el mito que sostiene a la antropología, la idea de que uno puede investigar la ‘estructura’ o la ‘función’ de un sistema dado de creencias sin volverse uno mismo parte de dichas creencias. La alternativa se plantea siempre en los términos más coercitivos: o se acepta la sabiduría convencional de la ciencia y se persevera en una investigación puramente racional (en cuyo

caso, inevitablemente, usurpa el papel de los dioses, arrogándose su propósito, iluminar la vida con un significado divino) o se abandonan las empalagosas certezas de la academia, dando ese salto cualitativo de fe que vuelve cualquier investigación sociológica una empresa superficial.

Sin embargo, haríamos bien en preguntarnos si la fe ciega o el puro desencanto son las únicas alternativas posibles. Es difícil evitar la conclusión de que los términos de tal elección se fundamentan en una falsa dicotomía, materialismo o trascendencia, cuyo único objeto real debe ser negar la visión unificadora que anima tanto al mejor misticismo como a la más valiente ciencia innovadora. La dimensión política de esta tarea está cimentada a través de un científico ortodoxo, de una mezcolanza de construcciones teóricas sin sentido que reducen a cada individuo a una aritmética de papeles estériles y que revelan nada más que las categorías mecanicistas del profesionalismo occidental. En vez del curandero en toda su gloria se nos enseña a pensar en términos de una especie de improbable cruce entre un botánico/médico/psicoterapeuta/actor/ charlatán/místico; se nos enseña a separar sus funciones de modo que no tengamos que considerarlo como una persona integral, capaz de dar respuestas conflictivas y, a menudo, contradictorias.

A fin de evitar esta equivocada impresión este capítulo no intentará resolver la tensión entre las aproximaciones reverentes y escépticas a la cuestión del curanderismo indígena; buscará mantener la tensión y desarrollarla porque mi objetivo es exponer los parámetros de cada alternativa y no justificar ninguna conclusión en particular, ninguna solución definitiva o final al problema. No solo es esto fiel a mis propios (y ambiguos) sentimientos sobre la cuestión sino el único tributo real que puedo hacer a Elizondo y al pueblo nasa, cuya cultura, tan felizmente, excluye los dos extremos: el esoterismo gratuito y el cinismo inflexible. Elizondo hubiera sido el primero en admitir que las funciones sociales de su práctica eran tan importantes como cualquier cantidad de comunicaciones con los dioses pero nunca hubiera, por todo ello, intentado tratar la enfermedad o la hechicería sin la ayuda activa de sus deidades tutelares. En

un sentido muy real eran concebidas como representando y reforzando los principios de la justicia natural; eran consideradas parte efectiva de la biosfera, activas en la política ecológica de destrucción y regeneración, una fuerza real que difunde todo lo creado con sentido y propósito.

A menudo Elizondo colocaba su mano, literalmente, sobre mi corazón y me preguntaba si yo creía en ‘dios’. Como yo sabía que no se refería a la trinidad cristiana no sentía escrúpulos para contestarle afirmativamente pero, al mismo tiempo, no podía evitar hallar su cuestionamiento un poco desconcertante. En verdad era consciente de que su objetivo era provocar en mí alguna percepción de la realidad palpable de sus dioses pero yo no estaba muy seguro de que dicha transformación (el paso de la aceptación racional de lo sobrenatural, como una idealización del mundo natural, a una experiencia sublime de la inmanencia de las deidades mismas) estaba plenamente a mi alcance, al menos en las primeras etapas de la investigación. Más adelante volveré a examinar esta cuestión de ser capaz de ‘ver’ a los dioses debido a que es de gran importancia para comprender cuáles son las verdaderas raíces de la vocación chamánica. Al comienzo, sin embargo, mi propia inclinación era tratar de analizar el problema de la fe en términos de la conciencia en sí.

Un punto de partida fructífero fue encontrarme en medio de las diferencias entre las concepciones del curandero y del antropólogo sobre la función de la magia y la hechicería. Quizás uno puede creer adecuado adoptar la cautelosa perspectiva de la ciencia social convencional, alegando que el observador externo solo es capaz de percibir el papel ‘objetivo’ desempeñado por el curandero ya que su propia comprensión está envuelta en una visión egocéntrica o ‘subjetiva’ de los hechos. El problema con este enfoque es que presupone alguna clase de definición inequívoca de lo que constituye la diferencia entre formas objetivas y subjetivas de conciencia; en otras palabras, ignora el hecho de que tanto la objetividad como la subjetividad son uña y carne del mismo proceso intelectual. Como solía señalar Jean Paul Sartre (citado por Diamond, Scholte y Wolf 1975:110):

Existen dos maneras de caer en el idealismo: una consiste en disolver lo real en la subjetividad; la otra negar cualquier subjetividad real en interés de la objetividad. La verdad es que la subjetividad no es todo ni nada; representa un momento en el proceso objetivo (aquel en el cual lo externo se internaliza) y este momento se elimina perpetuamente, solo para renacer de nuevo.<sup>115</sup>

La verdadera ‘participación’ como antropólogo, por consiguiente, significa aceptar que la experiencia subjetiva modificará y distorsionará la tan alabada objetividad del enfoque sociológico; significa admitir que cualquier comprensión del proceso social objetivo depende de un momento antecedente de conciencia subjetiva en el campo. En un sentido entendí que esta era la ‘fe’ que Elizondo me exigía, quizás no para ‘ver’ a sus dioses sino para ver los eventos que se desarrollaban ante mí con una mentalidad abierta y sin recurrir a ningún modelo preconcebido de comportamiento. Todo esto puede parecer perfectamente obvio y el punto más significativo debe ser que las implicaciones del lazo doble objetivo/subjetivo no pueden limitarse a la persona del antropólogo sino que, también, deben aplicarse a la figura del curandero; este no opera, como muchos ‘científicos’ quisieran hacernos creer, en un pozo de subjetividad alienada e inoperante; no es meramente un autómata psíquico capaz de ‘proyectar’ fuerzas y energías extrasensoriales. A fin de poder proyectar con éxito debe saber con qué está confrontado; la disciplina del curanderismo tiene que ver con la apertura de la percepción del iniciado a las comunicaciones del mundo exterior. Debe aprender a ‘internalizar’ dichos mensajes con exactitud de modo que su lectura de los eventos forme una reflexión exacta de la realidad social más amplia y objetiva en la que se practica el acto mágico.

En la cultura occidental la transferencia de información se considera una cuestión de lenguaje y de imágenes gráficas,

---

115 Véase la provocativa discusión de Jay (1972) sobre la tendencia de los antropólogos a tratar a sus informantes como meros objetos de estudio.

elementos cuya forma nítida encuentra un eco simpático en la estructura de nuestro aparato intelectual racionalista. Los nasa tienen menos razón para tener fe en los poderes del argumento racional y el debate lógico. Los curanderos dan más credibilidad a una forma de comunicación que emplea el cuerpo como su medio. Aquí radica la singular importancia de la masticación de coca en el contexto nocturno ya que solo ella es capaz de promover, por medio de una ‘magia’ que Occidente vería quizás más prosaicamente en términos de simple farmacología, las señas o sacudimientos musculares involuntarios que sirven de base para casi toda adivinación nasa. El verbo ‘adivinar’ *-pejúia-* implica que el chamán permanece sentado afuera por largas horas durante la noche interpretando los súbitos espasmos involuntarios que la coca produce en su cuerpo inmóvil. En la práctica cotidiana el ‘trance’ adivinatorio del curandero nasa tiene poco que ver con algún estado visionario o con alguna ‘posesión’ de parte de un determinado espíritu; depende de un estado, cuidadosamente orquestado, de comunicación ‘automática’ que se transmite a través del cuerpo estimulado por la coca.

Sistemas similares de misticismo corporal fueron comunes entre un gran número de otras tribus colombianas, particularmente aquellas cuyos lenguajes pertenecían al difundido grupo macro-Chibcha. Las crónicas informan que el temblor de los dedos y el movimiento de las articulaciones eran considerados un ‘presagio’ por los muiscas de la sabana de Bogotá en el siglo XVI. Sus contemporáneos, los taironas de Santa Marta, también practicaban la adivinación por medio del sacudimiento muscular y el teclear de las uñas de los dedos. Hoy en día los vecinos indígenas kogi de la Sierra Nevada de Santa Marta desarrollan prácticas parecidas, suministrando paralelos cercanos con el caso nasa y, como todas estas sociedades son conocidas por su uso de la coca, subrayando la importancia de esta droga en determinar el empleo de las señas como sistema de adivinación.<sup>116</sup>

---

116 Véanse Kroeber (1946) para un estudio sobre los muiscas y Reichel-Dolmatoff (1966) para referencias a los tairona y a los kogi.

'Adivinación' es un término nebuloso; por eso es adecuado considerar las aplicaciones que los nasa han encontrado para sus *señas*. A menudo solo sirven para determinar el momento propicio para llevar a cabo un ritual, trátese de una ceremonia de limpieza o del rechazo de un ataque de hechicería, y a veces se usan para determinar qué hierbas deben emplearse para curar un paciente de su enfermedad. Por ello el chamán se sienta con sus pantalones levantados hasta la rodilla y las hierbas apiladas a su lado, pasándolas una por una encima de su pierna derecha, del tobillo a la rodilla. Las hierbas que causen un estremecimiento de los músculos de la pantorrilla son las que se deben usar para tratar un caso particular, mientras que las otras se descartan en seguida.

En algunos casos la estimulación generada por la coca (cuando se toma en un estado de inmovilidad) es tan grande que la reacción nerviosa puede volverse excesiva y las señas ser demasiado numerosas e insistentes como para ser eficazmente interpretadas. Los nasa solo consideran el movimiento único como auténtica señal; cualquier temblor o sacudimiento repetitivo no recibe connotaciones mágicas. La necesidad de controlar las señas y mantener su frecuencia dentro de los límites aceptables puede ser la explicación real del difundido uso del tabaco y otras hierbas como masticatorios consumidos junto con las hojas de coca. En la región del Cauca el tabaco en forma de cigarros se masca o se fuma junto con la coca; la combinación de las dos plantas –y de una tercera, la hierba *chúyuts*, cuyos efectos tranquilizadores refuerzan más el efecto del tabaco– se considera esencial para lograr cualquier evocación significativa de las señas.

Las señas son sometidas a una gran cantidad de interpretaciones personales; el largo proceso de diez o veinte años necesarios para convertirse en un curandero respetado en la comunidad nasa implica una paciente y gradual afinación de su significado simbólico en el cuerpo. Una definición demasiado rígida de la connotación de las señas en cada músculo sería una excesiva simplificación pero es posible establecer ciertas guías generales

con respecto a su interpretación.<sup>117</sup> Cualquier significado real depende del contexto en el que se dan las señas y estas deben verse en términos de respuestas a preguntas específicas formuladas por el curandero. Pocas señas tienen significados absolutos o irreversibles, aún en la experiencia de un solo individuo, y no existe un patrón único compartido por todos los nasa.

La clave con relación a las señas radica en su potencial dramático; el sacudimiento en un músculo específico posee tantos significados como el músculo tiene movimientos y usos. El caso de los músculos de la pierna, que pueden emplearse para acciones distintas, suministra un buen ejemplo de la variedad de interpretaciones posibles. Dependiendo de las circunstancias, diferentes señas musculares pueden significar ir o venir, levantarse o caer, caminar o deslizarse, o cualquier otro conjunto de movimientos asociados con los músculos de las piernas. Otros músculos tienen connotaciones menos dramáticas y su significación está más claramente definida. Un caso pertinente es el de los músculos del corazón: las señas que afectan este órgano se consideran una interrupción de su normal acción involuntaria; por analogía con los efectos de una falla del corazón se cree que indican la inminencia de algún accidente mortal o de un ataque homicida. En otros casos la capacidad de acción muscular no está involucrada sino un evento dramático que roza la superficie del cuerpo desde fuera: una señal que baje por la mejilla (que indica lágrimas y, por extensión, una muerte o desgracia en la familia) o una que circunde la muñeca (que significa el uso de una soga o de esposas y, por consiguiente, el apresamiento de alguien por parte de las autoridades).

El aspecto dramático o imitativo de las señas no siempre suministra una explicación adecuada de su significado. Otra interpretación ve las señas como puntos de resistencia generados a lo largo del curso tomado por la energía física

117 Véase Bernal (1954b) y su intento de definir señas en un patrón demasiado rígido. Jaulin (1973:438) señaló que la adivinación debe ser “intuitivamente compatible con lo que pueda ocurrir o con lo que se percibe como deseable que ocurra”.

que fluye a través del cuerpo del curandero; esa energía, una corriente análoga a la de un circuito eléctrico o de un campo magnético, se ve entrando al organismo humano desde el suelo y a través del pie derecho, circulando hasta el lado derecho de la parte superior de la cabeza y abandonando el cuerpo por el pie izquierdo.

Con el objeto de promover el flujo ininterrumpido de esta energía se pasan los 'remedios' o hierbas de derecha a izquierda y la vara mágica (*tama*, en nasa) por encima del cuerpo del paciente durante el tratamiento. Un acto eficaz de hechicería ofensiva consiste en colocar un bolo de coca mascada debajo del pie derecho de un rival mientras se halla descuidado, 'bloqueando' el flujo de energía hacia su cuerpo y volviéndolo impotente. La parte superior de la cabeza debe considerarse el punto central puesto que allí se devuelve la energía que entra para empezar a salir; una señal en ese sitio se toma como interrupción o desastre o como la inminencia de un ataque de hechicería en forma de un rayo en el cerebro.

Cualquier señal que corra contra la dirección normal del flujo (una señal en el muslo, la pantorrilla, el tobillo o la punta del pie que corra hacia abajo por la pierna derecha o hacia arriba por la pierna izquierda) es indicativa de una condición que empeora. Cualquier señal que corra en la misma dirección del flujo de energía –subiendo por la pierna derecha o bajando por la izquierda– es indicativa de mejoría. La punta del pie es el punto más importante: si una señal corre desde el empeine del pie a la punta del pie derecho la muerte es inevitable y el chamán se negará a tratar más a su paciente. En el pie izquierdo la misma señal significa que está a la mano una cura definitiva. La combinación de los aspectos dramáticos de las señas con su explicación como puntos de resistencia a lo largo de un camino de energía psíquica permite tan extraordinaria variedad de interpretaciones. Un músculo de la pantorrilla puede indicar con una señal la llegada de un amigo, si se da al lado derecho, o de un forastero, si se da en el lado izquierdo. Los sacudimientos en la planta del pie suponen que el curandero llevará a cabo un viaje pronto, bien sea como pesquisa (pie derecho) o como escape (pie izquierdo). Si las señas se dan

en el mismo órgano en ambos lados del cuerpo se toman como signo de una inminente confrontación o contienda de hechicería. El órgano sirve para determinar el terreno donde se llevará a cabo la contienda, ya se trate de agilidad (señas del pie), fortaleza (señas del brazo), visión (señas del ojo) o cualquier otra capacidad física o mental.

El uso nasa de las señas como sistema de adivinación, fundamentado en la farmacología de la masticación de coca, difiere del tipo de adivinación practicado por los indígenas de los Andes centrales, quienes tienden a usar las hojas de coca en forma más explícita. El diccionario aymara de Bertonio (1612) empleó la frase *cocana ulljatha* (“adivinar mirando la coca”), que debe haber sido el sistema descrito por La Barre (1948), en el que un puñado de hojas se arroja sobre un paño. La interpretación del lanzamiento es situacional o contextual pero, en general, las partes superiores de las hojas indican buena fortuna y las partes inferiores significan mala suerte (La Barre 1948:178). Los quechuas practican su forma de adivinación por medio de hojas de coca mascadas; se conocen dos sistemas diferentes: uno implica la interpretación del jugo de la coca escupiéndolo en la mano y el otro requiere mascar una sola hoja buena hasta formar una bola. Cuando se la saca de la boca un suceso favorable puede ser indicado por el hecho de que el tallo de la hoja sobresale de la bola mascada mientras que una desgracia se sugiere con una proyección de la extremidad opuesta de la hoja (Cooper 1949; Stein 1961:318; Rostworowski 1973).

Otro aspecto notable de los nasa es su reuencia a usar hojas de coca como ‘ofrenda’, práctica de la que se ha informado en otras partes, aún entre los grupos de habla Chibcha, como los kogi de la Sierra Nevada y los extintos muiscas de Bogotá y Tunja.<sup>118</sup> La única excepción sería la costumbre

118 Los muiscas utilizaban coca quemada como ofrenda incensaria (Castellanos 1944; Zamora, citado por Pérez de Barradas 1957:221). Los kogi ofrendan hojas de coca desmenuzada en los cuatro puntos cardinales antes de proceder a un funeral

nasa de enterrar coca con el muerto pero incluso ello parecería menos una ‘ofrenda’ que un caso de suministro de provisiones para el difunto en su próximo viaje al otro mundo. La reticencia de los nasa a usar la coca como ofrenda puede deberse a que consideran que el poder mágico, así como las señas, no emanan de la coca sino de su masticación por parte de un curandero. En el esquema nasa parece que las hojas de coca están desprovistas de potencia innata; para su efecto dependen del contexto específico donde se emplean. Esto indica una coherencia, sorprendente, con las últimas concepciones de la farmacología –que subrayan la importancia de la ‘expectativa’ cultural (*set*, en inglés) y del ‘contexto’ ambiental (*setting*) para determinar los efectos de una forma particular de usar las drogas– e implica el reconocimiento de una cosmología no material en la que los atributos químicos de la coca están sujetos a fuerzas más poderosas, capaces de bloquear o liberar la producción de alcaloide de la planta y de negar o potenciar las fuerzas de las hojas solicitadas por el curandero.

Los principios subyacentes no son difíciles de comprender, al menos en su contorno básico, y no es sorprendente que puedan compararse con otros sistemas religiosos de naturaleza similar. Los nasa, debido a que viven en contacto estrecho con el mundo natural, reconocen que todo lo creado está sujeto a un ciclo inevitable de crecimiento, destrucción y transformación y aceptan, estóicamente, el hecho de que el cuerpo humano no puede exceptuarse de este proceso biológico. En el contexto de este ordenamiento predatorio –la cuestión diaria de comer y ser comido– solo dos puntos representan valores duraderos; alrededor de estos pilares gemelos gira la lógica de las prácticas mágicas de los nasa. Existe la idea de un creador fundamental, dios o *agnús*, cuyo nombre se deriva, quizás, del *agnus dei* de

humano (Reichel-Dolmatoff 1967). Para las diversas formas de ofrenda comunes en los Andes centrales véanse La Barre (1948), Rostworowski (1973) y, especialmente, Osborne (1968:98): “La ofrenda más perfecta de todas consiste en quemar grasa de llama con coca a la medianoche dentro de un círculo de estiércol seco de llama y luego echar las cenizas a un arroyo”.

los misioneros coloniales y cuya inmovilidad y permanencia se complementa con una divinidad más dinámica: el trueno o *pishím* en su manifestación cosmológica, también conocido en su forma antropomorfa con el nombre de Juan Tama, el héroe cultural de los curanderos más tradicionales. En el polo opuesto está el espíritu irreductible del individuo, el alma –el ‘pulso’ o latido del corazón– que abandona el cuerpo luego de la muerte. Lo demás subsiste en un estado de flujo y nada está más expuesto a súbitos trastornos que el cuerpo humano. No es incorrecto decir que la ‘medicina’ nasa funciona como medio para restablecer la comunicación y la solidaridad entre el individuo y sus dioses, dando fuerza y convicción a un pulso vacilante y permitiendo, a cada persona, superar las fuerzas parásitas que lo(a) despojarían de la vida en la tierra, ya sean fuerzas naturales inherentes al ambiente o, más importante aún, fuerzas sociales en la comunidad.

Los curanderos nasa raras veces escogen su profesión por medio de un acto consciente de la voluntad; se les impone por una mezcla de señas insistentes y no solicitadas, así como experiencias visionarias que no les dejan otra alternativa. Los hombres jóvenes tratan de resistir su vocación porque saben que, difícilmente, les traerá paz mental o prosperidad material pero llega un momento en que se arriesgan a enfurecer a los dioses con tal comportamiento, cortejando el desastre y la eventual locura al no atender sus visiones y avenirse con sus señas. Es comprensible que tiendan a transferir los atributos de estas experiencias visionarias iniciales al carácter de sus propias deidades tutelares. Fue así como Elizondo interpretó mis descripciones de Mama Coca: asimilándola al tipo general de espíritus conocidos como duendes (o duendas, en la forma femenina), en español, y como *kályim*, en nasa.

Los *kályim* están asociados con determinados factores naturales como lechos de ríos, cascadas o cuevas –o arbustos de coca, para el caso– y aparecen bajo una forma antropomórfica, un diminuto espíritu juguetón descrito con atributos semibestiales con un cuerpo muy peludo; considerados como moralmente neutrales o indiferentes solo persiguen y ofenden a quienes

han rechazado su vocación como curanderos o hayan dejado de observar los necesarios rituales de limpieza de su persona o su casa. La disciplina inicial del curandero consiste en adquirir familiaridad en el trabajo con los *kályim*, definiendo qué manifestaciones particulares están más de acuerdo con su disposición personal y acostumbrándose a llamar dichos espíritus como aliados o mensajeros en la práctica mágica.

A menudo Elizondo aludía a la necesidad de ver a los *kályim* en su apariencia tradicional; se extendía hablando para señalar que mi versión de un *kályim* femenino –Mama Coca– era muy peligrosa puesto que los nasa consideran a las mujeres y a las fuerzas femeninas casi completamente ‘lunáticas’ y destructivas en el contexto mágico. Sobre todo enfatizaba que el contenido de una experiencia visionaria particular –un sueño, una alucinación, una percepción súbita de inmanencia divina– era accesible a la disciplina; que uno podía aprender a reconocer manifestaciones específicas de los *kályim* en las condiciones del clima, en el vuelo de los pájaros, incluso en el débil resplandor de una hoja sostenida contra los agónicos rayos del crepúsculo. Sugería que concentrara mis esfuerzos en graduar mi respuesta a las diversas formas exteriores de los *kályim*, incluyendo la de las plantaciones de coca y, aún más importante, las relacionadas con el arco iris, *kitús*, en nasa, fenómeno cuya ocurrencia casi diaria en Tierradentro suministraba una metáfora perfecta para una ascensión de las esferas terrenales al cielo.

El ‘cielo’ es una entidad literalmente nebulosa, la morada del dios *pish*, *pishím* o *kapish*, en español simplemente trueno. Las almas de los muertos, una vez liberadas de la escena de sus vidas terrestres, viajan a las nieves perpetuas del Nevado del Huila (5750 metros de altura), una cumbre envuelta en una cubierta casi perpetua de nubes. *Pishím* solo está en casa en un cielo nuboso, empleando su energía creadora para llover agua, la fuente física de toda vida. Cuando el cielo está claro regresa a su lugar de descanso bajo la superficie de los lagos fríos y desolados del páramo, sobre la cadena principal de la cordillera Central. Debido a que se trata de un dios omnipresente

diferentes resguardos nasa identifican su ‘casa’ en diferentes lagos; en el pasado fueron escenario de actividades rituales importantes, como la iniciación formal de nuevos curanderos o el lavado de los bastones de mando (las *chontas*) que denotan autoridad política en el cabildo de cada resguardo. En las raras ocasiones cuando es visto en forma humana *pishím* –o Juan Tama, puesto que es con este nombre que se le conoce en su forma antropomorfa debido a su asociación con el arma principal del curandero, la tama o vara ritual– asume la apariencia de un anciano de estatura extraordinariamente baja, ocasionalmente con genitales exagerados y pendulares y un gran sombrero verde hecho con hojas de banano y con una o dos bolsas para coca colgadas alrededor del cuello, simbolizando su maestría en las artes mágicas. No es sorprendente que su costumbre de llevar la bolsa para coca colgando como un pechero sobre el tórax y no sobre el hombro o la cadera, como se usa durante el día, subsista como uno de los rasgos distintivos de los curanderos nasa dedicados a empresas mágicas.

Es importante examinar, más de cerca, la clase de situación en la que la visión de Juan Tama aparece al curandero, puesto que es distinta al estado, altamente consciente y de vigilia, que acompaña el ‘fuego’ sensorial producido por las manifestaciones de los *kályim*. A diferencia de estos espíritus menores Juan Tama jamás puede ser emplazado o manipulado. Posee una voluntad propia y anuncia su proximidad poniendo al curandero en un estado de extremada somnolencia, mostrando su poder por la superación de los efectos estimulantes de cualquier coca que el curandero haya podido mascar. En este estado de modorra, descrito en términos de tener los párpados cerrados, el curandero es ‘despertado’ por Juan Tama, quien envía su mensaje o consejo y luego cierra los ojos del curandero antes de partir. Debido a su poder sobre la coca y su habilidad para ‘poseer’ al curandero en esa forma Juan Tama es considerado el amo de los practicantes de magia nasa, una deidad benefactora, un defensor de la práctica tradicional; su carácter es distinto del de los serviciales espíritus *kályim*, que pueden ser controlados o manipulados por medio de la coca y otras hierbas.

Es raro que los nasa hablen de más de dos o tres encuentros con Juan Tama en una vida entera dedicada a las artes mágicas. Aquellos ocurren en momentos cruciales de la carrera del individuo, como durante su largo período de iniciación o poco antes de su muerte, y no forman parte de la experiencia diaria del curandero. Aunque la práctica cotidiana se caracteriza por estados de trance o disociación son vistos como una forma de comunicación apenas indirecta con Juan Tama, emprendida por mensajeros *kályim* o, más corrientemente, establecida por medio de las señas corporales. La intervención de Juan Tama, su habilidad para bloquear o liberar el flujo de señas en un individuo, puede ser vista como el principio que regula y disciplina la estructura de la magia nasa. Quien resulta triunfante en un duelo de hechicería lo debe, en últimas, a un ruego a Juan Tama, ya que es solo su fuerza la que puede vencer el uso de hierbas venenosas o la manipulación de los espíritus *kályim* por parte de un rival inescrupuloso.

Los curanderos tienen, al menos, un encuentro con Juan Tama en las etapas de la iniciación de su carrera. Cualquier individuo que haya sufrido una o más derrotas mágicas importantes y haya vivido mantiene un contacto estrecho con esta divinidad, asumiendo el papel de uno de los ‘escogidos’; su reputación puede aumentar como resultado de esos reveses en vez de declinar ya que una derrota mágica mayor es un paso por la topografía del caos, percibido en forma de locura temporal o como un viaje a la tierra de los muertos ‘antiguos’. Ello implica un período de algunos meses de duración durante el cual el curandero abandona los valles habitados y se retira a “vivir como un animal salvaje” de los alimentos que pueda hallar en los espesos bosques de la alta cordillera.

Elizondo alegó haberse “perdido en el monte”, por lo menos, tres veces en su experiencia de veinte años como curandero. Describía cómo en todas estas ocasiones su cura se efectuó por la aparición súbita de una bolsa de coca recién tostada y un mambero o recipiente para cal; dos veces le fueron dados por Juan Tama en una visión mientras que la tercera vez encontró la bolsa colgando de un árbol al lado de una cascada. En este

último caso supuso que el *kályim* de la cascada actuaba como intermediario de Juan Tama y resolvió que eso significaba que el dios estaba furioso por su excesiva inclinación por la hechicería agresiva. Por eso eliminó de su repertorio los símbolos maléficos y las hierbas venenosas y aprendió a tratar los conflictos mágicos solo por medio de rituales defensivos. Esta evolución, afirmaba, era muy típica de la mayoría de los curanderos que llegaba a la madurez plena; a la edad de cuarenta años, más o menos, había logrado dominar las variedades de la práctica mágica y los trucos más desagradables ya no parecían ni necesarios ni deseables. Parece probable que un par de severas derrotas mágicas, rozando con la muerte, son suficientes para refrenar la malicia de, incluso, los jóvenes curanderos más impetuosos. Quien persiste en un comportamiento mágico unilateralmente agresivo o ‘paranoico’ está listo para una pronta sepultura y pocos lamentarán su muerte.

Los nasa distinguen entre adversarios naturales y sociales, para mantenerlos a raya emplean formas diferentes de actividad ritual. La idea de un ambiente natural despiadado o indiferente encuentra su expresión en el concepto de *ptansh* (“sucio”); varios rituales de limpieza se emplean para contrarrestar su influencia maligna. La forma básica de limpieza de un determinado lugar (una casa, un campo, un camino) se fundamenta en el uso de la coca; de acuerdo con los principios establecidos para la adivinación por medio de las señas se trata de coca mascada, no de hojas enteras. La acción consiste en escupir una nubecita delgada de saliva mezclada con coca –complementada con aguardiente, tabaco y otras hierbas mágicas–, enrollando la lengua y presionándola con fuerza contra los dientes, de modo que solo se liberen partículas finas y no un chorro sólido. Esta acción de escupir o regar se conoce como *pútia* y se traduce al español con el verbo ‘soplar’. Los nasa más tradicionales hacen *pútia* cada vez que tengan que atravesar bosques vírgenes, profundos bancos de lodo, ríos de curso rápido o cualquier otro peligro natural. También es costumbre hacer *pútia* en árboles que van a ser cortados para madera de construcción, así como en cualquier tierra en la que se va a sembrar un nuevo producto o donde se propone edificar una casa.

La *pútia* también se emplea para limpiar al ambiente durante los rituales efectuados en momentos críticos del ciclo vital, como el nacimiento, la muerte o el matrimonio. Las formalidades sociales de estas ocasiones difieren de un lugar a otro y sufren constantes modificaciones. Cuando Segundo Bernal Villa realizó su trabajo de campo a comienzos de 1950 los efectos de la Violencia aún no se habían sentido con toda su severidad y había suficiente ganado en Tierradentro como para permitir el sacrificio de cerdos enteros por los participantes. El curandero recibía la mitad del animal por sus servicios; esta era una recompensa importante ya que las costumbres no permitían que los servicios mágicos se pagasen con dinero. En nuestros días el curandero solo exige cierta cantidad de coca, tabaco y aguardiente para su uso durante el ritual; las condiciones de escasez económica creadas por la 'pacificación' militar de Tierradentro a comienzos de 1960 acabaron con la práctica de hacer sacrificios de animales, exceptuando una o dos gallinas. La economía del café ha afectado a muchos de los curanderos de las zonas más calientes, algunos de los cuales ahora exigen un pago en efectivo por sus servicios. Las ceremonias importantes de limpieza siguen siendo ocasiones que ameritan regalos pródigos, por lo menos de acuerdo con los patrones actuales. Siempre se sirve a los huéspedes y participantes grandes ollas de mote (una sopa de maíz, frijoles, papas, cebolla, repollo) y una abundante cantidad de ñusa (jugo de caña fermentado).

La principal ceremonia de limpieza –la única vez que se reúnen grandes grupos de personas con propósitos mágicos– es la vela llevada a cabo para liberar al espíritu de un muerto y permitirle viajar, sin trabas, al otro mundo. Es peligroso permitir al fantasma cualquier excusa para permanecer en las localidades que frecuentó mientras estaba vivo; nueve días después del entierro (un asunto simple) la familia debe contratar un curandero para limpiar la casa donde vivió el finado y los campos que cultivó. Ello implica el uso repetido de *pútia*, no solo en la casa y los campos sino, también, en la cama de muerte del difunto. El curandero debe succionar la parte superior de la cabeza a todos y cada uno de los miembros de la familia del muerto, librándolos de cualquier *ptansh* residual causado por la estrecha proximidad con la muerte. Los vestidos

del difunto se lavan, se someten a *pútia* y se incineran o se abandonan en uno de los lugares que más frecuentaba. Su casa se deja vacía después de la limpieza hasta que queda convertida en ruinas. Si el hombre era un curandero su bolsa para coca y el recipiente para la cal se colocan en el lugar donde acostumbraba sentarse a leer sus señas y el sitio es evitado por sus herederos durante muchos años.

Aunque los nasa son conocidos en el Cauca por ser los mejores expertos en estas materias los vecinos guambianos (Schwarz 1973) comparten rituales similares de limpieza, lo mismo que los grupos indígenas más aculturados del sur del Cauca y Nariño (Hernández de Alba 1944), quienes usan la técnica *pútia* en la misma forma que los curanderos de Tierradentro. Dado el hecho de que los guambianos han abandonado, casi por completo, la masticación de coca en el contexto del trabajo diario es significativo que sus términos para el curandero, *pi'i mavi* o *maase mavi*, quieren decir 'comedor de cal' y 'comedor de coca', respectivamente. Es más: con frecuencia los guambianos invitan a los curanderos nasa, especialmente cuando se requieren grandes rituales de limpieza, y consideran su maestría en la masticación de coca –y con ella las artes mágicas de *pútia*– insuficientes para tales ocasiones. Dichos casos, que implican la suspensión de arraigadas hostilidades étnicas, subrayan la crucial importancia otorgada a la correcta observancia de las prácticas rituales tradicionales en muchas partes del Cauca. Si uno falla en limpiar el *ptansh* los celosos espíritus *kályim* o los fantasmas de la muerte se enfurecerán por el estado resultante de desorden e, inevitablemente, llegara una retribución futura. Otro ejemplo clásico de la necesidad de limpieza es el caso de la menstruación femenina. En los resguardos nasa más remotos cada familia conserva una choza especial para la menstruación donde las mujeres son aisladas de todo contacto con las cosechas y sus parientes varones; son alimentadas solo por sus familiares femeninos; y deben bañarse solas y rociar sus ropas con coca mascada y hierbas mágicas después de cada menstruación. No existe ningún sentimiento de culpa atribuido a la menstruación; después de todo, es una función natural e inevitable y el

*ptansh* que produce no es más virulento que, digamos, el que acompaña el descuido de un hombre en la limpieza de su casa y campos luego de una ausencia prolongada en otro valle. Este tipo de *ptansh* –podría denominarse *ptansh natural* ya que resulta de la acción de procesos naturales– solo se vuelve una verdadera amenaza si se le deja enconarse sin la debida limpieza ritual. De ningún modo puede considerarse tan peligroso como el *ptansh* auténticamente maligno, el *ptansh social* que se genera por la envidia, los celos y la codicia entre los distintos miembros de la comunidad; a este se da el nombre distintivo de *dji ij*, en nasa, y maleficio, en español. Puede ser producido por un acto explícito de hechicería agresiva o resultar de las animosidades personales generadas por las tensiones de vivir en una sociedad pequeña e igualitaria. En ambos casos el desenlace final es el mismo: primero las enfermedades y las desgracias, finalmente la muerte. No es sorprendente que sea tratando con estas formas de conflicto social como el curandero nasa demuestra su más grande fortaleza.

Aunque hoy existe una tendencia marcada a recurrir, primero, a la medicina del hombre blanco cualquier ataque serio de enfermedad o una plaga sobre las cosechas y el ganado se trata consultando un *té ué* (curandero). El *té ué* recibe de noche al paciente en su casa y procede a discutir los detalles del caso antes de salir a consultar sus señas, normalmente en un lugar privado de meditación (*káchi*, en nasa; sentadero, en español) conocido solo por él. Allí puede descubrir que la enfermedad se debe a alguna negligencia de parte de su paciente, a algún error en la limpieza de *ptansh* natural; entonces regresa a casa y da a la persona su veredicto. Junto con una buena cantidad de consejos generales y ayudas morales el curandero puede recomendar el uso de ciertas hierbas medicinales o la limpieza *pútia* de la casa del paciente. En la mayoría de los casos, sin embargo, el énfasis no está en la prescripción medicinal, ni siquiera en las observancias de *pútia*, sino que se concentra en una forma dramática de limpieza corporal, cuyo impacto es un aspecto fundamental de la relación entre el paciente y el curandero.

La primera de esas técnicas tiene que ver con el pulso que, como ya he señalado, simboliza el ‘alma’ y consiste en una acción similar a *pútia*. En una persona enferma el pulso se torna débil y sus palpitaciones descienden desde la muñeca hasta las puntas de los dedos; si se ‘escapa’ de los dedos la muerte ocurrirá, inevitablemente. Por ello es necesario obligar al pulso a regresar por los dedos, a través de la palma de la mano, hasta la muñeca. Para esto el curandero sostiene los tres dedos centrales de la mano del paciente y, con su boca llena de coca y otras hierbas mágicas, ‘sopla’ el pulso y le hace regresar.

La remoción de impurezas *ptansh* que pueden haberse alojado dentro del cuerpo requiere un enfoque distinto, expresado en términos de chupar el *ptansh*. Este es un ejercicio peligroso ya que el curandero puede incorporar a su propio cuerpo las impurezas que ha recibido de su paciente; a fin de prevenirlo llena su boca, a plena capacidad, con hierbas fuertes y coca, produciendo una masa que actúa como recipiente del *ptansh* y que puede ser removida de su boca y enterrada. En el caso de una enfermedad física la zona afectada del cuerpo se succiona de la manera descrita. En el caso de una muerte en la familia, como señalé, el curandero succiona a todos los parientes vivos en la parte superior de la cabeza para extraer cualquier *ptansh* residual causado por su estrecha proximidad con el difunto. Un *té ué* habilidoso vomita cuando está escupiendo las hierbas que contienen el *ptansh* con el objeto de demostrar que se ha librado de cualquier posibilidad de contagio.

La razón para estas preocupaciones me lleva a un examen de la dinámica fundamental de la magia nasa, el duelo de hechicería, ante la cual la limpieza *pútia* y los rituales de succión, sopló y lavado aparecen relativamente insignificantes. Señalé que el *dji ij* es considerado la causa latente, subyacente, de un caso dado de enfermedad pero no es tanto una forma activa y ceremonial de hechicería como una ‘posesión’ de naturaleza pasiva, casi inconsciente, y no implica la intervención de un curandero ni el planteamiento de un duelo formal entre las dos partes de un conflicto. El concepto *ech* o *echím* denomina la clase de ataques mágicos individuales que ocurren en la práctica de

la hechicería nasa. Solo *ech*, y no *dji ūj*, se considera capaz de desplazamientos súbitos y golpes fulminantes, especialmente los que pueden relacionarse con nuestra idea de un rayo.

Los primeros autores creían adecuado describir *ech* como ‘el demonio’, mas semejante simplificación, tan cruda como etnocéntrica, hace poca justicia al sentido que los nasa dan al término, sobre todo porque existen muchas apariencias del *ech*, cuyo significado depende de un contexto preciso, de una situación dramática específica. En el curso de las actividades cotidianas, por ejemplo, *ech* se usa como exclamación para expresar la llegada sorpresiva de algo inesperado a un espacio ocupado por un grupo o individuo. Una persona puede gritar *jech!* cuando un perro extraviado o cualquier otro animal se acerca a su casa; con frecuencia este grito va acompañado por el lanzamiento de una piedra. *Ech* está asociado con un invasor, capaz de producir desorden en el área, limpiada por el comportamiento ritual relacionado con la habitación humana. Debido a que el área donde el curandero hace su magia también ha sido limpiada ritualmente al comienzo de cada empresa ceremonial es fácil comprender por qué *ech* ha llegado a usarse como término general, aplicado a los asaltos mágicos al área en cuestión.

El duelo de hechicería requiere que el curandero defina su área, estableciendo un “espacio limpio” alrededor de su paciente por medio de observancias rituales, razonablemente clásicas, que se efectúan afuera y de preferencia en una noche sin luna, ya que demasiada luz no es conducente para el vuelo de los espíritus. Los rituales incluyen la colocación de una ramita de hierba *cháyuts* en la coronilla del paciente (protegiéndole de ataques externos), la *pútia* de coca, tabaco y aguardiente en los cuatro puntos cardinales (limpiando la vecindad inmediata de *ptansh*) y una combinación de succión y soplo del pulso para iniciar la purificación del cuerpo del paciente. Habiendo terminado la limpieza inicial el curandero monta un ‘altar’ o ‘mesa’ como punto focal de la sesión; este consiste en su vara tama clavada en el suelo y sustentando bolsas *yába* de coca y otras hierbas mágicas, combinación flanqueada, de un lado,

por un calabazo de aguardiente (con *cháyuts* flotando en la superficie) y, del otro, por un hueco profundo.

En una atmósfera de creciente seriedad y ansiedad el curandero y su paciente esperan las señas que anuncian la llegada del agresivo *ech* a su 'espacio limpio' preestablecido. Una vez identificado el *ech* debe ser capturado; esta acción se efectúa con un molinete súbito y dramático que expresa al paciente el punto clave de su cura. La clase de captura depende del tipo de *ech* hallado en cada ocasión. Puede tratarse de una 'alucinación' colectiva que revolotea en el aire encima del altar; en ese caso el chamán tomará su vara tama y golpeará al espíritu colocándolo en el hueco. El *ech* puede manifestarse como un animal o, más comúnmente, como una luciérnaga conocida como *echimbé* (*ech* rojo), una especie distinta que se reconoce por su vuelo suave y por la emisión de una fuente de luz constante, a diferencia de los movimientos espasmódicos y la luz centelleante de las luciérnagas blancas comunes que abundan en Tierradentro. El animal o el *echimbé* son tomados por el curandero y envueltos en hojas de banano, junto con algunas fuertes hierbas mágicas y un símbolo de penetración, como una espina, una garra o el diente de una serpiente. El *ech* capturado se entierra en el hueco y se cubre con varias capas de tierra y hierbas; luego el paciente es limpiado, una vez más, y su cuerpo succionado, lavado y fregado con hierbas que, junto con la coca y el tabaco empleados por el curandero, se entierran en el mismo hueco y se sellan con numerosas capas de tierra y hierbas frescas machacadas.

El ciclo completo –discusión preliminar, adivinación por medio de señas, primera limpieza, captura del *ech* y limpieza final– ocupa toda la noche y el curandero no descansa hasta que el amanecer no comienza a mostrarse en el horizonte oriental; sin embargo, el curandero puede levantar la sesión, quizás porque ha recibido una señal en la coronilla o en el corazón que le indica que se halla en peligro de sufrir un importante revés a manos de un espíritu *ech* que es incapaz de dominar. El curandero puede desear dormir en tales circunstancias; debido a que el sueño es considerado la condición más vulnerable del

hombre existen precauciones que puede tomar para protegerse, precauciones que enfatizan el papel del altar que he descrito anteriormente. Durante el sueño se monta la misma combinación –la vara tama, bolsas *yáha* de coca y otras hierbas, así como un calabazo lleno de aguardiente y *cháyuts*– detrás de la cama del curandero; se cree que los *ech* son desviados o absorbidos por la coca, las hierbas y el aguardiente. Por la mañana todo se entierra y se sella en la forma descrita arriba.

Cualquiera que sea la circunstancia como se logre la captura y entierro del *ech* agresivo implica que su potencial malévolο se revierte al remitente, quien recibe una seña indicando el fracaso de su ataque. Dicha seña hará que el rival redoble sus propias medidas defensivas y ofensivas porque el ataque de un *ech* específico no elimina las razones subyacentes de la animosidad social; un estado continuo de mala sangre mutua o *dji īj* puede conducir a una emisión de ataques *ech* de cualquier lado. Elizondo y mis otros informantes se contradecían sobre la cuestión de si los ataques *ech* requerían el uso de rituales agresivos, el más común de los cuales consiste en colocar espinas o hierbas venenosas en contacto con el suelo que haya sido pisado por el rival. Bajo ciertas circunstancias un ataque *ech* surge, espontánea o inconscientemente, en una situación caracterizada por una peligrosa acumulación de *dji īj*. Las fronteras formales que he establecido entre *dji īj* y *ech*, considerando al primero como el antecedente de la animosidad social y al segundo como el ataque mágico ritualizado, con frecuencia se borran en la práctica.

Es difícil asignar una responsabilidad final a cualquiera de las partes por iniciar un ataque *ech* en un determinado duelo de hechicería; sería simplista asignar ‘culpa’ a uno u otro individuo por iniciar el tipo de animosidad social conocida como *dji īj*. Las relaciones humanas en una pequeña comunidad tradicional se basan en una historia larga y compleja; no pueden reducirse al simple modelo de ring de boxeo que se utiliza para explicar el conflicto en comunidades más grandes y menos íntimas con su interés legal de asignar la culpa determinando quién golpeó a quién primero. Por esta razón las distinciones claras entre

magia ‘buena’ y hechicería ‘mala’, como las definidas por el antropólogo Segundo Bernal en su estudio sobre la magia y la medicina nasa, se revelan más que ambiguas en la práctica y demuestran una excesiva confianza en las certezas culturales suministradas por el precedente cristiano. La palabra *nasa* para ‘malo’ (*eumet*) significa ‘no bueno’; la partícula *met* se usa como sufijo negativo en una gran cantidad de sustantivos y adjetivos. Dividir la magia nasa entre practicantes ‘buenos’ y ‘malos’ tiene poco significado absoluto puesto que la percepción de dichos valores duales depende de la posición afectiva de cada uno en el conflicto en cuestión.

Una ilustración al respecto la provee el caso del asalto nasa a la sede de la misión en el pueblo de Huila, en la noche del 4 de junio de 1945 (González s.f.:222). Luego de haber incendiado la casa del sacerdote los hombres de la vecindad se reunieron, triunfalmente, a hacer *pútia* con sus hierbas y coca sobre las ruinas humeantes. Esa acción solo constituye el caso más extremo de una buena cantidad de hechicería agresiva, ‘mala’, que aún se dirige contra las misiones lazistas y los terratenientes blancos de la zona que apenas en este siglo empezaron a ocupar Tierradentro efectivamente y a desheredar a los nasa de sus tierras. El aspecto ‘malo’ de este comportamiento indígena, “incluyendo la profanación del Santo Sacramento”, como me lo dijo un horrorizado sacerdote en Belalcázar, debe balancearse con la percepción de los nasa de los mismos eventos que identifica su ‘espíritu malo’ en los grupos religiosos y seglares dedicados a la invasión de su territorio y al aniquilamiento de su cultura. El ejemplo de este tipo de conflicto interétnico sirve para subrayar el hecho de que las implicaciones morales de la hechicería no dependen de una escala universal de valores (el paradigma bueno/malo) sino de una posición precisa sostenida por cada individuo que participa en una confrontación particular de voluntades.

Sería imposible exagerar el punto de que la magia nasa, tanto en sus dimensiones agresivas como defensivas, debe verse en función del contexto de un conjunto de relaciones

sociales; lo que puede parecer, desde un punto de vista, como la captura e inmovilización de un ataque *ech* será interpretado, desde la posición contraria, como otra vuelta de tuerca, otra escalada en el flujo.

El conflicto entre individuos solo puede ser resuelto con la muerte de uno de los participantes. Entre los nasa se cree que la mayoría de las muertes ocurre de esa manera. No obstante, las preocupaciones mórbidas son poco características de la sociedad en su conjunto y la experiencia normal del curandero no es la de 'matar' a sus adversarios sino la de 'salvar' a su paciente de la acción agresiva de un rival. El 'duelo' mágico (la captura y sometimiento de un espíritu *ech* agresivo) ni siquiera requiere la existencia objetiva de dos campos hostiles porque el énfasis está en la dramatización de la cura y no en alguna prueba explícita de fuerza entre dos curanderos. La 'proyección' de envidia y celos en la persona de un rival no es más que un subterfugio usado por el curandero para apuntar al hecho de que la envidia o los celos pueden estar alojados, exclusivamente, en la mente de su paciente. Al buscar un 'rival', una posible fuente de *dji'ij*, el curandero trata de descubrir las causas subyacentes de la aflicción del paciente; luego, con sus rituales de limpieza y el rechazo de un ataque *ech* orquestado, logra hacer salir los problemas a la superficie, exorcizándolos simbólicamente, removiendo su dominio inconsciente sobre la mente del paciente.

La mayoría de los curanderos nasa tiende a mostrar un profundo desprecio por las delicadezas de la práctica ritual, invirtiendo o confundiendo el orden de las acciones específicas y empeñándose en comportamientos extraños e idiosincráticos diferentes de la piadosa conducta de médicos y sacerdotes en nuestra cultura. La aparente indiferencia del curandero –sus frecuentes deslices hacia anécdotas humorísticas o la autoglorificación transparente– es parte integral de su función porque subraya su ambivalencia y humanidad, su deseo de desmitificar las tradiciones sagradas y volverlas comprensibles a los simples mortales. Más que confiar en una aureola de 'destreza' ilusoria el curandero

opera a través de una profunda facultad de apreciar las emociones de su paciente, de un íntimo compartir las mismas esperanzas y temores por medio de la aplicación de un psicodrama característico cuyo impacto, en la negra noche, no deja de ser profundamente conmovedor.

Observaciones de esta clase sugieren que los duelos de hechicería de los nasa no siempre encuentran su razón de ser en un estado de conflicto social. Aunque existen instancias ocasionales cuando dos curanderos se enredan en una verdadera lucha de vida o muerte no son tan comunes como podría creerse. Hay una tendencia marcada a que individuos relativamente desafortunados se vean envueltos en acusaciones indirectas de hechicería, (indirectas porque han sido confiadas a un curandero y no al rival en cuestión) como medio de atraer la atención hacia su zozobra y forzar una acción conciliadora de parte de sus vecinos y parientes mejor adaptados. En esos casos los supuestos rivales, quienes han sido acusados de iniciar la mala sangre (*dji ūj*) en una determinada relación social, por lo general son individuos caracterizados por su buena salud y sus logros materiales, personas que se han vuelto ricas y no han redistribuido su riqueza, renunciando a su compromiso para con la sociedad nasa y su ética igualitaria. El individualismo de esas personas y su apego al concepto de la propiedad privada del hombre blanco es un rasgo que debe ser duramente castigado por el pueblo nasa. El solo hecho de que los ataques o acusaciones de hechicería estimulen a los indígenas más 'progresistas' a recurrir a los curanderos, generalmente pobres y 'atrasados', puede verse como un gran triunfo de sus tradiciones sociales; así la crítica de lo que se considera comportamiento *mushka* (foráneo) puede volverse más directa, íntima y eficaz de lo que hubiera sido posible en una reunión política formal.

El impacto nivelador de las prácticas mágicas está acompañado por otros factores relacionados que militan contra la formación de jerarquías políticas o religiosas o contra cualquier clase de estatus personal, diferente del que se determina por los talentos y capacidades del individuo. Los nasa carecen de una élite hereditaria; su terminología de

parentesco enfatiza la familia nuclear por sobre todo y tiene pocas de las estructuras formales que se asocian con el culto a los antepasados y con sistemas complejos de descendencia genealógica. El patrón de residencia, generalmente patrilocal o neolocal (y una renuencia a casarse con personas con el mismo patronímico), puede indicar la existencia previa de clanes patrilineales exogámicos. Aún así esas suposiciones tendrían que balancearse con la evidencia contradictoria suministrada por las crónicas sobre la existencia de cacicas, como La Gaitana, que dirigieron a los nasa en sus primeras luchas contra los españoles. No parece existir una buena razón para presumir que los nasa hayan empleado, alguna vez, un sistema de parentesco distinto del directamente clasificatorio y bilateral que todavía está en uso y que se demuestra bien adaptado a su organización política autónoma y a sus prácticas de reciprocidad económica.<sup>119</sup>

El sistema de parentesco de los nasa y sus prácticas políticas, económicas y mágicas son resultado de un largo periodo de adaptación a un ambiente específico. El terreno quebrado de Tierradentro raras veces permite la concentración de grandes grupos de población en un solo lugar; el patrón de poblamiento nasa es de hogares individuales dispersos, muchas veces ubicados en sitios de difícil acceso, bastante apartados de los caminos principales. Las presiones demográficas en un valle conducen a la dispersión del grupo y la formación de nuevos núcleos, normalmente en las frías y brumosas tierras de las altas cordilleras andinas. La autoridad se fragmenta geográficamente, dejando a cada cabildo con la responsabilidad de un resguardo cuyos miembros, casi nunca, exceden dos o trescientos hombres adultos o *macaneros*, quienes están en capacidad de resolver sus diferencias de forma directa y personal. La bravura de los nasa no solo provee terreno fértil para la agresión indirecta observable en sus prácticas de rituales sino, también, para numerosas peleas y duelos con machete.

---

119 Véanse Bernal (1955) sobre la terminología de parentesco entre los nasa y Schwarz (1973) sobre la de los guambianos, notablemente diferente.

La violencia física es una táctica empleada, principalmente, por los jóvenes con insuficiente maestría en las artes más sutiles del duelo mágico. No es sorprendente que la magia nasa desempeñe un papel tan crucial en la solución de los conflictos sociales internos; existen pocas sanciones legales, políticas o económicas, distintas de la simple lucha con cuchillo, que puedan tomar su lugar. El repudio del pueblo nasa a las formas de autoridad constituida (el rasgo que les da una ventaja tan incommensurable cuando tratan con el Estado colombiano y los políticos oportunistas de las zonas circundantes) no solo requiere la intervención del curandero por sus funciones medicinales y religiosas sino por su contribución estrictamente político-legal.

En este sentido son particularmente interesantes las actitudes adoptadas hacia los curanderos nasa por los activistas del CRIC. Inicialmente, por lo menos, los activistas del CRIC surgieron de los indígenas marginados que vivían en los límites de la sociedad de resguardo; en tales circunstancias existía una tendencia de los simpatizantes del movimiento a repudiar rasgos ‘primitivos’, como la masticación de coca y la ‘mistificación’ y ‘oscurantismo’ supuestamente implicados en la magia y la medicina indígenas. En la medida en que el CRIC continuó extendiendo su campo de influencia, sin embargo, los organizadores se vieron obligados a reevaluar su posición inicial, reconociendo el papel fundamental desempeñado por el curandero en el bienestar físico y moral de la comunidad. Esas tendencias llevaron a conflictos entre el CRIC y sus otros aliados, en especial la Asociación Nacional de Usuarios Campesinos –ANUC–, que despachaban prácticas como la masticación de coca y la ‘hechicería’ como simples herramientas de represión social o como resultados perniciosos de la ignorancia, el atraso y la desesperación.

Los conflictos de este tipo rara vez salen a la luz y son evitados en la búsqueda de una solidaridad más amplia. La ausencia de un debate franco también tiene su precio; desafortunadamente la posición de muchos militantes blancos con respecto a sus aliados indígenas se caracteriza por un alto

grado de paternalismo latente y un irreflexivo etnocentrismo. Corrientemente esto se expresa a través de los polos gemelos de una ambigua retórica que glorifica el ‘comunalismo’ vagamente definido y pobemente comprendido de la sociedad indígena y, al mismo tiempo, clama por su ‘educación’ en aras de un ‘desarrollo’ que, más que ningún otro factor, destruirá la autosuficiencia, un aspecto tan importante de ese comunalismo original. Un potencial obvio para el puro chauvinismo queda implícito en este enfoque. La tarea política y moral del antropólogo, a pesar de la amenaza de ser estigmatizado como ‘romántico’ o como agente de la CIA, consiste en desafiar las presunciones de quienes buscan imponer una perspectiva urbana e industrial a los indígenas.

En el actual contexto histórico la necesidad más apremiante no es ‘educar’ a las masas rurales en las realidades del poder; a ojos de los nasa, por ejemplo, esas realidades ya son evidentes. Más importante es la tarea de educar a la intelectualidad urbana sobre los valores culturales de las gentes cuyos intereses se supone que defienden, dándole una perspectiva de dichas necesidades y valores que no sea tan ‘etnográfica’ –en el sentido meramente pintoresco y folklórico– sino explicativa y no coercitiva en su aplicación final al cambio social y político.

Este libro ha tratado, a su modo, de suministrar este tipo de análisis con relación a un elemento particular de la vida andina, la masticación de la hoja de coca. Las restricciones que impone la reducción del campo de investigación a una planta en vez de un pueblo determinado ha apuntado a las deficiencias de este tipo de enfoque comparativo. Mientras vivía en la región del Cauca noté que mi atención se desviaba de las generalidades de la masticación de coca y era atraída por el factor más notable de los nasa como pueblo: su tenaz e inexorable resistencia a la absorción cultural y territorial por parte del hombre blanco, un proceso mantenido por más de cuatro siglos con un éxito extraordinario en el registro histórico de los indígenas americanos. Por esta razón incluyó en el Apéndice C una breve historia de la lucha por la tierra emprendida por los indígenas del Cauca.

## El Trueno sobre los cocales

*...no es para el antropólogo intentar usurpar el papel de los dioses, cuyo culto él estudia.*

Lewis (1975:29)

El camino parece serpentear hacia arriba para siempre. Una fina llovizna deposita su mano húmeda sobre los hombros y tú te detienes, vacilando inciertamente sobre otro bajo de barro erosionado, deslizándote a una enramada oscura de plantas de banano. La superficie del camino cambia de un subsuelo anaranjado, duro y compacto, a un cieno negro mezclado con guijarros mellados y hojas en descomposición, agitado por las pisadas de mil caballos que han pasado antes. Descartas tus zapatos y te zambulles hasta la rodilla en el fango, el barrial, retorciendo los dedos de los pies al ser chupado hacia una estrecha corriente y a través del flujo de sus aguas heladas. Tu cuerpo, un pasajero lustroso de barro y sudor, avanza, implacablemente, por un escurridizo universo. Estrella fugaz o destello retinal, una imagen que desaparece...

Subes, de nuevo, una cuesta resbaladiza agarrado a raíces que se aflojan y te dejan caer hacia atrás. Con el trasero en el barro te permites pronunciar una imprecación única: ¿qué diablos estoy yo haciendo aquí? Los dioses truenan sin rayos. Las nubes se apartan, dejando pasar rayos del luminoso sol de la tarde, derramando oro a lo largo del valle abierto. Las llamas centellean sobre las hojas, los pájaros tángara salen a contornearse, cabriolar y gorjeear, perlas de agua despiden reverberaciones en sus plumas amarillas. Sales a la ladera abierta dejando atrás el olor de hojas empapadas. El pasto crecido pica, agujonea, restriega la sangre y las ampollas del pie.

Y luego ves, de pronto, esa imagen de una casa, la primera en una legua, desde antes que comenzara la lluvia. Paredes carmelitas de barro, techo de paja, pequeñas barracas accesorias hechas de juncos y guadua. Un trapiche de madera para moler caña de azúcar, circundado por estiércol de caballo y desechos

vegetales. El perro ladra, la gallina cacarea. Un par de rostros infantiles, cubiertos de hollín, salen de la oscuridad a la puerta. Alarma. Aparece un hombre, se recuesta contra el marco de madera de la puerta, simulando indiferencia. Te saluda con una sonrisa sospechosa. *Eúcha*, tu contestas, poniendo el acento en la primera sílaba, cuidadosamente. Preguntas sobre el estado del camino más adelante, mencionas los nombres de algunos amigos comunes. ¿Esh guéñinga? Ofreces algunas hojas de coca, un poco de tabaco. Te hacen entrar.

Penetras en una gran habitación cuadrada con un fuego abierto de leña colocado en el suelo hacia un lado. El humo hace llorar los ojos. Ya se han cubierto desde hace tiempo todas las vigas con una gruesa capa de tizne del más negro pero se pueden apreciar unas cuantas bolsas de malla colgadas sobre el fuego, con carne conservada, mazorcas de granos rojos, negros y amarillos suspendidas fuera del alcance de los roedores hambrientos. La tierra apisonada cubierta con cueros de vaca, grandes cacerolas abolladas y los atados ocasionales de andrajosas mantas de lana. Quizás media docena de asientos colocados alrededor del fogón, pequeños bloques de madera de un pie de largo por medio de ancho, tallados anatómicamente para mantener el cuerpo en posición de cucillitas a no más de diez centímetros del suelo. Te sientas; las mujeres y los niños se retiran al otro lado del fuego y miran con sorpresa. Te ofrecen una escudilla esmaltada con mote, una sopa de maíz y frijoles y col, con un extraño sabor a ceniza de la madera que se usa para deshollejar el grano de maíz. El efecto es algo fermentado, como si los vegetales hubieran estado en agua durante algunos días. Luego, las preguntas inevitables: ¿de dónde eres?; ¿para qué viniste? Y, sobre todo, ¿por qué aquí?

En efecto, ¿por qué? Ninguna gana de expresar las trivialidades sobre modelos científicos y metodologías, ningún tiempo para explicar la necesidad de una Mama Coca abstracta como apoyo para estructurar la investigación. La respuesta, por consiguiente, sale directa y al grano, medida con una franqueza templada de ausencia: “Para aprender a mascar coca...”

Las palabras son recibidas con una sonrisa. Una sonrisa viva y chistosa. Una sonrisa amistosa, inclusive. (Uno piensa: "Mira cuán bello es contribuir al respeto que tiene la gente por sus propias tradiciones. Un premio para el antropólogo *participante...*"). Y entonces, un destello de duda, una incredulidad suspendida solo con disimulo, un rayo de burla en los ojos del indígena. (Parece decir: "Toda antropología es imperialismo, hombre. Vayamos derecho al asunto. *Participante mi culo...*".)

Te levantas –descubriendo el pecho metafóricamente–, prefiriendo un rechazo directo y explícito al peso muerto de la mala comprensión, confiando que algún encuentro sacuda, al fin, esa entidad académica fantasma que llevas como un escudo, muy estimado doctor, permitiendo que el campo de investigación contraataque y, finalmente, te engulla de una vez. Frases como "No más intentar ser algo mientras se conserva una distancia crítica del proceso de ser" o, incluso, maldecir el pensamiento, "Una rica confrontación entre la cosa en sí y la propia conciencia de ella..." *Lógico, hermano, ni hablar...*

A la mañana siguiente puedes despertar con un terrible sarpullido que se extiende por el brazo, desde los dedos hasta el codo. Podrías salir, precipitadamente, para aplacar el hecho con una explicación conveniente solo para encontrar que las herramientas de tal liberación ya no están en tus manos, que en Tierradentro es el té *ué nasa* el que llama los granos. Sarpullido en el brazo derecho, es decir, un signo de que algo va a suceder. En la mano significa que uno ha tocado cosas que mejor hubiera dejado quietas. ¿Cosas como la magia de las señas?; ¿el negocio de la cocaína? O, espera un minuto, ¿no podrían parecer todas esas inquietudes más que mansas en comparación con el despótico orgullo, la hechicería agresiva que subyace en la creencia en el esfuerzo científico? La evidencia es concluyente, de modo que toma tu picazón y muéstrasela a Elizondo: "Un sarpullido de caspi. Un ataque *ech*. O abandona Tierradentro para siempre o..."

Elizondo forma un bulto amenazante en la noche oscura y sin luna, con los mil músculos de su cuerpo recibiendo señas de los espíritus del arco iris, de los lechos de los ríos, de las cascadas y las cuevas. Quizás los ve en forma sustancial, penetrando los contornos de encaje de la maleza, y te los envía en forma de señas que retumban en todo tu cuerpo. El Yo personal se disipa en un abrir y cerrar de ojos. La tierra, el cielo, ya no están, simplemente, abajo y arriba sino enroscándose en los extremos, un arremolinamiento ebrio alrededor del punto muerto llamado observación.

Una acometida de miedo y náusea te recorre como una ola. Llegas a dar una larga y fuerte chupada a tu mambeada de coca pero no sientes ninguna sustancia esta vez, ningún enfriamiento que te sirva como base de apoyo. La coca se disuelve en un vórtice y te lleva hacia el desmayo. Sientes un sudor pegajoso en el cuerpo, oyés un pánico final de burbujas mientras sales del escenario. Tu voz atragantada balbucea entre bastidores un desesperado: "hey, espere un momento..." El eje de tus sentidos cae en espiral, transportado a un hueco vacío, negro, silencioso, un vacío...

Te despiertas a la perfecta quietud de la muerte. Todo es juego de luz sobre la oscuridad, por todas partes un sueño sin tiempo ni memoria. Un trueno retumba, hueca y prolongadamente. Delante de tus ojos aparece un anciano con media docena de bolsas de coca colgadas alrededor de su cuello. Le preguntas: "¿Es Usted?" Te obsequia una sonrisa verde, el color de las hojas. La tierra se estremece sola, los árboles se doblan sin viento. Sientes la lengua congelada, sin habla... espanto y admiración al reconocer el Trueno sobre los cocales.

## Apéndice A

### Marihuana y hongos

Ningún informe sobre las drogas en la región del Cauca sería completo sin unas cuantas palabras sobre las plantas más buscadas por los gringos y otros viajeros extranjeros: marihuana (*Cannabis sativa*) y la variedad local de hongos alucinógenos (*Stropharia cubensis*).

#### Marihuana

La variada ecología colombiana ha conducido, a través de los años, al surgimiento de un gran número de tipos locales de marihuana, una planta caracterizada por un alto grado de plasticidad genética. La búsqueda de mejor calidad y la rápida difusión de la marihuana han estimulado frecuentes intercambios de semillas entre diferentes áreas, hecho que sugiere un cierto grado de uniformidad botánica en todo el país ya que la *Cannabis* reproduce, fielmente, el carácter de su inmediato tronco pariente. La planta produce las más altas concentraciones de cannabinoides bajo condiciones climáticas bien definidas; así se explica la evidente prominencia de determinadas regiones en la mitología popular que rodea la marihuana colombiana.

Lo que comúnmente se denomina ‘Colombian’ en el mercado mundial puede dividirse en, por lo menos, tres tipos mayores: la *mona* o *gold*, una hierba estimulante, ligeramente acanelada o dorada, que se da, principalmente, en la Costa Atlántica; el *mango viche* o *green*, una marihuana más corriente producida, especialmente, en la cuenca del

Cauca y en las sabanas tropicales o Llanos al oriente de Bogotá; y la *punto rojo* o *red*, una marihuana psicodélica, orgullo de la cordillera Occidental y del departamento del Cauca, en particular. Además, existen variedades de colores claros y oscuros cuyos tintes negruscos, purpúreos o azulados resultan de los extremos climáticos en los que se cultiva la planta, ya sea en las bajas altitudes de las cuencas del Amazonas y del Chocó o en las alturas frías de las principales cordilleras andinas.

Con relación a las variedades comerciales más importantes el 'rojo' del *punto rojo* parece derivar de dos factores distintos. Uno implica la concentración de cianinos en los pistilos de la planta, los delgados estigmas en forma de pelo y otras partes de la flor femenina, condición a la que se denomina 'pelo rojo'. La otra identificación de la *punto rojo* resulta del moteado de las brácteas (coberturas de las semillas) y otra materia hojosa en la flor, condición caracterizada por una profusión de diminutos puntos brillantes claramente visibles y que resulta de una acumulación del aceite cannabinóico en las partes glandulares, parte de la piel o epidermis de la planta. Debido a que el rojo es una cualidad independiente de la coloración del resto de planta algunas clases de la *mona* también pueden ser consideradas 'rojas' ya que muestran manchas rojas contra un fondo canela suave o dorado, como la famosa roja de Panamá (*Panamá red*). El *punto rojo* del Cauca es marcadamente rojo sobre un fondo verde o castaño y no puede confundirse con las hierbas de color más claro de Santa Marta y Panamá.

Todo esto indicaría que existen dos variedades principales de marihuana en Colombia: una *mona* de color canela suave y una *verde* más oscura y que la calidad de 'roja' es un hecho separado, aplicable a los tipos verdes y a los dorados. Una clasificación más precisa de los sellos comerciales de la marihuana colombiana tendería a lucir de la siguiente manera: simple canela suave, la *mona* (*Santa Marta gold*); rojo sobre canela suave, la roja de Santa Marta o de Panamá (*Santa Marta red* y *Panamá red*); simple verde/marrón, mango viche (*Llanos green* y *Cauca green*); y rojo sobre verde/marrón, el *punto*

rojo (*Cauca red spot*). Debido a que la variedad verde/marrón de marihuana es la que me interesa, más específicamente, en la región del Cauca es interesante considerar las diferencias que colocan al más potente y altamente apreciado *punto rojo* aparte del más suave y menos valioso *mango viche*. Es posible que representen diferentes tipos genéticos de la planta o, más probablemente, puede ser que indiquen la misma planta cosechada en diferentes etapas de su crecimiento, siendo el *mango viche* cosechado antes de que la planta haya tenido tiempo de desarrollar los cianinos y las glándulas que dan a las flores femeninas sus ‘pelos’ y ‘puntos’ rojos. Para apoyar esta idea los comerciantes de Popayán a menudo señalaban el hecho de que el *mango viche* contenía semillas blanquizas y subdesarrolladas mientras que las del *punto rojo* eran más oscuras y maduras.

Las técnicas locales de secar y curar la marihuana son otro elemento que influye en la apariencia final de la hierba. Es posible que la calidad *mona* de Santa Marta no se derive de diferencias genéticas o ecológicas entre esa hierba y los tipos verde-marrón del interior de Colombia sino del empleo de una técnica distinta de secado preliminar, en la cual se corta una tira de corteza alrededor del tronco de la planta de marihuana, dos o tres semanas antes de la cosecha final. Esto bloquea la savia y permite a los cogollos comenzar a secar al sol, de modo que se tornan viscosos y empiezan a producir su característico color canela suave o dorado cuando todavía se hallan en el suelo.

En la región del Cauca es desconocido este método preliminar de secado al sol, lo cual explica la ausencia de hierba *mona* en esta parte de Colombia. Tampoco es usual cortar las plantas y dejarlas secándose en una pila o regadas en el suelo, una costumbre conocida en muchos países más secos, debido a que la humedad extrema y las fuertes tormentas de la cordillera Occidental pueden dañar, severamente, la calidad del producto final. El *mango viche* se seca en la forma más simple posible: cortando o desarraigando plantas enteras y colgándolas en la sombra (“de modo que la savia escurra sobre los cogollos”, como

dicen los cultivadores), produciendo una hierba verde con el olor fresco de clorofila. El *punto rojo* también se seca de esta forma, aunque también se usan, por lo menos, otros dos métodos de secado. Uno de ellos se emplea más en el propio valle del Cauca y en otras zonas donde existe una confiable cantidad de sol e implica desplegar las flores femeninas a medio secar en el sol de mediodía por una o dos horas, permitiendo que el calor reviente la cutícula de las células glandulares –los ‘puntos’ del *punto rojo*– y suelte su aceite que contiene cannabinoides, produciendo un cogollo viscoso y más arrugado que si se secara en la sombra. El otro proceso encierra un principio similar a la curación del tabaco por sudor, es decir, una fermentación gradual y controlada del material verde de la planta de modo que este ‘madure’, eliminando la clorofila y adquiriendo un aroma más rico y un color más oscuro que la hierba secada por medios más sencillos. Las flores femeninas se desprenden del tronco principal de la planta y se colocan en una ‘barbacoa’ o bastidor de madera o de bambú –a una altura de medio metro sobre el suelo y a la sombra– en atados o pilas de hasta 40 centímetros de grueso que deben removerse cada dos días para intercambiar los cogollos que están en el exterior por los que se hallan en el centro de la pila. Aunque en algunas zonas es común secar la marihuana en esta forma sin el uso de barbacoa –colocándola, simplemente, en el suelo o sobre unos periódicos– los cultivadores del Cauca señalan que el secado en barbacoa evita la acumulación de humedad excesiva e impide que la hierba se fermente demasiado y se pudra.

Una pequeña cantidad de moho –caracterizado por una ligera espuma blancuzca sobre los cogollos y una clara fetidez a amoniaco– conduce a una buena maduración, así como la adición de diversos elementos dulces, como jugo de caña, panela (melaza), miel mezclada con agua o alcoholes fuertes (aguardiente). No obstante, en todo proceso de curación es posible sobrepasar el punto óptimo de fermentación y cuando la cosecha se considera suficientemente curada el secado se acelera con una corta exposición al sol o separando los cogollos y colgándolos a la sombra. Obviamente debe

existir una temperatura y un grado de humedad ideales para llevar a cabo este proceso de fermentación y en el futuro fijar pautas exactas probablemente será tan obligatorio para la marihuana como ya lo es para el tabaco. Un rápido vistazo a la sección sobre curación en estufa que se encuentra en la obra de Frank y Rosenthal (1978) indica que ya se han dado los primeros pasos en esa dirección por parte de los productores con más discernimiento.

Una vez que la marihuana ha sido empacada en sacos para el embarque es inevitable que sufra una cierta rehumidificación, especialmente en las condiciones ambientales de la cordillera Occidental. No es raro que el moho comience a formarse de nuevo y en Popayán es muy usual que los mayoristas lleven a cabo un segundo secado de la hierba antes de venderla al detal en las calles. A esta altura cualquier argumento sobre los diferentes medios para producir punto rojo y mango viche se torna bastante académico. Después de todo, la principal distinción entre estos dos tipos de marihuana radica en una apreciación subjetiva de los variados efectos físicos y cerebrales. Es esto lo que serviría para explicar el hecho desconcertante de que una mango viche que ha sido almacenada por cierto tiempo a menudo encuentra su identidad en la calle transformada en punto rojo, incluso a pesar de que tenga poco 'rojo' visible en los cogollos. No solo se ha vuelto mucho más oscura y más marrón sino que su olor ha perdido su frescura original y el efecto se ha tornado más 'pesado' y somnífero. El grado de frescura en la marihuana es un factor que pasa desapercibido; es posible que ocurra una notable transformación de su estructura química con un almacenamiento prolongado.

Un libro reciente de Michael Starks (1977) explica por qué ocurre esto. El principio activo más importante de la marihuana –delta 1, también conocido como delta 9, tetrahidrocannabinol (THC)– se degrada con el tiempo en cannabinol (CBN), un compuesto con potencia psicoactiva considerablemente menor que el THC. Starks también examinó en detalle la influencia de varios factores ambientales en el crecimiento de la planta, así como su importancia en determinar la producción de THC, CBN

y cannabidiol (CBD), el precursor biosintético del THC en las células de la planta. Sus observaciones tienen relación directa con la cuestión de la variabilidad regional de las diferentes clases de *Cannabis* en Colombia. Las marihuanas menos interesantes, como las del Chocó, bajo Magdalena, cuenca del Amazonas y Llanos, se cultivan en zonas de temperaturas altas; esto parece estimular el crecimiento de una hierba exuberante pero poco efectiva, con rendimientos relativamente altos de CBD y CBN que, conjuntamente, disminuyen la euforia psíquica y producen un efecto físico ‘pesado’, soporífero y debilitante. Starks cita experimentos controlados que mostraron que el contenido de THC de la marihuana era máximo cuando la temperatura se mantenía en 24 grados centígrados, condición que se aproxima mejor en los Andes colombianos a altitudes entre los 800 y los 1200 metros. No es accidental que este cinturón, en la cordillera Occidental y en el valle del Cauca, entre Cali y Corinto, produzca la mayor parte de la hierba de mejor calidad del suroccidente colombiano. La planta sigue dándose razonablemente bien hasta el borde mismo de la zona de clima subtropical; los intentos por cultivarla en tierras frías por encima de los 2000 metros han sido perjudicados por bajas temperaturas nocturnas y solo se ha logrado producir una cosecha raquíctica con semillas estériles. En el pueblo de Silvia, en 1974, había disponible una cierta cantidad de esta marihuana de tierras altas, que se conocía en español como la *negra*, mientras los gringos le decían *Silvia purple*. Estos nombres se referían al hecho de que la planta local, cultivada (aproximadamente) a 2500 metros de altura, sufría un cambio notable en su pigmentación, con el resultado de que sus tintes se tornaban púrpuras y negros con el secado. El contenido cannabinóico de esta hierba era significativamente más bajo que el de la planta promedio de las tierras calientes. El efecto cerebral tenía la ventaja de excluir cualquiera de los efectos físicos secundarios más agudos, como el temblor nervioso y las palpitaciones del corazón, que resultan del uso del punto rojo.

Se ha sugerido que las altitudes moderadas no solo garantizan una temperatura adecuada para la planta de marihuana sino que reducen el blindaje atmosférico de rayos ultravioletas, estimulando así a la *Cannabis sativa* –una especie extremadamente

heliotrópica– a crecer mucho mejor y más fuerte que en las tierras bajas, particularmente en la selva tropical, notoriamente nublada. Las latitudes ecuatoriales de Colombia permiten que el país disfrute de dos cosechas anuales de marihuana, una clara ventaja si se compara con el potencial de cosecha única de áreas productoras localizadas lejos del Ecuador, como México, en un extremo, y Paraguay, en el otro. En el Cauca las semillas son sembradas al comienzo de las lluvias, en febrero/marzo y septiembre/octubre. De esta manera la planta puede beneficiarse, al máximo, del agua para su primera etapa de crecimiento y madurar en la estación relativamente seca –este hecho ha sido destacado como beneficioso para la producción de las apreciadas resinas psicoactivas–, rindiendo las mejores cosechas al final de los períodos secos de ‘verano’, en enero y agosto. La explicación popular de este hecho muestra que los cultivadores son agudamente conscientes del efecto que tiene el sol sobre su cosecha ya que se considera que el sol posee la capacidad de ‘chupar’ las resinas que tienen alcaloides hacia las extremidades floridas de la planta. La marihuana siempre se siembra en claros grandes y sin sombra y pocas veces se mezcla con otro producto, excepto el maíz, que entre las plantas domésticas es la única que no afecta, adversamente, sus requerimientos en términos de suelo y de luz.

Durante mi estadía en la región del Cauca (1973-1974) aún no se habían generalizado formas bien establecidas de intervención cultural en el folclor local del cultivo de la marihuana. Los cultivadores individuales recurrían a un gran número de técnicas particulares para mejorar la calidad de sus cosechas; por ejemplo, para fertilizar la tierra usaban estiércol animal o excrementos humanos mezclados con agua, aunque el rico humus de las áreas selváticas usadas para siembras clandestinas lo hacía poco necesario. Con mayor frecuencia había que balancear la tierra virgen con cenizas o cal de construcción porque un suelo excesivamente ácido produce una fumada desagradable y amarga.

Las plantas masculinas de una plantación se eliminaban tan pronto como eran identificadas debido a que demasiadas semillas en el producto final se consideraban indeseables por

parte de los consumidores. En raras ocasiones se dedicaba un cuidado especial a la producción de cosechas sin semilla ya que esto estimulaba la producción de cannabinoides más estrictamente cerebrales que físicos en sus efectos, una ventaja positiva en la competencia con las variedades más debilitantes y 'pesadas' del *punto rojo* con semilla. En estos casos se conservaban pequeñas parcelas de plantas femeninas fecundadas para el suministro de las semillas necesarias para asegurar futuras cosechas y se afirmaba que una plantación, una vez establecida en un campo específico, no requería una nueva siembra. La marihuana tiene un ciclo de crecimiento corto, entre 5 y 6 meses, y se asume que una plantación solo puede mantenerse por medio de la dispersión casual de semillas. Es esto lo que hace tan interesante la observación de muchos cultivadores de que sus plantas se perpetuaban a través de sus raíces y tallos, ya que ello parece dar respaldo a la idea de que la *Cannabis* puede convertirse en planta perenne bajo ciertas circunstancias favorables (Emboden 1972:215; Starks 1977:29).

Otro motivo para remover las plantas masculinas de una plantación de marihuana puede radicar en el hecho de que las femeninas disminuyen su secreción de resina una vez que han sido fertilizadas; tal interrupción del proceso reproductivo natural puede concebirse como el primer paso en la tortura o traumatización de la planta de *Cannabis*, práctica que ha sido ampliamente reportada como medio de incrementar el rendimiento de las resinas psicoactivas (Emboden 1972:232). En la zona del Cauca es común recortar las hojas de la planta, de poco valor en el mercado. Teniendo en cuenta que dicha poda también forza a las hormonas de la planta a concentrar su acción en la copa o en los cogollos en floración debe considerarse una forma elemental de 'tortura' de la planta. Ninguna de las más complejas técnicas traumatizantes, como la poda repetida de los cogollos en floración o la acción de doblegar el tallo, fraccionarlo o atravesarlo, es empleada con frecuencia en el Cauca; no obstante, un cultivador alegó que solía retorcer las copas en floración de sus plantas, dejándolas colgando durante una semana 'con sus cuellos rotos' antes de proceder

a la cosecha. Esta práctica, como la costumbre costeña de cortar una tira de corteza alrededor del tronco de la planta, era explicada por dicho cultivador como un medio eficiente para llevar a cabo un secado preliminar de la hierba.

Aparte del deshierbe y la poda ocasionales una plantación de marihuana requiere poco cuidado y puede ocultarse en una zona ubicada a una considerable distancia de poblamientos humanos, haciendo su descubrimiento más difícil para las patrullas policíacas. La única parte del ciclo productivo que requiere un trabajo intensivo es la recolección y el secado del artículo final; grandes grupos de campesinos sin tierra viajan a la cordillera detrás de El Tambo en las épocas de cosecha para hallar trabajo de esta clase. Una vez secados a los cogollos se debe cortar el tallo y empacar en bultos para el transporte, teniendo cuidado de no apretarlos demasiado porque ello tiende a afectar, adversamente, la calidad. Los bultos son de una o, más comúnmente, de dos arrobas (25 o 50 libras) y se sacan de las zonas de cultivo en mulas o en las espaldas de cargadores. Una de las rutas más interesantes seguida por la cosecha de marihuana del Cauca es en canoa río abajo hacia el Océano Pacífico, donde es transbordada a barcos pesqueros o cargueros que salen de Tumaco, Guapi o Buenaventura a la costa de California.

Antes de dejar el tema de la marihuana para los historiadores puede resultar interesante examinar la forma como la planta ha adquirido su actual prominencia en Colombia. Los detalles precisos de la llegada de la *Cannabis*, al menos a los alrededores de Popayán, continúan siendo un misterio; no es raro escuchar a las gentes locales alegar que el uso de esta planta era virtualmente desconocido en la ciudad hasta mediados de 1960. Por consiguiente, sería instructivo considerar el contexto más amplio de la historia de la marihuana en el Nuevo Mundo. Parece claro que la planta fue introducida por vez primera a esta parte de América del Sur por los españoles en el período colonial a fin de estimular la producción de cordelería y sogas para su armada (Patiño 1967). Ante la competencia de la fibra nativa de cabuya – *Fourcroya foetida* (L) How o *Furcraea macrophylla* (Hook)

Baker- la introducción no tuvo un gran éxito. Teniendo en cuenta que la semilla provenía del tronco europeo de la *Cannabis*, mejor conocida por su producción de cáñamo que por sus propiedades psicoactivas, parece poco probable que la planta haya sido fumada en época tan temprana. Ello no fue cierto en toda Suramérica. La evidencia lingüística señala el uso ritual y medicinal de *maconha* por esclavos introducidos al Brasil desde Angola en los siglos XVII y XVIII así como la expansión subsecuente del hábito a grupos indígenas como los indios Guajajara de Maranhao (Araújo 1961:316; Wagley y Galvao 1963:144). El problema real es averiguar si la costumbre de fumar marihuana se extendió fuera de un área razonablemente restringida del nordeste brasilerio. La evidencia no es convincente y estudios recientes en la zona del Caribe sugieren que el hábito no se estableció allí sino hasta mediados del siglo XIX como resultado de la introducción de trabajadores a contrato de la India (Rubin y Comitas 1975:15). Incluso en las islas donde actualmente desempeña un papel importante, como Jamaica, el uso de la *ganja* no se expandió antes de los años 1900. Parece posible, en consecuencia, que solo en los *albores* del siglo XX la hierba se difundió a la costa colombiana, probablemente vía Panamá, donde la construcción del canal confundió las diferentes culturas de una fuerza de trabajo que provenía de todo el Caribe (Partridge 1975:149).

Cualquiera que sea su origen la marihuana pronto se convirtió en un hecho notable entre las gentes de las tierras bajas costeras de Colombia; William Burroughs, por ejemplo, escribió en 1953: "Un poco de hierba entre los negros costeños" (Burroughs y Ginsberg 1963:41). Tal vez fueron estos grupos negros los que dieron el primer impulso a la introducción de la marihuana en las regiones del interior del país, particularmente en áreas como el valle medio del Cauca, alrededor de Cali, donde una gran población negra tenía lazos estrechos con el puerto de Buenaventura. En la zona rural la *Cannabis* comenzó a usarse como estimulante en el contexto del corte de caña y otras formas de trabajo físico duro, reflejando el tipo de utilización descrito en Jamaica y en la costa norte de Colombia. En 1973 tuve la oportunidad

de visitar una comunidad negra en las vecindades de Corinto, Cauca, cuya erudición herbaria y cuyo respeto por la planta todavía no habían sido afectados por los agentes de la prohibición. Allí los varones adultos se fumaban hasta media docena de cigarillos durante el curso de una jornada de trabajo, alegando vigor y concentración redoblados como resultado. Esta no era la única forma como se usaba la droga; incluso personas que fumaban poco o nunca, como las mujeres y niños negros y los ancianos blancos de los pueblos vecinos, usaban la infusión de hojas como panacea para todos los propósitos y recurrían a la marihuana remojada en aguardiente como emplasto para la artritis y otras inflamaciones de las articulaciones y los músculos.

Otro aspecto notable de este tipo tradicional de cultura de la marihuana es su virtual autosuficiencia y la falta de voluntad o incapacidad de sus miembros para dedicarse a una producción en gran escala para el tráfico ilícito. Las informaciones de prensa de mediados de 1940 que denunciaron la existencia de un mercado negro urbano y plantaciones clandestinas en el valle del Cauca y en la costa del Caribe muestran que en Colombia tales casos se habían desarrollado muy temprano (Patiño 1964). Como era de esperarse los medios de comunicación estaban poco interesados en describir el contexto tradicional de la marihuana y, probablemente bajo presión de los funcionarios antinarcóticos estadounidenses, se limitaron a reproducir la propaganda de la época, centrada en la 'locura' supuestamente creada por el abuso de la 'herba asesina'.

Durante la Violencia (1949-1958) se presenció la primera adopción amplia de la marihuana por proporciones significativas de la población no negra, particularmente miembros de los ejércitos irregulares que necesitaban algo más fácil de producir y de transportar que el aguardiente. Este hecho explicaría la introducción de la *Cannabis* en áreas rurales tan predominantemente 'blancas' o mestizas como los Llanos, que presenciaron algunas de las más salvajes campañas de la guerra civil. Por esta época Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña (1968:262)

producieron la primera referencia publicada, realmente confiable, sobre el uso de la marihuana en el Valle del Cauca:

Hubo también algún empleo de drogas y estupefacientes, de manera especial en el occidente de Caldas y en el Valle del Cauca. La marihuana, que se encuentra fácilmente por aquellos contornos, sirvió de diario estimulante en Quinchía a los bandoleros del capitán 'Venganza', el cual era marihanero. A la cárcel de Caicedonia los visitantes llevaban la yerba maldita a los amigos y parientes presos con la misma asiduidad del almuerzo diario.

El movimiento de grupos de desplazados por la Violencia y el crecimiento simultáneo de la demanda de marihuana en los centros de consumo urbanos y, más tarde, en el mercado internacional condujo al surgimiento de un fenómeno nuevo en Colombia: el agricultor no fumador que producía su hierba, exclusivamente, como cosecha comercial. En las estribaciones de la Sierra Nevada de Santa Marta esos grupos –generalmente conocidos como cachacos, un término que describe refugiados de las tierras altas del centro de Colombia– son responsables de la mayor parte de la marihuana producida para el mercado de exportación. Los tradicionales fumadores de marihuana de las tierras bajas son, usualmente, productores a escala reducida y tienden a consumir ellos mismos la mayor parte de su cosecha.<sup>120</sup>

Sería interesante ver qué tanto refleja la situación en la zona del Cauca lo observado en los alrededores de Santa Marta. Los paralelos, por lo menos superficialmente, parecen cercanos. Los habitantes negros del valle del Cauca en las proximidades de Cali son consumidores de marihuana y pequeños cultivadores –el equivalente de los costeños–, mientras las plantaciones comerciales realmente grandes están concentradas, principalmente, en la Cordillera

---

120 Partridge (1975) ha descrito la situación en el municipio de Aracataca, ubicado 80 kilómetros al sur de Santa Marta.

Occidental, en los municipios de Morales y El Tambo. Estos valles interandinos, como las principales áreas productoras cerca de Santa Marta, solo fueron extensamente colonizados en las dos últimas décadas, particularmente por refugiados de la Violencia; sin embargo, no está claro cuánto más durará esta situación tan netamente definida y seguramente es demasiado simplista seguir suponiendo que, por lo menos en la región del Cauca, todavía existe una división definida y clara entre la masa de cultivadores no fumadores y los agricultores pequeños que solo fuman su propia cosecha. Esto pudo haber sido cierto hasta hace poco pero en 1974, al menos, muchos de los grandes sembradores en El Tambo también fumaban, aunque solo ocasionalmente. Ello parece estar relacionado con dos factores: el impacto generalizado de una cultura marihuana en la juventud colombiana y el hecho de que muchos de los cultivadores más jóvenes de hoy crecieron en las zonas donde poseen sus plantaciones, perdiendo la identidad paisa que, tradicionalmente, había separado a sus padres de la comunidad local. Esta evolución pocas veces condujo a la adopción de la marihuana como estimulante cotidiano y ayuda para el trabajo duro, por lo menos no en el patrón clásico de los jamaiquinos, los costeños o los negros del valle del Cauca. Los jóvenes campesinos blancos del Cauca usan la marihuana en la misma forma como es usada en las ciudades de las naciones industrializadas: como eufórico y/o tranquilizante, con aplicaciones aparentemente contradictorias como las de relajarse, animarse, matar el tiempo o concentrarse. A menudo se consume con aguardiente en una fiesta o en un baile de sábado por la noche. La costumbre se difundió, rápidamente, hasta en regiones bastante aisladas, como Tierradentro, donde nunca antes había existido, ni siquiera, una producción en pequeña escala y donde el hábito de fumar marihuana apenas estaba volviéndose corriente entre la juventud en 1974. Irónicamente muchos habían fumado por primera vez durante el período de servicio militar. El cuartel de contraguerrilla de La Punta (cerca del páramo, arriba de Belalcázar) era notorio en el distrito por su papel pionero en estimular la producción local de hierba ya que muchos de los mal pagados, mal vestidos y mal alimentados

soldados eran traídos de otras regiones de Colombia donde el uso de la marihuana está más difundido; ellos preferían dedicar sus interminables patrullas a fumar marihuana que a enredarse con las guerrillas de las FARC.

La mayor parte de la nueva generación de fumadores locales provino de los hijos y nietos de los cultivadores blancos de café que colonizaron los valles cálidos de Tierradentro en la primera parte de este siglo; posteriormente se extendió a la comunidad indígena y varios jóvenes nasa han buscado semilla entre sus vecinos para sembrar su propia hierba. La marihuana no es bien vista por los nasa más tradicionales, muchos de los cuales solo tienen una idea vaga de las propiedades de la planta. Incluso un curandero relativamente joven como Elizondo, quién todavía estaba en sus treinta, consideraba que era una planta para usarse, exclusivamente, en el contexto de la hechicería agresiva a fin de adormecer a un rival. Yo presencié una discusión entre él y uno de sus sobrinos, de unos 20 años, sobre su reciente adopción del hábito de fumar marihuana. En respuesta a las acusaciones de que la hierba le volvería letárgico y olvidadizo el joven replicó en español: "Dices que la marihuana le deja a uno trabaño pero la verdad es que me siento más torcido que trabaño..." Como había viajado algunas veces a Cali y Popayán empleaba términos de la jerga de dichas ciudades, intraducibles al nasa. En todo caso su argumento era bueno: los estereotipos sobre los efectos debilitantes de la marihuana se basan en una gran ignorancia de sus efectos cualitativos en la conciencia humana. La actitud pugnaz de individuos como el sobrino de Elizondo pueden servir, indirectamente, para reducir y contrarrestar el alcoholismo, a menudo crónico, de tantos nasa, suministrando una alternativa menos dañina que el aguardiente y estimulando una reafirmación positiva del hábito de la coca. Dado que el cambio cultural es inevitable en Tierradentro la adición de *Cannabis* a la farmacopea del curandero será un desarrollo mucho más benéfico que una entrega abyecta, digamos, a los diversos productos farmaceúticos. ¡Todo el poder a las hierbas!

## Hongos

La especie local de hongos alucinógenos –*Stropharia cubensis*, a veces identificada, erróneamente, como *Psilocybe cubensis*– se da en grandes cantidades durante las estaciones lluviosas (septiembre/diciembre, febrero/mayo) y es un foco de atención de los viajeros gringos en la región del Cauca. También ha sido adoptada, de manera entusiasta, por numerosos jóvenes colombianos de las ciudades pero, hasta ahora, parece haber tenido poco o ningún impacto sobre la población rural de la zona. *Stropharia* alcanza un tamaño de 2 a 15 centímetros de ancho y de 2 a 10 centímetros de alto y su contorno puede variar, dependiendo de su edad, desde una campana cerrada hasta una fuente amplia, abarquillada en los bordes. Sus características distintivas son un tinte naranja-marrón en el ápice que se desvanece a un habano sucio en los bordes, un collar púrpura profundo en el cuello y lamelas carmelitas-azuladas en la parte de abajo.

Al partirse y ponerse en contacto con el aire durante unos pocos minutos la carne toma un color marcadamente azul, evidencia, según la creencia popular, de la presencia del principal alcaloide activo, la psilocibina. Cada espécimen vive entre tres o cuatro días antes de comenzar a marchitarse y ser comido por los insectos. Durante este tiempo pasa de ser muy elástico y lleno de humedad a un estado más seco y más desmenuzable. Es aconsejable consumir solamente los hongos más frescos porque los más viejos contienen gusanos y otros parásitos. Una dosis moderada (8 a 12 miligramos) de psilocibina se puede obtener de unos cinco hongos medianos.

*Stropharia* se da bien en una gran variedad de zonas climáticas y su único requerimiento básico es la presencia de una buena cantidad de humedad en la tierra y, más importante aún, una matriz de estiércol de vaca para crecer en ella. Las esporas no germinan, directamente, cuando llegan a un ambiente adecuado sino que deben ser ingeridas con forraje y pasar por el complejo sistema digestivo de los rumiantes, como la vaca y el venado. Antes de la llegada de los españoles al Nuevo Mundo la distribución de la

*Stropharia* debe haber estado estrechamente ligada a los pastizales frecuentados por los venados; en el siglo XVI los mazatecas de Oaxaca, en Mexico, cuyo nombre significa ‘gente del venado’, observaban una estricta prohibición de matar a estos animales. Hoy día en la región del Cauca el hongo es más abundante en los pastizales de ganado a alturas de 1000 metros o menos y es relativamente raro en tierras más altas. Sin embargo, esto no impide que sea fácil de encontrar tanto en Popayán (1760 metros) como en Silvia (2450 metros) y muchos usuarios de vieja data afirman que las variedades de las montañas altas dan “una cabeza más despejada”, lo cual puede indicar alguna variación en la estructura del alcaloide.

La *Stropharia* puede ser levemente tóxica en sus efectos, particularmente si se emplean los hongos de altitudes más bajas. Aparte de las alucinaciones visuales comunes a varios alucinógenos, el comedor de hongos puede sufrir una sensación de temperatura corporal alta, constricción en la garganta, dolores de cabeza, desórdenes estomacales y ataques ocasionales de náusea súbita. La única zona en que la *Stropharia* es consumida por los indígenas americanos es en México, donde ha sido reportada entre los mazatecas de Huautla de Jiménez y entre los indios lacandones de las tierras bajas de Chiapas. Los mazatecas le llaman honguillo de San Isidro Labrador y le tienen en menor estima que a los diversos hongos más pequeños del género *Psilocybe*. Mis propias experiencias de *Psilocybe* –tanto de *P. semilanceata* (el ‘Liberty Cap’ de las Islas Británicas) como de *P. caerulescens var. mazatecorum* (el llamado derrumbe mexicano)– tienden a confirmar que los miembros de este género son un tanto preferibles a la *Stropharia* ya que carecen de los efectos físicos secundarios ocasionalmente desagradables de este último hongo, al tiempo que conservan todos los aspectos positivos de la psilocibina.<sup>121</sup>

---

121 El estudio clásico de *Stropharia cubensis* en Heim y Wasson (1958) sigue siendo la única fuente mayor de información sobre este hongo. Fürist (1976:172-173) cita la obra de John Haines, un micólogo del Museo del Estado de New York, en Albany, para

Aunque parece que la *Stropharia* nunca ha sido adoptada por algún grupo indígena fuera de México su amplia distribución le ha permitido volverse popular entre mucha gente joven en Latinoamérica. Originalmente identificada en Cuba a comienzos del siglo XX ahora se la conoce desde la Florida hasta Argentina. Las noticias sobre sus propiedades se difundieron, rápidamente, después de la descripción de su uso de Oaxaca en 1957, llegando a Colombia en 1960, a Brasil en la década de 1970 y, después, a todo el continente. En cierta forma parece apropiado que un alucinógeno contemporáneo tan ampliamente apreciado tenga una historia tan misteriosa y poco documentada. Uno recuerda el folclor de muchos jóvenes que consideran erróneo entrar a un campo 'en busca' de los hongos. Así como ellos deben presentarse espontáneamente al buscador, como si estuviesen guiados por una sabiduría superior, también se puede argüir que la *Stropharia* simplemente apareció por sí misma, en una época y en un lugar donde estaría segura de recibir una entusiasta bienvenida.

En la región del Cauca su uso no parece ser anterior a mediados de la década de 1960 pero esta entrada no indica la llegada de la especie sino solo el reconocimiento de sus propiedades psicodélicas. El hecho de que no interese, en absoluto, a los indígenas locales sugiere que no es un miembro original y nativo de la flora. La *Stropharia* se propaga con extrema facilidad, soltando enormes cantidades de esporas en el viento, y su difusión a lo largo de América tropical y subtropical ha dependido, principalmente, de la disponibilidad de estiércol vacuno y, consecuentemente, de un gran incremento en la extensión de tierra dedicada al pastoreo de ganado.

---

clarificar la ecología de *Stropharia* y destaca la importancia del interés de los mazatecas del siglo XVI por el ciervo, el único animal que hubiese podido servir para albergar las esporas de este hongo antes de la llegada del ganado europeo. El informe sobre el uso de *Stropharia* entre los Lacandones se deriva de una comunicación de Robertson en Dobkin (1974:149); los hongos británicos *Psilocybe* fueron descritos por Cooper (1978).

Esta relación ha sido gráficamente reconocida en la identificación mazateca del hongo *Stropharia* con la figura de San Isidro Labrador. San Isidro es el santo patrón de Madrid; su imagen ha sido reverenciada desde hace mucho en las excolonias españolas del Nuevo Mundo, representándose en la iconografía como un campesino heroico entre dos bueyes. Este lazo con España y con el ganado provocó la identificación de la *Stropharia* con la figura de San Isidro porque, aparte del venado, antes de la conquista española es imposible que la *Stropharia* hubiera podido tener la misma amplia distribución de que disfruta hoy. Uno no puede dejar de ver una gran ironía en el hecho de que una civilización europea expatriada haya creado las condiciones ambientales para la expansión de la *Stropharia* y se haya convertido en el principal exponente de su uso, mientras fueron los indígenas americanos los primeros en descubrir las extrañas propiedades de este hongo. Una onda lo más sollada...

## Apéndice B

### Hierbas mágicas y medicinales de la región del Cauca

#### Plantas medicinales nativas

*Cinchona sp.* Nombres locales: cascarilla, quina, quinaquina. Árbol que crece silvestre entre 1500 y 3000 metros de altitud. Fuente de quinina y una serie de alcaloides relacionados. La corteza molida se prepara en infusión y se usa para tratar fiebres, neuralgias y gripe común. En la segunda mitad del siglo XIX la quina roja de Pitayó y Mosoco era uno de los más apreciados productos de los resguardos nasa y llegó a atraer a un enorme grupo de compradores extranjeros que organizó sus operaciones desde una base en Silvia. Luego de veinte o treinta años la explotación indiscriminada de las plantas silvestres provocó la virtual desaparición de la cinchona a lo largo de casi toda la cordillera Central. Debido a que nunca hubo intento alguno por plantar nuevos áboles, ya que los nasa se beneficiaban poco con la extracción de la cascarilla de sus tierras, la región del Cauca apenas experimentó un corto auge como resultado de este floreciente comercio de exportación. Los actuales suministros domésticos son traídos, principalmente, por comerciantes indígenas de Santa Rosa.<sup>122</sup>

---

122 Véase Patiño (1967:331-346). Douay (1900) escribió un informe excelente, de primera mano, sobre las hazañas de un comprador francés de quina del siglo pasado.

*Chenopodium antihelminticum* Bert. o *Chenopodium ambroisioides* L., var. *Antihelminticum*. Nombre local: paico. Vermífugo muy eficiente; las semillas y la cocción de la planta fresca se usan en el Cauca contra la solitaria (*Ascaris*).<sup>123</sup>

*Jacaranda caucana* Pittier. Nombre local: gualanday. Especie local de un género pantropical ampliamente distribuido; sus hojas, el tallo y la fruta se preparan en una infusión apreciada por su acción depuradora sobre la sangre y por su efecto tonificante sobre el hígado y los riñones.<sup>124</sup>

*Juglands neotrópica*. Nombre local: nogal, el nombre español para la noguera del Viejo Mundo, que es del mismo género. Se prepara una intensa cocción de las hojas, usualmente mezcladas con sal, y se aplica en el tratamiento de problemas de la piel (enfermedades escrofulosas, eczema, etc); también se usa para curar úlceras cuticulares, infecciones, contusiones e inflamaciones.

*Nicotiana rústica* L. Nombre locales: *urn-wéb*, en nasa; tabaquillo, en español. Las plantas silvestres o semidomesticadas de tabaco se preparan en infusiones o cocciones y se emplean para tratar la disentería y las afecciones del hígado.

*Portulaca oleracea*. Nombre local: verdolaga. Las hojas se preparan en infusión o como compresa en la frente para tratar dolores de cabeza y fiebres. También se utiliza para balancear el efecto tóxico del *Chenopodium*.

*Spondias purpurea* L., *S. mombin* L. Nombres locales: ciruela, hobo. Las hojas y el interior de la corteza poseen fuertes cualidades astringentes, lo cual explica su difundido uso en la América tropical como vendas para heridas infectadas. En la región del Cauca los retoños y los brotes de las hojas se preparan en una infusión y se emplean para reducir las

---

123 Véase Patiño (1967:179).

124 Véase Patiño (1967:330).

fiebres. A veces se usan en forma de compresas para aplicar en la frente en caso de dolores de cabeza extremos.<sup>125</sup>

*Verbena sp.* Nombre local: verbena. Se utiliza como emplasto para dolores de cabeza y en cocción para el tratamiento de afecciones del hígado.

## Plantas medicinales introducidas

Los españoles introdujeron plantas del Viejo Mundo a la zona del Cauca; las más conocidas son los diversos miembros de la familia de la menta, las labiadas, y sanalotodos como el ajo y el jengibre. Las labiadas incluyen *Melissa officinalis* (toronjil), *Mentha viridis* (yerbabuena) y *Ocimum basilicum* (albahaca); se preparan en infusiones y se usan como frescos, es decir, bebidas refrescantes para aliviar dolores de cabeza y fiebres.

*Apium graveolens*. Nombre local: apio. Las hojas se usan en infusión para la acidez y la irritación estomacal. Los españoles introdujeron, al menos, dos plantas medicinales orientales al Cauca.<sup>126</sup>

*Citrus aurantium* var. *bigardia*. Nombre local: naranja agria. Las hojas se preparan en una cocción con hojas de coca frescas para el tratamiento de casos extremos de diarrea.

*Cymbopogon citratus*. Nombre local: limoncillo. La infusión es muy popular en Tierradentro para el tratamiento de resfriados y gripe; también se dice que calma los escalofríos que sienten las mujeres en el parto.

## Plantas mágicas

Las hierbas mencionadas anteriormente pueden ser usadas por los habitantes rurales de la zona del Cauca, tanto blancos como

125 Véase Patiño (1967:239).

126 Véase Patiño (1964:134).

indígenas, y, por lo general, se consideran exclusivamente terapéuticas. Las plantas usadas por los curanderos nasa, por otro lado, raras veces, sino jamás, son empleadas por los blancos ya que su potencia reside en sus cualidades mágicas antes que en las puramente medicinales. Hablando en general estas plantas mágicas se mascan junto con la coca y se utilizan para chupar y soplar en los rituales *pútia*; tal uso es bien diferente del uso de las plantas medicinales que, normalmente, se preparan en infusiones, cocciones o emplastos. La práctica de mascar otras hierbas junto con la coca no se limita a la región del Cauca; La Barre (1948:102) y Rostworowski (1973:194) han informado acerca del uso de la akhana agria –*Werneria poposa* Philippi o *W. ciliolata* A. Grey– como aditivo de la coca entre los quechua y aymara de los Andes centrales. Las hierbas mágicas de los nasa incluyen:

*Scutellaria racemosa* Per. Nombres locales: *cháyuts*, en nasa; contento o alegría, en español. La planta es del mismo género de la *Scutellaria* europea y norteamericana. Sus cualidades nervinas y antiespasmódicas se deben a la presencia de un aceite volátil, escutelaron, y explican la difundida masticación de la hierba fresca para contrarrestar y balancear la acción estimulante de las hojas de coca. Los curanderos nasa usan el *cháyuts*, lo mismo que el tabaco, para controlar las señas adivinatorias y, si es necesario, reducir su intensidad. Forma parte esencial del ‘altar’ empleado en las purificaciones rituales y en las contiendas de hechicería, colocando una ramita en un calabazo de aguardiente; la hierba también se usa como talismán protector en la coronilla de quienes participan en tales eventos. Siendo la panacea básica de los nasa a menudo se prepara en una infusión o en un emplasto para afecciones comunes como dolor de cabeza, tos y espasmos convulsivos; a veces se usa para lavar ojos inflamados. El mejor *cháyuts* crece en los valles fríos de más de 2000 metros de altura y es intercambiado entre los curanderos nasa por hojas de coca de la zona más baja, de clima subtropical.

*Myrcia acuminata*. Nombres locales: *umsim*, en nasa; yacuma negra, en español. La planta crece en Tierradentro entre 1000 y 2000 metros; sus semillas negras y elípticas de 7 mm de largo

y 3 mm de diámetro se mascan junto con la coca durante los rituales *pútia*. La yacuma negra no debe confundirse con las delgadas, blancas y dulces raíces de la yacuma blanca, una especie diferente no identificada que crece en las tierras calientes cerca de La Plata, a unos 1000 metros de altura. Los suministros de esta última hierba importados a Tierradentro son más apreciados que los débiles ejemplares que se cultivan localmente y que se denominan yacuma de peña. *Yácum*, sin embargo, ya sea local o importada, es considerada por los nasa como una de las hierbas mágicas más poderosas y posee un sabor muy agradable cuando se combina con coca.

*Hibiscus abelmoschus L.* Nombres locales: *ush ni'in*, en nasa; culebrina o pepa de arco, en español. Las pequeñas semillas reniformes poseen un sabor perfumado picante que combina bien con la coca; se dice que contienen una poderosa carga mágica, quizás relacionada con sus cualidades estomacales y nervinas. El arbusto crece en Tierradentro en la zona subtropical entre 1000 y 2000 metros de altura.

*Scleria catarinensis Boeck*. Nombres locales: *yuts-kái*, en nasa; curíbano, en español. Una hierba alta con una raíz de sabor fuerte que se masca, a menudo, con coca. Una variedad o, mejor, otra especie por complemento se distingue por una raíz más turgente y un sabor más agradable y almizclado; se conoce en nasa como *chinda-alco* y en español como pata de perro. Ambas crecen entre 1000 y 3000 metros en la zona ocupada por los nasa en Tierradentro. También se emplean en infusión para tratar desórdenes estomacales. Los curanderos tienen opiniones contradictorias sobre las virtudes del *yuts-kái*; aunque en los resguardos de Calderas y Togoima se considera un elemento positivo que aumenta su poder en San Andrés se tiene por 'peligroso' y solo se usa en hechicería ofensiva.

*Chundur* (sin identificar botánicamente). La raíz tuberosa de *chundur* está recubierta con una especie de pelaje marrón y es la parte de la planta que se masca en las prácticas mágicas. A menudo se distingue entre la variedad más gruesa –*chundur núsha*, en nasa; chundur de Castilla, en español– y el tipo más delgado y más fibroso (*chundur* de llanura,

en nasa, o *chundur* de arco, en español). Es posible que la primera variedad se haya desarrollado como resultado de un proceso de selección consciente, ya que el *chundur*, como el *chíyuts* y el *yácum*, es considerado una de las plantas más importantes usadas por los curanderos nasa y, con frecuencia, crece en un estado de claro semicultivo en las vecindades de los lugares de habitación humana.

*Peperomia sp.* Se distinguen dos especies con los nombres nasa de *shugués* y *shupeñíri*; ambas se mascan en la boca cuando están frescas. Una tercera planta, *shulape*, no ha sido identificada botánicamente pero, normalmente, se usa con las otras dos. El empleo de una cuarta, llamada simplemente *shu* (un musgo del género *Sphagnum*), parece estar cayendo en desuso como masticatorio, aunque aún se usa como venda para curar heridas. Es significativo que ninguna de las tres primeras plantas tiene nombre en español y su uso está restringido a los resguardos nasa más remotos y de mayor altitud, como Calderas, Chinas, Lame y Tumbichucue. Esto puede reflejar el hecho de que muchas de las plantas corrientes de la farmacopea mágica, como *chundur*, *yácum* y *ush ni'in*, son oriundas de los valles más bajos y subtropicales, lo que tiende a hacerlas raras y difíciles de obtener en las alturas. Como resultado de ello los curanderos de las regiones altas prefieren las hierbas frescas tomadas directamente del suelo –el grupo *shulape*/*shugués/shupeñín* más *cháyuts*, *chinda-alco* y *yuts-kái*, cuyo suministro está más localizado y es más seguro–. Es importante para el curandero tener acceso a su propia fuente de hierbas mágicas debido a que, aparte de cualquier consideración financiera, no puede darse el lujo de depender de suministros que podrían ser bloqueados por un rival inescrupuloso. Esto explica la casi total ausencia de un comercio a larga distancia de hierbas mágicas entre los nasa; en los pocos casos en que existe casi siempre se encuentra en manos de blancos u otros comerciantes indígenas no nasa que hacen negocios en el contexto étnico mixto de la plaza de mercado.

*Myroxylon balsamum* (L.) Harms o *Myroxylon pereirae* Klotsch. Nombres locales: *ta'atsa*, en nasa; tache, olor o bálsamo, en español. La resina de esta planta se usó mucho

en Popayán durante el período colonial como incienso para repeler insectos. Su semilla de tamaño de una almendra sirve al curandero nasa como masticatorio. Los árboles silvestres de tache se dan en muchas partes de la zona del Cauca pero nunca supe de ninguno que se explotara en Tierradentro. Los suministros de la droga a los nasa parten de un grupo ambulante de botánicos indígenas cuyo valle nativo de Sibundoy está ubicado cerca de la selva tropical del Putumayo, tradicionalmente la fuente de la mayoría del tache usado en Popayán. Los nasa mantienen una incómoda relación con los sibundoyes debido a que tienen una formidable reputación como curanderos. Las diferencias entre los nasa y los sibundoyes no solo radican en lenguajes y cosmologías mutuamente incomprensibles sino, también y quizás más importante, en su preferencia de plantas: los sibundoyes son bebedores de yagé y jamás mascan coca mientras los nasa son, básicamente, mascadores de coca y nunca tocarían el yagé. Como es de esperarse solo los curanderos que operan en los límites de los resguardos nasa muestran cierta voluntad para adoptar el uso de las poderosas semillas de tache o de *ta'atsa*. Hace poco menos de veinte años el uso de *ta'atsa* en Tierradentro parece haber sido desconocido.<sup>127</sup>

### Plantas usadas en hechicería ofensiva

Estas plantas se manejan en las disputas de hechicería, proyectando sus cualidades tóxicas sobre la víctima por medio de un acto de magia ‘imitativa’. Usualmente se combinan con una garra o un diente de culebra o con cualquier clase de espina vegetal para ‘penetrar’ más efectivamente al enemigo.

*Fourcroya foetida* (L.) How o *Furcraea macrophylla* (Hook) Baker. Nombres locales: cabulla, cabuya. Aparte de usarse la parte aguzada de las hojas como espina la savia cáustica se dice que ‘pudre’ el cuerpo del rival.

---

127 Véase Patiño (1967:185-193).

*Euphorbia cotinifolia* (L.). Nombre local: lechero. Se usa para cercas en el Cauca a altitudes mayores de 2000 metros; esta planta posee una savia venenosa y cauchosa y puede 'reventar' el cuerpo del rival.

*Urtica sp.* Nombres locales: *guepekás*, en nasa; ortiga y pringamoza, en español. Es la más débil de las hierbas ofensivas y, quizás, la más comúnmente usada. Su poder de pinchar la piel sirve para mantener a un rival indeseable lejos de un lugar específico señalado por el curandero con el ritual *pútia*. La planta también se usa como remedio, preparada en una infusión y bebida por quienes sufren de problemas de la vejiga.

*Toxicodendron striatum* Kuntze. Nombre local: caspi. El contacto con este arbusto o con su savia produce ronchas terribles con una picazón incontrolable por muchos días. El caspi se emplea en la hechicería para producir inflamaciones en la víctima. Su acción puede ser contrarrestada por medio de la aplicación externa de la savia de cogollos de la yuca común (*Manihot esculenta*).

*Brugmansia sp.* Nombre local: borrachero. Los alcaloides activos de esta planta incluyen una cantidad significativa de hioscina (escopolamina), junto con cantidades más pequeñas de atropina e hiosciamina, lo que produce un efecto similar al estramonio, la belladona y al beleño de Viejo Mundo. Las hojas y las semillas del borrachero o floripondio suramericano fueron ampliamente usadas en una época como droga medicinal y mágica por los habitantes indígenas de los Andes; en muchas regiones esta planta era el único alucinógeno nativo conocido y fácilmente conseguible. Las crónicas describen su empleo generalizado alrededor de los primeros establecimientos españoles en Quito y Bogotá; es casi seguro que la triple mención de Cieza de León (1962:95-109) al hábito de los indios de "hablar con el demonio" se refiera al uso del borrachero en las vecindades de Cali y Popayán.

El estudio de Piedrahita (1973) puede citarse para apoyar esta idea porque suministra detalles documentados de un

sínodo organizado por el obispo de Popayán en 1617. En las instrucciones impartidas a sus clérigos figura una sección sobre la inclinación de los nativos a embriagarse; aunque el buen obispo se sintió impotente para evitar la elaboración de brebajes alcohólicos afirmó específicamente:

Damos consentimiento para que... puedan hacer el dicho guarapo y chicha con que en él no se echen yerbas ni cosa violenta para darle mayor fuerza... ni en ella se eche ni ponga ninguna raíz, hoja o flor que de mayor fuerza para la embriaguez a las dichas bebidas.

La referencia a raíz, hoja o flor con propiedades fuertes sugiere que el borrachero seguía siendo empleado por los indígenas del Cauca en esos tiempos. Esta impresión la confirma otro informe que data de la segunda mitad del siglo XIX en el cual Douay (1900:99) señaló el empleo de un alucinógeno entre los nasa, que llamó *stramonium* (del estramonio europeo, un miembro del vecino género *Datura*). Douay describió que se usaba como veneno para pescar en los ríos de la cordillera Central y para producir alucinaciones, durante las cuales, se dice, uno adquiere el regalo de la segunda visión. Vawell (1974:208) describió el uso de la hierba fresca en Popayán en el siglo XIX como 'narcótico' para inducir el sueño en seres humanos y en serpientes peligrosas. La planta era considerada por la población blanca como una amenaza debido a que era usada por los esclavos negros para drogar a sus amos y colocar culebras venenosas en sus camas, a menudo con resultados letales.

Por la época en que Bernal (1954b) realizó su estudio clásico sobre la magia y la medicina de los nasa la costumbre de ingerir borrachero en cualquier forma había desaparecido por completo. Yo tampoco puede encontrar un curandero nasa aún vivo en 1974 que lo hubiera usado alguna vez; tampoco oí de nadie que usara el borrachero con el propósito de lograr algún tipo de 'segunda visión' o trance adivinatorio. Actualmente la aplicación de la droga parece limitarse al contexto de la hechicería agresiva, empleándose

para enloquecer a un rival. Al manipular la planta es posible que el curandero tenga que absorber algo de los efectos del borrachero ya que sus alcaloides son capaces de penetrar el cuerpo a través de la piel. La ‘proyección’ mágica de sus cualidades sobre la persona de un rival puede implicar, paradójicamente, una experiencia real, aunque relativamente suave, de los efectos de la droga por parte del curandero que recurre al uso del borrachero. Esto explicaría, quizás, por qué tocar o permanecer cerca de la planta se considera extremadamente peligroso. Un mito guambiano recogido por Hernández de Alba y Tumiñá (1949:91) habla de la agradable fragancia que despiden las flores del borrachero durante la noche pero advierte que dentro la planta reside un espíritu maléfico que asume la forma de un águila; guarda, celosamente, la planta donde vive y persigue a quien trata de cortarla, arruinando las cosechas del ofensor y lanzando plagas contra su familia y sus animales domésticos.

El arbusto se considera capaz de causar amnesia a cualquier persona –hombre, mujer o niño– que se acerque demasiado a su olor envolvente, conduciéndole a un extraño mundo de ensueño donde tendrá visiones de los ya casi extintos indígenas pijaos, un pueblo caníbal que fue un flagelo terrible para los guambianos y las incipientes colonias españolas del siglo XVI. Estas asociaciones parecen indicar que los indígenas del Cauca son conscientes de los poderes del borrachero y sugieren que desde hace mucho ha sido reconocido como uno de los agentes psicoactivos más potentes suministrado por la flora andina nativa.

En el Cauca concurren dos especies, ambas “daturas de árbol”, es decir, arbustos perennes, distintos de las daturas herbáceas anuales de Europa y de México. Recientemente algunos autores les han dedicado un género aparte, *Brugmansia*, que reconoce esta diversidad botánica. El más común de los borracheros caucanos tiene flores blancas, crece hasta cuatro metros de altura y parece adaptarse mejor en los climas más fríos, entre 2000 y 3000 metros; usualmente se identifica como *Brugmansia arborea* L. (Patiño 1967:273) o *Brugmansia candida* (Bristol 1970).

Se conoce otra especie rara en el área del volcán Puracé que se da, óptimamente, en las condiciones de páramo que prevalecen alrededor de 3000 metros. Los arbustos son más pequeños, pocas veces pasan de un metro de altura y las flores son de un color púrpura rojizo, lo cual explica el nombre local de borrachero colorado. Este término se aplica en Boyacá y Cundinamarca a la *Brugmansia sanguinea*, de un porte más grande; la especie caucana fue publicada por Barclay (1959) como *Datura* (ahora *Brugmansia*) *vulcanicola*. La ocurrencia común de esta última cerca de sitios arqueológicos de las partes altas del valle de Coconuco parece sugerir que la planta fue usada, alguna vez, en forma extensiva por los habitantes prehispánicos de esa zona, quizás en alguna asociación con rituales de limpieza de cuerpos, ya que muchos de esos lugares están ubicados cerca de fuentes de aguas calientes azufradas.



## Apéndice C

### La resistencia de los nasa y su lucha por la tierra

**L**a mayoría de los viajeros extranjeros usualmente no viene a esta parte de Colombia para mascar hojas de coca ni para simpatizar con los indígenas nasa sino con el fin de visitar el parque arqueológico situado en el valle de San Andrés de Pisimalá. Las atracciones locales –que incluyen las singulares tumbas pintadas de Segovia, El Aguacate y Alto de San Andrés, así como las grandes esculturas de piedra de El Tablón, desenterradas y reordenadas en un círculo muy hermoso, aunque artificial– han sido descritas, con diversos grados de competencia, por Burg (1936), Pérez de Barradas (1937), Hernández de Alba (1938, 1946b), Silva (1944), Patterson (1965), Reichel-Dolmatoff (1966) y Long y Yangüez (1971). Pérez de Barradas, el primero en ocuparse, seriamente, de los problemas de cronología en esta región, arguyó que a la cultura de las tumbas pintadas de Tierradentro debía asignarse una fecha más tardía que la de las estatuas de El Tablón; estas últimas muestran marcados paralelos con el estilo artístico lítico del cercano sitio de San Agustín, aún no fechado, aunque se supone que alcanzó su climax en el período entre 100 y 500 d. C. Patterson sugirió que la cerámica de las grandes tumbas pintadas de Segovia es más antigua que la que se asocia con el estilo de San Agustín y, por lo tanto, con las estatuas de El Tablón y propuso que las tumbas pueden fecharse hacia 700 años a. C.

Long y Yangüez, a pesar de la asidua excavación de sitios de habitación, no encontraron una estratigrafía que pudiera

confirmar o refutar la secuencia de Patterson; sin embargo, también sugieren una fecha relativamente tardía para las estatuas de El Tablón y hasta defienden la idea de que ese lugar todavía estaba ocupado por la época de la Conquista española. Las afinidades estilísticas entre la bolsa de coca representada en una de estas estatuas y el *kuétan yáha* de los nasa contemporáneos tienden a respaldar esta hipótesis y dar peso a la provocativa sugerencia de que los nasa son, en algún sentido general, los descendientes de quienes tallaron las asombrosas estatuas de San Agustín y El Tablón. Esa idea parece tener mayor credibilidad que la hipótesis de múltiples ‘invasiones’ defendidas por los antiguos historiadores y arqueólogos del Cauca; buscando justificar la intrusión de los blancos en Tierradentro trataron de despachar a los nasa como simples advenedizos, como bárbaros que llegaron a la zona poco antes que los españoles, destruyendo las avanzadas culturas de los anteriores habitantes y permitiendo que su civilización, romantizada y convenientemente extinguida, fuera apropiada, cínicamente, como parte de la herencia nacional colombiana.

Es de esperar que las recientes y aún no publicadas excavaciones de Álvaro Chávez y Mauricio Puerta arrojen nuevas luces a la secuencia y cronología de las culturas prehispánicas de Tierradentro. Dada la naturaleza inconclusa de la mayor parte de la investigación arqueológica debe aceptarse que todo intento por clarificar el impacto de la Conquista española en la región del Cauca se ha enredado por la ausencia de crónicas de primera mano que describan el proceso. Parece probable, sin embargo, que el minucioso informe de Castellanos (1944) sobre las primeras expediciones llevadas a cabo desde Quito en 1536 y 1537 estaba basado en relatos de testigos que fueron recogidos más tarde, de acuerdo con Arroyo (1955:187) los de dos soldados llamados Serrano y Minderos. La historia temprana de la nueva colonia y los conflictos entre los diversos comandantes de campo y el hombre que, en últimas, dirigió la conquista, Sebastián de Belalcázar (o Benalcázar), está analizada a fondo en la excelente biografía del conquistador escrita por Jijón y Caamaño (1938).

La política de virtual genocidio emprendida en las vecindades de Popayán y Cali por los comandantes de la guardia de avanzada, Ampudia y Añasco, y luego perpetrada por el mismo Belalcázar, produjo muchísimo sufrimiento a los indígenas y a los colonos blancos. La descripción de Andagoya (1938) de la situación cuando arribó en 1540, aunque políticamente motivada contra Belalcázar, es una clara denuncia de esta etapa temprana de anarquía de fronteras y suministra amplia explicación del rechazo total y sin compromisos del pueblo nasa a cualquier acomodamiento con los invasores. Es significativo que Andagoya perdiera varios hombres en el intento por subyugar a los nasa de la vertiente occidental de la cordillera Central. La colonización incipiente en Timaná, al otro lado de esta línea de montañas, apenas pudo sobrevivir el embate de los nasa y sus aliados, unidos bajo el liderazgo de una fiera cacica conocida como la Gaitana. A pesar del empleo de arcabuces y perros amaestrados para devorar hombres Ampudia y Añasco, templados veteranos que habían luchado en las campañas del Perú y el Ecuador, perdieron sus vidas tratando de ocupar Tierradentro, una tragedia registrada por Castellanos (1944) y Cieza de León (1918) y resumida en Jijón y Caamaño (1938:46-77). No es sorprendente que las primeras descripciones de los nasa tiendan a concentrarse en sus hazañas como guerreros:

Son valientes, de muy grandes fuerzas, diestros en el pelear, de buenos cuerpos y muy limpios... Tienen para pelear lanzas gruesas de palma negra, tan largas que son de veinte y cinco palmos y más cada una, y muchas tiraderas, grandes galgas, de las cuales se aprovechan a sus tiempos. Han muerto tantos y tan esforzados y valientes españoles, así capitanes como soldados, que pone muy gran lástima y no poco espanto ver que estos indios, siendo pocos, hayan hecho tanto mal (Cieza de León 1962:109).

A su regreso de España a comienzos de 1541 Belalcázar lanzó pequeñas incursiones punitivas contra los nasa, rápidamente derrotadas. A mediados de 1543 condujo la primera expedición grande en Tierradentro, con una fuerza de 120 hombres, 50 caballos y numerosos portadores indígenas;

fue saludada con una política de tierra arrasada que dejó a los españoles sin comida y sin abrigo, obligados a abrir camino por estrechos senderos donde estaban sometidos a casi constantes ataques guerrilleros de los indígenas que se habían refugiado en las escarpadas laderas. Arriba de los farallones de Tálaga se libró un encuentro decisivo contra una plaza fuerte nasa; por primera vez en su larga carrera Belalcázar se vio obligado a aceptar la derrota, perdiendo a su teniente Tovar y a la mayor parte de sus mejores tropas en un intento suicida por escalar las altas montañas. Se retiró hacia Cali a través de la nebulosa espesura del páramo de la cordillera Central, siendo forzado a abandonar sus caballos y a muchos rezagados; posteriormente solo pudo organizar pequeñas operaciones de contención para evitar que los nasa cortaran las comunicaciones entre Cali y Popayán. El historiador Jijón y Caamaño (1938: 225-241) en su estudio de este período se basa, fundamentalmente, en Castellanos (1944), así como en cartas escritas al rey español por Belalcázar y por los funcionarios de la Real Caja, Guevara y Magaña, editadas por Garcés (1936; véase, especialmente, la carta de Belalcázar desde Cali del 20 de diciembre de 1544).

La situación de estancamiento efectivo persistió durante muchos años luego de la derrota española en Tálaga; a través de este tiempo la colonia en Popayán vivió en constante zozobra ante los súbitos ataques de los nasa contra haciendas aisladas, minas y convoyes de aprovisionamiento. Otros grupos indígenas resistieron con menos éxito y sus sobrevivientes recibieron un trato tan inhumano que Bartolomé de las Casas (1946:131-133) se sintió obligado a escribir una virulenta condena del ardor sanguinario de Belalcázar como conquistador. De España vino una respuesta humanitaria en la figura de Juan del Valle, primer obispo de Popayán. Sus intentos por contener los excesos de los colonizadores fueron registrados por Friede (1961), cuyo relato cubre el período crucial entre 1548 y 1560, cuando se echaron los cimientos de una administración colonial estable en la zona. Quizás debido a su influencia a los nasa se permitió vivir a su manera durante esos años. No fue sino hasta 1562 que se envió otra gran expedición a Tierradentro

bajo el mando de Domingo Lozano con el objetivo de fundar una colonia permanente en el valle fértil y densamente poblado del río Páez. Aunque bajo sitio permanente por parte de la población de los alrededores este núcleo, San Vicente de los Páez, parece haber sobrevivido, al menos, seis o siete años. Afortunadamente, por lo menos para mi propósito, uno de los colonizadores españoles debió vivir para contar su relato al cronista Pedro de Aguado ya que su *Recopilación histiorial* suministra lo mejor de los primeros registros históricos sobre la sociedad nasa. Dedicó 75 páginas a la expedición de Lozano (Aguado 1956:487-561). El informe no solo contiene una cantidad asombrosa de detalles de los encuentros militares entre los indígenas y las fuerzas españolas sino, también, de la organización social, política y económica del pueblo nasa, así como de su rivalidad con los vecinos guambianos de Silvia quienes, adelantando una política de colaboración pacífica con los españoles, eran utilizados como fuerza nativa auxiliar contra los nasa. En reconocimiento a su singular contribución al esclarecimiento del primer período colonial las fuentes y la historia de los manuscritos de Aguado han sido extensamente documentadas por Friede (1956) y Fals (1956).

La oposición a la colonia de Lozano, al menos inicialmente, parece haberse enredado por disensiones internas y falta de cooperación entre diferentes caciques nasa, referidos por medio del nombre de cada lugar, un detalle importante que refuerza el concepto de que el liderazgo nasa siempre ha sido más ‘situacional’ que formal o hereditario. Quizás es aún más interesante que Aguado señalara, repetidamente, la intervención de los curanderos nasa en fortalecer la resolución de lucha de su pueblo, reduciendo los conflictos entre los diversos valles y produciendo un repudio unificado a cualquier intento de los españoles de imponer un ‘arreglo negociado’. Los colonizadores quedaron con las manos vacías dentro de su empalizada, aislados hasta el punto de tener que arriesgar vidas preciosas aún para asegurar suministros de artículos básicos como sal y agua. Acosados de tal forma los colonos cometieron salvajes atrocidades que, lejos de acobardar y someter a los nasa, solo condujeron a reforzar

las viejas tradiciones guerreras. Una vez que San Vicente fue abandonado los indígenas comenzaron a ser conscientes de su fuerza y pasaron a la ofensiva. En 1577 masacraron a los habitantes del centro minero de La Plata y entre 1582 y 1589 saquearon Caloto, un pueblo productor de oro. La ferocidad de estos ataques llevó a que ambos fueran reubicados más abajo en sus respectivos valles, una retirada táctica que aseguró la integridad territorial de las tierras nasa hasta el comienzo del siglo XX. Además de la crónica de Aguado otras fuentes de este período incluyen a los imaginativos Arroyo (1955:127-170), Sendoya (1964) y Otero (1952:56).

De los indígenas de la región del Cauca los nasa fueron casi únicos en su resistencia exitosa a la dominación española. Trimborn (1949) escribió una etnografía comparativa de los diferentes grupos que vivían en la zona en la época de la conquista pero su análisis no puede dar una explicación real de por qué fue así. Las historias locales sobre otras regiones –Arboleda (1956) para Cali, Romoli (1962) para el sur del Cauca y Romoli (1963) para la cordillera Occidental y la costa Pacífica del Cauca– describen el rápido colapso de la independencia indígena en áreas geográficas que no difieren, significativamente, de Tierradentro. Incluso los feroz caníbales Pijao, quienes ocupaban la cordillera Central al norte de los nasa, fueron subyugados por una campaña de genocidio despiadada llevada a cabo entre 1605 y 1613. El contexto cultural de la resistencia Pijao, objeto de dos excelentes estudios etnohistóricos de Lucena (1962, 1965), fue más intransigente que el de los nasa. Es posible que su inclinación a la antropofagia y su atrevimiento al atacar grandes poblaciones españolas (como Ibagué, Buga y Cartago) hayan generado una respuesta más virulenta que la táctica nasa de limitar la acción armada a la defensa de su territorio tradicional. Garcés (1935:571) transcribió una cédula del rey de España del 8 de julio de 1598 instruyendo a los responsables de la guerra contra los Pijao a considerar los prisioneros como esclavos, un tratamiento comúnmente dado a los caníbales. Es notable que tales instrucciones jamás se hicieran extensivas a los nasa.

Después del período inicial de la conquista española los nasa rara vez se aventuraron cerca de Popayán mientras los indígenas más serviciales del grupo guambiano-coconuco constituyan un excelente amortiguador entre dicha ciudad y Tierradentro. Se construyó un fuerte en Silvia para contener cualquier incursión de los nasa a través de la cordillera Central y la ruta de Popayán a La Plata y a Santa Fe de Bogotá fue trazada por el territorio de los guanacas, vecinos de los nasa en el sector meridional, aparentemente menos beligerantes y relacionados, lingüísticamente, con los guambianos y los coconucos. Debido a que Tierradentro no era particularmente rica en oro los españoles no vieron ninguna razón económica de importancia para su ocupación y, dado el fracaso de su intento de intimidar por la fuerza, el asunto de convertir a los nasa fue, durante los siglos XVII y XVIII, encargado a una banda pequeña y bastante impotente de misioneros.

La mejor historia de este período es un manuscrito redactado por David González, un lazartista que vivió en el territorio nasa desde 1922 hasta comienzos de la década de 1950. González tuvo la oportunidad de comparar su excelente conocimiento del terreno con las diversas fuentes históricas publicadas y tomó parte de su información original de los registros parroquiales de la primera iglesia permanente en Tierradentro, San Juan Bautista de Tálaga, que sobrevivió desde 1682 hasta 1816, cuando la guerra de independencia obligó a abandonarla. González señaló que las primeras misiones jesuitas en la zona (1613-1640) habían tenido poco éxito y que la 'barbarie' de los nasa, junto con su costumbre de reír abiertamente ante los intentos de conversión de los sacerdotes, redujeron a uno de sus miembros, Ignacio Navarro, a un estado de mudez catatónica. Informes del período colonial tardío, como el diccionario nasa escrito por el misionero del siglo XVIII Eugenio del Castillo i Orozco (1877), hicieron eco a estas impresiones y a las observaciones de la crónica de Aguado, subrayando el papel de los curanderos en la resistencia a la penetración de la civilización cristiana. Un manuscrito de

los archivos coloniales de Popayán también parece indicar que los curas se cansaban, frecuentemente, de sus ingratas vocaciones.<sup>128</sup> Aunque la guerra abierta contra los españoles cesó durante la mayor parte de los siglos XVII y XVIII fue reemplazada por una muralla de clara indiferencia hacia las empresas misioneras; el número de bautismos cristianos en los registros de las parroquias no puede representar sino una pequeña minoría de la población total de Tierradentro.

El estado espiritual de su rebaño era lo que menos importaba. Para la colonia española era más importante el hecho de que los indios sujetos a la Corona pagaran un tributo fijo anual, calculado sobre los varones adultos entre 18 y 50 años. El fondo económico de este sistema, llamado encomienda, ha sido analizado por Colmenares (1973) y su funcionamiento explicado por Juan y Ulloa (1918), Arboleda (1948), Ots (1957) y Smith (1967). Debido a que los nasa no fueron divididos en encomiendas sino hasta bien entrado el siglo XVII tuvieron la buena fortuna de evitar los rigores del servicio personal, el sistema de servidumbre que había sido el tipo original de encomienda aplicado en las primeras etapas de la conquista española, tanto en México como en Santo Domingo y la costa norte de Colombia. Las leyes posteriores que regieron la institución solo permitieron al encomendero recolectar tributos, recogiendo productos de la tierra y vendiéndolos en el mercado o, lo que era más frecuente, exigiendo una fuerza de trabajo remunerada a una tasa fijada por la Corona. El encomendero no tenía derecho a usar la tierra de los indígenas ni a vivir junto con ellos, como tampoco podía formular exigencias permanentes por su trabajo o ser su juez en casos de delitos criminales, como había sido la práctica en las primeras encomiendas. Todavía más: un corregidor, generalmente el misionero local, tenía que ser nombrado para cuidar los intereses de los indígenas con el objetivo de prevenir el surgimiento de nuevos abusos por parte de los encomenderos.

---

128 ACC, Sig.607, fechado en 1686.

Aunque, en teoría, se protegía a la población autóctona, la práctica del sistema de encomienda en Tierradentro se complicó por factores locales poco comprendidos por los legisladores en España. La extracción del tributo dependía de la realización de un censo completo en cada encomienda y, a juzgar por las incompletas listas de tributos que aún se encuentran en los archivos de Popayán, este proceso raras veces era completado con algún grado de éxito. No es sorprendente, debido a que los nasa todavía estaban en abierta rebelión, que las fuentes de finales del siglo XVI sobre las encomiendas en Popayán –Descobar (1938) y López de Velasco (1894)– no hagan referencia alguna al tributo producido por los indígenas de Tierradentro. Las ordenanzas decretadas por el oidor de Quito, Diego Inclán y Valdés, en una visita oficial a Popayán en 1668 establecen que todavía no se había elaborado un censo amplio de los nasa hasta entonces (Olano 1910, Apéndice, p. 31). Las listas de tributos que existen, hábilmente resumidas por Arboleda (1948) y Otero (1952), muestran que la ofensiva para completar el censo y empezar a extraer tributo de los nasa solo comenzó en las dos últimas décadas del siglo XVII, alcanzando su clímax entre 1698 y 1719. Con la muerte legal del sistema de la encomienda en 1740 esta iniciativa perdió vigencia, desapareciendo con el fallecimiento del último encomendero, Capitán Polo Nieto, de Tóez, en 1761, como relata la anotación de Castillo i Orozco en los registros de la parroquia de Tálaga (González s.f.:57).

Aún en las dos o tres generaciones en las que estuvo funcionando la encomienda en Tierradentro parece haber tenido muchas dificultades en cumplir sus obligaciones tributarias. La pobreza material de los nasa<sup>129</sup> hizo que su tributo anual se calculase a una tasa tan baja que las encomiendas más pequeñas no podían asumir el costo del viaje del encomendero o sus representantes a la zona cada vez que tenía lugar un censo o se debía recolectar el tributo bienal. Como resultado muchas encomiendas operaban

129 Como se anota, por ejemplo, en ACC, Sig. 4296.

a pérdida; su deuda a la Corona fue exacerbada por el hecho de que los indígenas huían al monte cuando debían presentarse a trabajar; esto fue registrado, con no poca ironía, por el corregidor de Suín en una relación fechada en 1696.<sup>130</sup> Cuando la deuda se volvía demasiado grande los representantes de la Corona podían embargar el uso futuro de trabajo indígena por parte del encomendero o, en algunos casos, como el relatado en 1715 por el corregidor de Vitoncó, la encomienda se declaraba ‘extinguida’.<sup>131</sup>

Los problemas de administración se mezclaban con las tradiciones culturales de los nasa ya que, a diferencia de la situación en los Andes centrales o en las vecinas encomiendas de Guambía y Coconuco, raras veces había un líder que pudiera responsabilizarse de la correcta observancia de las leyes tributarias. El ejemplo de San Andrés de Pisimalá muestra lo absurdo de los intentos españoles por imponer la idea de jerarquía en una sociedad que es, y siempre ha sido, esencialmente igualitaria. En sus esfuerzos por crear un liderazgo responsable los corregidores de esta área nombraron caciques solo en función de las numerosas encomiendas en las que se había repartido la población del valle, sin referencia alguna a las estructuras sociales del lugar. De esa forma una comunidad con algo menos de cien varones adultos era provista con casi una docena de caciques.<sup>132</sup>

Apenas sorprende que la encomienda fuese una experiencia casi tan decepcionante para los encomenderos de Tierradentro como para los indígenas. Una y otra vez las fuentes coloniales describen la apremiante necesidad de reunir a los nasa en aldeas nucleadas de modo que pudieran ser catequizados y enseñados en formas de agricultura consideradas más productivas (Olano 1910, Apéndice, p 2). Tal vez era inevitable que algunos encomenderos intentaran resolver la cuestión por la fuerza. El Marqués de la Vega, gobernador de Popayán entre 1707 y 1713, se vio obligado

130 ACC, Sig. 971.

131 ACC, Sig. 2827.

132 ACC, Sigs. 2545, 2907, 2910, 2911.

a tomar la encomienda de la familia Palomino en Calderas y Togoima “por excesos cometidos contra los indios”.<sup>133</sup> Al visitar Tierradentro en 1721 el obispo de Popayán prorrumpió en invectivas contra los encomenderos por dos abusos principales: obligar, ilegalmente, a las mujeres y niños nasa a trabajar como sirvientes domésticos en Popayán y emplear varones adultos como bestias de carga para transportar fardos a través del traicionero páramo de Guanacas (González s.f.:51).



San Andres de Pisimalá. Esta iglesia doctrinera fue incendiada a principios de 1975

Aquí se revela una cuestión importante ya que la fuerza de trabajo indígena debe haber sido de poca utilidad para los encomenderos en Tierradentro, una zona donde no poseían tierras, ni minas, ni ninguna otra empresa lucrativa que requiriera un gran equipo de trabajadores. Numerosos documentos<sup>134</sup> hablan de la migración estacional de los trabajadores nasa hacia los fundos que rodeaban a Popayán,

---

133 ACC, Sig. 8363.

134 ACC, Sigs. 8960, 8527, 1896, 7856.

particularmente hacia la propiedad de la familia Mosquera y Figueroa en Coconuco.<sup>135</sup> La encomienda original de Cristóbal Mosquera era, a comienzos del siglo XVIII, la más grande de Tierradentro e incluía una buena parte de los indígenas de Vitoncó y Huila, dos de los lugares más densamente poblados del distrito. Solo familias con el peso político y el poder coercitivo de los Mosquera podían instar, con éxito, a un número suficiente de ‘sus’ indígenas a salir de Tierradentro y trabajar en sus haciendas, haciendo rentable el arduo negocio de organizar una encomienda.

Las encomiendas más pequeñas sufrieron un colapso con la institución a mediados del siglo XVIII, dando lugar a un sistema conocido como repartimiento por el cual los indígenas eran forzados a trabajar para los colonizadores blancos a cambio de un salario claro, en vez de hacerlo para pagar tributo. Aunque la ley sobre esta leva de trabajo estipulaba que ningún indígena podía ser llevado a más de diez leguas de su hogar nativo las condiciones eran alteradas tomando en cuenta el caso especial de los nasa, quienes tenían que viajar más lejos, siendo “acostumbrados desde tiempos inmemoriales a trabajar en esta ciudad [Popayán]”.<sup>136</sup> Un buen número de los nasa se resistió al repartimiento, como había hecho con la encomienda. El padre González estableció que la segunda mitad del siglo XVIII vio una notable merma de la actividad misionera y del celo administrativo en Tierradentro. No hay ningún registro de nuevos bautizos en los archivos parroquiales después de 1756; el sacerdote a cargo de Tálaga por esa época abandonó la iglesia y se marchó a vivir en Vitoncó, donde la influencia de los Mosquera todavía se sentía.

En un sentido este lazo –la inverosímil colaboración entre una familia paternalista patricia de Popayán y los orgullosos indígenas de Vitoncó, llamado en una época *chambaguala*, la ‘capital’ o ‘casa grande’ de los nasa– es el único legado vivo del periodo colonial en Tierradentro. El toque

<sup>135</sup> ACC, Sig. 1984; González s.f.: 48, 108.

<sup>136</sup> ACC, Sig. 3207; véase Sig. 8462 y Arboleda 1948.

de muerte del dominio español en los Andes ya había sonado en la década de 1740 con las espléndidamente subversivas *Noticias secretas* de Juan y Ulloa (1918) que condenaron la sojuzgación tiránica de los indios por parte de los viejos corregidores y encomenderos. Los nasa se encontraban entre los primeros que abrazaron la causa de la Independencia y dieron vital apoyo a la causa de los patriotas en los primeros años de la guerra bajo la dirección de un indígena de Vitoncó, Agustín Calambás, uno de los pocos caciques genuinos de la historia nasa.

Al comienzo de las hostilidades un misionero que trabajaba en Tierradentro, Andrés Ordóñez, organizó un sistema de comunicación entre los simpatizantes revolucionarios de La Plata, Caloto y Cali, espiando los movimientos realistas a través del páramo de Guanacas; dirigió a un grupo de indígenas en la primera acción armada de la Guerra Magna en la zona del Cauca, la captura de una pequeña guarnición española en Inzá, en febrero de 1811 (Olano 1910:182; Otero 1952:22). Los voluntarios nasa suministraron una fuerza de reserva para la primera gran batalla de la campaña de Independencia, la del Bajo Palacé, el 28 de marzo de 1811, y pelearon con distinción en el Alto Palacé, el 30 de diciembre de 1813, y Calibío, el 15 de enero de 1814 (Aragón 1939:196; Arboleda 1952:121). Nariño, el comandante republicano de este último encuentro, valoraba la ayuda de los indígenas y demostró amistad a un líder nasa conocido como Astudillo. La ambigüedad de la repentina simpatía de la aristocracia criolla por los indígenas fue captada por un testigo contemporáneo, José María Espinosa (1971:49), quien, al describir la relación de Nariño con los indios, se sintió obligado a escribir:

[...] y fue al fin tan de su confianza [de Nariño] que le tenía [a Astudillo] siempre en palacio y salía con él en su coche a pasear todas las tardes; lo cual era motivo de grande escándalo para la gente, que, no comprendiendo la política y miras de Nariño, no podía explicarse una amistad tan íntima entre dos personas tan diferentes por su posición y su educación.

Nariño tenía excelentes motivos para adoptar una actitud tan liberal ya que fueron los nasa, y no la élite esclavista local, quienes suministraron los cargadores necesarios para llevar la artillería al sur para la histórica captura de Pasto, la plaza fuerte realista. Poco después, sin embargo, la marea se volvió contra los revolucionarios y, a pesar de otra victoria menor en territorio nasa, en el río Palo (5 julio de 1815), su ejército principal fue masacrado en la Cuchilla del Tambo (29 junio de 1816). El líder de los nasa, Agustín Calambás, se encontraba entre quienes fueron capturados en este encuentro y, posteriormente, fusilados en Popayán. Los andrajos remanentes de la fuerza rebelde huyeron a esconderse en Tierradentro, donde estaban a salvo de futuros ataques españoles. En el territorio nasa, independiente por esa época, no se libraron más batallas de importancia hasta que los batallones principales Cauca y Neiva no fueron reformados en La Plata, en junio de 1820. Allí, junto con varios guerrilleros nasa y voluntarios británicos del regimiento Albión, emprendieron la marcha hasta Vitoncó y, luego, a través del páramo de Moras, hacia Pitayó, donde derrotaron a los realistas en una batalla decisiva que selló la independencia de Popayán (16 julio de 1820). Un relato de primera mano de esta campaña fue escrito por un oficial británico que tomó parte en la acción de Pitayó, Richard Vawell (1974:194).

Los últimos esfuerzos de la guerra se concentraron en la ofensiva de Sucre en Pasto, Quito y Perú; al retirar el frente de batalla de los Andes septentrionales comenzaron a hacerse sentir las disensiones en la nueva república. El Libertador Simón Bolívar se vio obligado a emplear la fuerza en el Cauca a fin de reclutar un ejército de conscriptos para luchar en el sur; su simpatía por la aristocracia local (los Mosquera, Arboleda, Caicedo, etc.) pronto provocó una comprensible indiferencia hacia el nuevo régimen entre los sectores menos favorecidos de la población (Aragón 1939:209). Los nasa, habiendo liberado Tierradentro, se hallaban disfrutando una bienvenida emancipación: el decreto de Bolívar del 5 de julio de 1820 y la subsiguiente Ley del 11 de octubre de 1821 abolieron los tributos coloniales y las obligaciones laborales

y estipularon que las tierras de los indígenas debían retornar a sus legítimos propietarios. La actividad misionera de Tierradentro disminuyó y, con la clase dirigente colombiana fragmentada en innumerables facciones contendientes, los nasa se beneficiaron de una mayor y más efectiva independencia de la que habían disfrutado desde las jornadas para instituir las encomiendas en la década de 1680.

Aunque hubo momentos cuando los nasa saltaron a la palestra de la historia oficial sería equivocado imaginar que tuvieron algún peso real en la definición del destino político de la nueva nación. Helguera (1969) hizo un excelente análisis de la indiferencia social mostrada en este período por la élite colombiana; un estatus marginal no podía sino producir, al menos entre los nasa, un sentimiento de que su territorio, Tierradentro, era algo separado de la ficción geográfica conocida como Colombia, un Estado cuyas fronteras y propio nombre, para no mencionar su constitución, cambiaron más de una docena de veces en el curso del siglo. Debido a sus antiguos lazos con la familia Mosquera de Popayán los nasa tomaron partido por la causa federalista o liberal contra los centralistas o conservadores, encabezados en Popayán por la Iglesia y por familias como los Angulo y los Arboleda. El examen de su participación en el encuentro más importante librado en Tierradentro en este período –el triunfo del general Tomás Cipriano de Mosquera, en Segovia (19 noviembre de 1860), sobre el ejército enviado desde Bogotá para someter su “Estado Independiente del Cauca”– muestra hasta qué punto estas ocasiones eran concebidas en términos de hostilidades étnicas tradicionales y como una oportunidad para saldar viejas cuentas con la población circundante, usurpadora de su territorio. La batalla, librada en las planicies entre Inzá y San Andrés de Pisimalá<sup>137</sup>, no fue un asunto particularmente significativo desde el punto de vista indígena; la importancia real de las guerrillas nasa radicó en el hostigamiento continuo que mantuvieron sobre las fuerzas conservadoras durante

---

137 Para un relato minucioso véase Arboleda (1935:445-489).

los dos o tres meses antes de la confrontación principal y, en especial, durante los siguientes dos años, cuando el Cauca estuvo sumergido en una guerra civil particularmente sangrienta (Aragón 1939:262; Arboleda 1952:186-189). Mosquera había partido de Segovia para capturar Bogotá (18 julio de 1861); mientras tanto el líder conservador Julio Arboleda reconquistó Popayán y la mayor parte del valle del Cauca. Los nasa, armados hasta los dientes por el general liberal Obando, recibieron vía libre para desfogar su rencor en los elementos conservadores de Inzá, Pedregal, La Plata y, en particular, de la próspera población de Silvia, que saquearon el 11 de enero de 1862 (Caro 1952:61). Es más: su adhesión a la causa liberal o federalista estuvo condicionada por una buena dosis de interés propio. Los seguidores de Mosquera experimentaron una considerable frustración tratando de recuperar las armas que habían dado a los indios durante los preparativos de la batalla de Segovia. El 27 de noviembre de 1860 el coronel Hurtado fue designado para tratar de convencer a los nasa de unirse a la fuerza principal de Mosquera en La Plata; sin embargo, había poca esperanza de que los indígenas estuvieran dispuestos a luchar tan lejos de casa. Las instrucciones continuaban:

Si no pudiese conseguir que los indígenas salgan de Tierradentro a prestar sus servicios en este cuartel general recogerá i remitirá al lugar en que se halle el Ejército las armas de que antes se ha hablado... evitando que se cometan robos, depredaciones i cualesquiera otra clase de excesos por los milicianos del Distrito militar de Tierradentro, procurando que el respeto i obediencia a las autoridades sea la base del servicio en los pueblos de su mando.<sup>138</sup>

Una vez armados los nasa no desearon ser sometidos a ninguna forma de disciplina externa; un estado de insurgencia latente persistió en Tierradentro hasta bien entrado el siglo XX. En 1872 fracasó un intento por establecer un gobierno

---

138 ACC, Paquete 78, legajo 22, comunicación 21.

local en Vitoncó, al mando del general Guevara Cajiao de Popayán, a pesar del empleo de considerable intimidación. Una revuelta conservadora, en 1876, dio a los nasa una nueva razón para sitiar el asentamiento blanco de Silvia (González *s.f.*:64, 78). Un recolector francés de quina, residente en ese pueblo por aquella época, hizo el siguiente comentario de admiración sobre la bravura de los indígenas: “Hemos presenciado una batalla en la que 300 páez pobemente armados [...] pusieron en fuga a 1200 soldados colombianos” (Douay 1900:127). En 1885 los nasa volvieron a tomar partido por los liberales en una revuelta contra el gobierno central de Bogotá; como resultado sufrieron las consecuencias sangrientas de la reacción conservadora que produjo la Constitución de 1886 (Aragón 1939:282).

Los siguientes cincuenta años vieron oscilar el péndulo en dirección a los elementos reaccionarios de la vida política colombiana; Tierradentro empezó a experimentar, por vez primera, un intento decisivo y concertado de ocupación por parte de colonos blancos. Inicialmente el proceso de penetración fue lento, siendo retardado por la Guerra de los Mil Días (1899-1902), en la cual los nasa se desmandaron por la cordillera Central, derrotando y dando muerte al coronel conservador Lorenzo Medina en el puente de Avirama (González *s.f.*:109). Al contrario de los liberales los nasa no aceptaron el compromiso elitista que puso fin a la guerra, el Pacto del Wisconsin, que abrió las puertas a la separación de Panamá y a la era dorada de las compañías bananeras, como la United Fruit. Aunque enfrentados a circunstancias cada vez más desventajosas continuaron dando un valioso ejemplo de resistencia al espíritu rapaz de un siglo que muy poco simpatizó con su autonomía política y económica.

Es importante comprender, antes de considerar las diferentes formas que ha tomado su lucha en los años recientes, que la primera ocupación permanente de las tierras nasa no se dio por el café, la cosecha comercial que sostiene a la mayoría de los actuales colonos blancos, sino por la necesidad de un artículo más esencial, la sal, que siempre había sido escasa en Popayán. Ya en 1663 poderosos intereses de esa ciudad

lograron establecer límites a la comunidad de Togoima, lo cual les dio derecho para explotar las aguas salinas de un río llamado El Salado. Poco después establecieron una hacienda –Pueblito de la Sal de San Antonio de Ambostá– con una iglesia y galpones para esclavos, que dieron origen a las actuales comunidades negras de El Salado, Araújo y Río Negro de Narváez (González *s.f.*:75). La prolongada permanencia de los descendientes de esclavos en Tierradentro produjo una cultura rural que ha mostrado un alto grado de adaptación a las condiciones locales, incluyendo la adopción del hábito de la coca y la fusión de técnicas mágicas y medicinales en un sincretismo específicamente afro-nasa. Aparte de los misioneros ocasionales y los negros de Pueblito de la Sal ningún forastero consiguió establecerse, permanentemente, en Tierradentro hasta comienzos del siglo XX. En 1885 se había creado un municipio con cabecera en Inzá, colindante con el territorio nasa, en tierras de los vecinos indios Guanacas. Fue solo después de la Guerra de los Mil Días, bajo la dictadura protofascista de Rafael Reyes, que se formó el nuevo municipio de Páez por medio del Decreto 1510 del 18 de diciembre de 1907. A fin de evadir la Ley 89 de 1890, la disposición básica que (supuestamente) protegía la integridad territorial de los resguardos indígenas en Colombia, la cabecera del nuevo municipio se localizó en suelo ya en manos de los grandes latifundistas de Popayán, es decir, el antiguo Pueblito de la Sal, ahora rebautizado Belalcázar en honor al conquistador que había sido derrotado, tan contundentemente, en 1543 en el cercano cerro de Tálaga.

El crudo simbolismo de semejante gesto no pasó inadvertido para los habitantes de la zona; pronto una misión lazarrista estableció sus cuarteles en Belalcázar y procedió a operar como agencia del partido conservador, dirigiendo una ofensiva cultural y política encaminada a quebrar el espíritu y despojar de la tierra a los indígenas. Un misionero de esta época escribió: "...de que los indios son reacios, invencibles; de que solo la mestización, la parcelación de la tierra y las vías de comunicación podrán hacer valer la tierra de los Paéces" (González *s.f.*:221). Sentimientos de esta clase

encontraron eco entre los políticos notables de Popayán, como el Secretario de Gobierno, responsable oficial de proteger los resguardos indígenas:

Un inconveniente grave para la explotación de las tierras y el incremento de la riqueza agrícola y pecuaria tiene el régimen especial de comunidad a que están sometidos los resguardos de indios, y es el de que hay parcialidades que tienen mucho más tierra de resguardo de la que necesitan y pueden cultivar [...]. Aquí podría introducirse una modificación en el sentido de permitir el arriendo de los campos sobrantes, con ciertas garantías (Medina 1916:113).

La oposición de los indios a este tipo de traición fue comprensiblemente intensa; en 1916 estalló la rebelión abierta en Tierradentro bajo la dirección de Manuel Quintín Lame, uno de los grandes héroes populares de Colombia. Su famoso asalto a Inzá todavía está sujeto a muchos relatos contradictorios pero es claro que el 12 de noviembre de ese año saqueó la población, perdió un pedazo de oreja como consecuencia de un súbito machetazo de parte del enfurecido alcalde local y sufrió una cobarde emboscada en la que fueron asesinados a sangre fría seis de sus seguidores (veáñese Quintero 1955; Castillo 1971; Castrillón 1973; González sf:66, 109 para versiones distintas sobre estos acontecimientos). No cabe duda de la gran importancia del encuentro puesto que el grito despertador de Quintín Lame, “¡Todos los blancos fuera de Tierradentro!”, encerraba una cuestión real y viva en esos tiempos, menos de diez años después de la fundación de Belalcázar. Las autoridades conservadoras de Popayán exageraron la amenaza a la vida y propiedades, poniendo al Cauca en estado de alarma y enviando un fuerte contingente de tropas a Tierradentro. El general Palacios procedió a aplicar la ley de la antigua conquista española, asesinando un buen número de nasas, saqueando sus hogares, destruyendo sus cosechas y conduciendo a muchos de sus dirigentes, como el estoico Rosalino Yajimbo, a prisiones de las que jamás regresaron.

El período fue difícil para la causa indígena debido a que, al contrario de las guerrillas nasa del siglo XIX, ya no podían contar con armas liberales o con explotar las disensiones internas en el seno de la oligarquía colombiana; en consecuencia, fue aún más significativa la forma como se desarrolló la subsecuente carrera de Quintín Lame porque pronto se dio cuenta de que la fuerza jamás sería suficiente para contener la furia del Estado moderno. Se dedicó, en cambio, a reforzar las tradiciones culturales indígenas, en proceso de visible desintegración bajo el impacto de una trivial concepción de progreso, y se concentró, particularmente, en defender y, en algunos casos, revivir la propiedad colectiva de la tierra establecida por el sistema indígena de resguardo, tal como fue definido por la Ley 89 de 1890. Los aspectos prácticos de esta lucha lo llevaron a adoptar una estrategia política que sigue siendo la fórmula básica de la acción indigenista en el Cauca hasta nuestros días y que se define por su hábil utilización de la amplia arena política de la vida pública colombiana, ya sea en los tribunales, en las legislaturas, en la prensa o en los organismos del gobierno local. Los nasa ya no pudieron ser desdeñados por las autoridades como un grupo de bárbaros interesados solo en saquear y asesinar en su provecho; la conveniente ficción de que “la raza indígena pura tiende a desaparecer y sus representantes se van fundiendo, poco a poco, en la masa común de la población colombiana” (Medina 1916:115) ya no pudo usarse como excusa para marginarlos, expropiarlos y eliminarlos. El desarrollo de la filosofía de Quintín Lame marcó el fin del ‘salvajismo’ de la causa indígena y su emergencia como una bandera digna de respeto y respaldo entre la opinión pública, una especie de conciencia nacional. Quintín Lame, el hombre que veneró la naturaleza como la verdadera fuente de conocimiento, escribió un bello libro en 1939, publicado póstumamente como *En defensa de mi raza* (Lame 1971), así como una serie de ensayos cortos (Lame 1973) en donde se mezclan polémica, fiera profecía y un místico abandono a las realidades palpables de la vida en la cordillera Central.

El ejemplo de Quintín Lame fue importante a la luz del creciente ridículo al que fue sometida la población indígena de Colombia durante el curso del siglo XX. En 1924 el primer monseñor de

Belalcázar, un francés de nombre Emile Larquére, conocido por su costumbre de ponerse guantes de cuero de cabrito cada vez que tenía que tocar a los sucios nativos, llegó a hacerse cargo de la recién creada Prefectura Apostólica de Tierradentro. Este era un feudo semiautónomo que, según los términos del Concordato firmado en 1887 entre Roma y el gobierno colombiano, estaba investido de control exclusivo sobre la educación local y de poder de veto sobre los miembros del cabildo indígena elegido, anualmente, en cada resguardo, así como sobre los alcaldes y otras autoridades civiles nombradas dentro del territorio de la misión. Tal paternalismo despótico hacia las “tribus salvajes y bárbaras”, como eran definidas en el Concordato, también se reflejó en una mayor presión sobre la integridad territorial de los resguardos. La Ley 19, firmada por el gobernador del Cauca en 1927, estableció núcleos de colonización blanca (llamados “áreas de población”) en pedazos de tierras escogidas, ubicadas bien adentro de los resguardos nasa de Ricaurte, Guadualejo, Cohetando, Tálagua, Tóez, Huila, Mosoco, San Andrés y Yaquiva.<sup>139</sup> Los nasa resistieron estas medidas con tenacidad considerable pero sus vecinos, los Guanacas de Inzá, fueron menos afortunados: en las décadas de 1930 y 1940 sus resguardos fueron extinguidos por leyes que, de un solo plumazo, impusieron el reino de la civilización y las bendiciones de la propiedad privada (Otero 1952). Este cambio abrió el valle del río Negro, al oriente de Inzá, a una penetración masiva de cultivadores de café quienes, por la época de mi visita a la región en 1973, habían logrado expulsar a todos los habitantes indígenas originales, menos a un pequeño puñado. Procesos similares de privatización de las tierras indígenas han sido descritos en otras partes de la cordillera Central, como en San Agustín (Friede 1943) y en el valle productor de coca del río San Jorge, en el sur del Cauca (Friede 1944).

Dondequier que esta política fue aplicada en Colombia el objetivo de la práctica ha sido el mismo: destruir la independencia política, económica y cultural de los resguardos indígenas e ‘integrar’ a sus habitantes en la sociedad colombiana en su

139 Véase Iragorri (1962:55-61) para un informe detallado.

nivel más bajo, el de los campesinos marginados y sin tierra. En Tierradentro el resentimiento causado por tan premeditado desconocimiento de los intereses locales se ha puesto de manifiesto, repetidamente, en los últimos cincuenta años y a tiempo que la lucha se iba profundizando aumentaba la necesidad de hallar aliados concretos para la causa indígena. Primero fueron los liberales de Belalcázar quienes en 1932, bajo la dirección de Pío Collo, sitiaron, exitosamente, el puesto de la misión en esa localidad que, desde hacía tiempo, maquinaba con los conservadores toda clase de mezquinas obstrucciones a las políticas dictadas por la nueva administración liberal en Bogotá. Pronto otros organizadores de Popayán, como Alfonso Paz y Manuel Tránsito Sánchez, comenzaron a estimular la resistencia activa de los indios contra los misioneros en los resguardos de Vitoncó, San José y Huila, basando su campaña en la oposición a cualquier forma de subdivisión en parcelas privadas de las tierras colectivas del resguardo.

El conflicto entre los nasa, la Iglesia y los intereses que respaldaban la parcelación se agudizó hasta el punto que el 14 de abril de 1934 el indígena Jacinto Julián fue asesinado por una escuadra de matones a sueldo de los grandes terratenientes. La Universidad del Cauca se movilizó en apoyo a los nasa enviando un abogado, Gerardo Cabrera Moreno, a exponer su caso ante un congreso internacional indigenista en Pátzcuaro, México. A mediados de la década de 1940 un organizador llamado Víctor Merchán popularizó la idea de las ligas campesinas en Tierradentro, ayudando a formar un Comité de Propaganda para defender los intereses de los indígenas en el resguardo de Huila que unificó los esfuerzos de muchas familias combativas de la zona, como los Chindicué, los Tere y los Chapeño. El cabildo de Huila dirigió a los indígenas en el boicot de la misa y las escuelas misionales y, enfrentado a la intransigencia del cura asignado a la reserva, obligó a los clérigos a evacuar hacia Belalcázar. Luego fueron incendiadas la escuela, la casa del sacerdote y la misión de las monjas en el lugar. González (*s.f.*: 208-222) hizo un relato minucioso y harto interesante de estos eventos, inclusive tratando de justificar la posición de la Iglesia, ya que era el cura de Huila en ese tiempo (mediados de 1945).

El ímpetu de la actual lucha por la tierra en los resguardos nasa se estableció como una fuerza dinámica en la primera mitad del siglo XX; por los años de 1940 se había consolidado un movimiento militante en defensa de la integridad de las tierras indígenas, a veces asistido o, más frecuentemente, socavado por el oportunismo político del ala izquierda del partido liberal y enfrentado a la implacable oposición de la Iglesia, el partido conservador y los terratenientes blancos que conformaban la corriente principal del liberalismo. Antes de entrar a considerar el curso de los sucesos posteriores vale la pena examinar la posición asumida por los etnógrafos que estudiaron a los nasa en este período porque sus obras proveen una lección objetiva de cómo la ciencia, dicha ‘objetiva’, a veces puede fracasar en reflejar las aspiraciones de las gentes sujetas a su ictérico escrutinio. Dejando a un lado la romántica idealización del guerrero nasa evidente en Douay (1900) los informes subsecuentes están marcados por un inexplicable, pero de seguro deliberado, intento por negar que en Tierradentro estuviese desarrollándose un verdadero conflicto social.

Los primeros estudios, como los de Pittier (1907), Cuervo Márquez (1920) y Lunardi (1934), eran racistas y etnocéntricos en su tono. Quizás es más alarmante el hecho de que la ilustre generación de científicos sociales de mediados del siglo trató de evitar asumir una posición explícita, escudando sus sensibilidades detrás de la bien elaborada mediocridad de sus respectivas etnografías. A juzgar por los trabajos de Hernández de Alba (1944, 1946a) o de Pérez de Barradas (1937) los nasa parecían vivir en un completo vacío político. Incluso Bernal, quizás el mejor estudioso de los nasa, despachó el período de la Violencia, durante el cual él mismo hizo su trabajo de campo en Tierradentro, con apenas una mención, como si el calor de la actualidad minara, en alguna forma, el tono letrado de su trabajo. En una ocasión identificó los partidos en conflicto como “grupos subversivos armados” (Bernal 1954b: 241), dejándolo todo ahí. Ortíz (1973: 33) hizo eco a esta posición colocando, en un mismo saco, a las guerrillas comunistas y liberales y, presumiblemente, a sus simpatizantes nasa también, por medio del término, convenientemente vago pero poco neutral, de ‘bandidos’. Igualmente renuente a discutir

el conflicto político contemporáneo fue Otero (1952: 92) quien, a pesar de una obvia simpatía por la campaña indígena por la tierra, no vio contradicción alguna en perpetuar la vieja intransigencia misionera, el horror cristiano por los dioses paganos, refiriéndose a la divinidad tutelar de los curanderos nasa como un “espíritu maligno”.

No es sorprendente que los nasa vieran a la mayor parte de los antropólogos con bastante suspicacia y con hostilidad; son considerados ‘doctores’, como los médicos y los políticos, miembros de las clases profesionales y de la oligarquía urbana. Aún más: su trabajo de campo, casi siempre, se ha concentrado en un área restringida de Tierradentro, los resguardos de San Andrés, Santa Rosa y Calderas, donde han podido disfrutar de puerto seguro en el Parque Arqueológico de Tierradentro, una atracción turística operada por el Instituto de Antropología, sin participación del resguardo local. Don Teófilo, quien administraba el Parque en 1974, fue un conocido pistolero o ‘pájaro’ de las bandas de conservadores durante la Violencia. Calderas era el único resguardo nasa que votaba por los conservadores, principalmente como un medio de reafirmar su distancia de los demás grupos nasa, un rasgo subrayado por Aguado en el siglo XVI. Los antropólogos norteamericanos activos en la zona evitan a los nasa, prefiriendo probar sus modelos y aguzar sus análisis funcionales con los más dóciles guambianos. Aún la División de Asuntos Indígenas del Ministerio de Gobierno ha descubierto que su centro de entrenamiento indígena de Tóez ha sido incapaz de cerrar la enorme brecha entre las agencias gubernamentales y las comunidades de la región. El hecho riguroso es que todos los organismos oficiales y científicos de Colombia son identificados con los poderosos y los nasa tienen excelentes razones culturales e históricas para sospechar de las motivaciones de cualquiera que esté asociado con la autoridad. Además, es plenamente justificable que repudien cualquier compromiso con el Estado, como es concebido actualmente, con un sistema que busca, simplemente, suprimir cualquier deseo genuino de autodeterminación política. Como hemos visto los nasa ya se habían organizado,

a mediados de los años de 1940, y llegado al punto de comenzar a dar golpe por golpe a la Iglesia y a los colonos y terratenientes blancos que habían invadido sus tierras; más importante, lo estaban haciendo en momentos en que la lucha iba paralela con un gran auge de un sentimiento de cambio en Colombia que llegó al clímax en 1948 con una insurrección espontánea en Bogotá; huérfana de dirección por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y socavada por la vacilación de los partidos de izquierda la iniciativa regresó al campo reaccionario.

El hombre a cargo de la campaña de intimidación en Tierradentro fue un tal Santos Rincón, un soldado de Boyacá que había sido nombrado alcalde de Belalcázar por el nuevo gobernador conservador del departamento del Cauca, Guillermo Angulo. El relato de los excesos de Rincón en el libro de González es una lectura horripilante; aparte de explicar la renuencia de la Iglesia por publicar el libro es significativo si se tiene en cuenta que el autor, un sacerdote y ardiente conservador, trataba, a toda costa, de justificar la represión. Rincón comenzó atacando las oficinas del liberalismo local en la calle principal de Belalcázar, un pueblo casi enteramente liberal en sus simpatías; luego apresó al juez e intimidó a cualquiera que se interpuso en su camino. Con la ayuda de la policía y de soldados del ejército traídos desde La Plata logró forzar a casi toda la población a huir a las montañas, dinamitando sus casas y obligando, con el revólver en una mano y una cruz de madera en la otra, a quien encontraba a ponerse de rodillas y jurar lealtad al partido conservador.

El 2 de noviembre de 1949 los nasa y los liberales de Belalcázar se reunieron en Taravira y arreglaron sus diferencias; durante los siguientes dos o tres meses se dedicaron a armarse y a prepararse para un eventual contraataque. Este se produjo a las 3 a. m. del 28 de enero de 1950; diez hombres resultaron muertos en la acción y Belalcázar fue saqueado, incluyendo la misión, en la cual se hallaron explosivos para el uso de los conservadores. Rincón escapó, sin embargo, y el 29 regresó de La Plata con tres

camiones repletos de soldados del gobierno. La fuerza mixta de nasa y liberales retrocedió a las montañas y en pocos días empezó una prolongada y salvaje guerra de desgaste. En los años siguientes el ejército arremetió, varias veces, en Tierradentro, particularmente en El Salado y La Símbola, en los alrededores de Belalcázar, y en aquellos resguardos donde el activismo nasa era más fuerte, como Huila, San José y Toribío. En más de una ocasión fueron culpables de violación y asesinato a sangre fría de mujeres y niños; muchos de los hombres capturados en estas incursiones fueron llevados al puente de Cohetando y fusilados –hasta 112 en un solo día, de acuerdo con Guzmán, Fals Borda y Umaña (1968:83)–, arrojando sus cuerpos al río Páez, una sombría advertencia para los que vivían corriente abajo.

La violencia oficial de 1949 a 1950 fue solo el comienzo de la guerra civil; fue seguida, en 1954, por una segunda oleada de terrorismo gubernamental, la supuesta pacificación de Tierradentro por parte de las Fuerzas Armadas leales a Rojas Pinilla, quien había quitado el poder a la desacreditada dirigencia conservadora. En verdad la violencia nunca cesó del todo; tuvo momentos de mayor o menor salvajismo, que iban y venían con los diferentes comandantes militares asignados a la zona. Fluharty (1957:270), por ejemplo, ofreció un relato de una batalla en marzo de 1955 entre el Batallón Rook del ejército y un grupo de irregulares liberales y nasa en la que, al menos, seis indígenas fueron muertos por la tropa. Es más: el frente unido de los nasa y los liberales locales estuvo sometido a un proceso de infinita fragmentación y a lo largo de la década de 1950 numerosos grupos guerrilleros liberales antagónicos recorrieron la cordillera Central batallando con las autoridades; estas columnas, llevadas inicialmente por la necesidad y luego por la conveniencia, degeneraron pronto en puro bandolerismo, robando con frecuencia sus provisiones a familias indígenas aisladas en las regiones montañosas.

En consecuencia los nasa, enfrentados bien fuera al ejército o bien a los bandoleros liberales, se vieron obligados a adoptar las mismas tácticas que habían empleado en situaciones

similares en el pasado, como la invasión de Belalcázar en 1543 o las incursiones punitivas del general Palacios en 1916. Primero tendían una emboscada e intentaban hacer retroceder a la fuerza invasora; luego, si fuesen superados en hombres o en armas, se retiraban a las altas e inaccesibles serranías y selvas de Tierradentro, dejando incendiar sus casas y sus campos, pero conservando sus vidas y las de sus familias. Al final los intrusos, inevitablemente, se cansaban y regresaban a casa y así nada impedía a los indios retornar a su tierra. Muchos nasa que aún viven, especialmente los de Huila y Toribío, recuerdan haber atravesado este proceso una o dos veces al año durante la década de 1950. Basándose en la experiencia del pasado aprendieron a ocultar cosechas en pequeños claros para proveerse de un mínimo de alimentos y, clave para el argumento de este libro, reconocieron, una vez más, la vitalidad del arbusto de coca, el cual puede ser cortado o quemado (es difícil arrancarlo de cuajo, dada la masa fibrosa de sus raíces) y, aún así, en pocos meses produce otro abundante crecimiento de ramas y hojas nuevas. Los nasa frecuentemente señalan los paralelos con su propia situación: “Como el arbusto de coca pueden cortarnos y seguiremos retoñando, desde las raíces”.

La Violencia en Tierradentro en los años de 1950 marcó la transformación definitiva del conflicto étnico (nasa contra colonos blancos) a una situación mucho más cercana al modelo clásico del conflicto de clases. Los indígenas fueron sumidos en una guerra civil cuya fría lógica era determinada en Bogotá. La brutalidad de los conservadores y los compromisos ambiguos de los liberales pudieron ahora ser identificados como dos caras, pero de una misma moneda: ambos reflejaban solo el deseo de una hegemonía vertical de una clase política no representativa de la población. Los nasa comprendieron este punto intuitivamente. En cuanto concernía a ellos ya no podía haber retorno a la forma de política de gamonales, altamente elitista y centralizada, que siempre había sido el sello de la vieja pseudodemocracia colombiana. En el futuro, por consiguiente, los nasa tendrían que escoger sus aliados no indígenas con más cuidado y, sobre todo, aprenderían a confiar, cada vez más, en sus

propias destrezas organizacionales, en sus formas directas de acción política y resistencia cultural.

Inicialmente tuvieron pocas alternativas. Con la defeción de los liberales casi la única fuente de apoyo externo estaba en las Repúblicas Independientes de Marquetalia y Río Chiquito, zonas de control guerrillero que bordeaban los límites norte y nororiental de Tierradentro. Estas regiones, bajo la dirección de Manuel Marulanda Vélez (Tirofijo) y Ciro Trujillo Castaño (Mayor Ciro), fieles al ortodoxo Partido Comunista de Colombia, lograron administrar sus territorios con independencia casi completa de interferencias exteriores. Las Repúblicas Independientes recibieron grandes cantidades de campesinos refugiados de Tierradentro y de los departamentos del Cauca, Huila y Tolima. En vez de emprender la violencia gratuita de tantas guerrillas liberales se concentraron en la construcción de una sociedad ejemplar en las áreas liberadas, distribuyendo tierra a todos y organizando una estructura de administración local autónoma, la cual hizo avergonzar a las zonas circundantes controladas por el gobierno. Un sacerdote de Belalcázar, quien visitó Río Chiquito en 1959, se sintió forzado a escribir lo siguiente, a pesar de su falta de simpatía por la causa guerrillera:

Entre todo este personal no encontré ni crueldad, ni sevicia, ni maldad. Hay un fondo maravilloso de rectitud, de sinceridad y de bondad que deseo pregonar [...] La gente no se veía amargada ni oprimida [...] ellos se consideraban sinceramente en guerra liberadora [...] si ponemos en la balanza los crímenes de guerrilleros con los de aquellos que se cobijaban con la bandera tricolor quizás el platillo se incline en contra de estos últimos (en Guzmán, Fals Borda y Umaña 1968:448).

Muy importante desde el punto de vista de los nasa las guerrillas practicaban una forma de colonización que no amenazaba los vecinos resguardos indígenas sino, al contrario, trataba de respetar sus tradiciones de independencia y propiedad

colectiva de la tierra. El comando guerrillero de Marquetalia hizo una declaración nítida y nada ambigua sobre su política:

[...] se protegerán las comunidades indígenas, otorgándoles tierras suficientes para su desarrollo, devolviéndoles las que les han usurpado los latifundistas y modernizando sus sistemas de cultivos. Al mismo tiempo, se estabilizará la organización autónoma de las comunidades, respetando sus cabildos, su vida, su cultura, su lengua propia y su organización interna (*Documentos Políticos* 47, Febrero/Marzo de 1965).

Era evidente que tales ‘malos ejemplos’ no podían dejarse florecer en la cordillera Central. De 1957 hasta mediados de los años 1960 las guerrillas dejaron de emprender cualquier acción armada contra las autoridades, ganándose a los campesinos sobre la base de una probada capacidad para organizar una distribución más equitativa de los recursos de la zona. Alertada por los sucesos que tenían lugar entonces en Cuba en 1961 la CIA norteamericana empezó a subrayar al gobierno colombiano la necesidad de liquidar esas “amenazas contra la libertad” antes de que pudieran expandirse, poniendo a su disposición el nuevo equipo tecnológico que estaba siendo perfeccionado en Vietnam. Los ataques contra Marquetalia empezaron en 1962; luego de unos cuantos experimentos con la guerra bacteriológica la ofensiva llegó a su cúspide con los bombardeos de napalm y los asaltos con helicópteros en 1964. Sin embargo, la fuerza guerrillera logró eludir el cerco del ejército. En septiembre de 1965 la embestida se extendió a Río Chiquito, donde se repitió el mismo patrón: bombardeos con napalm y el ametrallamiento aéreo de toda edificación visible, seguidos de asaltos masivos de infantería y la tortura de cualquier campesino que se hallara en la zona. De nuevo las guerrillas escaparon, esta vez a las selvas vírgenes alrededor del Nevado del Huila, pero por ahora el principal objetivo táctico de la operación había sido alcanzado: la destrucción de la amenaza a la hegemonía estatal representada por las pacíficas y autónomas Repúblicas Independientes. Relatos generales de estos operativos se encuentran en Guzmán, Fals

Borda y Umaña (1968) y Gott (1973) pero el único informe detallado de un testigo de la acción de Río Chiquito ha sido tomado del diario de un estudiante, Hernando González, quien perdió la vida en la acción del 23 de septiembre de 1965 (*Documentos Políticos 54*, octubre de 1965).

Era casi inevitable que estas operaciones represivas llegaran hasta los resguardos indígenas de Tierradentro, particularmente a aquellos que, como Huila, Tóez, San José y Toribío, estaban más cerca de los bastiones guerrilleros. En julio de 1964, por ejemplo, doce indígenas fueron acribillados por el ejército en La Símbola a su regreso del trabajo; andaban desarmados. La presencia militar, notablemente en la base de La Punta, se volvió un factor constante en Tierradentro y las formas de resistencia popular tuvieron que evolucionar de acuerdo con ello. En abril de 1966 las guerrillas de Marquetalia y Río Chiquito se reagruparon para crear las FARC, formando una columna móvil que siguió atacando al ejército en muchas partes del Huila, Cauca, Valle y Tolima.

En gran medida el éxito de las FARC a principios de la década de 1970 dependió del hecho de que disponían de considerable apoyo entre el campesinado en muchas zonas de la cordillera Central. En esta época las FARC quitaron énfasis al aspecto militar, deseando evitar el estigma de bandidos asociado con los ejércitos privados de liberales que recorrieron el área durante la Violencia. En esto poseían una clara ventaja moral ya que los habitantes de Tierradentro, tanto blancos como indígenas, eran conscientes de que fueron las tropas del ejército, y no las guerrillas, quienes volvieron a llevar la guerra a la región a mediados de los años de 1960. Tirofijo se volvió, por aquel entonces, una figura legendaria en la historia de Colombia y las hazañas y el estilo de vida de sus guerrillas fueron popularizados en obras como *Las muertes de Tirofijo*, de Arturo Alape (1972).

El reconocimiento de la casi infinita capacidad del ejército para derramar sangre llevó a una considerable evolución de la conciencia política entre los indígenas y los campesinos del

Cauca. Enfrentados al poder de fuego inmensamente superior de unas Fuerzas Armadas apoyadas por los Estados Unidos, la mayoría de los activistas ya no veía la resistencia armada inmediata como una alternativa viable. La experiencia de la Violencia y de las campañas contraguerrilleras de los años de 1960 dejó hondas cicatrices en la conciencia colectiva. En este sentido el conflicto étnico localizado fue siendo absorbido por el drama continental mayor, el repudio al imperialismo, aunque buscando no perder su especificidad indígena. Es cierto que muchos nasa, individualmente, dieron la bienvenida a la oportunidad de enfrentarse al ejército en una nueva batalla de Tálaga, como la que derrotó a Belalcázar en 1543, pero también saben que la actual situación les permite tomar ciertas iniciativas políticas que, de ser explotadas efectivamente, pueden ser de más utilidad a su causa que un recurso desesperado a la lucha armada.

Los cimientos para dichas formas de acción política ya se habían establecido en las décadas de 1930 y 1940 con la organización de las ligas campesinas y los comités de autodefensa en numerosos resguardos nasa. El respaldo de abogados, periodistas y estudiantes de Popayán y Bogotá ya había mostrado que la lucha de los nasa podría adelantarse a través de la justicia. Como lo había señalado Quintín Lame cualquier aplicación consecuente de la Ley 89 de 1890 desembocaría en la inmediata devolución de la mayoría de las tierras ilegalmente separadas de los resguardos indígenas. Después del vacío institucional causado por la Violencia el regreso de la llamada democracia, bajo la forma de una alianza entre las oligarquías liberal y conservadora, significó, al menos en teoría, que la batalla legal en defensa de los resguardos nasa era, de nuevo, una posibilidad real. La publicación de un estudio del Comité de Solidaridad con los Presos Políticos (1974) muestra, sin embargo, hasta qué punto las instituciones del período del Frente Nacional (1958-1974) estaban saturadas de nepotismo y corrupción. Los primeros intentos por adelantar casos de tierras a través de las cortes fueron asfixiados por una combinación de soborno, demoras burocráticas y mezquinas obstrucciones legalistas.

Un creciente sentido de frustración e impaciencia forzó a los indígenas a considerar nuevas tácticas que pudieran servir para acelerar el proceso legal. La más importante de ellas fue la formación de un movimiento indígena unificado, una instancia para difundir su programa político y promover la recuperación de tierras. Las primeras iniciativas partieron de las áreas donde las tradiciones combativas eran más fuertes: el Consejo Regional Indígena del Cauca –CRIC– fue formado el 24 de febrero de 1971 en Toribío, en medio de la zona de guerra controlada por el ejército. Las primeras ocupaciones de tierra ocurrieron en sitios como la finca La Aurora, cerca de Santander de Quilichao, y en los resguardos de Tacueyó, San Francisco y Jambaló, todos bajo presión considerable por parte de los cafeteros y ganaderos que se expandían desde la carretera entre Cali y Popayán. En Jambaló, por ejemplo, una escritura de 1914 reconocía el derecho de los indígenas sobre una superficie de 24 000 hectáreas. A comienzos de la década de 1970 apenas 4736 hectáreas eran todavía administradas como resguardo; el resto se dividía entre una gran extensión de montañas altas inservibles para la agricultura y 7845 hectáreas que habían sido ocupadas, ilegalmente, por latifundistas foráneos (*Unidad Indígena* 6, julio de 1975).

En Tierradentro el CRIC halló aliados en las comunidades tradicionalmente radicales de Huila, Tóez, San José, Mosoco y Vitoncó, así como en los resguardos de clima más caliente, como Tálaga, Belalcázar, Santa Rosa, San Andrés y Yaquivá, que habían perdido cantidades sustanciales de tierras a manos de cultivadores de café. En San Andrés, por ejemplo, el área de población blanca de los años de 1920, de cuestionable legalidad, fue extendida a un valle conocido como La Rinconada y, además, sometida a la desafortunada expansión de facilidades turísticas que, inevitablemente, acompañaron la creación del Parque Arqueológico de Tierradentro. En otras partes del mismo resguardo, como las veredas de Coscuro y Pisimalá, la tierra fue declarada ‘baldía’ por las autoridades locales y vendida a familias blancas de Inzá, quienes procedieron a expulsar a los habitantes nativos y a destruir toda evidencia de la ocupación indígena original.

Los resguardos más remotos –Lame, Suín, Chinas y Calderas– están rodeados por otras reservas indígenas y poseen poca experiencia en la lucha contra la colonización blanca. Su apoyo al CRIC fue comprensiblemente tardío, siendo impulsado en Calderas por una iniciativa de subdivisión de la tierra en parcelas privadas, incentivada por intereses oscuros a mediados de los años de 1970. Este cambio de actitud, encabezado por el dirigente Victoriano Piñacué y la comunidad de Tumbichuque que, en 1980, formó en nuevo cabildo independiente fue altamente significativo ya que Calderas tiene fuertes tradiciones de autonomía frente a los demás resguardos nasa. No obstante, este no es el único caso en que el CRIC ha sido capaz de superar viejas divisiones; también ha tenido éxito en cerrar la brecha entre nasa y guambianos, una proeza notable teniendo en cuenta que estos dos grupos se mostraron indiferencia o, aún, hostilidad en el pasado. Un guambiano fue elegido presidente del CRIC y cuando, en julio de 1973, la ocupación militar del resguardo de Huila impidió la celebración del tercer Congreso del CRIC este tuvo lugar en Silvia. A este evento asistieron tanto guambianos como nasa, lo que abrió el paso a la reconciliación de estos dos pueblos.

Los resguardos de Puracé y Coconuco, entre los más despojados de los grupos indígenas del Cauca dada su proximidad a Popayán, han suministrado más indicadores de que el CRIC ya no puede seguir siendo considerado como una institución tribal, preocupada, solamente, en defender los intereses de los nasa. El conflicto en esos dos resguardos ilustra la forma como el CRIC ha logrado colocar el movimiento indígena dentro del contexto de una lucha universal. En Coconuco, por ejemplo, los indígenas ocuparon tierras que, ilegalmente separadas de su resguardo a comienzos del siglo, habían pasado a ser propiedad del obispo de Popayán (Bonilla 1973). Aunque sometidos a continuo hostigamiento y arrestos por parte de la policía perseveraron en la recuperación desde mediados de 1972 hasta mediados de 1974, cuando los jueces decidieron a su favor. La suya fue la primera gran victoria del CRIC y escogieron bien su blanco pues el obispo era, lo mismo que monseñor Vallejo, entonces cabeza de la Prefectura Apostólica

de Tierradentro, un ejemplo de la vieja escuela de prelados paternalistas que estimulaban, constantemente, a la reacción.



Calderas, Tierradentro

Los vecinos indígenas de Puracé tenían buenas razones para quejarse: a mediados de los años de 1960 Celanese de Colombia (una compañía local cuyo capital era, en un 81%, de las multinacionales extranjeras) comenzó a explotar azufre en las faldas del volcán, contaminando la atmósfera y los ríos con desperdicios sulfúreos y produciendo una rápida declinación de la fertilidad del suelo utilizado por los indígenas para cultivos de papa, su principal producto comercial (*Alternativa* 17, septiembre de 1974; Patiño 1974). La lucha de los indígenas por obtener una justa compensación de la compañía minera y por promover una verdadera conciencia ecológica en la región, opuesta a los lindos cuentos turísticos que emanaban del Parque Nacional de Puracé, mantuvo titulares en el país durante la segunda mitad de 1974 y mostró hasta qué punto la causa indígena podía enfocar la crítica a los intereses imperialistas, como Celanese, y a las ineptas burocracias gubernamentales, como INDERENA, que administra el parque nacional. También fue

muy significativo que el resguardo de Puracé pudiese respaldar sus demandas con la acción huelguística de los trabajadores mayoritariamente no indígenas de la mina, dando, de esa manera, lo que, probablemente, es el primer ejemplo de una campaña indígena por la tierra apoyada por la solidaridad efectiva de otros sectores de la clase trabajadora.

No es sorprendente, sin embargo, que los éxitos de Puracé y Coconuco, así como los esfuerzos continuados por recuperar territorio usurpado en otras partes de la región del Cauca, pronto generaran un endurecimiento manifiesto de las actitudes entre la élite terrateniente y administrativa de Popayán. La actual violencia, incluyendo muchos asesinatos cobardes e innumerables arrestos, fue iniciada por las clases pudientes de la región del Cauca; por ningún motivo puede atribuirse a una provocación de parte de los indígenas. El CRIC siempre prefirió librar sus batallas legales en terrenos que permitiesen el análisis dentro de los términos de la Ley 89 de 1890; en otras palabras, los indígenas estaban justificados, legalmente, en recuperar la tierra que había sido separada, fraudulentamente, de sus resguardos. Abocados a tal situación, en la cual las instituciones nacionales ya no podían manejarse en favor de sus estrechos intereses, los terratenientes no tuvieron otro recurso que el tradicional sistema de sometimiento por medio de las armas.

Es difícil hacer justicia plena al tema en tan poco espacio; empero, los hechos más destacados hablan por sí mismos y, tomados en su conjunto, alcanzan un registro espantoso de violencia política, un registro que no deja de sugerir ominosos paralelos con la Violencia de los años de 1950. El comienzo de la nueva campaña de intimidación fue intencionalmente dramático: el 2 de marzo de 1974 matones a sueldo asesinaron a Gustavo Mejía, un famoso y ampliamente respetado organizador campesino blanco que había sido una de las figuras dirigentes en la fundación original del CRIC. Rumores insistentes sostenían que la parte culpable en este caso era el alcalde de Corinto pero, como era de esperarse, hubo poca esperanza en superar la indiferencia de la policía en la investigación del asesinato.

Apenas tres días más tarde Venancio Taquináz, un indígena nasa y destacado seguidor del CRIC, sufrió la misma suerte. Hacia julio del mismo año la represión había escalado hasta llegar a horripilantes asesinatos múltiples, como los de Caloto, donde Lisandro Tálaga, José Antonio Centono y Marco Tulio Tálaga fueron muertos de un solo golpe.

Los Mosquera, miembros de la misma familia que (en otra época) tuvo la encomienda de Vitoncó, decidieron aceptar el desafío que el movimiento indígena representaba para su ancestral posición de privilegio en la región del Cauca. Aurelio Mosquera, un prominente latifundista de Silvia y colaborador cercano de los antropólogos norteamericanos de la zona, procedió a expulsar a numerosos guambianos de la hacienda El Chimán, una propiedad que formaba parte del resguardo de Guambía hasta hacia poco. Sobrevino un conflicto en el que, por lo menos, treinta guambianos fueron arrestados por la policía, una de ellos una viuda de noventa años y otro un verdadero indigente que murió de hambre poco después de salir de la cárcel. Víctor Mosquera Chaux, senador y líder de la maquinaria liberal en el Cauca y uno de los principales promotores del asalto del ejército a Río Chiquito en 1965, comenzó a preocuparse de la gradual erosión del normalmente dócil voto indígena por el CRIC, que estaba apoyando, activamente, una facción disidente de izquierda del liberalismo encabezada por Omar Henry Velasco. A pesar de innumerables intentos por revivir el viejo sistema de patronazgo en Tierradentro los resultados de las elecciones de mediados de 1974 mostraron que Mosquera había perdido el apoyo de la mayoría de la población indígena. Consecuentemente el senador empezó a sazonar sus discursos con referencias alarmistas a la amenaza del llamado comunismo y la llamada subversión, empleando el mismo estilo y lenguaje que justificaron la operación represiva en Río Chiquito.

Pronto se le unió su contraparte conservadora, el senador Mario S. Vivas, en la denuncia de la amenaza que representaba el CRIC a la propiedad y al imperio de la ley y el orden. Superado rápidamente el supuesto liberalismo del nuevo

régimen del Presidente López los terratenientes del Cauca lograron escalar, drásticamente, el nivel de conflicto social en el área, sometiendo zonas indígenas, como Caldono, a una ocupación militar particularmente dura y arrestando, golpeando e intimidando a los dirigentes de la lucha por defender y recuperar las tierras de resguardo. El 8 de octubre de 1974 Emiliano Ulcué, miembro del cabildo indígena de esta región, fue asesinado a sangre fría; su muerte fue seguida, el 18 de octubre, por la de otros dos activistas indígenas en Caldono, Joaquín Marino Yonda y Luis Enrique Ramos. Pronto el “riesgo de seguridad” presentado por los integrantes del CRIC no solo comenzó a atraer la atención de las unidades locales de la policía y el ejército sino, también, de los equipos especialistas de inteligencia del DAS y del F-2. Un indígena de Tacueyó, Héctor Cuchillo Tonguino, fue llevado por oficiales del F2 a Cali y torturado para obtener información sobre las actividades del CRIC, suerte compartida también por Guillermo Musicue, concejal y secretario del cabildo de San Francisco. El gobernador del mismo cabildo, Avelino Ul, fue arrestado por el ejército y mantenido nueve meses en la cárcel de Toribío y otros dos indígenas de Tacueyó, Lino y Antonio Mesa, fueron torturados por la policía en la hacienda de un latifundista local, Juan Martínez.

Los años siguientes vieron la intensificación gradual, pero inexorable, de la lucha por la tierra en la región del Cauca. La militarización del norte del Cauca ha incluido la ocupación permanente de las oficinas de los cabildos de Toribío y San Francisco, donde los soldados hostilizaban a quien llegaba y hacían mofa del lenguaje y la pronunciación de los indígenas. La intimidación armada continuó con el asesinato de Emiliano Mesa en Huila (febrero de 1975) y las lesiones a José María Ulcué en Toribío, el 23 de abril de 1975. Aunque el último pudo identificar a sus asaltantes con nombre propio, capataces de grandes terratenientes del distrito, las autoridades no tomaron medida alguna. En un caso particularmente significativo un notable vocero indígena, Marco Aníbal Melenje, gobernador del cabildo de Coconuco, fue asesinado el 19 de abril de 1975 por Luis Calambás, un traidor que, posteriormente, se suicidó. El arma

utilizada desapareció poco después, llevada en un campero de la Defensa Civil. Como si esto no fuera suficiente, el asesinato fue usado como cínico pretexto para apresar otros 40 indígenas, destacados exponentes del programa de ocupación de tierras en Coconuco; muchos de ellos languidecieron por el resto del año detrás de rejas mientras la policía adelantaba sus investigaciones del crimen.

Por todas partes la escena era monótonamente similar: quince indígenas arrestados en Jambaló, diez en Santander de Quilichao y, marcando una extensión de la lucha a zonas hasta entonces tranquilas, diecisiete indios de Santa Rosa y San Andrés fueron apresados en Inzá por invadir tierras de resguardo ocupadas por cafeteros blancos, siendo acusados de colaborar con las guerrillas de las FARC. Cuando trataba de investigar el caso un antropólogo de la Facultad de Humanidades de Popayán, Elías Sevilla Casas, fue arrestado en Inzá por tropas de la 3ra. Brigada bajo la acusación de ser un agente perturbador. La recuperación de tierras continuó practicándose en Santa Rosa, sin embargo, y en octubre de 1975 fueron arrestados 31 indígenas más y conducidos a prisión en Inzá. La escalada de la violencia en esta parte del Cauca y la activa participación de la policía y el ejército en dichas acciones son desarrollos relativamente nuevos ya que San Andrés y Santa Rosa sufrieron poco durante la Violencia de la década de 1950 y hasta 1974 no habían presenciado ninguna incursión importante de parte de las autoridades uniformadas. El 27 de enero de 1976 el asesinato de Pablo Quinto en Santa Rosa dio la primera indicación de que los terratenientes blancos de la zona, compuestos, principalmente, por refugiados liberales de la Violencia, estaban empezando a seguir el camino de grupos similares en otras partes del Cauca. Las trágicas consecuencias de tal acción teñirán el futuro de los resguardos de los límites meridionales de Tierradentro, hasta la época tan pacíficos.

Este prospecto está lejos de ser alentador. Al otro lado de la cordillera Central el asesinato se ha vuelto una táctica común y corriente; de continuar extendiéndose en el Cauca los nasa pronto se hallarán sometidos a una amenaza mayor

que la de cualquier época desde que los españoles entraron a la zona por vez primera. Solo en el resguardo de San Francisco, por ejemplo, en un año fueron asesinados, por lo menos, seis activistas o simpatizantes del CRIC: Avelino Ramos y Manuel Dagua Taquínás, en noviembre de 1975; Ernesto Guejía e Isidro Pilcué, en agosto de 1976; y Alvaro Morales Ramírez y Ernesto Melo Avila, en diciembre de 1976. Cuando el gobernador del cabildo del vecino Tacueyó identificó a los asesinos en el segundo de estos casos fue arrestado y llevado a los cuarteles del F2 de Cali, donde fue torturado para que cambiara su declaración. En Coconuco la recuperación de tierras de resguardo produjo, el 29 de septiembre de 1976, el primer motín realmente importante de los últimos años de la zona rural del Cauca, con barricadas erigidas para bloquear la partida de camiones de la policía, lucha generalizada a puños y un contraataque de la fuerza policial con gases lacrimógenos y repetidas salvas de disparos sobre las cabezas de los indígenas.

La misma política de intimidación continuó en 1976 y 1977 en el Cauca dando lugar a una larga secuencia de asesinatos: los de Isidoro Pilcué, en Tacueyó; Benjamín Guétio, en Siberia; Bernardino Ipia, Luciano Ramos y Antonio Yule, en Jambaló; Pacho Fernández, cerca de Santander; y Justiniano Lame, en San Ignacio. El último caso ocurrió cuando Justiniano Lame estaba bajo custodia de la policía; había sido herido en la pierna cuando fue arrestado, se le negó un torniquete y fue enviado a Popayán caminando varios kilómetros por la carretera principal. Al llegar a esa ciudad se le negó toda atención médica y fue encerrado en una celda de la policía, donde sufrió una lenta y sórdida muerte por desangre. El 7 de febrero el CRIC convocó un mitin de masas en Popayán para exigir la devolución de su cuerpo. La ciudad fue militarizada, los buses de los manifestantes indígenas fueron devueltos por bloqueos en los suburbios, las oficinas del CRIC fueron ocupadas por la tropa y Marcos Avirama, presidente del CRIC, fue arrestado y conducido a interrogatorio en los cuarteles del ejército. Medidas similares fueron tomadas durante la huelga general que paralizó a Colombia el 14 de septiembre de 1977. La población de Belalcázar fue puesta bajo toque

de queda y ocupada por diez camiones de soldados y se realizaron múltiples arrestos y ostentosas maniobras militares en Caldono, Puracé, Inzá, Toribío y Tóez.

Hechos de esta clase, con todos sus ecos de la Violencia, serían quizás comprensibles, aunque difícilmente justificables, si fueran resultado, solamente, de una especie de escabrosa justicia. Son, después de todo, no más que un reflejo de las actitudes expresadas por tantos latifundistas de que es necesario dar fuete o echar plomo o, la frase favorita, bajar unos indios pa' que aprendan a respetar. Lo más alarmante, entonces, son los numerosos indicios de que la política de hostigamiento al CRIC no es solo el resultado de excesos cometidos por intereses puramente locales sino que forma parte de una estrategia nacional de represión aplicada por gobiernos sucesivos y el alto comando militar en Bogotá. A pesar de que la legitimidad de los reclamos de tierras de los indios en los resguardos de Pitayó, Jambaló, Tacueyó y Toribío ya ha sido reconocida en un documento suscrito por el gobernador del Cauca y por representantes de los Ministerios de Gobierno y Agricultura jamás se ha adelantado acción efectiva alguna para respaldar esos reclamos por parte de las agencias gubernamentales pertinentes (Corry 1976:26). Las promesas hechas por la administración López a finales de 1974, relativas al control de la minería de azufre en Puracé y a la compensación a ser pagada por Celanese de Colombia al resguardo vecino, fueron olvidadas hacia mediados de 1976. No solamente Celanese no pagó un solo centavo de los cinco millones de pesos (USD \$200 000, en la época) de compensación, alegando que serían empleados en compras de armas para apoyar la insurgencia, sino que, aún más alarmante, las anteriores restricciones a la minería de cielo abierto fueron levantadas, anunciando la inminencia de una más amplia devastación ecológica.

Mientras tanto, en un acto de cinismo consumado, los ecólogos gubernamentales del INDERENA siguieron afirmando que la amenaza real al balance ambiental de la zona provenía de un puñado de indígenas que recolecta leña en el Parque Nacional. Está claro que el ineficaz

INDERENA consideró inoportuno tomar medidas contra las poderosas multinacionales que respaldaban a Celanese, que incluían The Celluloid Corp, Pabin, Ancell, Chancell, Petrocel, F.M.C., American Viscose y Celanese Overseas. Por consiguiente, no puede dudarse en dónde están las simpatías del gobierno colombiano y sus paniaguados con respecto a la lucha por la tierra de los indígenas del Cauca. Como para subrayar la orientación represiva de la policía y el aparato militar el Ministro Cornelio Reyes (del Ministerio de Gobierno) visitó el centro de entrenamiento indígena en Tóez el 7 de septiembre de 1975, un mes después del cuarto congreso del CRIC celebrado en el mismo lugar, y exhortó a los nasa a abandonar esta organización y a apoyar un nuevo grupo de presión de los latifundistas, el Consejo Regional Agropecuario del Cauca -CRAC-, cuyo sonido de latigazo hizo que su nombre fuese cambiado más tarde por uno con un tono más suave, Sociedad Agropecuaria del Cauca -SAC-. Qué lindo gesto, generoso y conciliador...



## Posdata 2008

Habiendo regresado al Cauca en varias ocasiones desde que se escribieron estas palabras debo decir que nunca, en mis peores pesadillas, hubiera podido imaginar que los conflictos actuales seguirían por tanto tiempo. A la violencia política, la furia homicida y la nueva contrarreforma agraria se suman las estupideces engendradas por la guerra a las drogas, como las fumigaciones y demás abusos apoyados por el Plan Colombia. Si la década de 1970 marcó el inicio del actual conflicto en el Cauca los discursos alimentados por los diferentes actores de la represión siguen tocando la misma monótona tecla de siempre, que he tratado de documentar a lo largo de una historia que, pronto, llegará a su quinto centenario. Una vez apoyada por la Corona española, ahora financiada y dirigida desde Washington, la empresa colonizadora sigue en su afán de devorar la tierra, sus habitantes indígenas, sus hijos independientes y las plantas que resisten a la prohibición. Una vez más agradezco a los caucanos el ejemplo que me han dado de rebeldía e insumisión. Desde una tarde en Coconuco, cuando en 1973 oí silbar una bala por encima de sus cabezas, reconozco el valor de los que luchan por la libertad.

### Nota

Aunque el principal grupo indígena de la región del Cauca se denominó páez ahora se da, a sí mismo, el nombre de nasa, que puede traducirse como “nosotros, la gente”. La pronunciación de las palabras nasa, como se escriben en este libro, sigue el uso español, con la excepción de sonidos

como “sh”, que no se encuentran en este idioma. Debido a que los resultados de esa transcripción son aproximados, los obstáculos para lograr una traducción más precisa la colocan fuera del alcance de este estudio.

## Referencias citadas

Acosta, José

1940 [1590] *Historia natural y moral de las Indias*. México: Fondo de Cultura Económica.

Aguado, Fray Pedro

1956 [1560] *Recopilación historial*. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.

Alape, Arturo

1972 *Las muertes de Tirofijo*. Bogotá: Abejón Mono.

Andagoya, Pascual de

1938 “Relación de los sucesos de Pedrarias Dávila en las provincias de Tierra firme o Castilla del Oro, y de lo ocurrido en el descubrimiento de la Mar del Sur y Costas del Perú y Nicaragua”. En: Jacinto Jijón y Caamaño, *Sebastián de Belalcázar*. Editorial Ecuatoriana, Quito.

Andrews, George y David Solomon

1975 “Coca and cocaine: uses and abuses”. En: George Andrews y David Salomon (eds.), *The coca leaf and cocaine papers*, pp 7-23. Londres: Harcourt Brace Jovanovich.

Andrews, George y David Solomon (eds.)

1975 *The coca leaf and cocaine papers*. Londres: Harcourt Brace Jovanovich.

Aragón, Arcesio

1939 *Fastos payaneses. 1536-1936*. Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.

Araújo, Alceu Maynard

1961 *Medicina ríistica*. São Paulo: Companhia Editora Nacional.

- Arboleda, Gustavo  
1935 *Historia contemporánea de Colombia. Vol. 6: La revuelta liberal hasta terminar el año de 1860.* Cali: Imprenta Departamental.
- 1956 *Historia de Cali.* Cali: Universidad del Valle.
- Arboleda, José María  
1948 *El indio en la colonia.* Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.,
- 1952 *Historia de Colombia.* Popayán: Universidad del Cauca.
- Arroyo, Jaime  
1955 [1907] *Historia de la Gobernación de Popayán.* Bogotá: Editorial Santafe.
- Ashley, Richard  
1975 *Cocaine: its history, uses and effects.* Nueva York: St. Martins Press.
- Barclay, Arthur S.  
1959 New considerations in an old genus: *Datura.* *Botanical Museum Leaflets.* 18(6): 245-272.
- Begué, Remedios de la Peña  
1971 El uso de la coca en América, según la legislación colonial y republicana. *Revista Española de Antropología Americana.* 6:179-204.
- Bejarano, Jorge  
1953 Nuevos capítulos sobre el cocaísmo en Colombia. *América indígena.* 13:15-46.
- Bernal, Segundo Eliécer  
1954a Economía de los páez. *Revista Colombiana de Antropología.* 3:291-367.  
1954b Medicina y magia entre los paeces. *Revista Colombiana de Antropología.* 2:219-267.  
1955 Bases para el estudio de la organización social de los páez. *Revista Colombiana de Antropología.* 4:165-188.
- Bird, Robert  
1967 “La agricultura en la visita de Ortíz”. En: Iñigo Ortíz, *Visita de la Provincia de León de Huánuco (1562)*, vol. 1, pp 365-367. Huánuco: Universidad Hermilio Valdizán.

- Bollaert, William  
 1860 *Antiquarian, ethnological and other researches in New Granada, Ecuador, Perú and Chile.* Londres: Trubner and Co.
- Bolton, Ralph  
 1976 Andean Coca chewing: a metabolic perspective. *American Anthropologist.* 78(3): 630-634.
- Bonilla, Gerardo  
 1945 El consumo de hojas de coca en el Departamento del Cauca. *Revista de la Universidad Nacional de Colombia.* 2: 426-430.
- Bonilla, Víctor Daniel  
 1973 Coconucos: historia del despojo. *El Tiempo*, mayo 27 de 1973, Bogotá.
- Bonnycastle, Richard Henry  
 1818 *Spanish America.* Londres: Longman, Hurst, Rees, Orme, and Brown.
- Bray, Warwick y Michael Moseley  
 1976 Una secuencia arqueológica en las vecindades de Buga, Colombia. *Cespedesia.* 17-18: 55-78.
- Brecher, Edward M.  
 1972 *Licit and illicit drugs. The Consumers Union Report on narcotics, stimulants, depressants, inhalants, hallucinogens and marijuana, including caffeine, nicotine and alcohol.* Nueva York: Little, Brown and Co.
- Bristol, Melvin Lee  
 1970 Tree datura drugs of the Colombian Sibundoy. *Botanical Museum Leaflets.* 22: 165-227.
- Browning, Frank  
 1976 An American Gestapo: the story of the Drug Enforcement Administration, perhaps the most ruthless and corrupt government agency ever. *Playboy*, febrero de 1976.
- Brundage, Burr Cartwright  
 1963 *Empire of the Inca.* Norman: University of Oklahoma Press.

Buck, Alfred, *et al.*

- 1968 Coca chewing and health: an epidemiologic study among residents of a Peruvian village. *American Journal of Epidemiology*. 88(2): 159-177.

Buechler, Hans y Judith-Maria Buechler

- 1971 *The Bolivian Aymara*. Nueva York: Holt, Rinehart and Winston.

Burchard, Roderick E.

- 1975 "Coca chewing: a new perspective". En: Vera Rubin (ed.), *Cannabis and culture*, pp 463-484. La Haya: Mouton.

Burg, George

- 1936 Informe sobre los estudios arqueológicos en la región de San Andrés en Tierradentro. *Revista Popayán*. 163.

Burroughs, William y Allen Ginsberg

- 1963 *The yagé letters*. San Francisco: City Lights.

Bushnell, G.H.S.

- 1956 *Perú*. Londres: Thames and Hudson.

Byck, Robert

- 1974 "Introduction". En: Robert Byck (ed.), *The cocaine papers. Sigmund Freud*, pp 7-81. Nueva York: Stonehill.

Caro, Miguel Antonio

- 1952 Noticia biográfica de Julio Arboleda. En: Julio Arboleda, *Poesías*, pp 7-80. Bogotá: Ministerio de Educación.,

Casas, Bartolomé de las

- 1946 *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

- 1946 [1552] La destrucción de las Indias. París: Bouvet.

Castellanos, Juan de

- 1944 [1589] *Elegías de varones ilustres de Indias*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.

Castillo I Orozco, Eugenio del

- 1877 *Vocabulario páez-castellano*. París: Maisonneuve.

Castillo, Gonzalo

- 1971 "Introducción". En: *En defensa de mi raza*, pp xi-xiv. Bogotá: Comité de Defensa del Indio.

- Castrillón, Diego  
 1973 *El indio Quintín Lame*. Bogotá: Tercer Mundo.
- Chaves, Milciades  
 1947 Mitología Kágaba. *Boletín de Arqueología*. 2(5-6): 423-520.
- Cieza de León, Pedro de  
 1918 *The war of Chupas*. Londres: Hakluyt Society.
- 1962 [1553] *Crónica del Perú*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Cobo, Bernabé  
 1964 [1653] *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: Biblioteca de Autores Españoles.
- Colmenares, Germán  
 1973 *Historia económica y social de Colombia 1537-1719*. Cali: Universidad del Valle.
- Comisión de la ONU  
 1952 Report of the Comission of Enquiry on the Coca Leaf. Versión abreviada en español, junto con el debate con la Comisión Peruana del Dr. Monge. *Perú Indígena*. 3(7-8): 4-24.
- Comité de Solidaridad con los Presos Políticos  
 1974 *Libro negro de la represión: Frente Nacional 1958-1974*. Bogotá: Gráficas Nuevo Mundo.
- Cooper, John M.  
 1949 "Stimulants and narcotics". En: Julian Steward (ed.), *Handbook of South American Indians. Vol. 5: The Comparative Ethnology of South American Indians*, pp 525-558. Washington: Bureau of American Ethnology, Smithsonian.
- Cooper, Richard  
 1978 *A guide to British Psilocybin mushrooms*. Londres: Hassle Free Press.
- Corry, Stephen  
 1976 *Towards Indian Self-determination in Colombia*. Londres: Survival International Document II.
- Cowley, Abraham  
 1778 [1662] *History of plants*. Edinburgo: Apollo Press.
- Cubillos, Julio César  
 1959 El Morro de Tulcán. *Revista Colombiana de Antropología*. 8: 215-356.

- Cuervo, Carlos  
1920 *Prehistoria y viajes. Estudios arqueológicos y etnográficos*. Madrid: Editorial América.
- Debray, Régis  
1974 *La critique des armes*. París: Editions du Seuil.
- Descobar, Fray Gerónimo  
1938 [1580] "Relación de Fray Gerónimo Descobar, de la orden de San Agustín, sobre el carácter e costumbres de los indios de la provincia de Popayán". En: Jacinto Jijón y Caamaño, *Sebastián de Belalcázar*. Quito: Editorial Ecuatoriana.
- Diamond, Stanley  
1974 *In search of the primitive. A critique of civilization*. New Brunswick: Transaction Books.
- Diamond, Stanley, Bob Scholte y Eric Wolf  
1975 On defining the marxist tradition in anthropology: a response to the "American Anthropologist". *Critique of Anthropology*. 2(4-5):110-126.
- Dobkin, Marlene  
1974 The influence of psychotropic flora and fauna on Maya religión. *Current Anthropology*. 15:147-164.
- Dollfus, Olivier y Danielle Lavallée  
1973 Ecología y ocupación del espacio en los Andes tropicales durante los últimos veinte milenios. *Bulletin de l'Institut Français d'Etudes Andines*. 2 (3): 75-92.
- Donne, John  
1972 *Complete poetry and selected prose*. Londres: The Nonesuch Press.
- Douay, León  
1900 *Nouvelles recherches philologiques sur l'antiquité américaine, contenant une contribution à l'americanisme du Cauca*. París: Maisonneuve.
- Duke, James, David Aulik y Timothy Plowman  
1975 Nutritional value of coca. *Botanical Museum Leaflets*. 24(6): 113.
- Duque, Luis  
1945 Notas sobre el cocaísmo en Colombia. *Boletín de Arqueología*. 1(5): 445-464.

- Emboden, William A.
- 1972 "Ritual use of *Cannabis sativa* L.: a historical ethnographic survey". En: Peter Furst (ed.), *Flesh of the gods*, pp 214-236. Nueva York: Praeger.
- Espinosa, José María
- 1971 *Memorias de un abanderado*. Bogotá: Banco Popular.
- Espinosa, Waldemar
- 1973 La coca de los mitmas cayampis en el reino de Ancara. Siglo XVI. *Anales Científicos de la Universidad del Centro del Perú*. 2:6-68.
- Fals, Orlando
- 1956 *Fray Pedro de Aguado. El cronista olvidado de Colombia y Venezuela*. Cali: Editorial Franciscana de Colombia.
- Fernández de Piedrahita, Lucas
- 1973 [1668] *Historia general de las conquistas del Nuevo Reino de Granada*. Bogotá: Ediciones de la revista Ximénez de Quesada.
- Fluharty, Vernon Lee
- 1957 *Dance of the millions. Military rule and social revolution in Colombia 1930-1956*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.
- Frank, Mel y Edward Rosenthal
- 1978 *Marijuana growers guide*. Berkeley: And/Or Press.
- Freud, Sigmund
- 1974a [1884] "Über coca". En: Robert Byck (ed.), *The cocaine papers. Sigmund Freud*. Nueva York: Stonehill.
- 1974b [1887] Beiträge über die anwendung des cocain. En: Robert Byck (ed.), *The cocaine papers. Sigmund Freud*. Nueva York: Stonehill.
- Friede, Juan
- 1943 *Los indios del Alto Magdalena. (Vidas, luchas y exterminio 1609-1931)*. Bogotá: Instituto Indigenista de Colombia.
- 1944 *El indio en lucha por la tierra*. Bogotá: Espiral.

- 1953 *Los Andakí. 1538-1947. Historia de la aculturación de una tribu selvática.* México: Fondo de Cultura Económica.
- 1956 "Introducción y estudio preliminary". En: Fray Pedro Aguado, *Recopilación historial*, pp 5-104. Bogotá: Empresa Nacional de Publicaciones.
- 1961 *Vida y luchas de Don Juan del Valle, primer obispo de Popayán y Protector de Indios.* Popayán: Universidad del Cauca.
- Furst, Peter  
1976 *Hallucinogens and culture.* San Francisco: Chandler and Sharp.
- Galeano, Eduardo  
1973 *Las venas abiertas de América Latina.* México: Siglo XXI.
- Garcés, Jorge A.  
1935 *Colección de Cédulas Reales dirigidas a la Audiencia de Quito 1538-1600.* Quito: Archivo Municipal.  
1936 *Colección de documentos inéditos relativos al Adelantado Capitán Sebastián de Belalcázar. 1535-1565.* Quito: Archivo Municipal.
- Gentner, Walter A.  
1972 The genus *Erythroxylum* in Colombia. *Cespedesia.* 4: 481-554.
- Golte, Jürgen  
1970 "Algunas consideraciones acerca de la producción y distribución de la coca en el Estado inca". En: *Expedientes del XXXVIII Congreso de Americanistas.* Munich.
- González, David  
s. f. *Los paeces o genocidio y luchas indígenas en Colombia.* Medellín: Rueda Suelta.
- Gott, Richard  
1973 *Rural guerrillas in Latin America.* Londres: Pelican Books.
- Grinspoon, Lester  
1971 *Marijuana reconsidered.* Cambridge: Harvard University Press.

- Guerra, Francisco  
 1971 *The Pre-Columbian mind.* Londres: Academic Press.
- Guerra, Francisco y Henry Olivera  
 1954 *Las plantas fantásticas de México.* México: Imprenta del Diario Español.
- Gutiérrez, Carlos  
 1952 El hábito de la coca en Sudamérica. *América indígena.* 12:143-154.  
 1975 [1947] "Mental alterations produced by coca". En: George Andrews y David Solomon (ed.), *The coca leaf and cocaine papers*, pp 234-267. Londres: Harcourt Brace Jovanovich.
- Gutiérrez, Carlos y Vicente Zapata  
 1947 *Estudios sobre la coca y la cocaína en el Perú.* Lima: Ministerio de Educación Pública.
- Guzmán, Arcesio  
 1929 *Monografía del Distrito de Almaguer.* Bogotá: Imprenta Nacional.
- Guzmán, Germán, Orlando Fals y Eduardo Umaña  
 1968 *La Violencia en Colombia.* Cali: Ediciones Progreso.
- Hamilton, John Potter  
 1955 [1827] *Viajes por el interior de las provincias de Colombia.* Bogotá: Banco de la República.
- Hanna, Joel M.  
 1974 Coca leaf use in southern Peru: some biosocial aspects. *American Anthropologist.* 76(2): 281-296.
- Harner, Michael J.  
 1973 *Hallucinogens and shamanism.* Londres y Nueva York: Oxford University Press.
- Hearings before Subcommittee of the Committee on the Judiciary to Investigate the Administration of the Internal Security Act and other Internal Security Laws. U.S. Senate, 92 nd Congress, 2nd Session  
 1972 *World drug traffic and its impact on U.S. Security.* Washington D. C.: U. S. Government Printing Office.
- Heim, Roger y Gordon Wasson  
 1958 *Les champignons hallucinogènes du Mexique.* París: Editions du Musée National d'Histoire Naturelle.

- Helguera, León  
1969 "The problem of Liberalism versus Conservatism in Colombia: 1849-1885". En: Frederick Pike (ed.), *Latin American history: selected problems*, pp 224-258. Nueva York: Harcourt, Brace and World.
- Hemming, John  
1972 *The conquest of the Incas*. Abacus Books, Londres.
- Hernández de Alba, Gregorio  
1938 Investigaciones arqueológicas en Tierradentro. *Revista de Las Indias*. 2 (9): 29-35.  
1944 Etnología de los Andes del Sur de Colombia. *Revista de la Universidad del Cauca*. 5: 194-228.  
1946a "The highland tribes of Southern Colombia". En: Julian Steward (ed.), *Handbook of South American Indians. Vol. 2: The Andean Civilizations*, pp 915-960. Washington: Bureau of American Ethnology, Smithsonian.  
1946b "The archaeology of San Agustín and Tierradentro". En: Julian Steward (ed.), *Handbook of South American Indians. Vol. 2: The Andean Civilizations*, pp 851-859. Washington: Bureau of American Ethnology, Smithsonian.
- Hernández de Alba, Gregorio y Francisco Tumiñá  
1949 *Namuy misag*. Popayán: Instituto Etnológico de la Universidad del Cauca.
- Holmstedt, Bo, Eva Jaátmaa, Kurt Leander y Timothy Plowman  
1977 Determination of cocaine in some South American species of *Erythroxylum* using mass fragmentography. *Phytochemistry*. 16: 1753-1755.
- Iragorri, Luis Carlos  
1962 Apuntes para un estudio económico y fiscal del Cauca. Popayán: Editoriales del Departamento.
- Jaulin, Robert  
1973 *Gens du soi, gens de vautre*. París: Unión Générale d'Editions.
- Jay, Robert  
1972 "Personal and extrapersonal vision in anthropology". En: Dell Hymes (ed.), *Reinventing anthropology*, pp 367-381. Nueva York: Random House.

- Jijón y Caamaño, Jacinto  
 1938 *Sebastián de Belalcázar*. Quito: Editorial Ecuatoriana.
- Juan, Jorge y Antonio Ulloa  
 1918 [1826] *Noticias secretas de América*. Madrid: Editorial América.
- Julián, Antonio  
 1854 [1787] *La perla de la América, provincia de Santa Marta, etc.* París: Thunot.
- Julien, Robert M.  
 1975 *A primer of drug action*. San Francisco: W.H. Freeman and Co.
- Kaplan, John  
 1975 "Intersections of anthropology and law in the Cannabis area". En: Vera Rubin (ed.), *Cannabis and culture*, pp 183-212. La Haya: Mouton.
- Kroeber, Alfred L.  
 1946 "The Chibcha". En: Julian Steward (ed.), *Handbook of South American Indians. Vol. 2: The Andean Civilizations*, pp 887-909. Washington: Bureau of American Ethnology, Smithsonian.
- La Barre, Weston  
 1948 *The Aymara Indians of the lake Titicaca plateau, Bolivia*. American Anthropological Association, Memoria No. 68, Arlington.
- Lame, Manuel Quintín  
 1971 [1939] *En defensa de mi raza*. Bogotá: Comité de Defensa del Indio.  
 1973 *Las luchas del indio que bajó de la montaña al valle de la civilización*. Bogotá: Comité de Defensa del Indio.
- Lanning, Edward  
 1967 *Perú before the Incas*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.
- Lathrap, Donald, Donald Collier y Helen Chandra  
 1975 *Ancient Ecuador: culture, clay and creativity. 3000-300 B.C.* Chicago: Field Museum of Natural History.
- Lehmann, Henri  
 1949 Suppression of the sale of coca in Colombia. *Boletín Indigenista*. 9:26-31.

- Lewin, Louis  
1924 *Phantastica: narcotic and stimulating drugs, their use and abuse.* Londres: Routledge & Keagan Paul.
- Lewis, Joan  
1975 *Ecstatic religión.* Londres: Pelican.
- Long, Stanley y Juan Yangüez  
1971 Excavaciones en Tierradentro. *Revista Colombiana de Antropología.* 15:9-127.
- López de Gomara, Francisco  
1954 [1551] *Historia general de las Indias.* Barcelona: Iberia.
- López de Velasco, Juan  
1894 [1574]. *Geografía y descripción universal de las Indias.* Madrid: Fortanet.
- Lucena, Manuel  
1962 Mitos, usos y costumbres de los indios pixaos. *Revista Colombiana de Antropología.* 11:143-152.  
1965 Datos antropológicos sobre los Pijao. *Revista Colombiana de Antropología.* 12: 357-387.
- Lunardi, Federico  
1934 *El Macizo Colombiano en la prehistoria de Suramérica.* Río de Janeiro: Imprensa Nacional.
- Machado, Eduardo  
1972 El género *Erythroxylum* en el Perú. *Raymondiana.* 5: 5-101.
- Mantegazza, Paolo  
1859 Sulle virtù igieniche e medicinali della coca e sugli alimenti nervosi in generale. *Annali Universali di Medicina.* 167: 449-519.
- Markham, Clements  
1862 *Travels in Peru and India.* Londres: John Murray.
- Martin, Richard  
1970 The role of coca in the history, religión and medicine of South American Indians. *Economic Botany.* 24:422-438.
- Matienzo, Juan de  
1967 [1567] *Gobierno del Perú.* Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

- McCoy, Alfred  
 1972 *The politics of heroin in southeast Asia.* Nueva York: Harper and Row.
- Medina, Leandro  
 1916 *Informe que el Secretario de Gobierno del Cauca rinde al señor Gobernador del Departamento.* Popayán: Imprenta del Departamento.
- Miller, John  
 1828 *Memoirs of General Miller in the service of the Republic of Peru.* Londres: Longman, Rees, Orme, Brown, and Green.
- Monge, Carlos  
 1952a La necesidad de estudiar el problema de la masticación de las hojas de coca. *Perú Indígena.* 3(7-8): 131-135.  
 1952b Documentos relacionados con la labor efectuada por la Comisión Peruana para el Estudio del Problema de la Coca. *Perú Indígena.* 3(7-8): 24-130.
- Monardes, Nicolás  
 1574 *La historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en medicina.* Sevilla: Alonso Escrivano.
- Montesinos, Fernando  
 1965 Cocaine metabolism. *Bulletin of Narcotics.* 17(2): 11-17.
- Mortimer, Golden  
 1901 *Perú: history of coca.* Nueva York: J.H. Vail and Co.
- Murra, John Victor  
 1967 "La visita de los Chupaychu como fuente etnológica". En: Iñigo Ortíz de Zúñiga *Visita de la Provincia de León y Huánuco (1562)*, vol. 2, pp 383-406. Huánuco: Universidad Hermilio Valdizán.  
 1972 "El control vertical de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas". En: Iñigo Ortíz de Zúñiga *Visita de la Provincia de León y Huánuco (1562)*, vol. 2, pp 431-476. Huánuco: Universidad Hermilio Valdizán.
- Nachtigall, Horst  
 1953 Shamanismo entre los indios paece. *Revista Colombiana del Folklore.* 2:210-223.

- Nieschulz, Otto  
1975 "Cocaism and cocaineism". En: George Andrews y David Solomon (eds.), *The coca leaf and cocaine papers*, pp 269-276. Londres: Harcourt, Brace, Jovanovich.
- Nietzsche, Federico  
1977 *Más allá del bien y del mal*. Madrid: Alianza.
- Olano, Antonio  
1910 *Popayán en la Colonia*. Popayán: Imprenta Oficial.
- Orcutt, James y Donald Biggs  
1975 Recreational effects of marihuana and alcohol: some descriptive dimensions. *The International Journal of Addictions*. 10(2): 229-239.
- Ortíz, Sutti Reissig de  
1973 *Uncertainties in peasant farming: a Colombian case*. Londres: The Athlone Press.
- Ortíz de Zúñiga, Iñigo  
1967 *Visita de la Provincia de León de Huánuco (1562)*. Huánuco: Universidad Hermilio Valdizán.
- Osborne, Harold  
1968 *South American mythology*. Londres: Paul Hamlyn.
- Otero, Jesús María  
1952 *Etnología caucana*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Ots y Capdequí, José María  
1957 El indio en el Nuevo Reino de Granada durante la etapa histórica de la dominación española. *Revista de Indias*. 17: 11-57
- Partridge, William L.  
1975 "Cannabis and cultural groups in a Colombian municipio". En: Vera Rubin (ed.), *Cannabis and culture*, pp 147-172. La Haya: Mouton.
- Patiño, Aníbal  
1974 Impacto ecológico y socioeconómico de Industrias Puracé S.A. Manuscrito inédito, Universidad del Valle, Cali.
- Patiño, Víctor Manuel  
1964 *Plantas cultivadas y animales domésticos en América Equinoccial. Volumen II: Plantas alimenticias*. Cali: Imprenta Departamental.

- 1967 *Plantas cultivadas y animales domésticos en America Equinoccial. Volumen II: Fibras, medicinas y misceláneas.* Cali: Imprenta Departamental.
- Pérez de Barradas, Jose  
 1937 *Arqueología y antropología precolombinas de Tierradentro.* Bogotá: Ministerio de Educación Nacional.
- 1957 *Plantas mágicas americanas.* Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Piedrahita, Javier  
 1973 *Historia eclesiástica de Antioquia, 1545-1828.* Medellín: Granamérica.
- Pittier de Fábrega, Henry  
 1907 *Ethnographic and linguistic notes on the Paez Indians of Tierradentro.* American Anthropological Association, Memoir 1, Lancaster.
- Plowman, Timothy  
 1976 Orthography of *Erythroxylum* (Erythroxylaceae). *Taxon.* 25(1): 141-144.
- 1979 Botanical perspectives on coca. *Journal of Psychodelic Drugs.* 11: 103-118.
- Quintero, Ricardo  
 1955 *Territorio ignoto (Tierradentro).* Cali: Imprenta Márquez.
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo  
 1950 *Los kogi*, vol.1 . Bogotá: Revista del Instituto Etnográfico Nacional.  
 1951 *Los kogi*, vol. 2. Bogotá: Editorial Iqueima.  
 1953 Contactos y cambios culturales en la Sierra Nevada de Santa Marta. *Revista Colombiana de Antropología.* 1: 17-122.  
 1966 *Colombia.* Londres: Thames and Hudson.  
 1967 Notas sobre el simbolismo religioso de los indios de la Sierra Nevada de Santa Marta. *Razón y Fábula.* 1: 55-72.  
 1968 *Desana: simbolismo de los indios tukano del Vaupés.* Bogotá: Universidad de los Andes.

- 1969 El contexto cultural de un alucinógeno aborigen: *Banisteriopsis Caapi. Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.* 13(51): 327-345.
- 1972 *San Agustin: a culture of Colombia.* Londres: Thames and Hudson.
- Ricketts, Carlos
- 1952 El cocaísmo en el Perú. *América Indígena.* 12: 309-322.
- Ritchie, Joseph, John Murdoch, Alan Cohen y Michael Dripps
- 1965 "Cocaine, procaine and other synthetic local anaesthetics". En: L. S. Goodman y A. Gilman (eds.), *The pharmacological basis of therapeutics*, pp 224-245. Nueva York: Macmillan.
- Rivet, Paul
- 1943 La influencia Karib en Colombia. *Revista del Instituto Etnológico Nacional.* 1: 55-93.
- Rockefeller, Nelson
- 1975 *White paper on drug abuse: a report to the president from the Domestic Council Drug Abuse Task Force.* Washington: U. S. Government Printing Office.
- Romoli, Kathleen
- 1962 El suroeste del Cauca y sus indios al tiempo de la conquista Española. *Revista Colombiana de Antropología.* 11:241-303.
- 1963 Apuntes sobre los pueblos autóctonos del litoral colombiano del Pacífico en la época de la conquista Española. *Revista Colombiana de Antropología.* 12:259-292.
- Rostworowski, María
- 1973 Plantaciones prehispánicas de coca en la vertiente del Pacífico. *Revista del Museo Nacional.* 39:193-224.
- Rubin, Vera (Ed.)
- 1975 *Cannabis and culture.* La Haya: Mouton.
- Rubin, Vera y Lambros Comitas
- 1975 *Ganja in Jamaica.* La Haya: Mouton.
- Rusby, Henry H.
- 1888 Coca at home and abroad. *Therapeutic Gazette.* 4: 158-165, 303-307.

- Santa Gertrudis, Fray Juan de  
 1970 *Maravillas de la naturaleza*. Bogotá: Banco Popular.
- Schwarz, Ronald Alan  
 1973 'Guambia: an ethnography of change and stability'. Tesis doctoral, Departamento de Antropología, Michigan State University, East Lansing.
- Schultes, Richard Evans  
 1957 A new method of coca preparation in the Colombian Amazon. *Botanical Museum Leaflets*. 17: 241-246.  
 1972 "An overview of hallucinogens in the western hemisphere". En: Peter Furtw (ed.), *Flesh of the gods*, pp 3-54. Nueva York: Praeger.
- Sendoya, Mariano  
 1964 La niña María de Caloto. *Boletín de la Academia de Historia del Valle del Cauca*. 133: 248-257.
- Silva, Eliécer  
 1944 La arqueología de Tierradentro. *Revista del Instituto Etnográfico Nacional*. 1:521-589.
- Smith, Lynn  
 1967 *Colombia*. Gainesville: University of Florida Press.
- Starks, Michael  
 1977 *Marijuana potency*. Berkeley: And/Or Press.
- Stein, William  
 1961 *Hualcán: life in the highlands of Peru*. Ithaca: Cornell University Press.
- Torres, Alfonso  
 1971 *Mito y cultura entre los Barasana, un grupo indígena de Vaupés*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Trease, George Edward y William Evans  
 1972 *Pharmacognosy*. Londres: Balliere Tindall.
- Trimborn, Hermann  
 1949 *Señorío y barbarie en el valle del Cauca*. Madrid: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.
- Uscátegui, Néstor  
 1954 Contribución al estudio de la masticación de las hojas de coca. *Revista Colombiana de Antropología*. 3: 207-290.

- 1959 The present distribution of narcotics and stimulants amongst the Indian tribes of Colombia. *Botanical Museum Leaflets*. 18(6): 273-304.
- 1961 Distribución actual de las plantas narcóticas y estimulantes usadas por las tribus indígenas de Colombia. *Revista de la Academia Colombiana de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. 11(43): 215-228.
- Valenzuela, Eloy
- 1952 *Primer diario de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, (abril 29 de 1783 al 8 de mayo de 1784.)* Bogotá: Instituto de Cultura Hispánica.
- Vásquez de Espinoza, Antonio
- 1948 [1629] *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Washington: Smithsonian Institute.
- Vawell, Richard
- 1974 *Memorias de un oficial de la Legión Británica*. Bogotá: Banco Popular.
- Vespucio, Américo
- 1951 *El Nuevo Mundo. Cartas relativas a sus viajes y descubrimientos*. Buenos Aires: Nova.
- Vila, Marco Aurelio
- 1971 La carta del 18 de julio de 1500 de Américo Vespucio. *Boletín Histórico*. 28:5-50.
- Wagley, Charles y Eduardo Galvao
- 1963 "The Tenetehara". En: Julian Steward (ed.), *Handbook of South American Indians, vol. 3: The Tropical Forest Tribes*, pp 137-148. Washington: Bureau of American Ethnology, Smithsonian.
- Weil, Andrew
- 1976 A gourmet coca taster's tour of Peru. *High Times* 9, mayo.
- Wells, Calvin
- 1964 *Bones, bodies and disease*. Londres: Thames and Hudson.
- Willey, Gordon
- 1971 *An introduction to American archaeology. Volume 2: South America*. Englewood Cliffs: Prentice-Hall.

## Índice analítico

### A

- alcalino 88, 134, 135, 180, 182, 183, 185, 196, 197, 199, 220, 221, 222, 226  
alcaloide 14, 20, 27, 30, 31, 32, 57, 73, 85, 87, 88, 134, 135, 152, 181, 182, 185, 186, 187, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 203, 209, 210, 212, 233, 252, 281, 289, 290, 293, 300, 302  
Alternativa, Revista 138, 139, 141, 142, 143, 144, 165, 338  
Amazonas 38, 83, 84, 86, 87, 90, 92, 93, 96, 97, 98, 144, 151, 215, 228, 276, 280  
Andes 13, 14, 20, 21, 26, 35, 36, 41, 42, 43, 51, 52, 59, 65, 71, 74, 80, 83, 84, 85, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 96, 99, 100, 101, 103, 106, 107, 108, 110, 111, 113, 116, 118, 131, 133, 152, 184, 192, 204, 207, 213, 219, 220, 227, 251, 252, 280, 296, 300, 314, 317, 318, 354  
centrales 35, 36, 41, 43, 74, 85, 87, 91, 99, 100, 101, 111, 113, 116, 204, 207, 251, 252, 296, 314  
septentrionales 91, 116, 318  
antidrogas 141, 152, 169  
antropología 32, 238, 243, 273, 375

### B

- Bejarano, Jorge 68, 128, 225  
BNDD –Buró de Narcóticos y Drogas Peligrosas– 137, 166  
Bolivia 19, 26, 33, 67, 84, 103, 131, 133, 137, 151, 153, 160, 170, 173, 207, 213, 227  
borrachero 300, 301, 302, 303  
Brasil 27, 84, 98, 207, 284, 291, 375

## C

- café 20, 24, 32, 70, 79, 81, 122, 123, 124, 125, 127, 154, 175, 194, 200, 207, 209, 211, 214, 258, 288, 321, 325, 336  
calor 68, 75, 86, 110, 186, 192, 209, 218, 222, 278, 327  
Cannabis 145, 275, 280, 282, 283, 284, 285, 288, 375  
Caribe 47, 52, 98, 144, 226, 284, 285  
Cauca 25, 26, 27, 43, 44, 46, 48, 67, 68, 75, 85, 86, 87, 91, 92, 93, 94, 96, 97, 112, 113, 115, 116, 117, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 127, 128, 129, 130, 133, 145, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 175, 177, 182, 183, 184, 194, 201, 202, 206, 207, 209, 210, 212, 213, 214, 215, 216, 218, 220, 221, 222, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 234, 243, 248, 259, 270, 275, 276, 277, 278, 280, 281, 282, 283, 284, 285, 286, 287, 289, 290, 291, 293, 294, 295, 296, 299, 300, 301, 302, 306, 310, 317, 318, 319, 320, 323, 324, 325, 326, 329, 332, 334, 335, 336, 337, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 347, 375  
CIA –Agencia Central de Inteligencia– 143, 164, 165, 166, 167, 172, 270, 333  
coca 13, 14, 15, 16, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 31, 32, 33, 34, 35, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 47, 48, 49, 50, 51, 52, 53, 54, 55, 56, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 63, 64, 65, 66, 67, 68, 69, 70, 71, 72, 73, 74, 75, 76, 80, 81, 82, 83, 84, 85, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 99, 100, 101, 102, 103, 104, 105, 106, 107, 108, 109, 110, 111, 112, 113, 114, 115, 116, 118, 119, 120, 121, 122, 123, 124, 127, 128, 129, 130, 131, 132, 133, 134, 137, 138, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 157, 160, 162, 163, 172, 175, 176, 177, 179, 180, 181, 182, 183, 184, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 201, 202, 203, 204, 205, 206, 207, 208, 209, 210, 211, 212, 213, 214, 215, 216, 218, 219, 220, 221, 222, 223, 225, 226, 227, 228, 229, 230, 233, 234, 235, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 243, 247, 248, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 256, 257, 258, 259, 261, 262, 263, 264, 265, 269, 270, 272, 273, 274, 288, 295, 296, 297, 299, 305, 306, 322, 325, 331, 375  
Coca-Cola 16, 17, 26, 61, 65, 152, 172  
cocaina 13, 14, 15, 16, 17, 18, 20, 21, 24, 27, 29, 31, 32, 33, 36, 49, 55, 57, 58, 59, 60, 61, 62, 64, 70, 71, 73, 75, 80, 81, 84, 87, 98, 107, 129, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 139, 140, 142,

- 143, 144, 146, 147, 148, 149, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 158, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 165, 166, 167, 169, 170, 172, 173, 176, 180, 185, 186, 187, 188, 189, 190, 191, 192, 193, 194, 195, 196, 197, 198, 199, 200, 222, 233, 234, 273
- Colombia 20, 23, 25, 26, 27, 29, 31, 32, 33, 55, 56, 57, 66, 67, 77, 84, 86, 91, 92, 93, 95, 96, 97, 98, 117, 118, 122, 128, 133, 134, 135, 136, 137, 138, 140, 144, 145, 146, 150, 151, 154, 156, 158, 165, 174, 175, 176, 184, 193, 201, 218, 219, 220, 221, 226, 227, 228, 229, 276, 277, 280, 281, 283, 284, 285, 286, 288, 291, 305, 312, 319, 322, 323, 324, 325, 328, 329, 332, 334, 338, 343, 344, 347, 378
- Colonia 110
- Corona española 99, 120, 347
- CRIC –Consejo Regional Indígena del Cauca– 129, 269, 336, 337, 339, 340, 341, 343, 344, 345
- curandero 46, 53, 200, 201, 215, 239, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 249, 250, 252, 254, 255, 256, 258, 259, 260, 261, 262, 263, 264, 266, 267, 269, 288, 298, 299, 300, 301, 302
- Cusco 25, 35, 36, 39, 99, 102, 103, 104, 106, 107, 133, 210, 227

## D

- DAS –Departamento Administrativo de Seguridad– 138, 139, 140, 141, 144, 148, 149, 150, 165, 341
- DEA –Agencia Antidrogas de los Estados Unidos– 141, 142, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 174
- droga(s) 9, 16, 17, 18, 20, 21, 23, 27, 28, 31, 32, 33, 49, 50, 58, 59, 62, 63, 64, 65, 67, 70, 73, 76, 78, 79, 80, 81, 98, 107, 131, 132, 133, 134, 135, 137, 138, 139, 140, 141, 142, 144, 145, 146, 148, 149, 150, 151, 153, 154, 155, 156, 158, 161, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 177, 178, 188, 190, 198, 199, 202, 206, 222, 247, 252, 275, 285, 286, 299, 300, 301, 302, 347, 375
- comunes 70
- psicoactivas 62

## E

- esclavo(s) 50, 52, 55, 112, 284, 301, 310, 322
- euforia 17, 31, 33, 73, 74, 75, 76, 190, 200, 280

## F

- F2 139, 141, 341, 343  
FARC –Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia– 145,  
288, 334, 342  
farmacología 13, 19, 21, 71, 73, 80, 81, 192, 199, 202, 247, 251, 252  
Fonda, Howard B. 19, 63  
Freud, Sigmund 14, 15, 17, 58, 59, 60, 233  
frío 71, 72, 74, 116

## G

- guambiano 123, 302, 311, 337  
Gutiérrez, Carlos 19, 63

## H

- hechicería 238, 239, 244, 245, 248, 250, 251, 256, 257, 260, 261,  
262, 264, 265, 267, 269, 273, 288, 296, 297, 299, 300, 301  
hierbas 54, 205, 239, 241, 248, 250, 255, 256, 257, 259, 260,  
261, 262, 263, 264, 265, 276, 288, 295, 296, 297, 298, 300  
hongo(s) 28, 77, 175, 180, 275, 289, 290, 291, 292  
huaca 35, 40, 42, 102  
Huancavélica 108

## I

- Iglesia 49, 51, 319, 326, 327, 329  
inca(s) 13, 20, 34, 35, 41, 59, 97, 98, 99, 100, 102, 103, 104, 105,  
106, 108, 109

## J

- jigra 230  
Juan Tama 253, 255, 256, 257

## L

- La Violencia 331  
Lejía 227

## M

- magia 238, 239, 245, 247, 255, 256, 261, 262, 265, 269, 273, 299, 301  
Mama Coca 31, 32, 33, 34, 35, 36, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45, 46,  
81, 83, 233, 237, 238, 241, 242, 253, 254, 272  
mambe 29, 45, 75, 182, 183, 184, 185, 186, 196, 198, 199, 200,  
204, 221, 222, 223, 224, 225, 226, 227  
Mariani, Angelo 14, 60  
marihuana 70, 77, 78, 81, 134, 136, 140, 145, 154, 166, 175, 176,  
180, 194, 202, 206, 242, 275, 276, 277, 278, 279, 280, 281,  
282, 283, 284, 285, 286, 287, 288  
médico 15, 18, 24, 46, 57, 58, 59, 63, 68, 128, 200, 215, 244  
mito 36, 37, 41, 83, 84, 191, 243, 302  
Monge, Carlos 66, 192

## N

- nasa 44, 68, 75, 94, 114, 117, 119, 120, 122, 123, 124, 125, 126,  
127, 130, 181, 182, 183, 184, 186, 187, 194, 198, 199, 200,  
201, 202, 203, 204, 210, 212, 214, 215, 217, 218, 219, 221,  
222, 223, 224, 225, 226, 228, 229, 231, 232, 235, 236, 238,  
239, 241, 243, 244, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 254,  
255, 256, 257, 259, 260, 261, 262, 265, 266, 267, 268, 269,  
270, 273, 288, 293, 294, 296, 297, 298, 299, 300, 301, 305,  
306, 307, 308, 309, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317,  
318, 319, 320, 321, 322, 324, 325, 326, 327, 328, 329, 330,  
331, 332, 335, 337, 340, 342, 345, 347  
negocio ilícito 144, 145, 173  
negros 52, 55, 112, 113, 147, 201, 272, 280, 284, 285, 286, 287,  
301, 322

## O

- ONU –Organización de Naciones Unidas– 19, 21, 23, 25, 63,  
64, 66, 67, 68  
comisión de la ONU 21

## P

- Perú 18, 19, 26, 27, 33, 36, 42, 48, 50, 51, 54, 56, 60, 61, 66, 68, 71, 84, 86, 87, 88, 91, 98, 101, 102, 104, 105, 108, 109, 112, 115, 116, 117, 118, 120, 121, 133, 137, 142, 144, 147, 151, 152, 153, 157, 172, 182, 184, 188, 204, 207, 209, 210, 212, 213, 215, 219, 226, 227, 228, 233, 307, 318  
plantas 13, 20, 25, 27, 28, 29, 30, 35, 48, 49, 79, 80, 84, 85, 88, 91, 96, 101, 109, 113, 123, 175, 176, 201, 203, 204, 205, 208, 209, 210, 215, 239, 241, 248, 271, 275, 277, 281, 282, 293, 294, 295, 296, 298, 299, 347, 375  
medicinales 293, 295  
psicoactivas 25, 29, 79, 375  
poporo 94, 184, 227, 237

## Q

- Quintín Lame 323, 324, 335

## R

- resguardo 122, 255, 268, 269, 323, 324, 325, 326, 328, 336, 337, 339, 340, 341, 342, 343, 344  
ritual 20, 37, 79, 81, 223, 227, 237, 248, 255, 257, 258, 260, 262, 266, 284, 300

## S

- San Andrés de Pisimalá 45, 94, 127, 305, 314, 319  
San Jorge 26, 121, 122, 123, 146, 212, 213, 226, 229, 325  
seña(s) 200, 201, 247, 248, 249, 250, 251, 252, 253, 256, 257, 259, 260, 263, 264, 273, 274, 296

## T

- tabaco 48, 49, 70, 78, 81, 95, 96, 97, 175, 179, 194, 201, 239, 248, 257, 258, 262, 263, 272, 278, 279, 294, 296  
té ué 260, 261, 273

Tierradentro 92, 93, 94, 113, 123, 124, 126, 128, 210, 213, 216, 224, 238, 254, 258, 259, 263, 265, 268, 273, 287, 288, 295, 296, 297, 299, 305, 306, 307, 308, 310, 311, 312, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 320, 321, 322, 323, 325, 326, 327, 328, 329, 330, 331, 332, 334, 336, 338, 340, 342, 375  
tráfico 64, 107, 135, 137, 138, 139, 140, 142, 143, 144, 145, 146, 150, 154, 155, 156, 158, 163, 165, 166, 168, 170, 174, 177, 206, 285



## Nota biográfica

Anthony Richard Henman nació en São Paulo, Brasil, de padre inglés y madre argentina. Estudió arqueología y antropología en la Universidad de Cambridge y en University College, Londres. Fue nombrado profesor de la Facultad de Humanidades de la Universidad del Cauca en 1973. Durante dos años vivió entre Popayán y Tierradentro, haciendo la investigación que resultó en el presente libro, publicado, por primera vez, en Inglaterra en 1978. Desde entonces se ha desempeñado como profesor de antropología en UNICAMP (São Paulo) y la Universidad John More (Liverpool, Inglaterra). Ha sido asesor en materia de consumo de drogas y reducción de daños de la Organización Mundial de Salud, el Parlamento Europeo, el Consejo sobre Estupefacientes del Estado de São Paulo y la Secretaría de Salud del Estado de Nueva York. También ha publicado obras sobre otras plantas psicoactivas, incluyendo *Cannabis*, opio, guaraná, yagé o ayahuasca y cactus sanpedro. Actualmente vive en Lima, donde se dedica a nuevas investigaciones sobre coca y a la creación de un Jardín de Plantas Maestras. Espera que este proyecto sirva para orientar futuras generaciones en el adecuado manejo y aprovechamiento de las especies prohibidas y condenadas injustamente.



## Biblioteca del Gran Cauca – BGC

La *Biblioteca del Gran Cauca* es un proyecto conjunto de la editorial de la Universidad del Cauca y la Facultad de Humanidades de la Universidad del Valle. En esta colección se re-editan o editan por primera vez (en caso de que no hayan sido traducidas al español) obras clásicas sobre el Gran Cauca, la antigua región comprendida por los actuales departamentos de Chocó, Valle, Cauca, Nariño, Caquetá, Putumayo y Amazonas, contribuciones fundamentales en ámbitos como historia antropología y literatura que han sobrevivido al paso del tiempo como puntos característicos de su época.

Otros títulos publicados en *Biblioteca del Gran Cauca* son

- Los pensamientos del indio que se educó dentro de las selvas colombianas – Manuel Quintín lame
- Señorío y barbarie en el Valle del Cauca – Germán Trimborn
- Siervos de Dios y amos de indios – de Víctor Daniel Bonilla
- En el Putumayo y sus afluentes – Eugéne Robuchon

\*

Este libro fue diagramado utilizando fuentes ITC Garamond Std a 10,5 pts,  
en el cuerpo del texto y Coco Gothic en la carátula.

Se empleó papel propalibro beige de 70 g en páginas interiores  
y propalcote de 300 g para la carátula.  
Se imprimieron 200 ejemplares.

Se terminó de imprimir en Xpress - Bogotá, Colombia  
en enero de 2019.



Mama coca, publicada en inglés en 1978, fue editada por primera vez en Colombia gracias a las editoriales El Áncora y Oveja Negra, que la introdujeron al público hispanohablante en 1981. Esta tercera edición revisada renueva el interés por este libro extraordinario, cuya potencia analítica y denuncia de la guerra colonial contra las llamadas drogas ilícitas, especialmente contra la planta sagrada de Suramérica, la coca, son tan vigentes entonces como ahora. La Biblioteca del Gran Cauca se enorgullece en presentar este libro múltiple que, desde su pasión y reflexión sobre la coca, pródigo una sin igual riqueza etnográfica, una indagación por el hacer de la antropología, el apoyo a la justicia de las luchas indígenas y el desenmascaramiento de la inmoralidad de la prohibición y la erradicación.



Universidad  
del Cauca ®

Vigilada Mineducación

Vicerrectoría de Investigaciones  
Área de Desarrollo Editorial

A standard linear barcode is positioned vertically on the right side of the page. Below it, the numbers "9 789587 323450" are printed, which are likely the ISBN or a specific identifier for the book edition.